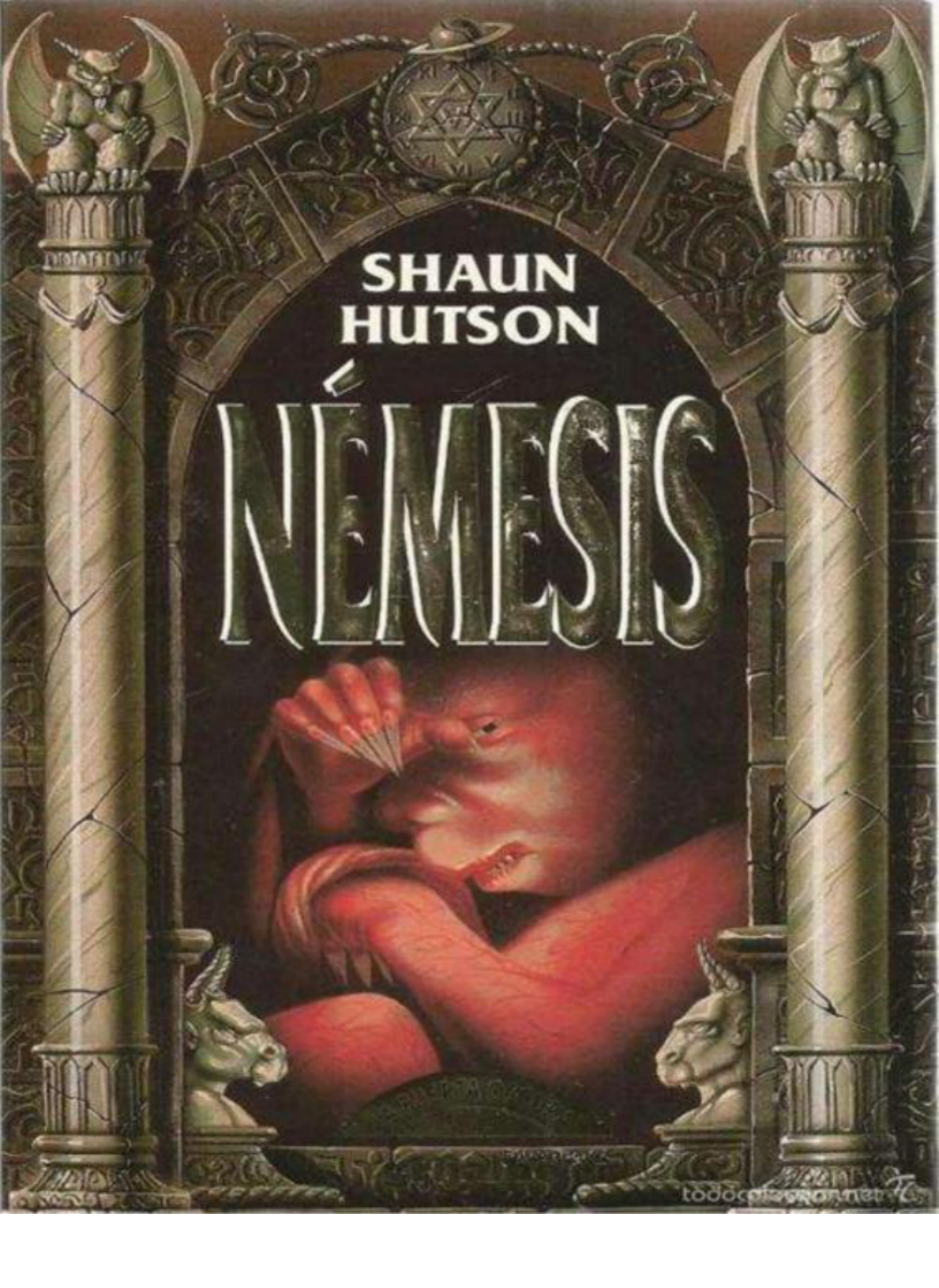
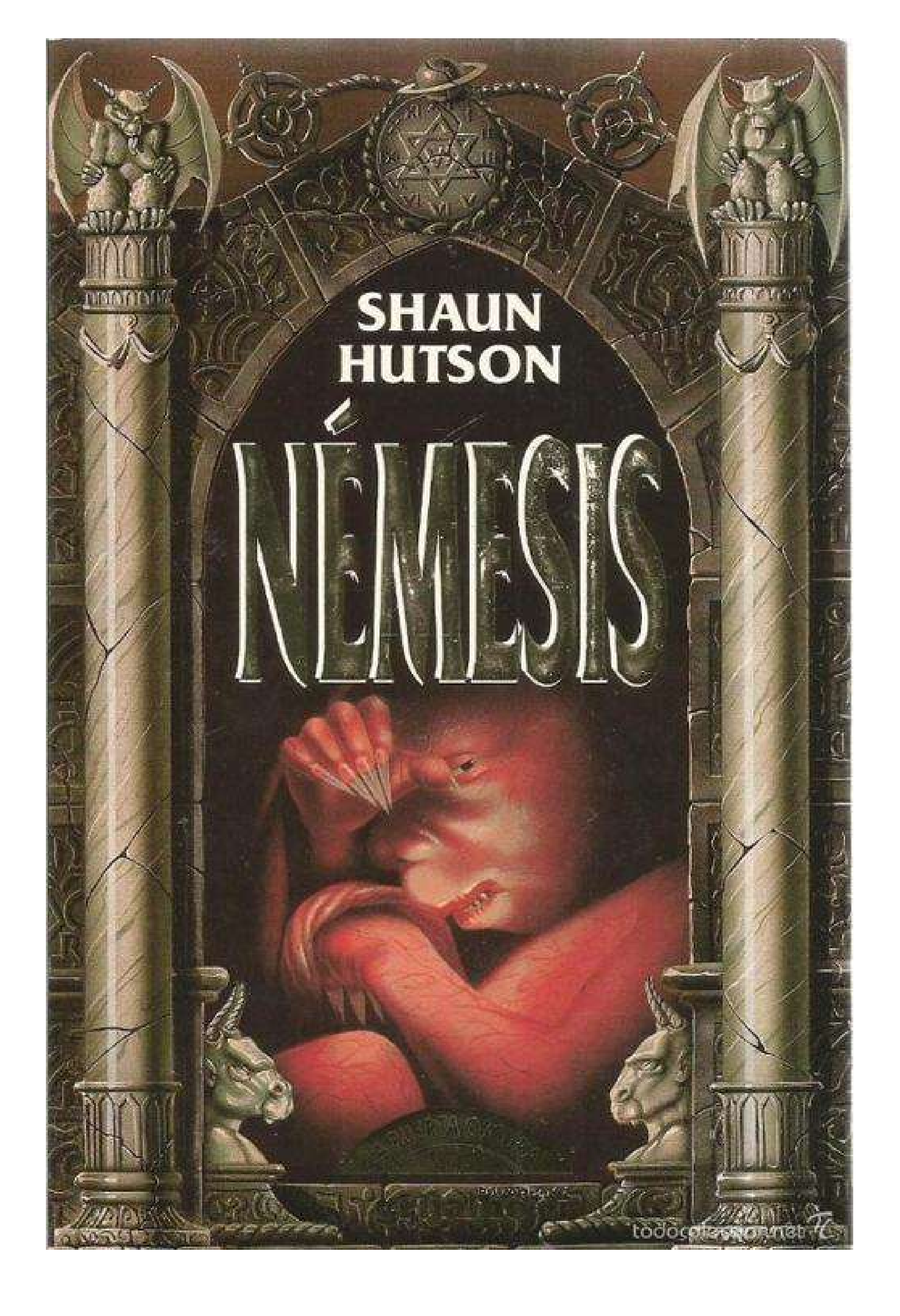

SHAUN
HUTSON
NÉMESIS



NEMESIS

Shaun Hutson

A Belinda con amor

15 de agosto de 1940

e estaban acercando.

No cabía la menor duda.

S El sordo estruendo que llenaba el pasillo subterráneo parecía brotar de los propios ladrillos, para inflamarse y envolverle como una tormenta inminente.

George Lawrenson no ignoraba que el túnel que recorría en aquel instante se encontraba al menos veinte metros por debajo de los pavimentos de Whitehall, pero ello no impedía que las reverberaciones le zarandeasen ligeramente mientras avanzaba.

Cada dos por tres, se desprendían del techo motas de polvo que quedaban flotando en el aire y partículas de yeso que, arrancadas por las incesantes sacudidas, caían como sólidos copos de nieve. Al paso, Lawrenson se sacudió el polvo de la chaqueta y levantó la vista hacia las luces, que acababan de vacilar una vez más.

Bajo el suelo había luz. En la superficie todo era oscuridad.

Lawrenson pensó que ese ejemplo preciso ilustraba perfectamente la singular inversión de papeles, el trastorno de la normalidad que todo el mundo estaba viviendo las últimas semanas. Donde debía haber negrura, reinaba la luz. Donde las farolas debían estar encendidas, la penumbra era dueña y señora.

En la superficie, la única claridad era la de las llamas.

La de las bombas incendiarias que arrojaba la Luftwaffe. La de las ardientes ruinas de casas y fábricas.

Todas las noches, durante los últimos quince días, era lo mismo, y nadie sabía cuánto tiempo iba a prolongarse. Los cielos de Londres rebosaban de aviones alemanes que vertían bombas y bombas sobre la capital y la transformaban en una antorcha gigantesca que resplandecía con las llamas de miles de incendios.

Lawrenson siguió adelante, con la carpeta firmemente cogida en su mano derecha.

Dobló una esquina y continuó a lo largo de otro infinito pasillo. Por encima de su cabeza, las bombillas debilitaron fugazmente su resplandor y luego recuperaron luminosidad otra vez.

Las bombas caían ahora sobre el dique.

Se aproximaban cada vez más.

¿Cuántas personas abandonarían a la mañana siguiente la relativa seguridad de las estaciones del metro para encontrarse con que su casa ya no existía? Con que la vivienda que llamaban hogar había quedado reducida a un montón de escombros ennegrecidos.

Todas las noches bajaban por las escaleras y se distribuían por los andenes de las estaciones, dispuestas a pasar la noche durmiendo o simplemente echadas en el suelo mientras escuchaban el martilleo que tenía lugar arriba. Luego, por la mañana, emergerían del subsuelo como una marea humana.

Como almas liberadas del infierno.

Sólo que subían por las escaleras para entrar en el infierno.

En calles que las bombas habían sembrado de cráteres, restos humanos y vehículos destrozados.

Pero, de momento, se hallaban en aquellas catacumbas como otros tantos conejos y lo único que podían hacer era aguardar y confiar esperanzados. Y rezar.

Mientras proseguía a largas zancadas por el corredor, Lawrenson pensó brevemente en su esposa. Vivían en el campo, a unos sesenta y cinco kilómetros de la capital. A diferencia de muchos otros, Lawrenson estaba razonablemente seguro de que su mujer se

encontraba a salvo. Todas las noches hablaban por teléfono y ella le comentó que veía el resplandor carmesí que se elevaba desde la ciudad. También le confesó que estaba asustada. Temía por la seguridad de Lawrenson. Pero, noche tras noche, él le garantizaba que no existía motivo de preocupación, que se retiraba a las cavernas subterráneas, como una especie de troglodita bien adaptado, y allí resistía tranquilamente la furia que, al llegar la noche, desencadenaban las fuerzas aéreas de Hitler.

El estruendo aumentó de volumen y las luces volvieron a nublarse un poco, pero Lawrenson no redujo esa vez el ritmo de su paso. Sostenía la carpeta junto al pecho, como si tratara de protegerla de los pequeños fragmentos de escombro que caían de la bóveda.

Al volver una esquina, dos figuras parecieron destacarse del muro y, en contra de su propia voluntad, Lawrenson titubeó.

Inclinó la cabeza en rápido saludo dirigido al primero de los hombres de uniforme e introdujo la mano en el bolsillo interior de la chaqueta, donde llevaba el pase de seguridad. Lo sacó para que lo inspeccionaran y dejó que el más veterano de los dos militares escrutase la pequeña fotografía que decoraba el pase. El hombre observó la imagen y miró después a Lawrenson, como si tratara de convencerse de que la persona que tenía ante sí era realmente la que el pase declaraba. Satisfecho, el soldado se volvió hacia la puerta, llamó con los nudillos, dio un paso atrás e introdujo a Lawrenson al interior.

Al otro lado de la puerta, le dio la bienvenida un tercer hombre uniformado. Un oficial.

El militar asintió amablemente con la cabeza y a continuación regresó a la mesa situada a su izquierda, donde él y otros dos hombres estaban reunidos alrededor de un mapa desplegado frente a ellos.

Otros mapas cubrían también las paredes. El cuarto tendría algo menos de veinte metros cuadrados y daba la impresión de que mapas y gráficos revestían hasta el último centímetro de sus cuatro muros. Lawrenson localizó un diagrama que reflejaba la retirada del ejército británico hacia Dunkerque.

La habitación olía a café y a humo de tabaco; Lawrenson agitó la mano ante sí como si tratara de disipar aquellos efluvios. Los ocupantes de la sala alzaron la mirada hacia él —con aire curioso los que le veían por primera vez— y los que le conocían le saludaron con

un movimiento de cabeza. Nadie sonrió.

Lawrenson se apartó de la frente un mechón de pelo y se acercó a la amplia mesa situada en el centro del cuarto. Dos hombres estaban sentados al otro lado de la misma, proyectada la vista sobre otro mapa. Al aproximarse Lawrenson, ambos levantaron la cabeza y el de más edad volvió a inclinarla en deferente saludo. Sus ojos fueron a la carpeta que llevaba Lawrenson, sin apartarse de ella, mientras el recién llegado la colocaba delante del maduro caballero.

Varios hombres más fueron a concentrarse en torno a la mesa, como si la carpeta tuviera propiedades de imán y los atrajera aunque estuviesen en los distantes rincones de la sala. Pero el de más edad era el único que estaba sentado. Se frotó los ojos brevemente para, acto seguido, ajustarse las gafas.

Afuera, la tierra volvió a estremecerse cuando otra lluvia de bombas se abatió sobre ella.

En el interior del cuartel general subterráneo, Winston Churchill inició la lectura del contenido de la carpeta titulada «Génesis».

CAPITULO 1

l automóvil pasó a escasos centímetros de la motocicleta y Gary Sinclair dobló bruscamente para evitar que le atropellara aquel vehículo lanzado a toda velocidad.

E

—¡Estúpido hijo de zorra! —gritó hacia las luces traseras de aquel automóvil que, en cuestión de segundos, desapareció al otro lado de una curva de la carretera, engullido por la noche.

Gary aspiró profundamente una bocanada de aire, estremecido y furibundo por lo poco que le había faltado. ¿Es que el conductor no le vio? Tal vez aquel cabrón imbécil iba cocido. De cualquier modo, la cosa fue bien justa. Cinco centímetros más y le sacude. La motocicleta vibró entre sus piernas como si participase de la aprensión de Gary e, instintivamente, el muchacho lanzó una ojeada al indicador de combustible. La aguja casi tocaba la línea roja, el depósito estaba a punto de agotarse. Gary farfulló algo entre dientes y redujo un poco el gas. Pensó que, si conducía a velocidad constante, era posible que llegara a casa antes de verse obligado a tirar de la moto. Cuando dio con ella un par de paseos de prueba, hubiera jurado que tenía una fuga de gasolina, pero su hermano, que era quien se la había vendido, le aseguró que no había nada de qué preocuparse.

«Nada de qué preocuparse», pensó Gary, indignado, al tiempo que echaba otro vistazo al indicador. Faltaban ocho kilómetros para llegar a Hinkston y dudó mucho de que lo lograra.

Como si tratase de fortalecer las dudas de su dueño, la motocicleta perdió velocidad de manera notable, a pesar incluso de que Gary dio al acelerador con violento giro de muñeca. El motor tartamudeó sin ánimo, antes de pararse del todo. Maquinalmente, Gary apoyó el pie izquierdo en el suelo para conservar la verticalidad, mientras la Kawasaki se detenía.

Gary rezongó, fastidiado, y bajó del sillín. Condujo la moto hasta el seto protector que flanqueaba la carretera, la apoyó en él, se quitó el casco y disparó una mirada llameante al vehículo. Se pasó los dedos por la melena de cabellos castaños, que le llegaban al hombro, y se puso en cuclillas junto a la 750. Al cabo de un momento se dijo que en aquel punto sería inútil revisarla, ni la mecánica ni ninguna otra cosa. Se

encontraba a ocho kilómetros de casa. No tenía más alternativa que la de empujar aquel maldito cacharro hasta la ciudad. Sacó el paquete

que llevaba en uno de los bolsillos laterales de la cazadora de cuero, encendió un cigarrillo y dejó que el humo descendiera hasta el fondo de los pulmones, abrasándolos a su paso. Luego cogió el manillar de la motocicleta, colgó el casco de la parte del acelerador y apartó la Kawasaki de la barrera protectora.

En el curso de la última hora se había levantado un viento bastante fuerte que hizo que la pelambrera de Gary aleteara en torno a su cabeza y delante del rostro, con los cabellos retorciéndose como puñados de serpientes. Se apartó unos mechones de la boca y maldijo otra vez a su hermano por haberle endilgado aquel trasto. A pie, desde donde estaba en aquel momento, tardaría más de una hora en llegar a Hinkston, y el peso de la motocicleta hacía aquel paseo de lo más incómodo. Se detenía cada cien metros y respiraba hondo un par de veces.

El aire era cortante y se alegró de llevar chándal debajo de la cazadora. Sin embargo, el esfuerzo de empujar la Kawasaki le producía bastante calor. Sólo sentía frío en la cara.

A ambos lados de Gary, los árboles se arqueaban como si arreciase el viento. La Luna se había retirado tras un banco de espesas nubes. La carretera estaba a oscuras, flanqueada por altos setos, más allá de los cuales se alzaban los árboles que, al chasquear las ramas, parecían burlarse de él. A su derecha, las bajas colinas impedían ver los accesos a Hinkston, ocultaban las luces de la ciudad y creaban así la impresión de que la distancia que había hasta ella superaba los ocho kilómetros. Gary consultó su reloj y vio que eran casi las doce y cuarto de la noche. Y tenía que estar en pie a las seis de la mañana. Volvió a poner verde a su hermano. Gary calculó que, al paso que iba, tendría suerte si estaba en casa a la una y media. Cuatro horas de sueño. Si de veras tenía suerte… ¡Santo Dios, estaría hecho unos zorros por la mañana! Pensó en telefonear y poner la excusa de que se encontraba enfermo, pero rechazó la idea. Aquel empleo en la panadería era el primero que se le presentaba desde que abandonó la escuela, dos años atrás. No se encontraba trabajo así como así y uno no podía permitirse el lujo de ser exigente. A los dieciocho años, con dos certificados de estudios secundarios y una experiencia laboral insignificante, Gary Sinclair no era precisamente el sueño dorado de un patrón.

Condujo la motocicleta por una curva de la carretera, al tiempo que apartaba con el pie unas ramas de árbol caídas. El viento debía de ser más fuerte de lo que pensaba.

Silbaba a través de los altos setos: el estridente gemido una *banshee*,

esa bruja que en

Irlanda y Escocia anuncia la muerte. Gary continuó adelante. El esfuerzo de arrastrar la Kawasaki le había hecho entrar en calor definitivamente.

El automóvil estaba estacionado a unos doscientos metros, frente a Gary.

Había una especie de zona de aparcamiento improvisada, apenas un hueco, junto al seto de la parte derecha, con un arcén fangoso delante, y el vehículo estaba parado allí, con las luces encendidas y el humo elevándose desde el tubo de escape.

Gary esbozó para sí un conato de sonrisa. Tal vez el conductor le llevase a Hinkston.

Podría meter la 750 en el portaequipajes. Seguramente al tío no le importaría. Apretó el paso decidido a llegar al coche antes de que arrancase.

Había algo familiar en aquel vehículo.

Algo...

Se encontraba a unos cuarenta y cinco metros cuando se dio cuenta de que era el mismo automóvil que poco antes estuvo en un tris de lanzarle contra la barrera protectora del seto.

Gary sintió un arrebato de indignación, pero fue muy breve, consiguió reprimirlo. Si el automovilista se mostraba dispuesto a llevarle, podría pasarse por alto la aberrante faena anterior. Bastaría comentarla al desgaire, en tono desenfadado. Aunque, razonó,

¿por qué darle tanta importancia?

Se acercó más al vehículo y, en la quietud de la noche, oyó el zumbido del motor al ralentí.

Tal vez el conductor no estuviera solo. Puede que le acompañase su chavala. Quizás había puesto el freno para echar un polvo rápido. Gary rió entre dientes y luego meneó la cabeza. Si estuviesen retozando en el asiento trasero el conductor no habría dejado el motor en marcha y todas las luces encendidas.

El monótono ronroneo de la máquina continuaba llenando la, aparte

de eso, completamente silenciosa noche.

El viento había amainado un tanto, si bien las ramas de los árboles seguían oscilando como si las moviesen hilos invisibles.

Gary empujó la motocicleta hasta llegar a unos seis metros del coche y escudriñó el vehículo desde allí.

Estaba vacío.

Pensó que el fulano habría ido al otro lado del seto a abrir el grifo de las vías urinarias. Gary se acercó un poco más. Se limitaría a esperar allí a que volviese el individuo en cuestión y le preguntaría si deseaba llevarle.

Gary apoyó la motocicleta en el seto y se llegó al coche; mientras admiraba la lisa y brillante carrocería, se dijo que iba a empezar a ahorrar para aprender a conducir y sacar el permiso. Le gustaba la moto, pero un coche tenía más clase. Anduvo en torno al automóvil y palmeó la capota como si estuviera examinando el vehículo con vistas a comprarlo.

El motor seguía ronroneando.

Gary volvió la cabeza para mirar hacia el seto, a la vez que se preguntaba a dónde podría haber ido el conductor. Suspiró y continuó su rodeo de inspección del coche. Su mano se deslizó casi inconscientemente hasta uno de los picaportes.

Se abrió la portezuela al accionarlo.

Enarcó las cejas.

Le pareció muy extraño. Ya estaba mal dejarse las luces encendidas y el motor en marcha, pero ¿abstenerse también de echar la llave a las puertas? Aquel automovilista o era muy confiado o muy estúpido. Gary probó la portezuela de atrás.

También estaba sin cerrar con llave.

Dio la vuelta hacia la parte del conductor y probó aquel picaporte.

No se sorprendió al comprobar que también se abría la portezuela.

El coche se movió.

Sólo unos centímetros, pero el desplazamiento bastó para que Gary se

sobresaltara y retrocediese un paso, al comprender que el freno de mano estaba suelto. El vehículo se detuvo cosa de diez centímetros más allá, con el motor todavía en funciones. Gary se adelantó y alargó la mano hacia el picaporte, decidido a, por lo menos, inclinarse dentro del vehículo y echar el freno de mano para que el automóvil dejara de rodar por la ligera cuesta abajo de la carretera. Llevó el brazo hasta la portezuela.

Unas manos le agarraron la parte posterior de la cabeza.

Notó que toda la intensidad de una fuerza incontrolable se aplicaba a la base del cráneo y que dos manos poderosas se cerraban alrededor de su nuca, con los dedos hundiéndosele en la garganta.

Pillado por sorpresa se sintió absolutamente desvalido, incapaz de detenerse cuando las manos le obligaron a avanzar con increíble rapidez y a estrellar la cabeza contra el cristal de la ventanilla de la parte del conductor.

El impacto abrió en su frente un corte del grosor de un cabello y un hililllo de sangre se deslizó por su rostro.

Mientras gritaba a causa del dolor y la estupefacción, sintió que le impulsaban hacia adelante por segunda vez, incluso con más violencia que antes.

Su cara fue a parar al techo del automóvil, por encima de la portezuela y una agonía abrasadora inundó su cabeza cuando dos dientes saltaron hechos trizas, uno de los cuales retrocedió hacia la lengua. La boca se le llenó de sangre y ésta se desbordó por los labios y bajó por el mentón, mientras Gary intentaba revolverse para rechazar al agresor.

Pero el furtivo atacante aprovechaba bien la ventaja que constituía la impotencia de Gary y otro demoledor contacto con el techo del automóvil le partió dos piezas más de su joven dentadura y le astilló la mandíbula inferior. Intentó gritar, pero el dolor le había llevado ya al borde de la inconsciencia. Cuando las manos aflojaron la presión que ejercían sobre su nuca, Gary Sinclair cayó encima de la capota y de allí resbaló hasta el suelo, entenebrecida la vista por el sufrimiento. Rodó hasta quedar de espaldas sobre el barro del arcén, de cara al agresor, que permaneció unos segundos erguido para luego arrodillarse junto a él, agarrar un puñado de cabellos y alzar el rostro cubierto de sangre como si quisiera examinar los daños causados.

Gary vio entonces el cuchillo.

La hoja tenía unos veinticinco centímetros de longitud. Era apenas más gruesa que una aguja de hacer punto.

Gary abrió la boca y las nuevas oleadas de dolor que nacían en la quebrantada mandíbula le arrancaron un gemido. Trató de liberarse de la mano que con tanta firmeza le tenía sujeto, pero fue inútil.

La punta del estilete le arañó el párpado superior y Gary notó que, a causa del miedo, los intestinos evacuaban.

La terriblemente afilada punta del cuchillo perforó sin esfuerzo el globo ocular derecho.

El asaltante lo empujaba despacio. No lo introducía en el agitado ojo del muchacho, lo insertaba con una especie de sádica precisión.

Gary encontró aliento suficiente para chillar, pero su frenético bramido se interrumpió en seco cuando en el interior de la órbita del ojo desaparecieron cinco centímetros más de hoja, que siguió profundizando a ritmo uniforme.

Cinco centímetros.

Siete centímetros y medio.

Diez centímetros.

Un borbotón de líquido vítreo chorreó sobre la mejilla y se mezcló con la sangre que ya cubría la piel.

El ojo pareció estallar como un balón lleno de agua. El blanco del ojo se tornó rojo y el globo ocular pareció desinflarse a medida que la hoja del estilete se hundía más. Un impulso final de presión y la punta taladró el lóbulo frontal del cerebro.

Gary Sinclair se estremeció y luego se quedó definitivamente inmóvil.

El cuchillo se retiró y el automovilista giró calmosamente la llave del maletero y lo abrió.

Tardó unos segundos en levantar el cuerpo de Gary y arrojarlo sin miramientos al compartimento trasero del vehículo. La tapa del portaequipajes se cerró con metálico chasquido y el conductor se dirigió sin prisas a la portezuela, se puso al volante y llevó el vehículo de nuevo a la carretera.

Una vez más, la negrura engulló las luces posteriores.

CAPITULO 2

arecía que alguien había sombreado con carbón la parte inferior de sus ojos.

Susan Hacket contempló el reflejo de su propia imagen que, desde la luna del P cristal azogado, le devolvía la mirada. Suspiró. Cogió el cepillo de encima del tocador, se lo pasó por la cabellera y escuchó el tenue crepitar de la electricidad estática. Se ahuecó los enmarañados rizos con la yema de los dedos y luego alargó la mano hacia el maquillaje. Tomó un pincel del estuche en forma de mano que tenía a la izquierda y empezó a aplicar una base al pálido semblante que seguía mirándola desde el espejo. El cepillo, el pincel y el maquillaje fueron un regalo que le hicieron el día de su vigésimo quinto cumpleaños, siete meses atrás. Pero, en aquel instante, se sentía como si tuviese ciento veinticinco inviernos.

Susan volvió a suspirar, cansada de sus propios esfuerzos por animar su aspecto. Se puso en pie, atravesó el rellano, entró en el cuarto de baño y se lavó la cara. Eliminado el maquillaje de fondo, se secó el rostro con una toalla y volvió a contemplarse, esta vez en el espejo del aseo.

Agradeció no sentirse tan horrible como daba a entender su aspecto. Ni siquiera los estragos de tanta preocupación, de tantas noches en blanco, podían ocultar su atractivo natural. Casi nunca se maquillaba a conciencia. La gente siempre le decía que no lo necesitaba. Pero en los dos últimos meses había cogido la costumbre de acicalarse para aquellas visitas nocturnas. Era un esfuerzo. A él siempre le había gustado que se maquillara, siempre la había piropeado, alabando su aspecto. ¿Que razón había ahora para dejar de pintarse? Sólo porque...

Volvió a salpicarse la cara de agua, se secó por segunda vez y regresó a la alcoba, donde apresurada pero expertamente se aplicó máscara y lápiz de ojos. Se dijo que las ojeras tampoco parecían excesivas. Unas cuantas noches durmiendo a gusto y se desvanecerían. Pero no tenía idea de cuándo iban a llegar esas noches.

Se puso chándal y vaqueros, se calzó unas botas de ante y, una vez más, salió al rellano. La puerta situada justo al otro lado estaba ligeramente entreabierta. Cruzó el corto espacio y se movió silenciosamente por la habitación, con todo el cuidado del mundo para no tropezar con la media docena de móviles que colgaban del

techo.

Blancanieves y los Siete Enanitos. Dumbo. El Cartero Pat. Todos se agitaban apaciblemente, impulsados por las tenues ráfagas de aire que entraban por la ventana.

Sue se frotó las manos, al tiempo que pensaba en lo mucho que había refrescado. Se llegó a la ventana, la cerró y, al retirarse, apretó una mano contra el radiador.

Se acercó a la cama, se puso en cuclillas junto a ella y levantó un poco la sábana que cubría a la pequeña figura dormida y acurrucada dentro del lecho.

Lisa Hacket continuó inmóvil mientras su madre le apartaba del rostro unos cuantos mechones rubio plateados. Luego, Sue se inclinó para depositar un beso en la mejillas de su hija de cuatro años.

—Te quiero —susurró. Luego, despacio, se enderezó y se deslizó fuera del dormitorio.

Al pie de la escalera, recogió el bolso y el chaquetón, segundos antes de asomar la cabeza por la puerta que daba al salón.

—Me voy, Caroline —dijo, sonriente—. Estaré de vuelta dentro de un par de horas.

Acomodada en el sofá, Caroline Fearns volvió la cabeza y, a su vez, le dirigió una sonrisa. Era una moza de dieciséis años, guapa y animada, de senos irritantemente voluminosos. Asintió con la cabeza y su sonrisa se hizo aún más amplia al mirar a Sue.

—Lamento haberte llamado tan precipitadamente —se excusó Sue—. Pero es que John tiene una reunión en el colegio esta noche y no sé a qué hora volverá. Si llega antes que yo, ¿querrás decirle que le he dejado un poco de comida en el horno, por favor?

Caroline asintió con viveza, sonrió de nuevo y proyectó su atención sobre la pantalla del televisor. Le gustaba actuar de canguro para los Hacket. Le pagaban bien, tenían televisión en color y, encima, vídeo. El padre de Caroline se negaba a comprar un televisor de color, incluso aunque cuando transmitían partidas de billar ruso se pasaba todo el tiempo quejándose de que no podía determinar qué bola era la que el jugador trataba de meter en la tronera. Pero, además del dinero y de la televisión, había una prima suplementaria. El señor Hacket insistía siempre en llevarla a casa, una vez concluida la misión de

niñera. A Caroline le parecía un hombre insoportablemente sexy (pese a que estaba ya en la treintena). La chica deseaba que su profesor de inglés tuviese la misma presencia que John Hacket.

Oyó cerrarse la puerta de entrada y consultó el reloj.

Las 6,35 de la tarde.

Esperaría a que acabase el episodio del serial que estaba viendo y luego se prepararía una taza de té. Se estiró en el sofá, complacida.

Un escalofrío estremeció a Sue cuando salió a la noche. El viento se abalanzó sibilante sobre ella y la mujer se subió el cuello del chaquetón al tiempo que se encaminaba hacia su automóvil y su mano revolvía el interior del bolso, en busca de las llaves. Se deslizó tras el volante del Metro y puso en marcha el motor, tras echar una breve ojeada a su rostro a través del espejo retrovisor. ¿Parecía suficientemente animada? ¿Ninguna grieta en la máscara?

Arrancó, mientras tomaba nota mental de que debía hacer un alto en el garaje para comprar unas flores.

Las flores eran muy importantes.

La vieron partir.

Ocultos en la oscuridad, dentro del coche estacionado a unos cincuenta metros, calle abajo, la observaron mientras se alejaba.

6,38 de la tarde.

Uno de ellos miró hacia la casa, hacia la luz encendida en el salón delantero.

Aguardarían un poco más.

CAPITULO 3

yó el ruido sordo que llegó de las alturas y entornó los párpados al mirar el techo, como si temiera que se hundiese. Pero no apareció fisura alguna, las vigas seguían firmes y el hormigón continuaba intacto. El techo se mantenía tan O inmaculado como estaba diez minutos antes, cuando clavó la vista en el punto situado justo encima

de su cabeza.

John Hacket se puso un brazo sobre la frente y aprovechó el movimiento para lanzar un vistazo al reloj. En el relativo silencio de la alcoba el tic tac resonaba estruendoso.

Tan regular como su propia respiración.

—¿En qué piensas?

La voz surgió a su lado, una voz de ligero acento irlandés.

Hacket volvió despacio la cabeza para mirar a Nikki Reeves. La joven tenía fijos en él sus enormes ojos castaños, observándole con aquella clase de mirada que tanto le atrajo desde el principio. Había miles de frases hechas para definir aquellos ojos, aquella mirada. *Ojos de vamos a la cama. Miradas hipnotizadoras.*

A Hacket casi se le escapó la risa.

¿Qué tal: «Fóllame y al diablo con los ojos de tu mujer?»

Nikki Reeves volvió preguntar, al tiempo que se apartaba del rostro un mechón de cabellos.

—¿Qué estás pensando?

Hacket meneó la cabeza, dando a entender que eso no importaba, y observó a la muchacha, que se incorporó sobre un codo como para contemplarle mejor. La diestra de Nikki se apoyó en el pecho del hombre y el índice empezó a trazar dibujos sobre la piel.

John percibió su perfume. Conocía bien aquel perfume. Tenía que conocerlo, puesto que se lo regalaba él. Un aroma delicado que se mezclaba con los almizcleños efluvios de sus esfuerzos poscoito.

—¿Qué te hace suponer que tengo algo en la cabeza? —preguntó Hacket, a la vez que su dedo índice recorría suavemente el labio inferior de Nikki.

Ella disparó la lengua y dio un lametazo a la yema del dedo que trataba de introducírsele en la boca.

—Porque estas muy silencioso —sonrió la joven.

Hacket se encogió de hombros.

—Hay que dar las gracias.

Hacket siguió tendido, inmóvil mientras ella continuaba acariciándole el pecho. Sólo los ojos se movían sobre la muchacha, recreándose en los detalles de su cara y de la parte superior del cuerpo. La sábana había caído, para dejar al descubierto los senos, con los pezones aún erectos. Hacket miró aquel bonito semblante y, de nuevo, se perdió en el fondo de aquellos ojos. El dedo abandonó los labios de Nikki para dedicarse a acariciar las mejillas y a disfrutar de la tersa suavidad de la piel. Y todo ello sin dejar de percibir el perfume. Era otra de las primeras cosas que le sedujeron. El hecho de que ella fuese tan guapa le había parecido casi secundario. El idilio empezó de varias maneras y a Hacket se le ocurrían mil y un tópicos más para definir aquella peculiaridad en la que tanta fe depositan hombres y mujeres. Pero tenía perfectamente claro que aquello no era un idilio. Era una aventura. Pura y simple.

Casi volvió a sonreír ante la ironía de la frase. No había nada puro y la simplicidad se erosionaba a rápidamente cuando un hombre tomaba una amante.

Nikki tenía veintidós años, era ocho más joven que Hacket. Llevaban liados tres meses. Desde que...

Trató de apartar de su mente aquella idea, pero el pensamiento se obstinaba en permanecer allí.

Desde que al padre de Sue se le declaró la enfermedad.

Hacket se preguntó si no estaría tratando de justificar sus actos ante sí mismo.

Incluso de echar a Sue la culpa de sus propias imprudencias.

El padre de la mujer agonizaba. Sue estaba preocupadísima. No disponía de tiempo para dedicárselo a Hacket, de modo que éste se buscó una querida. Exacto, se dijo John Hacket con amargura, era así de sencillo, cuando se reflexionaba hasta llegar al fondo.

Nikki se inclinó sobre él y apretó sus labios contra los de Hacket. Éste notó sobre sus dientes la apremiante lengua femenina, que pedía paso para adentrarse en la boca y

agitar la cálida humedad interior. Hacket respondió con ardoroso entusiasmo y, cuando por fin se separaron, ambos respiraban jadeantes. Hacket notó los pezones contra el pecho, mientras su propia

erección rozaba el vientre de Nikki, tendida junto a él.

Al cabo de un momento, la muchacha pasó por encima de Hacket y se sentó en el borde de la cama.

—¿He dicho algo inconveniente? —preguntó Hacket, mientras observaba cómo Nikki se ponía en pie y alargaba el brazo hacia una holgada camiseta de manga corta caída sobre una silla próxima.

La muchacha sonrió, al tiempo que se dirigía a la puerta y los amplios pliegues de la camiseta ocultaban su bien formada figura. Hizo una pausa en el umbral y la tenue claridad de la sala recortó su silueta.

—Tengo hambre —confesó—. ¿Quieres algo?

Hacket sacudió la cabeza.

—No, gracias, yo... —tosió—. No necesito nada.

«Tendré que comer algo cuando llegue a casa. Tendré que tomarme la cena que Sue me habrá preparado», pensó Hacket. Exhaló un suspiró profundo casi rabiosamente, se incorporó y se dispuso a fumar un cigarrillo. Sacó el paquete del bolsillo de los pantalones. Encendió un Dunhill y aspiró el humo a fondo. Se dijo, mientras echaba una vistazo al reloj, que por entonces Sue estaría ya en el hospital. La vigilia de todas las noches. Santo Dios, ¿por qué se torturaba Sue de aquel modo? Se pasaba en el hospital todas aquellas condenadas noches. Dejó escapar una bocanada de humo y observó cómo se iba disipando lentamente en el aire. ¿Cuánto tiempo iba a durar? Nadie lo sabía, nadie podía pronosticárselo a Sue. De la misma manera que nadie podía vaticinarle a él cuánto tiempo iba a prolongarse su aventura con Nikki. Dudas lancinantes, agazapadas en la parte posterior de su cerebro, le incitaban a darla por concluida de inmediato. Pero esas dudas sólo le asaltaban cuando se sentía a gusto, cuando se encontraba lejos de ella. Cuando estaba con Nikki, el deseo de romper su relación no era tan apremiante. No la amaba, eso ya lo sabía, pero experimentaba hacia ella un sentimiento más fuerte de lo que debiera. Nikki llenaba un hueco en su vida, un hueco que nunca tuvo por qué estar allí. Pero ¿volvía a echarle la culpa a Sue? El papel de esposo al que la mujer descuidaba y no entendía tampoco iba demasiado con John Hacket.

¿Y el del marido que se compadece de sí mismo?

Hacket dio otra chupada al cigarrillo.

¿Y el de insensible y egoísta mal nacido? Eso sí que parecía encajar perfectamente con él.

El regreso de Nikki interrumpió las divagaciones filosóficas de Hacket. Llevaba un vaso de leche y una bandeja con un par de emparedados, preparados a toda prisa. La joven se estremeció, hizo un comentario acerca del frío que reinaba en la cocina, se sentó en el borde de la cama, junto a Hacket, y dio un mordisco a uno de los bocadillos.

—Cerda —dijo él, al verla comer.

—Oink, oink —replicó Nikki, entre risitas.

Hacket le pasó un brazo alrededor de la cintura, tiró de la muchacha hacia sí y la besó en la oreja. Ella dejó el emparedado y, tras rozarle con los labios la punta de la nariz, cogió el vaso de leche. Tomó un sorbo, pero no se lo tragó. En vez de hacerlo, se inclinó sobre Hacket, con el blanco líquido asomándole por los labios. Cuando ella le besó, Hacket abrió la boca y dejó que Nikki le traspasara un poco de leche. Al separarse, una amplia sonrisa decoraba el rostro de la joven. Dejó caer una mano sobre un muslo de Hacket y acarició el vello que crecía allí. Luego, los dedos fueron explorando hacia arriba, las uñas arañaron delicadamente el escroto y, por último, la mano se cerró en torno al cada vez mas rígido pene.

—Tengo que irme en seguida —susurró Hacket, mientras ella apretaba el miembro viril, trabajándolo hasta que alcanzó la plena dureza.

—En seguida —le susurró al oído.

Siguieron tendidos en la cama, entrelazados sus cuerpos.

CAPITULO 4

n aquella zona particular de Clapham, todas las casas parecían idénticas. Con azotea y semiindependientes, habitadas por personas vulgares que llevaban una vida vulgar.

E

Personas como John y Susan Hacket.

La casa de John y Susan Hacket era la que los hombres del Ford Escort habían estado vigilando durante los últimos veinte minutos.

Como si les hubieran transmitido una señal silenciosa, ambos se apearon del automóvil y anduvieron sin prisas por el camino que llevaba al sendero del jardín posterior de la casa de los Hacket. Estaba apagada la lámpara de la puerta exterior y eso proporcionó a los dos hombres la protectora oscuridad que necesitaban. A ambos lados de la calle, las ventanas tenían corridas las cortinas. Era una hora demasiado avanzada para que los vecinos estuviesen atisbando por la ventana por si aparecía alguna visita.

Un par de puertas más abajo empezó a ladrar un perro, pero ninguno de los dos hombres se alteró. El primero de ellos, un sujeto alto, con brazos que parecían anormalmente largos, levantó sin hacer ruido el picaporte de la puerta del pasaje y la abrió.

Su compañero le siguió a la envolvente penumbra.

El pasaje tendría unos tres metros de longitud, el piso era de hormigón. Ambos hombres avanzaron cautelosamente por el estrecho camino, extremando el cuidado para no hacer el más leve ruido mientras se acercaban a la parte trasera de la casa.

El jardín estaba sumido en la oscuridad.

Había un triciclo oxidado en mitad del camino y el hombre que iba delante lo apartó con el pie, sin hacer caso del chirrido de protesta que soltaron las ruedas. Esbozó una sonrisa de oreja a oreja y miró hacia su compinche, que ya probaba la puerta posterior y descubría, lo que no era sorprendente, que estaba cerrada con llave.

El cuchillo que extrajo del cinto tenía cosa de veinte centímetros de longitud, era de corte doble y bien afilado.

Lo introdujo en el resquicio del marco de una ventana, accionó la hoja con habilidad, arriba y abajo, hasta que la falleba cedió. El hombre empujó suavemente y la ventana se abrió unos centímetros.

Peter Walton sonrió e hizo una seña con la cabeza a su compañero,

que se había puesto en cuclillas y unía las manos para formar un estribo. Walton apoyó un pie en aquel estribo y se elevó hasta encaramarse en el alféizar. Permaneció inmóvil unos segundos, antes de saltar al interior de la casa. Le llegó el ruido de la televisión mientras sus pies llegaban a las baldosas. Aguardó entre las tinieblas del cuarto a que su compañero le siguiese dentro de la casa.

Ronald Mills se movió con extraordinaria agilidad para ser hombre de casi metro ochenta y cinco de estatura. Franqueó el hueco de la ventana y se reunió con Walton, que ya había pasado a la cocina. Se acercó a la cerrada puerta. Aguzó el oído para percibir los rumores procedentes del salón.

Walton se mordisqueó pensativamente el labio inferior. No esperaba que en la casa hubiera alguien. Su expresión de desconcierto se fundió poco a poco, hasta transformarse en una mueca de satisfacción. Aquello era un momio suplementario.

Miró a Mills y asintió con la cabeza, al tiempo que llevaba la mano al picaporte.

La puerta se abrió sin producir el menor ruido.

Los dos hombres salieron al pasillo; la escalera quedaba a su derecha.

El volumen de la televisión era allí más alto.

Carolina acabó de ver los títulos de crédito del serial. Incluso contempló los anuncios que siguieron, una vez terminado el episodio. Era como si los viese en color por primera vez. Pero, finalmente, decidió prepararse la taza de té y subir luego a echar un vistazo a Lisa. Del dormitorio de la niña no le había llegado ruido alguno, nunca tenía problemas con ella, pero pensó que formaba parte de sus obligaciones de canguro comprobar que todo fuese bien. Caroline se estiró, se puso en pie y volvió la cabeza hacia la pantalla del televisor, como si le fastidiara tener que abandonarla durante demasiado tiempo. Abrió la puerta y salió al vestíbulo, donde aflojó el paso, dubitativa.

Estaba a oscuras.

¿Y no había dejado la luz encendida la señora Hacket al marcharse?

Carolina buscaba a tientas el interruptor cuando la mano se cerró en

torno a su garganta, ahogando cualquier intento de chillido. Se vio arrastrada hacia atrás y hubiera perdido el equilibrio a no ser por la mano que la sujetaba.

Notó que algo frío se adosaba a su mejilla y comprendió que se trataba de un cuchillo.

Ronald Mills oprimió la hoja, afilada como una cuchilla de afeitar, contra la carne de la mejilla de Caroline y le susurró al oído, en voz baja y áspera:

—¡Si haces el menor ruido te corto la puta cabeza!

26 de agosto de 1940

Parecía que la mujer no iba a dejar nunca de chillar.

Lawrenson había tratado de calmarla, había intentado tranquilizarla, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles.

No había forma de cortar sus alaridos.

—Que le den una inyección epidural, por el amor de Dios —saltó Maurice Fraser—.

Lo está pasando fatal.

Se inclinó sobre el rostro de la mujer y, como si necesitara una prueba de que la parturienta realmente sufría, contempló el dolor que irradiaban sus ojos saltones.

—Nada de analgésicos —dijo Lawrenson en tono quedo, sin dejar un segundo de observar a la mujer. Tendría unos veinticinco años, pero el dolor impreso en su semblante le hacía aparentar unos diez años más. Gruesas correas inmovilizaban los pies a los estribos de metal y los brazos también estaban firmemente sujetos. Sin embargo, a pesar de aquellas ataduras, la mujer se sacudía y se estremecía incesantemente a impulsos de las continuas oleadas de dolor que le recorrían desgarradoramente el cuerpo.

El blanco camisón que llevaba había dejado de cubrir la parte inferior de su persona, y al mirar el hinchado vientre, Lawrence observaba las intermitentes y violentas ondulaciones que nacían en el abdomen.

Daba la impresión de que la criatura trataba de abrirse camino a zarpazos.

Una contracción particularmente impetuosa cruzó por el interior de la mujer, que lanzó un alarido cuyos ecos repercutieron por la estancia. Lawrenson notó que se le erizaban los pelos de la nuca.

—Está perdiendo mucha sangre, doctor —dijo la enfermera Kiley, con la mirada puesta en el continuo flujo que salía por la vagina de la mujer. Ya habían utilizado, sin éxito, varios tapones para contener la hemorragia, los cuales estaban desechados en un recipiente metálico, como gruesos fragmentos de placenta. Añadieron otro medio litro de sangre al gota a gota desde el que la transfusión se inyectaba a la

mujer, a través de un retorcido tubo que quedaba a su izquierda. La aguja hipodérmica se hundía firmemente en el ángulo interior del codo.

—Saca al niño, por Dios, Lawrenson —dijo Fraser—. Practica una cesárea antes de que sea demasiado tarde. Vamos a perder a los dos.

Lawrenson sacudió la cabeza.

—Todo ira bien —afirmó.

Otro chillido penetrante llenó el cuarto y retumbó contra las paredes.

La enfermera Kiley, de pie entre las piernas de la parturienta, miró la rezumante vagina y luego alzó la vista hacia Lawrenson.

—Empieza a salir —advirtió.

Lawrenson se aproximó, ávido de presenciar el alumbramiento.

Fraser cogió el hombro de la mujer, deseoso de ofrecerle algún alivio, pero ella siguió gritando a causa del dolor y sus contracciones aumentaron en violencia. Sintió que algo la destrozaba por dentro, como si sus partes interiores se desgarraran y luego, increíblemente, el dolor pareció intensificarse.

Lawrenson vio la parte superior de la cabeza del niño y los labios vaginales, que se desplazaban hacia atrás como cortinas de carne, para dejar al descubierto los primeros

cinco centímetros de la criatura. Aquellos labios ensangrentados le recordaron una boca que tratase de expeler algo inflamado y de sabor amargo. Los labios se hincharon hasta que pareció que iban a rasgarse, hasta dar la sensación de que la mujer iba a partirse por la mitad. La sangre salió a borbotones por la ensanchada hendidura, que se abría cada vez más para soltar su preciosa carga.

La mujer empezó a agitarse frenéticamente sobre la cama, tan asolada por el sufrimiento físico que ello le dio fuerzas para liberar el brazo izquierdo de la correa que lo sujetaba. Al agitarlo ante sí, el gota a gota se soltó y la sangre chorreó desde el antebrazo y por el extremo del tubo. La enfermera Kiley se apresuró a acoplar la aguja de nuevo.

—Vamos —animó Lawrenson, mientras observaba cómo iba saliendo la cabeza del niño—. Empuje. Ya casi se acaba.

Hubo un suave y licuescente chorreo cuando la mujer defecó y las heces se mezclaron en las empapadas sábanas con la sangre que manaba de la vagina.

La cabeza ya estaba fuera y la criatura se revolvía de un lado a otro, como si ansiara desesperadamente abandonar su prisión carmesí. Los labios vaginales se estiraron aún más, mientras el niño aparecía a la vista. Lawrenson lo cogió, sin preocuparse de la sangre que le impregnó las manos.

Levantó al recién nacido, cuyo cordón umbilical parecía una hinchada culebra que le saliera del vientre, aún unido a la placenta que, segundos después, fue expelida en forma de grumo supurante.

La cabeza de la mujer cayó hacia atrás, cubiertos de sudor la cara y el cuerpo, enmarañado el pelo sobre la frente.

Fraser volvió la cabeza para mirar al niño, que Lawrenson alzaba en el aire como si fuera una especie de trofeo.

—¡Oh, Jesús! —murmuró el médico, con los ojos desorbitados.

La enfermera Kiley vio al niño y se quedó sin habla. Volvió la cabeza y vomitó atropelladamente.

—Lawrenson, usted no puede... —jadeó Fraser, y se llevó una mano a la boca.

—Este niño está bien, tal como pronostiqué.

Lawrenson se mostraba radiante, levantado el brazo, sin permitir que la criatura se le escurriera de la mano. El cordón umbilical palpitaba como una gruesa lombriz.

Parecía un putrescente parásito que extraía su alimento del estómago de la criatura.

Acercó el recién nacido a la madre, que se había recobrado lo suficiente como para alzar la mirada. El dolor nublaba sus ojos, pero, cuando parpadeó, la claridad volvió a ellos y entonces vio al niño.

—Su hijo —anunció Lawrenson, ufano.

Y ella empezó a chillar de nuevo.

CAPITULO 5

alton calculó que la muchacha tendría diecisiete años, tal vez algo más. No le importaba.

W Estaba de pie frente a él, entrelazadas las manos, moviendo los dedos como si fueran naipes de carne que estuviese barajando. Había lágrimas en los ojos de la chica, mientras la mirada iba de uno a otro de aquellos dos sujetos que la contemplaban como embelesados. Uno de ellos, el más alto, no cesaba de pasarse el dorso de la mano por la boca y Carolina tuvo la certeza de que el individuo babeaba. Su respiración era un resoplido áspero, como el jadeo asmático de alguien que anhela aire.

—Eres muy guapa —dijo Walton, y rozó la mejilla de Caroline con la punta del cuchillo.

La joven quiso tragar saliva, pero tenía la garganta demasiado seca para ello. Cerró los párpados y, entonces, las lágrimas fluyeron y rodaron por sus mejillas.

Walton presionó un poco más el cuchillo contra la carne y dejó que una de aquellas gotitas saladas se deslizase por la hoja. Retiró ésta y pasó la lengua para saborear la lágrima. Después dirigió una sonrisa a Caroline.

—Quítate la blusa —dijo, en voz baja y sin dejar de sonreír.

—Por favor, no me haga daño —suplicó la joven, al tiempo que se secaba las lágrimas con el dorso de la mano.

—Quítate la blusa —apremió Walton, casi inaudible la voz. Avanzó un paso más y acercó su rostro al de Carolina hasta casi rozarlo. Sobre el olfato de la muchacha cayó el aliento del individuo, saturado de hedor a tabaco rancio y dentadura careada.

Con todo, Caroline aún vaciló.

—¡Quítate esa jodida blusa si no quieres que te la arranque yo! —susurró Walton, apretados los dientes.

Caroline llevó los dedos al botón superior. Le temblaban las manos de modo incontrolable pero, despacio, se las arregló para soltar el corchete y repetir la operación hasta dejar la blusa completamente abierta. Se sonrojó, por encima del miedo.

—Dije que te la quitaras —la recordó Walton—. Obedece.

—Por favor…

—Hazlo —rugió el hombre.

Primero un hombro, después el otro, la delgada tela se apartó del cuerpo y cayó al suelo, delante de la chica. Caroline aspiró aire por la nariz y se esforzó, sin conseguirlo, para contener las lágrimas.

—Por favor, no me hagan daño —gimió. Su mirada fue de un hombre al otro, como si esperase algún asomo de compasión.

—¿Por qué lloras?

En esa ocasión, la pregunta la hizo Mills.

Se llegó hasta la joven, apoyó una mano en el hombro de Caroline y bajó la mirada sobre los pechos, que ella trataba de cubrir.

Le apartó las manos con un golpe y retiró la hombrera del sujetador.

—Tienes un pelo precioso —le dijo, al tiempo que envolvía la melena en sus dedos y tiraba de la cabeza de la chica para atraerla hacia su cara—. Dame un beso.

Sonrió ampliamente y luego miró a Walton, que asintió como incitando a su compañero a seguir.

—Bueno, anda, bésale —dijo Walton.

—Por favor…

No pudo continuar.

Mills atrajo bruscamente el rostro de Caroline hacia el suyo, y unió su boca a la de la muchacha. Caroline apretó los labios, asqueada, al sentir la gruesa lengua del hombre tratando de abrirse paso. La saliva del individuo resbaló por la barbilla de la chica.

—Es virgen. ¿Nunca has besado a nadie? —preguntó Mills, y la punta de su cuchillo presionó, suavemente al principio, la carne de Caroline por debajo del mentón. Observó cómo se mezclaban con sus propias babas las lágrimas de la muchacha.

—Quítate el sostén —ordenó Walton—. Enséñanos tu cuerpo.

Caroline sacudió la cabeza casi imperceptiblemente y empezó a sollozar.

—Dijiste que no querías que te hiciésemos daño —le recordó Mills. Volvió a cerrar el puño en torno a un mechón de la melena de Caroline. El afilado corte del cuchillo actuó sobre el pelo estirado y lo guillotinó sin esfuerzo, dejando suelto el puñado de cabellos—. Pelo hoy, aire mañana —rió entre dientes, y miró a Walton, que se limitó a inclinar la cabeza.

—Quítate el sostén —gruñó—. Ya.

Ella quiso implorar, trató de suplicar, pero las palabras no le respondieron. Así que se llevó las manos a la espalda, soltó el broche y aguardó unos preciosos segundos antes de retirar las manos, quitarse la prenda y dejar al descubierto sus senos.

Walton se frotó la parte interior de los muslos por encima de los pantalones, mientras se le acentuaba la erección.

—Ahora, los tejanos.

Caroline lloraba en silencio, las lágrimas se deslizaban profusamente por sus mejillas.

Los dos hombres estaban a poco más de medio metro de ella, dedicados con creciente excitación a contemplar el espectáculo del desnudo de la chica.

—No me maten —sollozó Caroline, en bragas ya frente a ellos—. Haré lo que me digan, pero no me maten.

—Quítate las bragas —indicó Mills—. Despacio.

Caroline introdujo los dedos entre la goma de la cintura y la carne y fue bajándose las bragas por las caderas, los muslos y las pantorrillas, para desprenderse de ellas por último y quedar completamente desnuda ante sus torturadores. Levantó la mano para cubrirse el rojizo vello púbico, pero Mills la agarró por la muñeca, condujo la mano a su propia entrepierna y la obligó a tocar el pene palpitante, a punto de estallar.

—¿Tienes novio? —preguntó Walton, al tiempo que se apretaba contra ella.

Caroline no contestó.

—¿Sí o no? —gruñó el hombre, y la obligó a volver la cabeza para que le mirase directamente a los ojos.

La joven denegó con la cabeza, nublada la vista a causa de las lágrimas, estremecido todo el cuerpo.

—Así que no tienes idea de lo que es el que un hombre te meta mano, ¿eh? —dijo Walton en voz baja—. Pues no sabes lo que te pierdes —Soltó otra risita boba *y* su mirada se posó unos segundos en los pechos de la moza—. Ahora, si te portas bien, no te haremos ningún daño. ¿Vas a portarte bien?

Caroline quiso decir que sí con la cabeza, pero era como si todo su cuerpo estuviese paralizado. Pensó que iba a desmayarse.

—Baila para nosotros —sonrió Mills.

—No sé bailar —gimió ella, a punto de venirse abajo.

—Venga ya —insistió Mills, en tono de reproche. La punta del cuchillo se clavó levemente en la mejilla izquierda de Caroline—. Todas las jovencitas saben bailar.

—Dijo que no iba a hacerme daño. Por favor…

Walton se inclinó para recoger las bragas con la punta del cuchillo. Las agitó en el aire como si fueran alguna clase de premio.

—Baila —dijo.

—Mamá.

Los tres oyeron la palabra.

Mills giró en redondo; una tenue sonrisa apareció en sus gruesos labios.

—¿Quién más hay en la casa? —saltó Walton, al tiempo que agarraba a Caroline por el pelo.

—Es una niña —advirtió Mills, brillantes los ojos.

—¿Dónde está? —le preguntó la voz áspera de Walton.

—Arriba —sollozó Caroline.

Volvió a oírse la quejumbrosa llamada.

Mills avanzó hacia la puerta.

—No le hagan daño —gritó Caroline, pero interrumpió en seco su ruego la mano de Walton al taparle bruscamente la boca y obligarla a sentarse en el sofá, con el cuchillo contra la garganta.

—Iré a verla —declaró Mills. Salió del cuarto para dirigirse a la escalera.

—Es muy bueno con los niños —informó Walton, en tanto se bajaba la cremallera de la bragueta—. Ahora te estarás muy tranquilita en mi honor, ¿verdad?

Mills llegó al pie de la escalera e hizo una pausa, aguzado el oído a la escucha de la voz que llegaba de arriba. Luego, despacio, empezó a subir.

Llegó al rellano y, al descubrir la puerta entornada, se encaminó hacia ella.

La abrió de par en par y vio a la niña sentada en la cama, recortada su silueta contra la luz.

La niña permaneció silenciosa mientras el hombre entraba en el dormitorio.

—¡Hola! —saludó Mills alegremente.

Lisa miró desconcertada al recién llegado. No le había visto nunca y continuó en silencio mientras él se arrodillaba junto al lecho.

—Eres una niña muy guapa —jadeó Mills—. ¿Cómo te llamas?

Lisa se lo dijo.

—¡Qué nombre tan bonito!

La empujó suavemente hasta que estuvo tendida de nuevo en la cama, la contempló, sonriente, se secó la boca con el dorso de la mano.

Y entonces empuñó el cuchillo.

CAPITULO 6

a enfermera jefe de sala inclinó la cabeza cortésmente cuando Susan se cruzó con ella. Susan correspondió con una sonrisa y anduvo pasillo adelante.

L Otra enfermera alta sonrió también a Susan. Allí, casi todo el

personal la conocía ya. Al fin y al cabo, llevaba mes y medio visitando noche tras noche el hospital. Era como si formase parte del mismo. Al empujar la puerta de la habitación quinientos sesenta y dos se preguntó durante cuánto tiempo seguiría repitiendo aquel rito.

Se detuvo unos segundos en el umbral y luego cerró la puerta tras de sí.

Flotaba en el aire el olor familiar a orina rancia y desinfectante, pero aquella noche se le había añadido un tufillo más acre. Lo reconoció como el de agua estancada. Las flores colocadas junto a la cama estaban marchitas; de algunas de ellas caían los pétalos sobre la mesita de noche. El agua aparecía turbia. Sin duda llevaban tres o cuatro días sin cambiarla.

Susan se llegó a la cama, consciente del frío que impregnaba el aire. Se estremeció involuntariamente y observó que la ventana estaba un poco abierta. Murmuró algo para sus adentros, la cerró, dejando fuera la gelidez que hasta entonces se había estado colando por la rendija. Después se volvió hacia la cama.

—¡Hola, papá! —saludó, en tono suave, y se puso en los labios su mejor sonrisa.

El hombre no la oyó.

La mayor parte del tiempo, durante los últimos quince días, se la pasado durmiendo o inconsciente. A veces a causa de las dosis extras de morfina que le administraban, en otras ocasiones debido simplemente a que el cuerpo se daba por vencido, se rendía al dolor y buscaba olvido en el sueño. Sue alargó el brazo y tocó la mano del hombre. Fría como el hielo. Para cubrirse sólo tenía una manta, que Sue se apresuró a arreglar para que le arropase hasta el cuello. Introdujo también bajo la manta los brazos del enfermo.

Al inclinarse sobre él, percibió con más intensidad el olor a orina rancia. El estado del hombre había empeorado tanto que le habían puesto un catéter y la mirada de Susan descendió hacia la bolsa medio llena de oscuros meados. Sue tragó saliva, mientras pensaba en lo indignos que eran. La bolsa venía a ser como la definitiva y concreta ilustración de la impotencia del enfermo, incapaz incluso de ir al retrete por su

propio pie. Ya no se levantaba de la cama. Al principio de la enfermedad, recién declarada ésta, el hombre podía pasear por el corredor, e incluso salir al jardín del hospital, pero el cáncer le había

agarrado con fuerza y todo lo que ahora permitía hacer a su víctima era seguir echada en la cama, mientras la devoraba por dentro.

Susan permaneció unos instantes junto al lecho con la mirada sobre el enfermo. La piel de éste tenía manchas amarillentas y estaba tan tirante encima de los huesos que parecía a punto de romperse.

Tom Nolan nunca había sido alto y robusto, ni siquiera cuando rebosaba salud, pero su aspecto actual era el de un evadido de Bergen-Belsen. Los ojos apenas eran un par de hundidos fosos, con los párpados levemente separados como si estuviera mirándola.

Mirando, pero sin ver. Susan oyó su áspera respiración y observó el casi imperceptible subir y bajar del pecho, acompañado de las rechinantes inhalaciones.

Eran los únicos síntomas de que el hombre aún vivía. El ralo pelo blanco le caía a un lado de la cabeza, con un par de mechones cruzándole en desorden la frente.

Sue abrió el cajón de la mesita de noche, tomó un peine y arregló con cuidado la frágil cabellera. Al retirar las manos se dio cuenta de que le temblaban. Contempló al enfermo durante unos segundos más y luego cogió el jarrón y arrojó las flores muertas al cubo de la basura. Fregó el jarrón en el lavabo y dispuso en él las flores que había comprado camino del hospital.

Cuando se disponía a colocar de nuevo el jarrón en su sitio observó que encima de la mesita de noche había un sobre. Lo abrió y extrajo una tarjeta que llevaba escritas las palabras:

«ESPERO QUE PRONTO ESTÉS DISPUESTO PARA LA

LUCHA».

Debajo aparecía el retrato de un boxeador. Desplegó la tarjeta, mientras apretaba los dientes como si estuviese intentando resistir un dolor. Sue no reconoció la firma que figuraba allí, pero sabía quién había escrito lo de: «Ponte bueno en seguida».

Rasgó la tarjeta y el sobre, con movimientos casi rabiosos y luego tiró los pedazos al cubo de la basura, donde hicieron compañía a las flores.

«Ponte bueno en seguida —repitió para sí, clavados los ojos en la apergaminada y encogida figura de lo que era su padre. Sonrió casi irónicamente—. Uno no se "pone bueno en seguida" cuando tiene cáncer de pulmón —pensó—. Uno no se pone bueno nunca. Uno se queda tendido en la cama sin poder hacer nada más que dejar que el mal te corroa desde el interior. Uno no tiene más remedio que dejar que la enfermedad le convierta en un esqueleto. Que le destroce entre dolores insufribles.»

Sin que se percatara de ello, las lágrimas inundaron sus ojos.

Todas las noches le veía, sentada junto a él, todas las noches se prometía a sí misma que no iba a llorar, pero, una vez más, contemplarle tendido allí, a la espera de la muerte, resultaba demasiado duro. Se sentó en el borde de la cama, se sacó un pañuelo del bolsillo y se secó las lágrimas.

Sus propios lloriqueos contenidos eclipsaron el áspero rumor de la respiración de su padre. Susan apretó los dientes, hasta que le dolieron las mandíbulas, y luego se sonó la nariz y suspiró cansinamente. ¿Cuánto tiempo duraría aquello? ¿Cuántas noches más de angustiosa espera? Había veces, cosa que ocurrió en especial durante las dos semanas últimas, en que le entraban ganas de rezar por la muerte de su padre. Al menos, así dejaría de sufrir. Pero cuando le asaltaban aquellos pensamientos, se lo reprochaba en seguida. La vida era algo tan precioso que había que aferraría como fuese, retenerla por muchas afrentas que le reportase a uno, por muchos sufrimientos que le representaran. La vida con dolor siempre era mejor que no tener ninguna clase de vida.

Se preguntó si su padre pensaría lo mismo.

Sue apretó la mano del hombre por encima de la tela de la manta y notó de nuevo lo delgado que estaba. Le pareció terrible, y al mismo tiempo desconcertante, que después de observarle durante tanto tiempo y ver cómo se consumía ante sus ojos, aún le quedasen a ella lágrimas que ofrecer. Todas las noches, cuando llegaba al hospital, se decía que no iba a llorar, que se había acostumbrado ya a su aspecto, a la idea de que sólo ganaba tiempo a la espera de que llegase la muerte para él. Pero también todas las noches veía sus devastadas facciones, se daba cuenta una vez más de que pronto habría desaparecido para siempre y las lágrimas brotaban.

Sabía que era la única persona que le visitaba. Ocurría lo mismo que cuando el hombre habitaba en su piso de Camden, antes de que se le

declarase la enfermedad.

Sue tenía una hermana un año mayor que ella, que residía a cosa de sesenta kilómetros de Londres, o sea, a menos de una hora en automóvil, pero que sólo apareció por el hospital en dos ocasiones, al principio. Antes de que el cáncer se apoderase realmente del enfermo. Sue no se lo reprochaba. Sabía que diversos motivos de tipo práctico le impedían hacer visitas más frecuentes. Además, en los últimos quince o veinte días, ella consideró que sus visitas nocturnas eran casi una obligación. Iba allí por cariño hacia su padre, pero también porque sabía que, durante la infancia y adolescencia, él la adoraba. Era su hija preferida, su «pequeña». Sue tenía que estar allí junto a él.

Contuvo otro ramalazo lacrimógeno y tomó de nuevo la mano de su padre. Estaba gélida, y a pesar de que ella la frotó con la suya, siguió estando helada. Era casi como si absorbiera la frialdad del aire y la acumulase bajo la piel de cera.

No se produjo aquella interminable espera cuando falleció su madre. Un fulminante ataque de apoplejía se la había llevado nueve años antes. La celeridad con que ocurrió fue demoledora, pero en aquel instante, sentada al lado de su padre, Sue se preguntó qué sería preferible. Aunque se daba perfecta cuenta, lo mismo que todo el mundo, que allí no había nada preferible. La muerte sólo acarreaba dolor y sufrimiento, cualquiera que fuese la forma en que se presentara. A raíz del fallecimiento de su madre, Sue comprendió no sólo la irrevocabilidad de la muerte, sino también el vacío que producía en las vidas de quienes quedaban. Fue testigo del efecto asolador que la muerte de su esposa causó al hombre. El piso que habían compartido durante treinta años, donde habían criado una familia, se convirtió en una cárcel para el padre de Sue. Una celda llena de recuerdos, cada uno de los cuales no le proporcionaba alegría alguna, sino sólo dolor, puesto que el hombre sabía que recuerdos era lo único que le quedaba. No tenía futuro por delante, sólo pasado en el que reconcentrarse.

Sue conocía ahora ese sentimiento. Disfrutó de buenos ratos con su padre, pero, una vez él hubiese muerto, a ella sólo le quedarían recuerdos, esos recuerdos que a veces se desvanecían. Incluso los agradables.

La idea provocó un nuevo fluir de lágrimas, que Sue se apresuró a secar con el dorso de la mano.

Con el mismo dorso de la mano tocó la mejilla de su padre, rozó la

prominencia de los pómulos y recorrió los surcos que se habían formado en las facciones del enfermo.

Esa vez no hubo lágrimas, permaneció así los siguientes quince minutos, acariciándole la cara y el pelo, apretándole la mano.

Por último, Sue consultó el reloj, comprobó que habían concluido ya las horas de visita y oyó los pasos de otras personas que marchaban a lo largo del pasillo, hacia la salida. Se puso en pie, despacio, volvió a subir la manta y la ciñó en torno al cuerpo de su padre, para dejarle arropado, protegido del frío. Después se inclinó y le dio un beso en la frente.

—Buenas noches, papá —susurró—. Hasta mañana.

Dio media y, sin mirar a su espalda, abrió la puerta y salió en silencio de la habitación, como si no deseara molestarle.

CAPITULO 7

e puso la camisa y se embutió en los tejanos mientras oía el ruido del agua de la ducha. A través de la abierta puerta del cuarto de baño distinguió la borrosa silueta de Nikki, tras el cristal esmerilado.

S

Hacket se abotonó la camisa, se calzó las zapatillas deportivas y empezó a atar los cordones. Sentado en el borde de la cama, alzó la cabeza al oír que se cerraba el grifo de la ducha. Al cabo de un momento, Nikki salió del cuarto de baño, con el cuerpo reluciente de agua, y Hacket admiró la figura de la muchacha durante los segundos que ella tardó en envolverse en una toalla. Al adentrarse en el dormitorio, de los largos zarcillos de su melena cayeron gotas de agua sobre los hombros de la muchacha. Cruzó el cuarto hasta Hacket y, al inclinarse para besarle suavemente en los labios, le mojó la camisa. Se quitó la toalla que tapaba su cuerpo y empezó a secarse los brazos y las piernas. Hacket la contempló unos segundos más, todavía sentado en el borde de la cama.

Tenía la mirada fija en la cadena de oro que la joven llevaba alrededor del cuello y de la que colgaba un pequeño ópalo. Otro de los regalos que le había hecho. «Si vas a tener una aventura, hazlo con estilo —se recordó—. Cómprale cosas. Demuéstrale que te importa.» Hacket casi se echó a reír ante sus propios pensamientos. Qué te importa.

¿Qué diablos sabía él de eso? Si le importase alguien, tendría que encontrarse en casa y no disponiéndose a salir del piso donde vivía su amante.

Pero su autorrecriminación no tenía la vehemencia que debiera tener. Respiró hondo y dejó escapar el aire, al tiempo que alargaba la mano para tocar la pierna de Nikki, que la había levantado para apoyar el pie en la cama y sacudirse el agua con la toalla.

—¿Tienes que irte ya? —preguntó Nikki.

Hacket asintió con la cabeza.

—Sue no tardará en volver del hospital —dijo—. Será mejor que empiece a moverme.

—¿No te preguntará dónde has estado?

—Le dije que tenía una reunión.

—¿Confía en ti o simplemente es ingenua? —Había un asomo de sarcasmo en la voz de Nikki, pero Hacket lo pasó por alto.

—¿De veras quieres saberlo? Creí que no deseabas saber nada de mi esposa —

repuso, en tono irritado.

—Pues no. Fuiste tú quien la mencionó primero. —Terminó de secarse, cogió la bata, se la puso y empezó a secarse el pelo—. ¿Piensas en ella cuando estas conmigo?

Hacket frunció el ceño.

—¿Qué es esto? ¿El tercer grado? —Se enrolló las mangas de la blanca camisa, dejando a la vista sus gruesos antebrazos.

Se miraron en silencio durante unos segundos y, al final, el tono de Nikki se suavizó un tanto.

—Escucha, John, no quise parecer tan viperina.

—Pues te las has arreglado puñeteramente bien —repuso Hacket.

—Te quiero. No deseo saber nada de tu mujer ni de tu familia, y si eso te hace pensar que soy insensible, pues lo siento. Te metiste en esta aventura por propia voluntad, lo mismo que yo. Si ahora has cambiado de idea, si te sientes culpable, entonces quizá no deberías estar aquí.

—¿Quieres que siga aquí?

Nikki se inclinó y le besó.

—Claro que sí. Te quiero aquí siempre que pueda tenerte. Pero tampoco soy estúpida. Me doy perfecta cuenta de que este asunto nuestro no va a durar mucho. No puede durar. Y no voy a pedirte que abandones a tu esposa por mí. Sólo deseo disfrutarte mientras pueda. Eso no tiene nada de malo, ¿verdad?

Hacket sonrió y denegó con la cabeza. Se levantó, la abrazó y la besó. Su lengua se abrió camino entre los labios de Nikki, dejó atrás la dentadura y buscó la humedad que había más allá. La muchacha correspondió apasionadamente, la toalla fue a parar al suelo, los senos se oprimieron contra el pecho de Hacket. Cuando se separaron, Nikki respiraba acalorada, sonrojado el semblante. Se le quedó mirando interrogadoramente y Hacket aguantó la intensidad que irradiaban los ojos de la joven.

—¿Qué es lo que quieres, John? —le preguntó—. ¿Qué consigues con esto? ¿Qué soy yo? ¿Sólo un polvo rápido? ¿Un plato extra?

—Eres más que un plato extra —dijo Hacket—. Por Cristo, odio esa expresión.

—¿Cómo me llamarías? ¿Amante? ¿Novia? Eso hace que parezca más respetable,

¿verdad? ¿Qué me dices de querida?

—Querida es una ramera a la que no hay que pagar —repuso él llanamente—. ¿Qué importan los nombres, Nikki? Preguntas demasiado.

Pasó el dedo índice acariciadoramente por debajo de la barbilla de la chica.

Ella se lo cogió, lo alzó hasta sus labios, lo besó y le pasó la punta de la lengua por la yema.

—Gastas demasiado dinero conmigo —recordó Nikki, mientras tocaba el ópalo del collar—. No me hagas daño, John, eso es todo lo que te pido.

Hacket enarcó las cejas.

—Nunca te hice daño. ¿A qué viene eso?

—Es que estoy asustada. Asustada de complicarme en esto, de empezar a pensar demasiado en ti. Puedes lastimarme sin darte cuenta.

—Eso es un arma de doble filo. No puedo apagar y encender mis emociones así como así, Nikki. Me arriesgo tanto como tú. Y tengo más que perder. Si me enamorase de ti, tendría que...

Dejó la frase en el aire.

—Tu esposa y tu hija —concretó Nikki.

—Sí, esposa, hija e hipoteca que mantener —sonrió Hacket, sin el más leve indicio de humor.

—De modo que seguimos —determinó la joven—. Como dije, te quiero siempre que pueda tenerte. Lo único que debo hacer es andar con cuidado.

Le besó.

Hacket consultó su reloj y se dirigió a la puerta. La muchacha se envolvió de nuevo en la toalla y le acompañó hasta el vestíbulo.

—¿Cuándo nos vemos? —preguntó.

Hacket hizo un alto, con la mano en el tirador de la puerta.

—Mañana, en la escuela. Podemos cruzarnos y fingir que no nos conocemos, tal como venimos haciendo hasta ahora —articuló él, con cierta amargura en la voz.

—Sabes a qué me refiero. ¿Me llamarás?

Asintió con la cabeza, la sonrió y se fue.

Tomó el ascensor hasta la planta baja y cruzó la acera hacia el punto donde tenía aparcado el coche. Se puso al volante del Renault y permaneció sentado allí un buen rato, en la oscuridad, luego miró en dirección a la ventana del piso de Nikki, al otro lado de la cual la luz continuaba encendida. Expulsó el aire de los pulmones y golpeó el volante con rabia. Soltó un taco entre dientes y después, con un furioso golpe de muñeca, puso el motor en marcha, metió la primera y arrancó.

Si el tráfico era fluido estaría en casa en menos de cuarenta minutos.

CAPITULO 8

l primer automóvil de la policía se encontraba estacionado en la calzada de acceso a la calle.

E Cuando se aproximaba a la casa, Susan Hacket pasó junto al coche y observó la presencia de los agentes uniformados. Sin embargo, la enorme cantidad de luces rojas y azules que parecían llenar la noche la deslumbraron casi totalmente. Sobre las ambulancias y coches patrulla, las sirenas estaban apagadas y, como los hombres se movían en relativo silencio, aquello daba la impresión de ser una escena de película muda. Sue frunció el entrecejo, intranquila al ver tantos vehículos oficiales.

Tardó apenas un segundo en comprender que estaban aparcados a la puerta de su propia casa.

—¡Oh, Dios! —susurró para sí, y detuvo el coche.

Saltó desde detrás del volante y atravesó la calzada en dirección a los agentes de uniforme que andaban por allí, en grupos bien ordenados, la mayor parte de los cuales dedicada, al parecer, a vigilar los portillos de las otras casas. Sue vio que salía luz de las ventanas de todas las fachadas delanteras, incluso distinguió rostros o siluetas de vecinos que atisbaban la noche, deseosos de enterarse de lo que estaba ocurriendo.

Un pánico incontrolable se apoderó de Susan al ver que dos enfermeros entraban en su casa.

Echó a correr, esquivando a un policía que trató de cortarle el paso.

Dos hombres más se movieron para interceptarla en el instante en que llegaba a la puerta frontal.

—¿Qué sucede? —preguntó en tono brusco, bloqueado su paso por un fornido sargento—. Déjeme pasar, por favor. Vivo aquí. Mi hija está dentro.

Otro hombre, un hombre que se andaría por los treinta y cinco años, vestido con chaqueta marrón y pantalones grises, fue quien habló. Había aparecido por detrás del sargento y miró a Sue de arriba abajo, valorativamente, como si tratara de reconocerla.

—¿Señora Hacket? —preguntó por fin.

—Sí. ¿Qué ocurre? Por favor, dígamelo.

El sargento se apartó a un lado y Sue entró precipitadamente en el vestíbulo.

Percibió el hedor instantáneamente.

La acre pestilencia de los excrementos, mezclada con cierto olor no muy distinto al cobre.

El hombre de la chaqueta marrón se interpuso en el camino de Sue y cuando ella intentó rodearle, la agarró por los brazos y la retuvo. El hombre estaba pálido y la barba ponía en su mentón una tonalidad oscura. Sue notó que sus ojos eran profundamente penetrantes. Ojos de un azul perfecto que parecían taladrarla hasta el fondo del alma.

Eran unos ojos tristes.

—Por favor, dígame qué está pasando —rogó Sue, al tiempo que

forcejeaba para liberarse.

—¿Es usted la señora Susan Hacket? —volvió a preguntar el hombre.

—Sí, tenga la bondad de explicarme qué ocurre —lo dijo prácticamente chillando—.

¿Dónde está mi hija?

Fue entonces cuando los enfermeros de la ambulancia salieron del salón y Sue volvió a tener conciencia del hedor, que se hizo entonces más fuerte.

La camilla que llevaban los enfermeros iba cubierta por una sábana que la mujer supuso había sido blanca alguna vez. Estaba empapada de color carmesí y Sue comprendió que aquella mancha roja era sangre. Se le desorbitaron los ojos frenéticamente y corrió hacia la camilla.

El hombre de la chaqueta marrón trató de retenerla, pero Susan se soltó un brazo, alargó la mano hacia la sábana y la retiró unos centímetros.

—¡No! —chilló.

Mientras los enfermeros cubrían apresuradamente el ensangrentado cadáver de Caroline Fearns, Sue notó que la bilis ascendía desgarradoramente desde el estómago.

En una fracción de segundo había tenido tiempo de ver el rostro de Caroline acuchillado en una docena de puntos distintos, arrancados los labios con un corte que sólo dejó un terrible agujero en el sitio donde estuvo la boca. Tenía la cabellera

enmarañada y mezclada con la sangre que manó de las heridas que le ocasionaron la muerte.

El hombre de la chaqueta marrón trató de conducir a Sue a la cocina, lejos de la vista del cuerpo de Caroline, pero la mujer se resistió, hasta que el hombre tuvo que sacarla del vestíbulo y llevarla la cocina poco menos que en volandas.

—¿Dónde está Lisa? —jadeó Sue, incapaz de tragar saliva.

—Señora Hacket, soy el sargento detective Spencer...

A Sue no le interesaba la identidad del policía.

—¿Dónde está mi hija? —clamó la mujer, mientras las lágrimas empezaban a asomar por el extremo de las órbitas.

—Su hija ha muerto —anunció Spencer de golpe, esforzándose en inyectar un poco de compasión en sus palabras, pero comprendiendo que era imposible.

Retuvo a Sue uno momento y, al final, ella logró liberarse de un tirón y chocó de espalda contra la mesa. Durante unos segundos, el sargento detective temió que la mujer iba a desmayarse, pero Sue se agarró a una silla y cayó sobre el asiento.

—¡No! —murmuró Sue.

—Lo lamento, señora Hacket —dijo, cogiéndole la mano.

La tenía helada.

—¿Dónde esta la niña? —preguntó Sue, con la cara blanca como el papel y una mirada implorante en unos ojos que recorrían el rostro de Spencer suplicando la respuesta.

—Arriba —articuló el policía, para añadir atropelladamente—: Hemos tratado de ponernos en contacto con su esposo…

—He de verla —decidió Sue—. Tiene que dejarme verla. Por favor.

Se puso en pie e intentó apartar a Spencer que, de nuevo, actuaba como barrera humana.

—Déjeme pasar —gritó Susan Hacket—. Tengo que verla.

Spencer cerró tras de sí la puerta de la cocina, encerrando a la mujer consigo dentro de la estancia.

—No puede usted hacer nada —dijo—. Su hija ha muerto.

Sue se quedó repentinamente petrificada y, tras emitir un gemido final de desesperanza, se desmayó.

CAPITULO 9

uando Hacket llegó a su casa sólo quedaba un coche de la policía aparcado delante de la vivienda. Le lanzó una mirada fugaz al dirigirse hacia la puerta delantera. Se buscó las llaves en el bolsillo y entonces recordó que las había dejado C en la otra chaqueta. Tocó el timbre y, mientras esperaba, se echó el aliento sobre las manos en un

intento de calentárselas.

Abrió la puerta Spencer.

Hacket se quedó mirando desconcertado al policía, inmóvil en el umbral, aunque Spencer le franqueaba la entrada.

Al otro lado de la calzada se agitó una cortina, cuando la familia que residía en la casa de enfrente trató de averiguar qué pasaba.

—¿Señor John Hacket? —preguntó Spencer.

El profesor asintió, al tiempo que, por fin, reaccionaba de su pasmo y cruzaba el hueco de la puerta. Ésta se cerró a su espalda.

—¿Quién es usted? —inquirió Hacket con voz titubeante.

Spencer se presentó.

—No comprendo. ¿Por qué está usted aquí?

Hacket se encontró conducido a la cocina, donde aguardaba otro policía de paisano.

El segundo hombre se presentó como inspector detective Madden. Era cinco años mayor que su subordinado, el pelo le encanecía en las sienes, en radical contraste con el tono negro azabache del bigote y de las cejas que, enlazadas sobre la nariz, tenían todo el aspecto de un perpetuo fruncimiento de ceño. Sin embargo, su voz era tan cálida que parecía casi incongruente respecto a su apariencia. Indicó a Hacket que se sentara y el profesor obedeció. Vio el tazón de té que empujaron hacia él.

—¿Querrá decirme alguien qué es lo que pasa? —manifestó Hacket, en tono irritado—. ¿Ha ocurrido un accidente? Mi esposa, ¿se trata de mi esposa?

—Su esposa se encuentra en casa de los vecinos de al lado —informó Madden en voz baja—. Le han administrado un sedante y ahora duerme.

—¿Un sedante? ¿De qué rayos está usted hablando? ¿Qué ha sucedido?

Hablaba a saltos, mientras los ojos iban de un lado a otro, entre los dos policías.

—Esta noche asaltaron su casa —dijo Madden, en voz baja y uniforme —. Cuando llegamos, descubrimos dos cuerpos. Creemos que uno es de una muchacha llamada Caroline Fearns, nos parece que el otro es el de su hija de usted. Han muerto, señor Hacket. Lo siento.

—Muerto...

La palabra, el mero hecho de pronunciarla pareció eliminar de súbito toda la rabia y la irritación de Hacket. Ladeó ligeramente la cabeza. Intentó tragar saliva, pero tuvo la sensación de que su garganta estaba llena de arena. Cuando volvió a articular la palabra, salió de sus labios como un susurro ronco.

—Lo siento —repitió Madden.

Hacket se cogió las manos ante sí, encima de la mesa, y su mirada fue directamente a la taza de té. Se mordisqueó los nudillos durante unos segundos, envuelto en silencio.

Los policías intercambiaron una mirada y luego observaron al profesor, que, al final, se las arregló para croar otra palabra.

—¿Cuándo?

—Creemos que ocurrió entre las siete y las ocho de esta noche —le respondieron.

Hacket rechinó los dientes.

—¡Oh, Dios! —murmuró. Se sintió enfermo, dudaba de poder dominarse. Cerró los ojos y apretó los párpados hasta que frente a él bailotearon estrellas blancas. Entre siete y ocho. Mientras él estaba con Nikki.

Se frotó la cara con ambas manos, todavía esforzándose en controlar las náuseas.

Abrió la boca, pero ninguna palabra brotó de ella. Quería decir muchas cosas, deseaba enterarse de todos los detalles, pero le era imposible hablar. Por fin, unas cuantas palabras lograron escapar a través de los labios.

—¿Por qué? —preguntó, patéticamente—. ¿Por qué las mataron?

La pregunta llevaba inherente una inocencia casi infantil.

Madden pareció sentirse incómodo al escucharla.

—Todo indica que alguien irrumpió con ánimo de robar —dijo—. Cuando encontraron a su hija y a la muchacha...

Dejó que las palabras se desvanecieran en el aire.

—¿Cómo lo hicieron? —preguntó Hacket, con acerado desconcierto en el tono, pese a que no podía mirar a la cara a ninguno de los dos policías.

—No creo que necesite conocer los detalles todavía, señor Hacket —repuso Madden.

—Pregunté cómo lo hicieron —gruñó Hacket, al tiempo que miraba airadamente al inspector detective—. Tengo derecho a saberlo.

Madden vaciló.

—Con un cuchillo —articuló, quedamente.

Hacket inclinó rápidamente la cabeza, y su mirada cayó de nuevo.

En el silencio subsiguiente, el tic tac del reloj de pared retumbó con estruendo.

Fue Spencer quien, al cabo de un momento, se decidió a emitir una tosecita, algo teatral, mirar a su superior y decir: —Señor Hacket, me temo que tendrá que identificar oficialmente a su hija.

Hacket espiró penosamente.

—¡Oh, Dios! —murmuró.

—Ha de hacerse antes de que hayan transcurrido veinticuatro horas, de ser posible

—prosiguió Spencer, casi como disculpándose.

—Lo haré —dijo Hacket, poco menos que inaudibles sus palabras—. No se lo digan a mi esposa, por favor. No quiero que vea a Lisa en esas condiciones.

Spencer asintió con la cabeza.

—Le recogeré a usted mañana por la mañana, hacia las once.

—¿Le importa que uno de mis hombres permanezca esta noche ahí fuera, delante de la casa, señor Hacket —preguntó Madden—. No le

molestará en absoluto.

Hacket dijo que no con la cabeza y, una vez más, los tres hombres se sumieron en un interminable silencio que, finalmente, rompió Madden.

—También tenemos que rogarle que deje la casa, señor Hacket, hasta que los muchachos del forense hayan concluido. ¿Puede alojarse en algún sitio? Es cuestión sólo de un par de días.

Hacket inclinó la cabeza, como ausente.

—Déjeme verlo —murmuró.

Madden puso cara de perplejidad.

—Donde ocurrió —dijo el profesor—. Tengo que verlo.

—¿Por qué se tortura?

Hacket se encaró con Madden.

—¡Tengo que verlo!

El policía asintió y observó a Hacket mientras salía de la cocina para dirigirse al salón.

Lo habían arrasado.

Los muebles derribados, los adornos destrozados, el vídeo y el televisor machacados, pero aquella devastación desenfrenada no fue lo que sobresaltó a Hacket...

sino las manchas de sangre de la alfombra, tan cuidadosamente cubierta con láminas de plástico. Puso en pie uno de los sillones y se derrumbó sobre él, mientras su mirada recorría la estancia, desorbitados los ojos, contemplándolo todo, pero sin ver nada.

Permaneció sentado allí minuto tras minuto, rodeado de silencio. A solas con sus pensamientos. Luego, despacio, se levantó y fue hacia el vestíbulo, tras cerrar a su espalda la puerta del salón.

Titubeó de nuevo al pie de la escalera, como si subirla fuera demasiado para él o como si temiese enfrentarse a lo que pudiera encontrar arriba, pero al cabo de unos segundos se agarró a la barandilla y emprendió el ascenso.

Vaciló una vez más al llegar al rellano, mientras contemplaba las cuatro puertas que tenía ante sí.

La del cuarto de Lisa estaba bien cerrada, pero se encaminó precisamente hacia ella.

Le temblaba la mano cuando la apoyó en el pomo.

Hacket lo hizo girar y entró en el dormitorio.

Más láminas de plástico.

Más sangre.

Sobre todo en la cama.

Notó que se le formaba una lágrima en el rabillo del ojo, la cual se deslizó luego lentamente por la mejilla. Al volverse para salir del cuarto, su pie rozó algo y bajó la vista, para descubrir que se trataba de uno de los juguetes de su hija. Hacket se inclinó, recogió el osito de felpa y lo mantuvo frente a sí unos segundos, antes de dejarlo sentado en la superficie de una cómoda. La cama atrajo de nuevo su mirada.

¡Cuánta sangre!

Sintió que descendían más lágrimas por sus mejillas mientras observaba el lugar donde habían matado a la niña.

¿Habría sufrido mucho?

¿Habría gritado?

Apretó los puños; cada una de aquellas preguntas se abría paso hasta su cerebro abrasándolo todo como si fueran hierros al rojo vivo.

¿Cuánto tardó en morir?

«¿Importa eso? —se preguntó—. Lo único que importa es que ha muerto?»

«Quizá si yo hubiese estado aquí…»

La idea se le clavó como una astilla que se le hundiera en la carne. Dio media vuelta, cerró la puerta tras de sí y se secó las lágrimas con una mano, al tiempo que respiraba hondo.

Se desvistió a toda prisa y se deslizó dentro de la cama junto a ella, para sentir el calor de su cuerpo. La mujer murmuró algo en sueños y él pasó dulcemente el brazo en torno a su cuello, deseoso de apretarla más contra sí. Deseoso de que ella le abrazara.

Ella se despertó de pronto, como si saliera de una pesadilla, se dio cuenta de la presencia del hombre y Hacket vio que el rostro de Sue aparecía increíblemente pálido y tenso. Incluso en la penumbra pudo observar que las mejillas de su esposa estaban húmedas.

—John… —murmuró Sue, quebrada la voz.

Él la apretó más, con mayor intensidad de lo que recordaba que hubiera hecho nunca. Era un abrazo más vehemente que cualquiera que naciese del amor. Sue parecía muy vulnerable. Y Hacket notó sobre su pecho, mientras la abrazaba, las lágrimas de la mujer, como notó que su propia aflicción volvía a hincharse y a aumentar.

—Si hubiésemos estado aquí —gimió Sue—. Si yo no hubiese estado en el hospital y tú no hubieras tenido que asistir a esa reunión, Lisa aún viviría.

Hacket inclinó la cabeza.

—No podemos culparnos, Sue —le dijo, pero la mentira le mordió profundamente y acabó por perder el control. Hacket podía culparse, y se culpaba—. ¡Oh, Jesús! —jadeó, y ambos parecieron fundirse uno en el otros, unidos por el desconsuelo.

10 de septiembre de 1940

Aumentaron de volumen las voces que sonaban fuera.

Reconoció una de ellas, la otra no la había oído nunca.

Palabras truncadas, furiosas, y entonces se abrió la puerta y él se incorporó de la silla.

—He intentado detenerle, George —se excusó Margaret, la esposa de Lawrenson, que miró a su marido con expresión de impotencia.

Pero Lawrenson se limitó a esbozar una sonrisa y asentir con la cabeza.

—Está bien —dijo, mientras observaba con recelo al recién llegado—. Déjanos.

La mujer dudó unos segundos y luego se retiró y cerró la puerta por fuera. La máscara de educación que Lawrenson había logrado mantener en su sitio cayó bruscamente.

—¿Quién es usted? —exigió—. ¿Cómo se atreve a irrumpir de esta manera en mi casa?

El hombre que tenía delante era alto, pero robusto, y el grueso tejido de la tela de su uniforme no lograba ocultar la musculatura que había debajo. Su rostro era alargado, de facciones que parecían cansadas y mejillas hundidas, lo que le daba un aspecto de persona desnutrida, impropio del resto de su fornida apariencia física. Se acercó a la mesa escritorio de Lawrenson, le miró con ojos acerados incluso mientras el doctor comprobaba su graduación, se presentó, aunque de modo mecánico.

—Comandante David Catlin —anunció, rígido—. Inteligencia.

Lawrenson no le invitó a sentarse, pero Catlin se sentó sin esperar a que lo hiciera.

—¿Y a qué debo esta intromisión? —quiso saber Lawrenson.

—Estoy aquí en misión oficial, del Ministerio del Interior. Se trata del proyecto Génesis.

Lawrenson le disparó una mirada cautelosa.

—Su trabajo en el proyecto queda suspendido a partir de ahora —dijo Catlin, sin apartar la vista del médico.

—¿Por qué? —preguntó Lawrenson—. El trabajo iba bien, he hecho grandes progresos. ¿Se va a encargar del mismo otra persona?

Catlin denegó con la cabeza.

—Se cancela todo el proyecto —aclaró.

—No pueden hacer eso. No deben hacerlo, estoy a punto de encontrar la solución.

Hay ciertas cosas que es necesario perfeccionar, lo sé...

El comandante le cortó en seco.

—El proyecto se interrumpe de inmediato, doctor —saltó—. Y entiendo muy bien por qué.

—El ejército, el Ministerio del Interior, todo el mundo me respaldaba al principio —

protestó Lawrenson.

—Eso fue hasta que vimos los resultados —aseveró Catlin en tono tranquilo—.

Atiéndame, Lawrenson, si el público descubre lo que conlleva este trabajo, se producirá una protesta masiva. Nadie lo apoyará, en especial si la prensa lo coge por su cuenta.

¿Se imagina las repercusiones del asunto si un periódico consiguiera hacerse con algunas fotografías del trabajo que realiza usted? —Sacudió la cabeza—. Trabajo. Por Dios, ni siquiera estoy seguro de que ésa sea la palabra adecuada.

—El Gobierno me alentó a perfeccionar el proyecto Génesis —insistió Lawrenson, al tiempo que se inclinaba por encima de la mesa y fulminaba con los ojos al oficial—. Me han proporcionado fondos durante mi investigación.

—Esos fondos también se van a retirar —le informó Catlin.

—Entonces continuaré por mi cuenta.

—Lawrenson, no he recorrido sesenta kilómetros para venir aquí a aconsejarle que abandone el proyecto Génesis, es una orden.

El médico esbozó una tenue sonrisa.

—No estoy en su ejército, comandante, no puede darme órdenes —replicó.

El oficial se puso en pie.

—Ha de dejar esa tarea de inmediato, ¿entiende?

—Sólo he trabajado un mes en condiciones de laboratorio, incluso menos. No pueden juzgar los resultados por tan poco tiempo. Es injusto.

—Y lo que usted hace es inhumano —gruñó Catlin.

Los dos hombres se miraron el uno al otro furiosamente durante un momento y, luego, Lawrenson pareció relajarse. Se alejó de la mesa para llegarse a la ventana que dominaba el amplio jardín posterior de la casa. En el apacible esplendor del campo resultaba difícil creer que estaban en plena guerra y que a sesenta kilómetros de allí, en Londres, la gente no tardaría en prepararse para sufrir el violento ataque que la Luftwaffe desencadenaba todas las noche.

—Qué es más inhumano, comandante —empezó Lawrenson—, ¿la tarea que llevo a cabo, un trabajo que puede ayudar a la humanidad o la insensata matanza de millones de seres que produce esa sangrienta guerra que estamos desarrollando?

—Muy filosófico, doctor, pero no he venido aquí a debatir lo bueno o lo malo de la guerra.

Lawrenson dio media vuelta y miró al oficial.

—No interrumpiré mi trabajo, comandante —dijo llanamente.

—¿Es que no puede o es que no quiere comprender por qué ha de abandonar ahora mismo el proyecto Génesis? —preguntó el comandante.

—Cuando empecé a trabajar en él, todos me apoyaban. Me saludaron como a un salvador —emitió una risita amarga—. Y ahora tengo que padecer el mismo destino que el primer salvador, metafóricamente hablando.

—Incluso usted debe comprender los riesgos —dijo Catlin—. Si se descubrieran los detalles de su trabajo, cualquiera sabe qué ocurriría. Por eso tiene que dejarlo.

Lawrenson sacudió la cabeza.

—Diga al Ministerio del Interior, dígales a sus superiores, dígale al primer ministro que continuaré mi obra.

Catlin se encogió de hombros.

—En ese caso, no me responsabilizo de lo que pueda suceder.

Lawrenson captó el hielo que saturaba la voz del soldado.

—¿Me está amenazando, Catlin? —rechinó.

El comandante giró en redondo y se dirigió a la puerta, perseguido por Lawrenson.

El oficial abandonó el cuarto y avanzó hacia la puerta delantera, pasando por delante de Margaret Lawrenson, que había salido de una de las habitaciones que daban al amplio pasillo.

Lawrenson le alcanzó cuando el comandante llegaba a la salida de la casa.

—¡Dígales que se vayan al infierno! —rugió, mientras el militar se encaminaba con paso vivo hacia el automóvil que le esperaba.

El chófer puso el motor en marcha y el comandante se acomodó en el asiento contiguo.

—No vuelva a aparecer por aquí, Catlin —voceó Lawrenson, en dirección al coche que se alejaba.

Le vio desaparecer por la corta avenida que desembocaba en la carretera y se preguntó quién sería el hombre que iba en el asiento posterior.

El hombre que le había mirado con tanta atención.

CAPITULO 10

or Dios, qué falta le hacía un cigarrillo!

¡P Hacket se rebuscó en el bolsillo por quinta vez y luego dirigió la

vista hacia el otro lado de la reducida sala de espera y observó el letrero que proclamaba con enormes letras rojas:

«PROHIBIDO FUMAR».

De no ser por las circunstancias en que se encontraba, tal vez le habría resultado divertido lo irónico del letrero.

Era muy difícil que el humo de tabaco perjudicase a los residentes de aquel particular edificio.

Estaba sentado delante del depósito de cadáveres, con los ojos yendo de vez en cuando a la puerta por la que, minutos antes, había desaparecido el sargento detective Spencer. Era como si hubiesen transcurrido varias horas. Hacket se sintió inmensamente solo, a pesar, o quizás a causa de ello, de las pequeñas dimensiones de la sala de espera. Tenía las paredes pintadas de un color gris apagado, insulso. El linóleo también era gris. Sólo había una cosa que no era gris: el letrero de «PROHIBIDO

FUMAR», que Hacket miraba una y otra vez, mientras se removía incómodo en el asiento.

Del exterior llegó el ulular de la sirena de una ambulancia y Hacket se pregunto brevemente a dónde iría. ¿A atender un accidente? ¿Un choque de automóviles?

¿Un asesinato?

Harto de estar sentado, Hacket se puso en pie y paseó de un extremo a otro de la reducida sala. No había revistas que ojear para matar el tiempo, ni siquiera ejemplares, con tres años de antigüedad, del *Reader’s Digest* o de la *Woman’s Own.* Por algún absurdo motivo en su cerebro se coló furtivamente un chiste. Un chiste acerca de la sala de espera de un médico: «Dos hombres pegan la hebra. Uno dice: “Fui al médico el otro día y leí allí un periódico. Ha sido terrible lo del *Titanic*, ¿verdad?”»

Terrible.

Hacket buscó los cigarrillos una vez más y en esa ocasión, hizo caso omiso del letrero, encendió un Dunhill y aspiró profundamente el humo. Expelió una bocanada de un humo cuyo color gris hacía perfecto juego con el tono de las paredes.

Al retirar el cigarrillo de la boca se dio cuenta de que le temblaba la mano. Ni Sue ni él habían dormido gran cosa la noche anterior. En aquel instante, ella se encontraba en casa, aún bajo los efectos de un sedante. Una vecina le hacía compañía. Hacket no había querido que estuviese allí con él, ni siquiera tenía la certeza de que él iba a aguantar la vista de su hija tendida en una losa de mármol. Durante unos huidizos segundos flotó por su mente la pregunta de si la familia Fearns habría identificado ya a Caroline.

¿Habrían sentido lo mismo que sentía él? ¿Habrían permanecido en la misma sala de espera dudando, temiendo qué iban a ver sus ojos?

El pensamiento se desvaneció, se mezcló con otras mil ideas que miraban dentro de su cabeza. Y sin embargo, pese a toda aquella actividad mental, dentro de su cerebro había un vacío peculiar. Una especie de entumecimiento. Volvió a sentarse y a punto estuvo de alargar la mano hacia la silla situada al lado para cerciorarse de que seguía allí. Se hallaba a un millón de kilómetros de distancia, con el pensamiento saltando de un detalle a otro, lo que creaba un vacío absoluto. Dio otra chupada al cigarrillo y luego aplastó la colilla con el pie.

Se sintió enfermo y se frotó la frente con una mano, que el sudor humedeció. A primera hora de la mañana había telefoneado al colegio para avisar de que iba a estar unos días sin presentarse. No dio explicaciones. El fallecimiento de un familiar, dijo, con la esperanza de que aceptaran tanta sencillez. No quería que le hiciesen demasiadas preguntas. Pronto se enterarían, cuando la historia apareciese en los periódicos.

Entonces lloverían las preguntas, los interrogatorios, los apretones de manos en plan de consuelo. Suspiró y su mirada fue de nuevo hacia la puerta.

Ésta se abrió para dar paso a Simpson, que alzó las cejas en gesto destinado a indicar a Hacket que se adelantara.

Había estado aguardando aquel momento, deseoso de pasar de una vez aquel trago, pero ahora hubiese dado cualquier cosa por continuar sentado allí un rato más, en aquella gris sala de espera, sentado en una de aquellas sillas grises. Echó a andar con paso decidido hacia la puerta y la franqueó.

El depósito de cadáver era más pequeño de lo que había imaginado. Nada de hileras de cajones, ni de archivadores para ojos ciegos. Nada

de ayudantes de bata blanca deambulando de un lado para otro con corazones y pulmones preparados para pasar por la balanza.

Y sólo había una losa.

Encima de la cual, una forma pequeña, cubierta por una blanca sábana.

Al acercarse, Hacket titubeó visiblemente, al tiempo que notaba que el color desaparecía de su cara y que la garganta se le agarrotaba.

Simpson avanzó hacia él, pero Hacket meneó suavemente la cabeza y se adelantó hasta situarse a unos sesenta centímetros de la losa y su ocupante cubierta por la sábana.

El forense, hombre de baja estatura, gruesas mandíbulas y calva cabeza, intentó esbozar una sonrisa de simpatía, pero lo que formaron sus labios parecía más una mueca sarcástica. Consultó con la mirada a Spencer, el cual asintió.

El forense levantó la sábana.

—¿Es su hija, señor Hacket? —preguntó el sargento detective en voz baja.

Hacket dejó escapar el aire, cuya salida sonó como si los pulmones se deshincharan repentinamente. Se llevó la mano a la boca, al tiempo que clavaba los ojos en la pequeña figura de encima de la losa.

—Señor Hacket...

Estaba tan blanca como la leche, al menos en los espacios que podía ver entre los cortes y las contusiones. La cara y el cuello aparecían sembrados de manchas amarillas ocasionadas por las magulladuras y un profundo tajo cruzaba la garganta, para trazar una curva cuyos extremos, a ambos lados, remataban una especie de rictus obstruido por la sangre.

—¿Por qué tiene todavía los ojos abiertos? —su voz era como un graznido.

—El *rigor mortis* —repuso el forense calmosamente—. A veces, los músculos involuntarios son los primeros en ponerse rígidos.

La voz acabó en un susurro.

—¿Es su hija, señor Hacket? —insistió Simpson. —Sí.

El detective inclinó la cabeza y el forense se dispuso a cubrir de nuevo a Lisa con la sábana, pero Hacket le interrumpió.

—No —dijo—. Quiero verla completamente.

Tras vacilar un momento, el forense retiró despacio la sábana y permitió que Hacket contemplase en toda su extensión las heridas de su hija.

El pecho y el estómago de la niña también estaban cubiertos de oscuras manchas y cuchilladas profundas. La zona comprendida entre las piernas tenía un tono purpúreo, con la parte interior de los muslos casi negra a causa de los cardenales. Las magulladuras descendían a lo largo de las piernas, hasta llegar a los pies. Hacket lo miró todo con ojos sin vida, sin emoción. Era como si la conmoción de contemplar así a la niña le hubiese absorbido hasta el último gramo de sentimiento. Su mirada recorrió varias veces, repetidamente, aquel minúsculo cadáver.

—¿Cómo fue? —preguntó Hacket, sin apartar los ojos de su hija—. ¿Le han practicado la autopsia?

El forense pareció remiso a contestar y miró a Simpson, que se encogió de hombros.

—Le he hecho una pregunta —apremió Hacket, llanamente—. ¿Cómo murió?

—Aún no le hemos hecho la autopsia, pero, a juzgar por el examen externo, como puede ver… pues, creo que la muerte sobrevino a consecuencia de una hemorragia general, probablemente por la herida de la garganta.

—¿Qué me dice de las magulladuras? —indicó la zona purpúrea de la entrepierna—

. Ahí.

El forense no contestó.

Hacket se le quedó mirando, luego dirigió la vista hacia Spencer.

—No tienen derecho a ocultarme información —dijo Hacket—. Era mi hija.

—Pensamos que eso podría ahorrarle sufrimiento, señor Hacket… —

empezó Spencer, pero el profesor le interrumpió.

—¿Cree que podría ser peor? —saltó, amargamente—. Dígame.

—Había evidencia de abusos sexuales —le contestó Spencer.

—¿La violaron? —quiso saber Hacket.

—Sí —respondió el detective—. Había evidencias de penetración.

—Antes y después de su muerte —añadió el forense, dispuesto a ser minucioso al máximo.

Hacket rechinó los dientes.

—¿Sintió mucho dolor?

Simpson emitió un profundo suspiro.

—¿Por qué se tortura usted de ese modo, señor Hacket?

—Tengo que saber —siseó—. Debió de sufrir mucho, ¿verdad?

—Es difícil de decir —repuso el forense—. Durante la violación, sí, aunque lo más probable es que ya estuviera sin conocimiento, dado que había perdido mucha sangre antes de que ocurriera. El corte de la garganta le habría producido un choque traumático. El resto debió de sobrevenir inmediatamente.

Hacket asintió y, por último, se apartó del cuerpo.

El forense volvió a cubrir el cadáver con la sábana y se quedó mirando a Hacket, que abandonó la sala, seguido de Simpson.

Una vez mas, retiraron el cadáver de la vista.

CAPITULO 11

l regreso a casa, desde el hospital, pareció durar varias horas, aunque Hacket supuso que apenas llevaría treinta minutos.

E Spencer conducía a velocidad constante y Hacket miraba con aire ausente por la ventanilla lateral del Granada, sin oír más que alguna que otra frase suelta de lo que el detective decía.

—... Identificación positiva de los asesinos...

Hacket observó que una mujer, con dos niños, esperaba en la acera a que se produjese un claro en el tránsito para cruzar la calle.

—… Los archivos criminales, según los datos recogidos…

Una de las criaturas tendría apenas cuatro años. Una niña que se cogía a la mano de su madre mientras aguardaba a que dejaran de pasar los coches.

—… Sin duda fueron dos hombres…

Durante el camino de vuelta, Hacket sólo parecía tener ojos para los niñas. Era como si el mundo hubiese duplicado de pronto su población de chiquillas de cuatro años.

Con una notable salvedad.

—… En cuanto tengamos alguna nueva información, se la comunicaremos de inmediato…

—¿Qué clase de hombre viola a una niña de cuatro años?

La pregunta cogió a Spencer por sorpresa y Hacket la repitió.

—Se asombraría —dijo—. Hombres de los que a usted ni por lo más remoto se le ocurriría sospechar. Padres como usted… —El sargento detective se percató del error que estaba cometiendo y dejó que la frase se desvaneciera en el aire. Luego se excusó—: Lo siento.

—¿Qué probabilidades hay de cogerle?

—Bueno, hemos encontrado bastantes pistas y huellas en la casa, conocemos su tipo de sangre, la estatura, peso y edad aproximados. Le cogeremos.

Hacket dejó oír una risa desprovista de humor.

—¿Y si lo consiguen? Entonces, ¿qué? ¿Una condena a diez años de cárcel? A los cinco en la calle, si demuestra buen comportamiento —comentó con amargura.

Spencer sacudió la cabeza.

—No será así, señor Hacket. Caerá y no volverá a levantarse.

—Hasta la próxima vez —replicó Hacket, sin dejar de mirar por la ventanilla del automóvil.

Al llegar a la casa de Clapham, Hacket dirigió al detective una breve despedida.

Spencer prometió ponerse en contacto con él tan pronto tuviese algo nuevo que transmitirle, agradeció luego al profesor su colaboración, volvió a darle el pésame y se alejó. Hacket permaneció un momento en la acera y, por último, giró sobre sus talones y se encaminó a la puerta frontal de la casa. Prefirió entrar por su cuenta, sin llamar al timbre y arriesgarse a molestar a Sue.

La encontró sentada en la cocina, en compañía de Helen Bentine, la mujer que vivía en la casa de al lado. Sue era un poco más joven y ambas tenían delante su taza de té y conversaban. Hacket pensó que su esposa parecía ya bastante más animada. Aún tenía aquellos círculos oscuros bajo los ojos y daba la impresión de que llevaba quince noches sin dormir, pero se las arregló para sonreír al verle entrar y se incorporó, dispuesta a servirle una taza de la infusión que acababa de hervir en la tetera.

Sin embargo se le adelantó Helen, que tendió al profesor la bebida y dijo que tenía que irse. Sue y Hacket le dieron las gracias y oyeron el chasquido de la puerta al cerrarse tras la mujer.

—El médico dijo que tenías que descansar, Sue —recordó Hacket, y tomó un sorbo de té al tiempo que con la mano libre se deshacía el nudo de la corbata.

—Descansaré luego —contestó ella—. No quiero acabar convertida en adicta de esas pastillas que me recetó.

Hacket se sentó a su lado y le acarició la mejilla con la yema de los dedos.

—Pareces muy cansada —comentó, mientras la contemplaba.

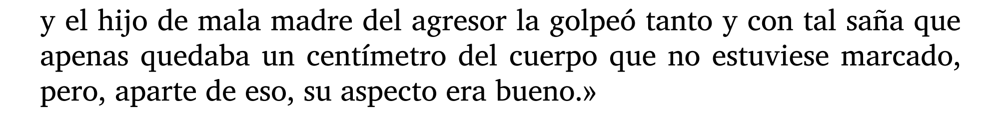
Sue esbozó una débil sonrisa y sorbió un poco de té.

Hacket comprendió que estaba a punto de decir algo pero, cuando la pregunta salió de los labios de Sue, él aún no estaba preparado.

—¿Qué aspecto tenía? —quiso saber Sue.

Hacket se encogió de hombros, incapaz de concebir una respuesta apropiada.

«Bueno, tenía salvajes cuchilladas por todas partes. La habían violado


y el hijo de mala madre del agresor la golpeó tanto y con tal saña que apenas quedaba un centímetro del cuerpo que no estuviese marcado, pero, aparte de eso, su aspecto era bueno.»

—Dímelo, John.

—Parecía descansar en paz —mintió Hacket e intentó sonreír.

—Tendremos que comunicárselo a la familia, a tus padres, a mi familia. Deben saberlo, John.

—No, todavía no —repuso él, en voz baja, y le apretó la mano.

—¿Por qué nos eligieron a nosotros? —preguntó Sue, como si esperara que su marido le proporcionase una contestación—. ¿Por qué matar a Lisa?

—No lo sé, Sue. ¿Crees que conocer la respuesta haría más llevadera esta tragedia?

Lisa está muerta; saber por qué la mataron no nos la devolverá.

—Pero no es justo. —Aparecieron lágrimas en los ojos de Sue—. Mi padre está agonizando, lo que ya es bastante duro, y ahora esto. —Rió con amargura y el sonido de su risa hizo que a Hacket se le pusieran de punta los pelos de la nuca—. Quizá Dios está poniendo a prueba nuestra fe —se sorbió la nariz, se enjugó una lágrima de la mejilla—.

Bueno, si lo hace, se va a sentir desdichado. —Hacket le apretó la mano un poco más y vio que las lágrimas fluían ya libremente y se deslizaban por el rostro de Sue. Ella le miró, brillantes las pupilas—. Dios es un sádico. Y le odio por lo que ha hecho.

Hacket asintió con la cabeza, se puso en pie y pasó los brazos alrededor de Sue.

Permanecieron así un rato, con Sue sollozando quedamente.

—Es que me hubiera gustado mucho poder despedirme de ella —murmuró Sue—.

Haberla abrazado por última vez. —Alzó la mirada hacia el rostro de Hacket y vio lágrimas en sus ojos—. Oh, John, ¿qué vamos a hacer?

Él no supo qué contestar.

Al principio pensó que soñaba.

El sonido del timbre parecía estar dentro de su cabeza, pero, al abrir los ojos, Hacket comprendió que era real.

El teléfono continuaba sonando.

Se frotó los ojos y se deslizó de debajo de la cabeza de Sue. La mujer se había tomado dos tabletas y llevaba durmiendo cosa de una hora. También él se había quedado traspuesto, vencido finalmente por la tensión de las últimas veinticuatro horas.

Se dirigió dando tumbos hacia el vestíbulo y el teléfono. Al salir, cerró la puerta del salón. Cogió el auricular y parpadeó varias veces en un esfuerzo para aclararse la visión.

—Al habla —gruñó, carraspeante.

—Hola, John, soy yo, Nikki. Verás, lamento haber tenido que llamarte a casa.

Hablaba en voz baja, en tono de conspiración.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó Hacket cansinamente.

—Necesitaba hablar contigo —explicó la muchacha—. Alguien ha comentado en el colegio que ibas a tardar unos días en aparecer por allí.

—Eso es cierto, pero ¿dónde está el problema? ¿Estás sometiendo mis movimientos a estrecha vigilancia o algo por el estilo?

Era inequívoca la acidez de su tono.

—¿Ocurre algo? —preguntó la joven—. ¿Te encuentras bien?

—Mira, ¿es importante? Porque, si no lo es, voy a colgar.

—Ya te he dicho que lamento haber tenido que llamarte a casa —insistió Nikki, sorprendida e irritada por la agresividad de Hacket—. ¿Está ahí tu esposa y por eso no puedes hablar?

—Sí, pero ése no es el motivo. No deberías haberme llamado.

—Íbamos a vernos esta noche, y te estuve esperando…

La cortó en seco.

—No vuelvas a telefonearme, ¿vale?

—Preparé una cena para los dos.

—Cómetela tú —chirrió Hacket, y colgó el auricular de golpe.

Permaneció inmóvil en el pasillo, con la mano todavía en el receptor del teléfono y residuos del acento irlandés de Nikki aleteando aún en su oído.

No pudo decirle la verdad. ¿Cómo iba a poder?

A su espalda, llegando del salón, oyó la voz de Sue que pronunciaba su nombre.

Regresó junto a ella.

Al dar media vuelta lanzó una última mirada al teléfono, como si esperase que volviera a sonar.

CAPITULO 12

os bancos de negros nubarrones portadores de lluvia también parecieron acelerar la caída de la noche.

L Como tinta que se extendiera por la superficie de un papel secante, la tenebrosa oscuridad fue empapando el cielo por encima de Hinkston. Una lluvia gélida se abatió formando cortinas, impelida por un viento que cortaba como una hoja de afeitar toda piel que quedase expuesta al aire.

Bob Tucker se apretó más el pañuelo bajo la barbilla en un intento para protegerse de las inclemencias de la meteorología y bajó la mirada sobre la tumba.

El ataúd ya estaba oculto por una delgada capa de tierra embarrada, pero la lluvia la hacía desaparecer rápidamente, para poner al descubierto la pulimentada madera del féretro. Bob echó al hoyo unas cuantas paladas más, hizo un alto para encender un cigarrillo y reanudó aplicadamente la tarea. La lluvia apagó el cigarrillo casi de inmediato y Bob se guardó los empapados restos en el bolsillo del abrigo, sin olvidarse de dedicar las debidas maldiciones al tiempo, a su suerte y a todo lo que se le pasaba por la cabeza mientras se afanaba en colmar la abierta tumba. Tenía que trabajar deprisa. El agua que caía sobre la tierra removida no tardaría en transformarla en lodo.

El suelo de Hinkston era de arcilla en casi todos los puntos, pero cuando diluviaba de esta manera, algunas partes de la ciudad se parecían mucho a Flandes en 1918.

Bob hizo una pausa momentánea, enderezó el cuerpo y gruñó al oír el chasquido que produjeron los huesos de su rodilla. También empezaba a dolerle la espalda. Gajes del oficio, se dijo. Llevaba doce años desempeñando las funciones de sepulturero en el cementerio de Hinkston. Un trabajo, por otra parte, que le gustaba. Bob nunca tuvo mucho de sociable, le encantaba su propia compañía y, desde luego, aquel empleo le permitía estar solo mucho tiempo. No se había casado. Nunca le apeteció hacerlo.

Ahora se aproximaba a los cuarenta y era feliz en su soltería. Contaba con un par de amigos en la ciudad, hombres con los que compartir un trago en el caso de que necesitara compañía, pero Bob Tucker se pasaba la mayor parte de su tiempo libre en la casita que dominaba el cementerio. Formaba parte del empleo. Había convertido en taller uno de los cobertizos del patio trasero y allí realizaba sus obras más preciadas.

Tallaba formas y figuras con trozos de madera que recogía en el camposanto. Los gruesos árboles que poblaban el cementerio le proporcionaban gran cantidad de materia prima. Los bastones que elaboraba con ramas caídas los vendía a menudo en el mercado que se celebraba en Hinkston dos veces por semana. Algunos llegaban a cotizarse a cincuenta libras, pero no era la recompensa monetaria lo que le interesaba a Bob, sino la propia artesanía en sí.

Siguió inmóvil un momento más junto a la sepultura, escudriñando las luces de la ciudad a través de la lluvia. El resplandor de los faroles parecía el brillo de joyas cuyo parpadeo atravesara la cortina del terciopelo negro de la noche.

El cementerio estaba a unos ochocientos metros del centro de la ciudad, sobre una empinada ladera que facilitaba el desagüe, pero algunas tumbas antiguas habían empezado a quebrantarse y Bob temía que se produjera algún hundimiento. Sin embargo, no todos los daños sufridos por las tumbas eran atribuibles a causas naturales.

En el transcurso de las últimas tres semanas se había desencadenado una oleada de vandalismo. Se habían roto lápidas de tumbas, diseminado las flores de algunos cuadros nuevos e intentado profanar una sepultura. Alguien excavó cosa de medio metro de tierra, pero,

por suerte, los vándalos no profundizaron lo suficiente como para llegar al ataúd.

Bob se preguntó qué clase de personas serían aquellas que disfrutaban alterando las paz de los muertos y del lugar donde reposaban. El consenso de la opinión pública del propio Hinkston parecía señalar a los jóvenes. Cosa de quince días atrás, Bob sorprendió a una pareja de muchachos desnudos encima de una de las tumbas más antiguas, pero en lo que menos pensaban aquellos mozos tumbados allí era en perpetrar actos vandálicos. Sonrió al recordarlo. Al acordarse de los apuros del chico en su intento de salir corriendo, con los pantalones alrededor de los tobillos, mientras la chavala huía junto a él, agitando el sujetador como si fuera una especie de bandera blanca de rendición. Bob no había informado a la policía de aquel particular incidente, pero eso no significaba que no le preocupase el gamberrismo. Muchas noches salía de la casa y caminaba entre los árboles que bordeaban los caminos del cementerio, dispuesto a atrapar a los vándalos, pero su vigilancia resultó infructuosa.

Siguió echando paladas de tierra a la sepultura, deseando acabar cuanto antes aquel trabajo para volver al calor de su casa y quitarse de una vez las prendas empapadas.

Las flores del funeral estaban amontonadas a un lado del hoyo, las volvería a colocar cuando hubiese terminado. La lluvia repiqueteaba contra el celofán que cubría los capullos, deslizándose sobre los claros envoltorios como si fuesen lágrimas.

Bob continuó dándole a la pala y esforzándose en ignorar el creciente dolor de la espalda.

El ruido sonó a su espalda.

Al principio no estuvo seguro de si se trataba simplemente del repique de la lluvia al caer sobre las gruesas ramas que se extendían por encima de su cabeza, pero cuando volvió a repetirse tuvo la certeza de que llegaba del otro lado del grupo de arbustos que rodeaba la tumba como camuflados asistentes al entierro.

Bob interrumpió su labor en el acto, volvió la cabeza y se puso la mano sobre los ojos, para protegerlos de la lluvia y localizar a través de la oscuridad el origen del ruido.

Se mantuvo inmóvil, erguido, a la espera, pero no oyó nada.

Al cabo de un par de minutos, reanudó la tarea.

«Otros treinta centímetros, más o menos, y habré terminado», pensó agradecidamente.

Volvió a sonar el ruido, esta vez ligeramente a su izquierda.

Bob soltó la pala y giró en redondo; estuvo a punto de resbalar sobre el suelo mojado.

Razonó que sería algún bicho que trataba de llegar a los arbustos. Durante sus recorridos nocturnos por el cementerio había visto ardillas, incluso una vez vio un tejón.

Pero era muy pronto para que anduviese por allí un tejón. A pesar de la oscuridad, el reloj le informó de que sólo eran las siete y media.

¿Gamberros, quizá? No, los vándalos esperarían hasta más tarde, cuando estuviesen seguros de que no habría nadie por los alrededores.

Apartó los matorrales y pasó por la primera línea, sorprendido de lo que se habían desarrollado aquellas plantas.

Nadie se escondía allí.

Continuaba diluviando.

Sintió que algo le tocaba en el hombro.

A Bob casi se le escapó un grito y su mano descendió instintivamente hacia el cuchillo de monte que llevaba en el bolsillo del abrigo.

La rama que le había golpeado lo hizo al ser impulsada por el viento.

Las ramas más bajas se agitaban como flagelos animados y Bob se tuvo que proteger la cara para evitar que le azotasen mientras volvía hacia la tumba.

La figura que se erguía frente a él enarboló la pala que Bob había soltado un momento antes.

A través de aquella lluvia torrencial Bob no pudo distinguir las facciones, pero avanzó hacia la figura, al tiempo que advertía en voz alta que aquello era propiedad privada y, además, que bajase la pala inmediatamente.

La figura blandió la herramienta, que dibujó en el aire un amplio arco y fue a estrellarse contra la parte lateral del rostro de Bob. El violento impacto astilló el hueso e hizo que el pómulo izquierdo se hundiera

como doblándose sobre sí mismo. El chasquido estridente del hueso fue claramente audible, por encima del sofocado grito de dolor de Bob. La figura avanzó unos pasos y desde la altura de sus ojos observó cómo la sangre manaba del semblante pulverizado y manchaba el abrigo. A continuación, la figura volvió a levantar la pala y golpeó por segunda vez, abatiéndose en esa ocasión sobre las piernas.

El golpe fracturó ambas espinillas y Bob soltó un alarido agónico, mientras las tibias partidas le rasgaban la carne de las piernas.

Quedó tendido boca arriba en el barro, mientras le inundaba el clemente olvido de la inconsciencia, pero segundos antes de perder del todo el conocimiento sintió que le levantaban la cabeza, casi con ternura.

Vio entonces la larga y delgada hoja de doble filo que, segundos después, empezó a hundirse despacio en su ojo derecho.

La figura empujó la hoja del cuchillo hasta que la punta tropezó con el hueso, luego, con la misma facilidad con que un hombre levanta a un niño, la figura alzó el cuerpo de Bob Tucker.

Todo lo que allí quedaba para indicar que se había desarrollado una pelea era la mancha de sangre sobre el suelo, pero si la lluvia continuaba cayendo así, hasta eso desaparecería en seguida.

CAPITULO 13

onsultó su reloj y encendió un cigarrillo. Despacio, dio una chupada y miró el teléfono como si el aparato fuese una serpiente venenosa presta a clavarle los dientes en cuanto alargase la mano.

C

Nikki Reeves continuó sentada allí cinco minutos más, hasta que, por fin, se decidió a coger el auricular y marcar los dígitos.

Aguardó, mientras daba la última calada al cigarrillo y aplastaba la colilla en el cenicero. En su oído resonó la señal de tono. Esperó.

—Vamos —susurró, dispuesta a colgar el receptor si era necesario.

Un chasquido y una voz familiar.

—Dígame.

Nikki sonrió.

—Hola, John, soy yo, ¿puedes hablar? —dijo.

—Si lo que quieres saber es si está mi esposa por aquí, no está —repuso Hacket, irritado—. Te dije que no volvieras a llamarme a casa, Nikki.

—Tenía que hablar contigo. He de saber qué está ocurriendo. No has venido a la escuela, estaba preocupada.—Me conmueves —murmuró Hacket sarcásticamente.

—¿Ocurre algo malo, John? —quiso saber la muchacha—. Siento mucho haber tenido que llamarte a casa, comprendo que estés enfadado conmigo.

—Si te digo que no vuelvas a llamarme, quiero decir que no vuelvas a llamarme. No sólo aquí, sino a ningún otro sitio.

Nikki se irguió en el asiento, fruncido el ceño de pronto. Apretó el auricular con más fuerza.

Hubo un largo silencio en el otro extremo de la línea hasta que, por último, Hacket volvió a hablar, en tono más suave ya.

—Dijiste que te hacías cargo de que esta aventura no iba a prolongarse indefinidamente. Creo que ha llegado el momento de dejar de vernos.

—¿A qué viene ese repentino cambio de idea? —preguntó Nikki.

—Han pasado cosas que no puedo contar, que no quiero contar. Hemos terminado, Nikki. Para empezar, no es que hubiera mucho entre nosotros, pero he estado reflexionando y he llegado a la conclusión de que lo mejor es cortar por lo sano ahora mismo.

—¿Un súbito ataque de remordimientos? —restalló la voz de Nikki—. No es tan sencillo como todo eso, John. Los dos sabíamos dónde nos estábamos metiendo. ¿Por qué no puedes hablarme con franqueza, contarme qué es lo que te preocupa?

—Por el amor de Cristo, Nikki, no eres mi mujer, sólo eres…

La frase se interrumpió mientras un siseo de electricidad estática pasaba por la línea.

—Sólo una putilla de paso —saltó la joven—. No tienes derecho a dejarme así. No soy ninguna buscona de las que se recogen en el mostrador de un bar. No me pagaste.

A menos que consideres que el perfume y la joyería eran mi salario.

Se tocó el ópalo casi de modo inconsciente.

—Qué quieres de mí, ¿que te envíe un cheque por correo? —dijo Hacket, airadamente.

—Hijo de perra.

—Mira, Nikki, he cometido un error, ¿de acuerdo? Fin de la historia. Ahora, mi esposa me necesita.

—Y si yo te necesito, ¿qué? —replicó la muchacha, en tono retador.

—Lo nuestro se acabó —repitió Hacket.

—¿Y si no te hubiese llamado? ¿Qué pensabas hacer? ¿Confiar en que me olvidase de lo sucedido entre nosotros durante los últimos tres meses? ¿Darme esquinazo cada vez que nos cruzásemos en el colegio? Puede que no tuvieras valor para decírmelo en la cara, John.

—Bueno, no puedo seguir hablando. Sue llegará en cualquier momento. Se acabó.

Nikki se disponía a decir algo cuando Hacket colgó.

La muchacha retuvo el aparato en la mano durante unos segundos más, antes de dejarlo en la horquilla, mientras la respiración se le

convertía en una serie de entrecortados jadeos. ¿Se había acabado? La joven encendió otro cigarrillo y se puso en pie. Cruzó la estancia para servirse un coñac, con temblorosas manos.

Acabado. Contuvo las lágrimas de rabia.

Acabado.

«No, todavía no», pensó.

23 de septiembre de 1940

George Lawrenson miró la carpeta con la palabra «Génesis» y asintió con la cabeza.

Las notas, las ideas y las teorías reunidas en aquella carpeta eran la suma del trabajo realizado a lo largo de los últimos diez o quince años. Pero sólo en los pasados meses dieron verdaderamente fruto sus ideas.

Y entonces, cuando tales ideas se convirtieron en realidades, quienes trataban de dominarle le ordenaron diese por concluida una tarea a la que había dedicado gran parte de su vida. No tenían derecho a obligarle a interrumpirla.

No comprendieron nada.

—¿Crees que han cambiado de intención en lo que se refiere al proyecto? —

preguntó Margaret Lawrenson, que observaba cómo su marido ponía la carpeta dentro del maletín.

—No lo sabré hasta que esté allí —dijo él.

La llamada de Londres se había producido a última hora de la tarde anterior. Le dijeron que fuese a la capital, donde se efectuaría una «reevaluación» (odiaba aquella jerga) de su obra.

—Primero me ordenan que abandone mi trabajo y ahora me piden más resultados.

Lawrenson se encogió de hombros.

Margaret sonrió, atravesó la estancia hasta él y le dio un beso suave en la mejilla.

—Cuídate mientras estoy fuera —le recomendó Lawrenson en voz baja —. Recuerda que ahora sois dos.

Sonrió al tiempo que le daba unas palmaditas en el estómago.

—¿Y si te dicen que lo dejes definitivamente, George? —preguntó la mujer.

—¿Tú quieres que abandone? —repuso él.

—Sé que crees en lo que haces. Y yo creo en lo que estás haciendo. Ten cuidado, es todo lo que te pido.

Lawrenson cerró el maletín.

—¿Dónde están las copias de mis notas? —preguntó al final.

—Escondidas —le aseguró la mujer—. Si destruyen los originales, yo guardo las copias, no te preocupes.

—No los destruirán, no son tan estúpidos. El proyecto Génesis es demasiado importante para eso y ellos lo saben perfectamente.

Cogió el maletín y echó a andar hacia la escalera. Ella bajó con él, le acompañó no sólo hasta la puerta, sino que también salió a la avenida. Lawrenson dejó el maletín en el asiento contiguo al del conductor y luego rodeó el vehículo para sentarse al volante.

—Llámame cuando llegues a Londres —pidió Margaret, mientras le observaba poner el motor en marcha. Retrocedió hasta la puerta de entrada a la casa y contempló desde allí la marcha del automóvil.

Lawrenson condujo despacio por la avenida y, cuando llegó al final del paseo, volvió a la cabeza y agitó la mano.

Fue entonces cuando estalló el automóvil.

Todo el vehículo desapareció en medio de una abrasadora bola de llamaradas blancas y amarillas, mientras trozos de chasis hendidos volaban por el aire en todas direcciones. La conmoción y la onda expansiva fueron tales que Margaret Lawrenson, que se encontraba a más de cincuenta metros de distancia, salió despedida contra el suelo, llenos los oídos del estruendo ensordecedor producido por la explosión del coche.

Un denso y nocivo hongo de humo se elevó desde el punto del siniestro, lanzando hacia el cielo una tormentosa nube fruto de la mano del hombre. Las llamas se apoderaron de los restos del vehículo y procedieron a devorar el charco de gasolina que rodeaba el montón de chatarra. Las cenizas flotaron en el aire como polvo de nieve y, cuando Margaret logró por fin levantarse y echar a correr en dirección a la concha llameante que era ya el automóvil percibió el olor a goma quemada, mezclado con otro más nauseabundo y dulzarrón.

El de carne abrasada.

El calor de las llamas la obligó a mantenerse a distancia, lejos de los retorcidos despojos del automóvil que ahora despedían un resplandor blanco desde aquella increíble masa de calor. Pero la mujer pudo distinguir lo que quedaba de su esposo, un cuerpo carbonizado hasta el punto de que parecía una cerilla consumida, con las manos cerradas en torno a los restos de un volante que se había convertido en carbón.

La mujer se dejó caer de rodillas sobre el asfalto de la avenida y estalló en sollozos.

Otros ojos habían presenciado la explosión.

Ojos más profesionales.

Las dos figuras que ocupaban un jeep al otro lado de la carretera, ocultas tras los árboles, observaron con mirada crítica el estallido y el resplandor subsiguiente.

El primero de ellos sonrió, el segundo cogió un teléfono de campaña.

—Póngame con el ayudante de campo personal del primer ministro —dijo en tono conciso. Un momento de silencio y luego continuó—: Informe al señor Churchill de que, exactamente a las diez y cuarenta y seis minutos de la mañana de hoy, el proyecto Génesis ha concluido.

El comandante David Catlin colocó de nuevo el teléfono en su horquilla y lanzó una mirada más a las llamas.

CAPITULO 14

acket se sentía como si acabasen de golpearle con una barra de hierro. Tenía los sentidos embotados y le dolía la cabeza. Avanzaba como si estuviera en trance y al andar se detenía de vez en cuando para apoyarse en los muebles dando la H impresión de que temía caerse.

En el sofá, Sue permanecía sentada, pálido el semblante, enrojecidos e hinchados los ojos a causa de las muchas lágrimas que había vertido. Parecía exhausta, como si el esfuerzo de tanto sollozo hubiera consumido hasta el último gramo de su energía física.

Aún llevaba la chaqueta y la falda negras con que asistió al funeral de Lisa.

Cuando los últimos asistentes a la ceremonia se hubieron ido, Hacket

intentó convencerla para que se cambiase de ropa, pero lo único que hizo Lisa fue sacudir la cabeza y seguir en el sofá, con la mirada perdida. Hacket se preguntó un par de veces si no habría caído en alguna especie de conmoción, pero cada vez que la tocaba ella respondía con una sonrisa, e incluso llegó a rozarle la mano mientras él la acariciaba la mejilla.

Hacket se encontraba ahora en la cocina, esperando a que hirviese el agua de la olla, con las manos hundidas en los bolsillos de los pantalones.

El día había transcurrido con extraordinaria lentitud. Pareció que cada minuto se estiraba hasta convertirse en una hora, en una eternidad. El dolor de la pérdida resultaba casi físico. Hacket se pasó una mano por la frente y observó el vapor que ascendía desde el recipiente, lo mismo que había hecho por la mañana; lo primero que hizo mientras temía lo que se avecinaba.

La llegada de las flores.

Luego, los asistentes. (Había limitado la presencia de éstos a sus propios padres y a la hermana y el marido de Sue.)

Y, por último, el coche fúnebre.

Hacket tragó saliva y se esforzó en contener la lágrimas que acudían a impulsos del recuerdo.

El enorme vehículo había empequeñecido todavía más al minúsculo féretro. Hacket pensó en que él mismo hubiera podido trasladar fácilmente aquel ataúd, debajo del brazo.

Preparó el café y alargó la mano hacia el aparador para coger una aspirina que le aliviase aquel dolor que aún le corroía la base del cráneo. Tomó un sorbo de café, sin darse apenas cuenta de que el líquido estaba tan caliente que le abrasó la lengua.

Y en el cementerio todos contemplaron cómo bajaban el ataúd hasta el fondo de la tumba, una caja que parecía lastimeramente pequeña. Temió que Sue se viniera abajo.

Se pasó todo el servicio religioso apretada contra él, sin dejar de llorar desconsoladamente, pero Hacket se había esforzado en contener las lágrimas, en ser fuerte por los dos. Fue una lucha que no tuvo la menor esperanza de ganar. Cuando el pequeño féretro llegó al fondo de la sepultura, Hacket se rindió al dolor que le abrasaba

interiormente y se derrumbó. Y mientras se apoyaban el uno en el otro, olvidados de las personas que les rodeaban, sonaron las palabras vacías del vicario. Palabras como

«resurrección».

Hacket meneó ahora la cabeza y suspiró.

La ceremonia duró una eternidad y, finalmente, cuando terminó, a Sue y a él les condujeron, como a niños perdidos, hasta el coche que aguardaba para llevarlos a casa.

Los asistentes al sepelio, al tener la impresión de que eran allí unos intrusos, permanecieron con ellos menos de una hora. Se retiraron, dejando a los Hacket a solas con su aflicción.

Sue había dormido aquella tarde cosa de un par de horas, pero Hacket ni siquiera disfrutó de esa paz. Paseó de un lado a otro del salón, entre cigarrillo y copa, deseando emborracharse, beber hasta olvidarse de todo, pero sin dejar de comprender que tenía que estar allí cuando Sue se despertara. Ella le necesitaba ahora más que nunca.

Le necesitaba incluso más que Nikki.

Expulsó aquella idea de su cerebro rabiosamente, cogió las tazas de café y regresó hacia la sala de estar.

Sue tenía los ojos cerrados y Hacket vaciló, creyendo que estaba dormida, pero cuando se sentó frente a ella, la mujer alzó los párpados y le miró.

—No quería despertarte —se excusó Hacket en voz baja, y sonrió.

—No estaba dormida. Sólo pensaba.

—¿En qué? —preguntó él, al tiempo que le ofrecía la taza.

—En esa frase estúpida que la gente suele pronunciar cuando alguien muere: «Hay que seguir viviendo.» ¿Por qué tiene que ser así?

Se le nubló la expresión.

—Vamos, Sue, no hables de ese modo. Tenemos que seguir adelante, por la propia Lisa.

—¿Por qué, John? Ha muerto. Nuestra hija se ha ido. Nunca más la volveremos a ver, no podremos abrazarla, ni besarla.

Tenía húmedos los ojos, pero no brotó de ellos una sola lágrima. Mientras Sue se enjugaba los ojos, Hacket se preguntó si podrían secarse los conductos lagrimales. La mujer meneó la cabeza con gesto cansino.

Tanto dolor.

—Tendré —que ir a ver a mi padre mañana —articuló sosegadamente.

—No. Todavía no. Aún no estás en condiciones.

—¿Y si muere también? ¿Y si muere cuando yo debería estar a su lado?

Hacket se levantó, cruzó la estancia y se sentó junto a Sue, acercándola a sí.

—Puede que tu hermana se haya quedado unos días, puede que haya ido a visitarle.

—Tuvo que volver a Hinkston, su marido ha de trabajar y tienen un niño, John. No estaría bien dejarlo solo.

—Te encargas de demasiadas cosas, Sue. Si es preciso hacer algo, siempre eres tú la que se encarga de ello. Nunca Julie. Te responsabilizas de demasiadas cosas.

—Soy así.

—Bueno, tal vez ha sonado la hora de que empieces a ponerte la primera en tu lista de prioridades, en vez de colocarte siempre detrás de lo que le hace falta a todo el mundo.

La cogió suavemente por la barbilla, la hizo volver la cabeza y la besó en los labios.

Ella le tomó la mano y se la apretó.

—Te quiero —murmuró.

—Demuéstramelo. Ven a la cama y pasa la noche durmiendo a gusto.

—Dentro de un momento —respondió Sue—. Sube tú, yo lo haré ahora mismo. —

Bajó la mirada sobre la mesita de café y vio la carta dirigida a su nombre que estaba junto a una tarjeta que rezaba: «Mis más sinceras

condolencias». Preguntó, al tiempo que alargaba la mano hacia la carta—: ¿De qué se trata?

—Llegó esta mañana. Supuse que la leerías cuando tuvieses un respiro.

—No conozco la letra —comentó Sue, mientras daba vueltas al sobre entre las manos.

—¿No puedes esperar a mañana?

—Un minuto, John. Por favor —pidió Sue en voz baja, y le dio un beso.

Hacket se puso en pie y echó a andar hacia el pasillo.

—Un minuto —le repitió Sue, y oyó los pasos de Hacket, que ya subía por la escalera.

Dejó la taza de café, exhaló cansinamente el aire de los pulmones y abrió la carta. No era más que un trozo de papel, sin membrete, y cuando miró al pie de la misiva observó que tampoco llevaba firma. Comprobó de nuevo las señas que había en el sobre para asegurarse de que no se equivocaron de persona y domicilio. Allí estaba su nombre, la dirección también era correcta.

—«Querida señora Hacket —leyó en voz alta, pasando ya la vista por encima de la esmerada caligrafía—: Sé lo que pensará de mí por dirigirle la presente, pero me he dado cuenta de que debe usted saber lo que ha estado ocurriendo entre su esposo, John, y yo...»Las palabras se hundieron en el silencio, mientras Sue leía el resto de la nota, con la boca entreabierta.

Volvió a leer la carta, más despacio. Después la dobló, la apretó en la mano y se levantó.

Hizo una pausa al pie de la escalera, levantó la vista hacia el rellano y luego volvió a mirar la arrugada nota.

Empezó a subir.

CAPITULO 15

ebería haberme quedado con ella un par de días —dijo Julie Clayton, vuelta la cabeza para mirar por la ventanilla lateral del Sierra—. Y también debí haber ido a

-D ver a papá.

—Se sentirán mejor si se les deja en paz, a su aire, tú no puedes solucionar nada —

repuso Mike Clayton, con la nerviosa mirada puesta en el vehículo que iba delante.

Indicó que se disponía efectuar un adelantamiento, vio que el otro automóvil aceleraba y volvió a rezagarse. Siseó—: Vamos, hijo de puta. Lárgate de una puñetera vez o quítate de en medio.

Miró el reloj del salpicadero.

Las diez y cuarenta y dos minutos de la noche.

—A este paso no vamos a llegar a casa en la vida —se quejó, irritado —. Te dije que era mejor que viniera solo.

—Sue es mi hermana —protestó Julie—. Me necesitaba allí.

—Bueno, pues tu propio hijo te necesita ahora —le recordó pacientemente, mientras intentaba de nuevo el adelantamiento.

Pisó el acelerador a fondo y puso el Sierra en el centro de la carretera, sin hacer caso de las luces que veía avanzar hacia él.

—¡Mike, por el amor de Dios! —jadeó Julie, al ver los faros del coche que se acercaba.

Mike aceleró todavía más y la aguja del velocímetro se acercó a los ciento treinta cuando adelantaba a la furgoneta que le precedía.

El automóvil que venía de cara se desvió para esquivar al Sierra, accionó los frenos y tocó simultáneamente la bocina. El automóvil patinó y pareció que iba a estrellarse, pero el conductor se las arregló, aunque no sin esfuerzo, a duras penas, para devolverlo a la carretera y seguir adelante.

A su espalda ya la furgoneta que le había estado bloqueando el paso, Mike Clayton siguió pisando el acelerador.

Pasaron por delante de una señal indicadora: A HINKSTON 25 MILLAS. [Cuarenta kilómetros.]

Clayton sacudió la cabeza y trató de sacarle más velocidad al automóvil.

Julie también miró el reloj: se acercaban deprisa a las diez y cuarenta y siete. Calculó que tardarían otros veinte minutos en llegar a casa, siempre y cuando no hubiera más retrasos.

La mujer también empezó a preguntarse si llegarían a Hinkston a tiempo.

Rezó para que así fuera.

CAPITULO 16

uién es, John?

-¿Q Sue estaba de pie en el umbral del dormitorio, con la carta en la mano. La esgrimía como una acusación.

Hacket la miró desde la cama y enarcó las cejas, sin saber a ciencia cierta qué ocurría.

Sue se acercó al lecho, se detuvo junto a él y se quedó mirando a Hacket, con una mezcla de cólera y angustia en los ojos.

Más dolor.

La comprensión empezó a reptar despacio por la mente del hombre.

—«Me he dado cuenta de que debe usted saber lo que ha estado ocurriendo entre su esposo y yo» —leyó Sue en voz alta.

Hacket expulsó todo el aire que quedaba en sus pulmones y se consideró obligado a decir algo, aunque sabía que las palabras que utilizara no serían adecuadas.

—«Me tiene sin cuidado la opinión que le merezca —continuó Sue—, pero creo que tiene usted derecho a enterarse de lo que ha habido entre nosotros.»

—Sue...

Ella le interrumpió.

—«No me gusta que me utilicen» —leyó, aún con los ojos clavados en el papel. Al final, los apartó de la nota para mirar a su esposo—. ¿Quién es esta mujer?

Hacket comprendió que mentir no conduciría a nada.

«Al menos, limpia una parte de tu conciencia, ¿eh?»

—Se llama Nikki Reeves —explicó sosegadamente—. Trabaja en la escuela.

Ya lo había confesado. No podía volverse atrás.

—¿Tuviste una aventura con ella? —manifestó Sue y sus palabras eran más una afirmación que una pregunta—. ¿Cuánto duró?

—Tres meses.

La vio sentarse en el borde de la cama, con la carta todavía en la mano. Se había vuelto de espaldas a él, como si verle la disgustara. Hacket no se lo hubiera reprochado, si fuese el disgusto el sentimiento que experimentaba, pero supuso que en la actitud de Sue había más dolor que otra cosa.

—¿Se acabó ya? —quiso saber Sue.

—¿Me creerías si te lo dijese?

—¿Se acabó?

—Sí. Terminé con ella hace un par de días.

Sue le miró por fin, con una amarga sonrisa en los labios.

—Todas esas reuniones a las que asistías en la escuela... en realidad estabas con ella,

¿no? —Entornó los párpados súbitamente—. Nunca la trajiste aquí, ¿verdad?

—No, nunca.

—¿Y dónde disfrutabais de vuestra pequeña *liaison*, John? —preguntó Sue, con un matiz que bordeaba el desprecio—. ¿En el asiento trasero del coche? ¿En un aula vacía o en el despacho?

—Sue, por los clavos de Cristo, no fue tan sórdido. Ella tiene un piso...

—Ah, claro, en su propio domicilio, muy conveniente. Un lugar donde lavarse después la porquería. —La última frase era cortante y su filo entró a fondo—. ¿Qué edad tiene?

—Veintidós años. ¿Es eso importante?

—Creí que los profesores estaban predestinados a correrse sus juerguecitas con alumnas pubescentes o veteranas ninfómanas. Claro que a ti siempre te ha gustado hacer cosas originales, ¿no es cierto, John? ¿Por qué alguien tan joven? ¿Para reafirmar tu atractivo, ahora que estás a punto de alcanzar tu inquietante trigésimo cumpleaños?

—No seas ridícula.

—¿Yo? Eres tú el que ha tenido un maldito lío con una secretaria de la escuela, John.

A mí sí que debería ocurrírseme calificar eso de ridículo, ¿no te parece?

Le fulminó con la mirada, aunque sus ojos estaban húmedos.

—No me vengas con ésas, Sue —dijo Hacket, irritado—. Sé que estuvo mal y lo siento. Por si te sirve de consuelo, te diré que a mí también me parece una ruindad.

—No es ningún consuelo —replicó Sue.

Permanecieron sentados, sumidos en un silencio violento, hasta que Sue volvió a hablar.

—¿Por qué, John? Al menos, explícame eso —pidió, calmosamente.

Hacket se encogió de hombros.

—No lo sé. De verdad, no lo sé. De todas formas, cualquier explicación que te dé va a parecer peregrina, ociosa. —Respiró hondo—. No puedo explicarlo.

—¿No puedes o no quieres? —preguntó Sue.

—No puedo —insistió él, colérico, esforzándose en no levantar la voz, pero sintiéndose frustrado porque sabía que Sue tendría razón dijera lo que dijese. Lo que había hecho era injustificable—. Mira, no me enorgullezco de lo que hice. Sólo ocurrió y ya está.

—Los líos de faldas no ocurren sólo y ya está —refunfuñó Sue—. De todas maneras,

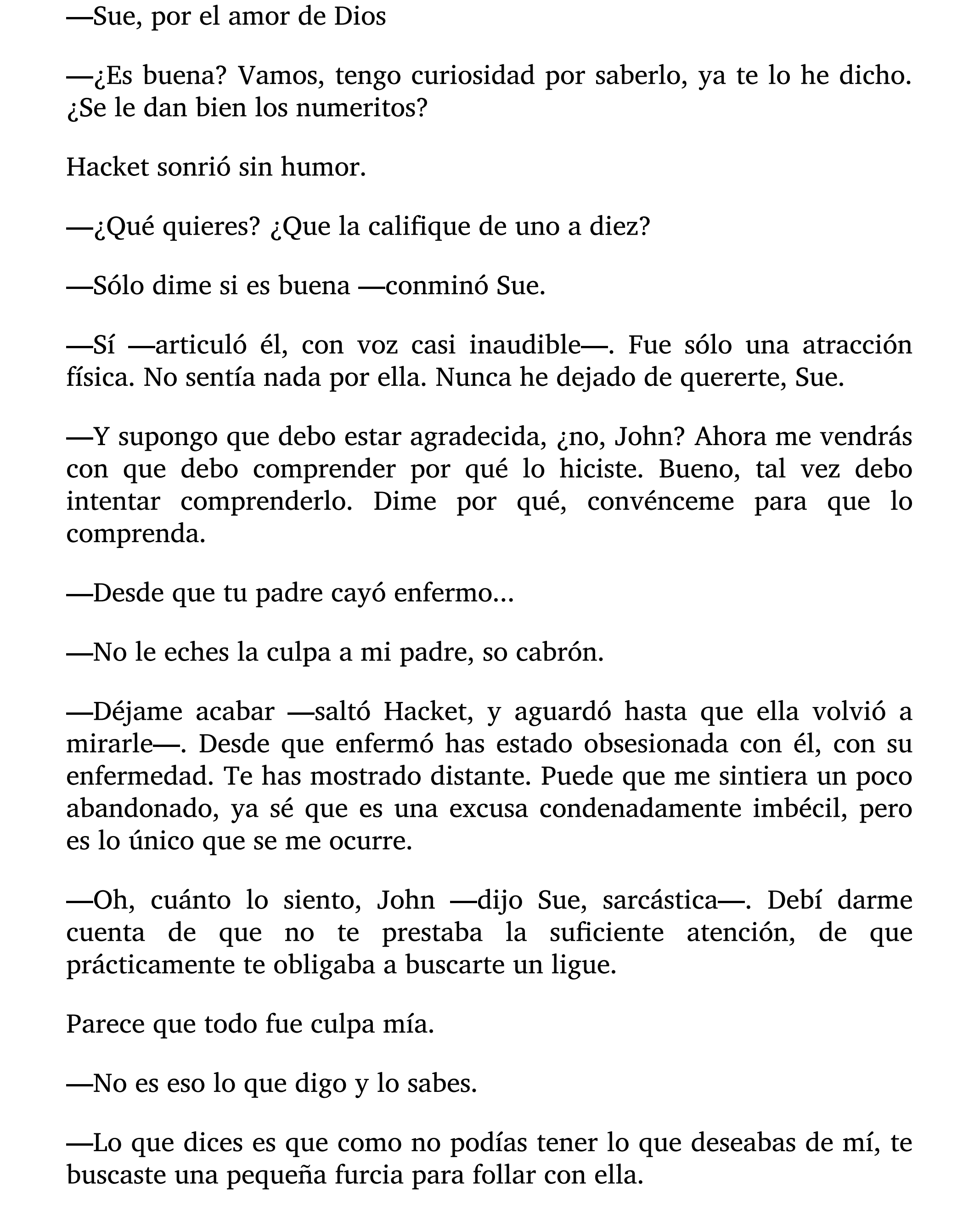
¿qué me dices del atractivo? ¿Es guapa? ¿Tiene una figura bonita? ¿Hace maravillas en la cama? Aunque eso no lo sabrías hasta que la llevaste a su pisito, ¿verdad? Bueno, venga, cuéntamelo, siento curiosidad. ¿Ese bombón cayó en tus brazos sin más?

Hacket meneó la cabeza, pero no dijo nada.

—Dime —conminó Sue, vehemente—. ¿Es guapa?

—Sí —reconoció él.

—¿Y es buena en la cama?



—Sue, por el amor de Dios

—¿Es buena? Vamos, tengo curiosidad por saberlo, ya te lo he dicho. ¿Se le dan bien los numeritos?

Hacket sonrió sin humor.

—¿Qué quieres? ¿Que la califique de uno a diez?

—Sólo dime si es buena —conminó Sue.

—Sí —articuló él, con voz casi inaudible—. Fue sólo una atracción física. No sentía nada por ella. Nunca he dejado de quererte, Sue.

—Y supongo que debo estar agradecida, ¿no, John? Ahora me vendrás con que debo comprender por qué lo hiciste. Bueno, tal vez debo intentar comprenderlo. Dime por qué, convénceme para que lo comprenda.

—Desde que tu padre cayó enfermo…

—No le eches la culpa a mi padre, so cabrón.

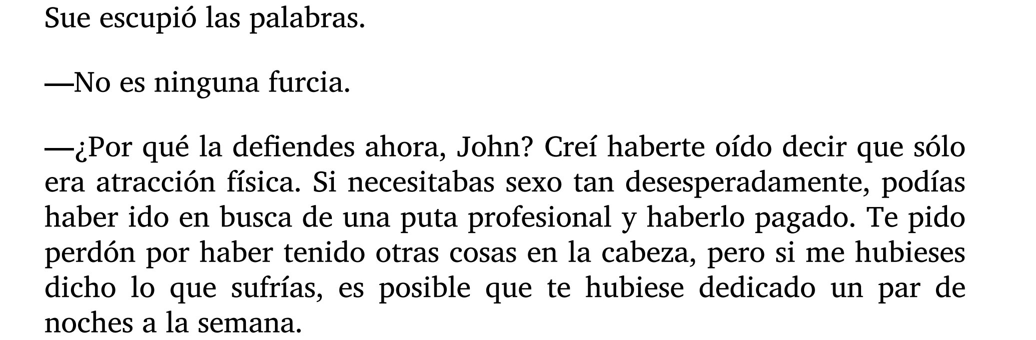
—Déjame acabar —saltó Hacket, y aguardó hasta que ella volvió a mirarle—. Desde que enfermó has estado obsesionada con él, con su enfermedad. Te has mostrado distante. Puede que me sintiera un poco abandonado, ya sé que es una excusa condenadamente imbécil, pero es lo único que se me ocurre.

—Oh, cuánto lo siento, John —dijo Sue, sarcástica—. Debí darme cuenta de que no te prestaba la suficiente atención, de que prácticamente te obligaba a buscarte un ligue.

Parece que todo fue culpa mía.

—No es eso lo que digo y lo sabes.

—Lo que dices es que como no podías tener lo que deseabas de mí, te buscaste una pequeña furcia para follar con ella.



Sue escupió las palabras.

—No es ninguna furcia.

—¿Por qué la defiendes ahora, John? Creí haberte oído decir que sólo era atracción física. Si necesitabas sexo tan desesperadamente, podías haber ido en busca de una puta profesional y haberlo pagado. Te pido perdón por haber tenido otras cosas en la cabeza, pero si me hubieses dicho lo que sufrías, es posible que te hubiese dedicado un par de noches a la semana.

—Ahora te estás mostrando ridícula.

—¿Qué infiernos esperas? —le chilló—. ¿Diálogo racional? El día en que entierran a mi hija me entero de que mi marido tiene un apaño y me la ha estado pegando. —

Hacket vio cómo se oscurecía la expresión de Lisa, cómo se estrechaban sus ojos. Casi pudo leer los pensamientos que se formaban en el cerebro de la mujer. La deducción final que le condenaría para siempre—. Estabas con ella la noche en que asesinaron a Lisa, ¿verdad?

Hacket no contestó.

—¿Estabas con ella? —siseó Sue.

El asintió.

—No puedo quitármelo de la cabeza —murmuró Hacket—. La idea de que si hubiese estado aquí probablemente no hubiera ocurrido. No sabes lo que esa idea me está haciendo.

—No me importa lo que te haga —repuso Sue fríamente—. Tú mataste a nuestra hija.

—No digas eso —protestó Hacket.

—No empuñaste el cuchillo, pero eres tan responsable de su muerte como el criminal que la asesinó. Nuestra hija murió por culpa de tu puñetera aventura.

Se precipitó sobre él salvaje, demencialmente, y lo repentino del ataque le pilló por sorpresa. Las uñas de Sue le rasgaron la mejilla, que empezó a sangrar. Hacket intentó sujetarla por las muñecas, mientras veía el raudal de lágrimas que se deslizaban por el rostro de

Sue. Ella volvió a golpearle, pero Hacket la cogió el brazo y lo inmovilizó, lo mismo que el de la otra muñeca. Sue forcejeó frenéticamente para liberar ambas manos, deseosa de evitar también el contacto de su piel con la de Hacket. Era como si el hombre fuese algo repugnante.

—¡Suéltame! —le gritó, con los ojos echando chispas—. ¡No me toques!

Hacket la soltó y Sue retrocedió, se alejó de la cama y a punto estuvo de caerse al llegar a la puerta. Él saltó al suelo y avanzó hacia la mujer, pero Sue levantó una mano para mantenerle a distancia.

—No te me acerques —silbó—. ¡Ni se te ocurra!

Hacket vaciló, sabedor de que, fueran cuales fuesen las palabras o los actos que eligiera, serían inútiles. Los dos se mantuvieron inmóviles, como imágenes de la foto fija de una película hasta que, finalmente, Hacket dio un paso atrás. Un gesto de derrota.

—Sue, por favor, no me rechaces. Ahora no. Nos necesitamos mutuamente.

Ella casi se echó a reír.

—¿De veras? ¿Para qué me necesitas? Puedes volver con tu furcia, ¿no?

Le contempló durante un segundo más y luego dio media vuelta y salió de la alcoba.

Hacket pensó en ir tras ella, mientras la oía bajar la escalera, pero comprendió que era inútil. En vez de seguirla, giró sobre sus talones, emitió un rugido de rabia y frustración y descargó el puño con todas sus fuerzas contra el tocador. El impacto volcó e hizo saltar frascos de perfume, productos de belleza y utensilios de maquillaje. Hacket se aferró a la superficie del tocador y miró su pálida imagen en el espejo.

El rostro que le miraba desde allí era el de la desesperación personificada.

CAPITULO 17

e despertaron los ladridos del perro.

En la quietud de la noche pareció que el eco sonaba en el interior del

cuarto, L dentro de su cabeza y se sentó en la cama, automáticamente, de un salto, para volver la cabeza y mirar el reloj, entrecerrados los ojos.

La una cuarenta y seis de la madrugada.

Brian Devlin pensó en encender la luz que había junto a la cabecera, pero no se decidió. Se frotó los ojos, mientras los ladridos aún repercutían a través de la oscuridad.

El animal podía estar en cualquier punto de la granja, tal vez incluso en alguno de los campos cultivados, y el ruido recorría una larga distancia en medio del absoluto silencio que reinaba a aquella hora avanzada.

Devlin se bajó del catre y anduvo hasta la ventana desde la que se veía el patio principal de la granja.

El resplandor de la luz encendida en el porche no penetraba gran cosa en las tinieblas y todo lo lejos que la vista de Devlin pudo llegar fue hasta el Land Rover aparcado justo delante de la puerta posterior. De nuevo pensó en encender una lámpara, pero volvió a vacilar, para, por último, coger la linterna que estaba en el suelo, al lado de la cama.

Introdujo entonces el brazo por debajo del lecho y sacó la escopeta *Franchi* de cañones superpuestos. Abrió el arma, introdujo dos cartuchos de la caja que guardaba en el armario contiguo a la cama y se dirigió rápidamente hacia la escalera, con la linterna en una mano y la escopeta apoyada en el hueco del otro brazo.

En la puerta trasera hizo un alto para calzarse las botas y ceñirse más la bata alrededor del cuerpo. Hacía frío y soltó un taco cuando los pies se introdujeron en las heladas botas de agua.

Fuera, el perro seguía ladrando.

Devlin abrió la puerta de atrás y salió a la negrura de la noche.

Se quedó quieto unos segundos, para escudriñar las tinieblas y dejar que los ojos se acostumbraran un poco a ellas. Después echó a andar en dirección al punto donde ladraba el alsaciano.

Devlin estaba seguro de que los aullidos procedían de la parte posterior del establo.

Del gallinero. En el curso del último mes, los zorros se le habían

llevado cerca de una docena de aves. Aquella noche iba a cazar al maldito raposo, lo haría trizas. Los bosques de la parte este de sus tierras se habían vuelto tan densos de árboles y matorrales que constituían un perfecto criadero de zorros. Devlin los recorrió varias veces, decidido a encontrar el rastro de aquellos bichos, pero hasta entonces no había conseguido nada.

Otros granjeros, los de la parte occidental de Hinkston, afirmaban no perder tantas aves de corral, cosa que, en sí misma, irritaba a Devlin. Llevaba veinte años trabajando aquella finca, desde que cumplió los veinte, y seguía sin disponer de los recursos con que contaban los agricultores del otro lado de la ciudad. Era una propiedad pequeña, que había empezado a levantar su padre y que ahora llevaba el propio Devlin. La granja era toda su pasión. Hasta el punto de que a su antigua esposa le resultó imposible aceptar que la granja y su explotación fuesen siempre lo primero. Cuando la mujer le dejó, Devlin pensó que tal vez a ella no le gustaba tomar como segunda residencia una pocilga llena de cerdos albardados. Esbozó una sonrisa al recordarlo. Al rememorar los esfuerzos de la mujer, decidida a cumplir sus funciones de esposa de granjero, ordeñando las vacas e incluso sacando el estiércol de las zahúrdas. Pero, al cabo de un año, el brillo de la novedad se había deslucido enormemente y la señora vio las cosas tal como realmente eran. Un trabajo asquerosamente duro. Devlin dedicaba a la granja dieciséis afanosas horas diarias, para conseguir una rentabilidad que le permitía sólo ir tirando. Allí no había tiempo para la vida de sociedad. Que el matrimonio se fuera al traste había sido algo casi inevitable. No tuvieron hijos, sin embargo y, en consecuencia, tampoco hubo complicaciones. Ella se sintió encantada de marcharse y a él le llenó de alborozo poder dedicar todo su tiempo a la granja. Si algo entristecía a Devlin era el que no hubiesen tenido hijos. Lo que le incordiaba era la idea de que, cuando muriese, no quedaría nadie para encargarse de la granja. Claro que, de todas formas, se decía, una vez estuviese dos metros bajo tierra no le preocuparía nada, ¿verdad?

En aquel momento, todo lo que le preocupaba era aquel ladrador alsaciano.

Sostuvo con firmeza la escopeta en la otra mano, listo para soltar la linterna y apretar el gatillo en cuanto vislumbrase un zorro, pero cuando se acercaba al establo y al gallinero que se alzaba más allá se le ocurrió algo. Con toda seguridad, los insistentes ladridos del perro habrían asustado ya al posible depredador, ¿no? ¿Por qué continuaba el animal tan agitado?

Los ladridos cesaron de pronto y Devlin se encontró envuelto en silencio. Hizo una pausa, a la espera de que el alsaciano empezase de nuevo.

Pero no empezó.

El silencio subsistía.

«Puede que haya asustado al dichoso zorro», pensó Devlin. Tal vez lo persiguió y ahora había vuelto para echarse a dormir, que era lo que el propio Devlin debería estar haciendo. Se suponía que antes de cinco horas iba a tener que estar de nuevo al pie del cañón.

No obstante, avanzó hacia el establo al observar que uno de los portones estaba entreabierto. Murmuró para sus adentros mientras se dirigía allí.

Casi había llegado cuando tropezó con algo.

Soltó una palabrota entre dientes, al tiempo que encendía la linterna para iluminar el suelo por delante de sí.

El rayo de luz cayó sobre el alsaciano muerto.

Devlin frunció el entrecejo, con la vista sobre el animal, y se agachó para acercarse al perro.

A juzgar por el ángulo de la cabeza, supuso que le habían roto el cuello.

La lengua colgaba a un lado de la boca y Devlin vio la sangre que brotaba por la mandíbula inferior del animal, para formar un amplio charco alrededor de la cabeza.

Daba la impresión de que habían desencajado la boca del perro, la quijada inferior casi estaba suelta, arrancada. Devlin empujó el cadáver con la puntera de la bota y giró en redondo al captar el crujido que sonó dentro del establo.

Una profunda cólera se apoderó de él. Quienquiera que hubiese hecho aquello al perro probablemente estaría aún en el interior del establo.

—¡Muy bien, hijo de puta! —siseó entre dientes, y se precipitó ciegamente al interior del establo. Proyectó en todas direcciones el rayo de luz de la linterna. Hacia el altillo donde se almacenaba el heno y la paja. A lo largo de las herramientas alineadas en la pared.

Los rastrillos, las palas y azadones, los cultivadores, las guadañas y las horcas.

Nada se movió.

—Tienes diez segundos para salir —gritó Devlin, al oír un leve chasquido sobre su cabeza.

Había alguien en el altillo.

Se llegaba a él por una escalera de mano que ascendía hasta una trampilla. Devlin se acercó a la escalera, con el furor producido por la muerte del perro dominando todas las demás emociones. Quienquiera que estuviese allá arriba iba a pagarlo muy caro, de una forma o de otra, se dijo Devlin, mientras llegaba a la escalera de mano.

Hizo una pausa, con un pie en el primer peldaño. Introdujo la linterna bajo el cinturón de la bata y cogió la escopeta con la mano libre.

Emprendió la subida.

—Estás en una propiedad privada —anunció mientras ascendía—. Lo que haga contigo es asunto mío. Estás en mi finca.

Ya había cubierto la mitad del recorrido.

—No tenías por qué matar a mi perro, hijo de mala madre.

Devlin se detuvo al llegar a la trampilla, alzó la mano y la empujó con fuerza. La trampilla se levantó y chocó después contra el suelo con un golpe que repercutió por todo el establo.

—Te doy otra oportunidad para que te entregues —voceó, al tiempo que pasaba por el estrecho hueco de la trampilla—. No puedes esquivarme, ésta es la única salida.

Silencio.

—Tengo una escopeta —avisó.

Nada.

Devlin dio un par de pasos en dirección al punto donde creía haber oído el primer ruido. Empuñaba la escopeta con una mano, mientras con la otra dirigía el foco de la linterna al frente, para iluminar las balas de heno y de paja apiladas allí como descomunales ladrillos.

Pensó que en aquel desván sobraban sitios donde esconderse.

Las vigas crujieron bajo sus pies mientras avanzaba cautelosamente. Se detenía cada tres o cuatro pasos, para iluminar el espacio a su espalda y asegurarse de que el intruso no se había escapado por la trampilla.

Abajo, la puerta del establo se cerró con estrépito.

Devlin giró sobre sus talones, se acercó corriendo a la trampilla y escudriñó a través de ella.

La puerta del establo se abrió y cerró de nuevo con estruendo y Devlin comprendió que el aire era lo que había ocasionado aquel ruidoso movimiento.

Se enderezó y reanudó la búsqueda por la zona del pajar.

Empezó a preguntarse si no le estarían jugando malas pasadas los oídos. El altillo parecía estar vacío. No había nadie escondido detrás de las balas. Ni el menor indicio de perturbación. Todo indicaba que el establo se encontraba desierto. Devlin dirigió una vez más el foco de la linterna de un lado a otro de aquel desván y luego meneó la cabeza, dio media vuelta y se encaminó hacia la escalera de mano.

Dejó la escopeta y la linterna en el borde de la trampilla mientras deslizaba el cuerpo por el hueco hasta el peldaño superior de la escalera.

La puerta del establo chirrió de nuevo y se quedó abierta.

Devlin se guardó la linterna en un bolsillo de la bata y, con la escopeta en una mano, descendió con cuidado.

Se quedó quieto al pie de la escalera, a la escucha.

Sólo le acogió el silencio.

Perplejo y un tanto desconcertado, Devlin franqueó la puerta y la cerró a su espalda.

Regresó, iluminando el camino de vuelta con la linterna.

El cuerpo del perro había desaparecido.

Quedaba una mancha carmesí para indicar el sitio donde estuvo tendido el animal.

Era como si el cadáver se hubiese volatilizado en el aire.

Devlin aspiró irritado una bocanada de aire.

Aquello había ido demasiado lejos. Si alguien le estaba tomando el pelo, el asunto no le parecía a él ni pizca de divertido. Cruzó el corral a grandes zancadas, de vuelta hacia la casa.

A su espalda, el portón del establo se entreabrió unos centímetros.

Devlin empujó la puerta trasera de la casa, irrumpió borrascosamente en la vivienda, encendió las luces, dejó la escopeta y maldijo para sí.

La figura estaba de pie en la cocina.

Devlin abrió la boca para decir algo, pero no salió palabra alguna. Alargó la mano para recuperar la escopeta, pero ya era demasiado tarde.

La figura se precipitó hacia él, con la horca por delante a guisa de bayoneta.

Las dos púas gemelas se hundieron en el pecho de Devlin, una de ellas le atravesó el corazón y la otra le rasgó un pulmón, que estalló como un globo carnoso. La sangre salió a borbotones de las heridas y roció la cocina, mientras el granjero se veía impulsado hacia atrás con increíble fuerza, repelido por el simple ímpetu del golpe.

Chocó contra la pared, la sangre salpicó el yeso y dejó una descendente mancha roja cuando el hombre fue deslizándose poco a poco hacia el suelo, aún traspasado por la horca. Trató de gritar, pero tenía la garganta llena de sangre y, al intentar moverse, percibió el siseo del aire que pasaba por el pulmón horadado, el frío de la brisa que atravesaba la espantosa escisión. Y durante todo ese espacio de tiempo, la sangre del corazón agujereado salía disparada como si la expeliese una manguera de alta presión.

Cuando estaba a punto de perder el sentido vio la figura que se erguía ante él.

Y vio también la larga hoja del estilete que una mano sostenía frente a sus ojos.

Devlin encontró alguna perdida reserva de energías e, incluso con la horca clavada en el pecho, trató de arrastrarse hacia la puerta posterior, aún de par en par.

La figura se limitó a arrodillarse junto a él, como un sacerdote que fuera a administrarle los últimos sacramentos.

Devlin notó que las manos del intruso formaban un hueco para levantarle la cabeza, casi amorosamente, y mientras buscaba el aire preciso para un definitivo grito de agonía, notó hundirse en su ojo derecho la punta del cuchillo que la figura empujaba despacio.

CAPITULO 18

n los días que sucedieron al funeral de Lisa, Hacket se vio sumido en una sensación muy similar al aislamiento. Pese a que había vuelto al trabajo (o quizá precisamente por eso: el inacabable coro de pésames se hizo pesado en seguida) y E a la necesidad de alternar de nuevo con la gente, observó que Sue se mostraba cada vez más remota. Hacket se sentía como un huésped. Le hablaba como se podía hablar a un extraño al que sólo había que servir la comida y con el que sólo había que mantener conversación superficial.

En vez de volver a su empleo de secretaria en una empresa de ordenadores, Sue prefirió abandonar completamente el trabajo. Hacket sugirió que, dadas las circunstancias, puede que no fuese una buena idea. Comentario que sólo sirvió, al parecer, para que Sue presentara antes su dimisión. La empresa le había concedido un mes de permiso, por la muerte de Lisa, pero a Sue no le pareció suficiente.

Hacket contemplaba con mirada ausente la pantalla del televisor cuando oyó la puerta de entrada y comprendió que Sue había regresado de otra de sus veladas nocturnas. La mujer cerró la puerta de la calle y se fue derecha a la cocina, donde preparó dos cafés, se encaminó con ellos a la sala de estar y puso uno delante de Hacket. Él le dedicó una sonrisa de agradecimiento, pero Sue no le correspondió con un gesto recíproco.

Sue se sentó en uno de los sillones *y* contempló con igual indiferencia la pantalla.

—¿Algo nuevo en el estado de tu padre? —preguntó Hacket, mientras miraba el movimiento de los pies de Sue, que se desprendían de los zapatos.

La mujer denegó con la cabeza.

—¿Han dicho cuánto durará? —dijo Hacket sosegadamente.

—No pueden concretarlo. Días, semanas. No lo saben —respondió

Sue, sin apartar los ojos del televisor. Tomó un par de sorbos de café y después recogió los zapatos—.

Estoy cansada. Me voy a la cama.

—No son más que las nueve —observó Hacket.

—He dicho que estoy cansada.

—Espera, Sue. Tenemos que hablar.

—¿De qué?

—Ya sabes de qué. De nosotros. De lo que ha pasado. No podemos seguir así.

—Entonces quizá no debamos seguir —replicó ella, llanamente.

Hacket frunció el entrecejo, sorprendido por la vehemencia de las palabras de Sue e inquieto por lo que implicaban.

—¿Significa eso que quieres que nos separemos? —inquirió.

Sue se encogió de hombros.

—No lo sé, no le he pensado apropiadamente. Tengo otras cosas en la cabeza.

—Atiende —pidió Hacket, esforzándose en dominar el tono de su voz —. Llevamos casados cerca de siete años. Te amo, no deseo perderte. Quiero que vuelvas, Sue.

—También yo quiero que vuelva Lisa, pero querer una cosa no significa que ocurra,

¿verdad? —contraatacó Sue, mordaz.

—Lisa ha muerto —silabeó Hacket, apretados los dientes y, al final, alzó la voz, impulsado por la frustración—. Por los clavos de Cristo, Sue, no creerás que eres la única que siente ese dolor. Has de comprender que no posees el monopolio de la aflicción. Echo de menos a Lisa tanto como tú. También era hija mía, por si no te has dado cuenta.

Respiraba ya a base de jadeos.

Sue le miró impasible.

—Hemos de rehacer nuestras vidas —continuó Hacket, más calmado ya—. No digo que debamos olvidar a Lisa, es algo que nunca debemos hacer, era lo más precioso que ambos teníamos en la vida. Pero ahora nos tenemos el uno al otro. —Suspiró—. Ya sé que aún estás furiosa por lo que sucedió entre Nikki y yo, pero aquello se acabó, Sue. Te dije que lo sentía mucho y te lo repetiré todas las veces que quieras. Todas las que sea preciso, con tal de que las cosas vuelvan a normalizarse entre nosotros.

—Jamás volverán a ser normales, John —replicó Sue en tono concluyente—. No estamos hablando de una aventura amorosa, estamos hablando de la muerte de nuestra hija. Una muerte que ocurrió por culpa de tu aventura.

Se le quedó mirando con ojos furibundos.

—He de convivir con ello —chirrió la voz de Hacket—. No es preciso que me lo recuerdes cada dos por tres. ¿Tienes idea de lo que siento? ¿Lo que representa llevar sobre la conciencia el peso de esa culpa? ¿Te interesa?

—No, John, no me interesa. Todo lo que me importa, todo lo que sé es que mi hija ha muerto. Que tú has destrozado nuestro matrimonio. No vuelvas a decirme que me amas, ignoras lo que significa ese verbo.

—¿Cuál es la respuesta, pues? —quiso saber Hacket—. ¿Divorcio? ¿Crees que eso mejorará las cosas? Desde luego, tampoco nos devolverá a Lisa, ¿verdad? Y si lo que digo te parece duro es porque me duele decirlo. Me duele mucho más de lo que nunca llegarás a comprender.

Se produjo un silencio violento, que Sue acabó por romper.

—He estado pensando en que tal vez lo mejor que puedo hacer es irme unos días —

dijo—. Pasar una temporada en Hinkston, con Julie. Ahora no nos necesitamos mucho tú yo. Y me hace falta un cambio de ambiente.

—¿Y tu padre? ¿Quién va a ir a visitarle?

—Puedo venir en coche desde Hinkston, sólo hay una hora de camino.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—El que sea menester.

Se levantó, con los zapatos en la mano, y anduvo hacia la puerta.

Hacket se hundió en el sofá, agotado. Oyó los pasos de Sue, que subía la escalera.

Miró la televisión un rato más y escuchó la inacabable sucesión de huelgas, accidentes, asesinatos, secuestros y violaciones que transmitía el presentador y, por último, se incorporó y desconectó el aparato.

Permaneció luego sentado, en silencio, durante lo que le pareció una eternidad, hasta que, por último, se puso en pie, salió al pasillo y descolgó el teléfono.

—Quisiera hablar con el inspector detective Madden, por favor —dijo Hacket por el auricular cuando por fin contestaron.

—En este momento, Madden no está.

—¿Y el sargento detective Spencer?

El hombre que estaba al otro extremo de la línea le dijo que esperase un instante.

Mientras aguardaba, Hacket se cambió nerviosamente de mano el auricular.

Le dijeron que el sargento detective Spencer se encontraba en la oficina, pero que quería conocer el motivo de la llamada.

—¿Eso es importante? Deseo hablar con Spencer. Sólo dígale que soy John Hacket —

manifestó el profesor.

En el otro extremo de la línea se hizo el silencio, después se oyó el chisporroteo de la electricidad estática, luego el hombre accedió a pasar la comunicación de Hacket y éste percibió una serie de chasquidos y pitidos breves. Por fin, la voz de Spencer.

—¿En qué puedo servirle, señor Hacket? —preguntó el policía.

—¿Hay alguna noticia sobre el individuo que asesinó a mi hija? —quiso saber Hacket.

—Seguimos varias pistas. Aún es pronto para...

Hacket le cortó en seco.

—¿Todavía no han detenido a nadie? —saltó.

La voz de Spencer sonó un tanto desconcertada.

—Ya le he dicho, señor Hacket, que estamos siguiendo unas pistas, pero todavía no hemos arrestado a nadie. En cuanto surja algo nuevo, se lo comunicaré.

Hacket inclinó la cabeza, dio las gracias al sargento detective y colgó. Permaneció allí un momento, con la vista fija en el teléfono y luego miró escaleras arriba, hacia el rellano, hacia la habitación donde dormía su mujer.

Apretó las puños hasta clavarse las uñas en las palmas de la mano.

Ninguna detención todavía.

Y cuando cogieran a los criminales, ¿qué?

Hacket regresó despacio al salón y cogió los cigarrillos. Encendió uno y aspiró a fondo el humo.

¿Qué, entonces?

La idea había pasado por su mente de un modo huidizo, pero eso fue de entrada, ahora, a solas en el desierto salón, volvió a llegarle y empezó a tomar cuerpo y fuerza. A desarrollarse y a extenderse como una pústula venenosa que creciera en su cerebro.

Y él alimentó aquella idea.

La alimentó y se aferró a ella.

7 de mayo de 1941

Hacía casi una hora que empezaron las contracciones.

Margaret Lawrenson se levantó trabajosamente de la silla y su voluminoso vientre a punto estuvo de hacerle perder el equilibrio y caer sobre el piso. Paseó por la estancia un momento, en un intento de aliviar los dolorosos ramalazos que la sacudían rítmicamente. Durante los últimos sesenta minutos, las contracciones habían ido haciéndose más frecuentes e intensas. Cada una de ellas la dejaba sin aliento y por dos veces la mujer se tambaleó como si se encontrara al borde del desmayo.

Estaba sola.

No se había avisado a ningún médico para que fuera a la casa. No se avisaría a ningún médico. Su esposo le había asegurado a Margaret Lawrenson que el parto iría bien y ella le creía.

El recuerdo de George Lawrenson hizo que la mujer se olvidase momentáneamente de los dolores del alumbramiento.

Su esposo llevaba muerto ya casi nueve meses y desde su asesinato (ella no tenía la menor duda de que le habían matado, aunque la autopsia y el examen de los restos del coche indicaron que todo fue debido a un defecto del depósito de combustible), Margaret había vivido sola en aquella enorme casa de las afueras de Hinkston. Llevaba una existencia retraída y se aventuraba por la ciudad lo menos posible. Carecía de amistades y ninguna visita se acercaba nunca a la casa. Pero Margaret lo prefería así.

Permaneció en aquel enorme edificio como una especie de celadora, encargada de guardar, a salvo bajo su cuidado, los papeles de su marido, las notas del proyecto Géminis.

Cuando se dirigía penosamente al laboratorio, se le doblaron las piernas y cayó de costado, pesadamente. Notó una súbita efusión de líquido entre las piernas y bajó la mirada sobre el flujo moteado de sangre que se extendía a través de la alfombra.

Margaret dejó escapar un gemido e intentó levantarse, pero parecía que el peso de la criatura que llevaba en su interior le impedía hacerlo, así que tuvo que arrastrarse por el piso, jadeando al respirar

mientras se acercaba poco a poco al laboratorio.

Si pudiera alcanzar su entorno estéril, sus analgésicos…

Una contracción tan salvaje que la obligó a doblarse sobre sí misma le arrancó un grito y, durante unos segundos, dejó de reptar. Ya resultaba bastante difícil con el enorme peso del niño albergado en su barriga, pero el dolor surcaba ahora su cuerpo como si fuese líquido que una demencial transfusión impulsara por las venas.

Analgésicos.

Lloriqueó angustiada y sintió que por la parte interior de los muslos corría más líquido. Bajó la vista para comprobar si era sangre.

Estaba a menos de tres metros de la puerta del laboratorio, pero lo mismo podían haber sido quince kilómetros. Cada centímetro de avance representaba un esfuerzo gigantesco, tanto de voluntad como de resistencia.

Al comprender que no iba a conseguirlo, Margaret Lawrenson se rindió al dolor y rodó sobre sí misma para quedar boca arriba. Un tormento atroz pareció insensibilizar toda la parte inferior de su cuerpo y se agarró angustiosamente a la alfombra, mientras notaba el movimiento de la criatura, que se disponía a emerger. Intentó respirar del modo en que su esposo la había enseñado, trató de convencerse de que él se encontraba a su lado. Se esforzó en pensar en otra cosa que no fuera aquel terrible dolor que seguía acosándola y le imponía el llanto.

Chilló al sentir que la cabeza del niño asomaba por la vagina y se preguntó si saldría impulsado por las contracciones musculares de ella o si la criatura utilizaría sus propias fuerzas para huir de la prisión del útero. La sangre salpicó la alfombra y Margaret notó que disminuía provisionalmente la increíble presión, al aparecer la cabeza de su hijo. Lo albergó entre las piernas, manchadas de sangre y trozos de placenta. Margaret estrujó la alfombra con ambos puños, apretadas a su vez las mandíbulas para impedir que se le escapase otro chillido. El sudor perló su frente y se deslizó por las mejillas formando diminutos arroyos.

Hizo un esfuerzo supremo y los músculos lograron por fin expulsar a la criatura, que quedó en el suelo, entre las piernas de la madre, aún unida a ella por el cordón umbilical.

Margaret quiso sentarse para coger al niño y, al hacerlo, sintió que el

resto de la placenta salía de su vagina en forma de grumo hinchado. Se dio la vuelta, todavía inundada por el dolor, y alargó las manos hacia el recién nacido. La criatura tosió, llena la boca de sangre y saliva. La mujer la cogió en brazos y, con el dedo índice, limpió la espesa mezcla de mucosa carmesí que cubría la boquita. El niño empezó automáticamente a llorar.

Lo levantó hasta las rodillas, sin soltarlo, y vio que el cordón umbilical colgaba desde su vientre. Había que cortarlo.

Sin preocuparse del sabor de la sangre, mordió el cordón umbilical de parte a parte; partículas de sangre le anegaron la boca y se deslizaron por su mentón. Pero resistió la imperiosa necesidad de vomitar, anudó rápidamente el cordón y se limpió los labios con el dorso de la mano.

El bebé continuaba llorando y Margaret sonrió al oírlo. Era el saludable grito con el que anunciaba su llegada al mundo. Margaret inclinó la cabeza para mirarle. A su hijo.

Estaba perfectamente formado y, cuando lo levantó, sus sollozos disminuyeron. Lo acunó en aquel frío pasillo. La sangre empapaba la ropa de Margaret y el sudor

enmarañaba su cabellera. El olor a cobre del flujo carmesí llegaba con intensidad a su olfato, pero la mujer prescindió de él. Lo único que en aquel instante tenía importancia era que su hijo estaba vivo.

La segunda oleada de contracciones la cogió totalmente por sorpresa, tanto por su virulencia como por lo inesperado de su aparición.

Dirigió la mirada al vientre y observó que la carne se ondulaba despacio, para hincharse *y* encogerse a continuación.

Y al aumentar los dolores comprendió lo que sucedía.

Emitió una alarido de sufrimiento cuando la cabeza del segundo niño se abrió paso hacia la vida.

CAPITULO 19

A causa de la densidad de tráfico que encontró a la salida de Londres, llegar a Hinkston le llevó cosa de una hora, pero, cuando conducía el automóvil por la calle mayor de la ciudad, Sue Hacket se percató de que aún no era mediodía.

El sol, que la había acompañado durante la primera parte del viaje,

acabó por batirse en retirada ante el gélido viento y la promesa de lluvia. Miró a la gente que iba de compras, roja la nariz a causa del frío: unos caminaban a paso vivo, otros charlaban entre sí, parados en las aceras.

Hinkston era una ciudad pequeña y activa, situada lo bastante cerca de Londres como para que se le considerase parte integrante del área metropolitana, pero también a la distancia suficiente como para que la calificasen de ciudad de provincias. Su población, calculaba Sue, estaría en torno a los ocho mil habitantes. Al menos, esa cifra fue la que le atribuyó cuando Hacket y ella la visitaron, tres años atrás.

Se adentró por el casco urbano, pasó por delante de una biblioteca se encontró rodeada de conjuntos de casas que empezaban a adoptar una sólida uniformidad.

Comprendió que había entrado en la zona donde vivía su hermana. Encontró la calle y aminoró la marcha para localizar el número de la casa. Fue contándolas mientras se acercaba y sonrió al ver a Julie a la puerta de su vivienda, hablando con el limpiacristales. Cuando Sue detuvo el Metro delante de la casa, Julie agitó la mano y acudió a su encuentro. Se abrazaron, observadas por el limpiaventanas, que inclinó la cabeza amablemente al acercársele Sue cargada con un maletín. Julie hizo las presentaciones y el hombre sonrió, al tiempo que formulaba un comentario acerca de lo mucho que se parecían y lo estupendas que, sexualmente hablando, estaban las dos.

Julie se echó a reír y le palmeó juguetonamente en el hombro. Sue captó la mirada de los ojos azules del hombre, que remolonearon sobre sus pechos, atraída su atención por la circunstancia de que la mujer no llevaba sujetador debajo de la blusa. Sue pasó por delante del limpiacristales, mientras Julie le pagaba.

Se detuvo en el vestíbulo de la casa de su hermana, dejó el maletín en el suelo y lanzó un vistazo a la entrada.

En una pared lateral del vestíbulo colgaba una copia de *El carro de heno*, de las que venden en grandes almacenes, frente a un reloj de cuco particularmente enorme, en el que sin duda podría alojarse un buitre con toda comodidad. Sue comprobó que eran

casi las doce y se dirigió a la sala de estar para evitarse la aparición del ruidoso pájaro.

Con la oportuna exactitud, en cuanto las manecillas se juntaron, el mecánico ocupante del reloj se aprestó a llenar el vestíbulo de

estruendo desgranando las doce una tras otra.

Dentro del salón, Sue miró en torno y observó los muebles, aparatos y cachivaches que colmaban la casa de su hermana. La habitación rebosaba adornos. Toda repisa o superficie disponible tenía el suyo. Estaban encima del televisor, en los anaqueles de la pared, en la librería. Sobre el estéreo se veía una pequeña reproducción en plástico de la torre Eiffel.

—Me la trajo Mike de París —explicó Julie, al entrar en la estancia—. Estuvo allí hace unas semanas, en viaje profesional. No es aficionado a esa clase de recuerdos, pero los compra para mí cada vez que va a alguna parte.

Sue sonrió y se dispuso a abrazar a su hermana. Ambas permanecieron unidas durante unos segundos y luego Julie le dio un leve beso en la mejilla.

—Me complace mucho que hayas venido —declaró sosegadamente.

Intercambiaron unas cuantas bromas, charlaron del tiempo y Julie acabó refiriéndose al limpiacristales, al que calificó de cabrito cachondo. Sue rió entre dientes, mientras servía té para ambas, en la cocina. Aparentemente, Sue sonreía y escuchaba, pero en realidad tenía la cabeza en otro sitio. Algo que Julie no tardó en notar.

—No voy a preguntarte en qué piensas —dijo Julie al final—. No sabes lo que lamento lo de Lisa. Pienso en lo que sentiría yo si le ocurriese algo a Craig.

La mención de su sobrino puso en los labios de Sue una nueva sonrisa y miró a su hermana por encima de la mesa.

—¿Dónde está? —preguntó.

—Al otro lado de la calle, jugando con un amigo. Eso le permite librarse de mí durante las vacaciones entre un curso y otro. Se alegrará de verte. Dentro de un rato le llamaré.

Sue asintió con la cabeza y tomó un sorbo de té.

—Mike trabajará esta noche hasta tarde, así que...

Sue dejó escapar una risita entre dientes y Julie la miró, perpleja.

—Lo siento —se disculpó Sue, con un suspiro.

«Trabajar hasta tarde. Reuniones. —Pensó en John y su amante. La perenne excusa—. Tengo que quedarme a trabajar hasta muy tarde.» Acabó el té y pasó la punta del dedo índice por el borde de la taza.

—¿Qué ocurre, Sue? —quiso saber Julie—. Cuando telefoneaste para preguntar si podías alojarte aquí, dijiste: «Todo lo que necesito es escapar de esto, no puedo resistir esta casa». No citaste a John para nada. Podía haberte acompañado, ya sabes.

—John es una de los motivos por los que tenía que huir de allí —dijo Sue, y enarcó las cejas.

—¿Por qué? ¿Os ocurre algo?

Sue exhaló el aire de los pulmones y se preguntó si debía volcar sobre su hermana la carga de sus propias preocupaciones, pero sin dejar de darse cuenta de que tenía que contárselo a alguien. No podía seguir reprimiendo sus sentimientos.

—Tuvo un lío, Julie.

Las palabras salieron con fluidez. Explicó a Julie lo sucedido. La carta. El descubrimiento. La riña.

El que le echara la culpa de la muerte de Lisa.

Julie la escuchó atentamente, impasible el rostro.

—Por eso tenía que huir —continuó Sue—. Necesito tiempo para reflexionar, para decidir a dónde he de dirigirme desde aquí.

Julie siguió sin decir nada.

—No sé si alguna vez podré perdonarle —prosiguió Sue—. Ni siquiera sé si quiero perdonarle.

Las dos mujeres se contemplaron en silencio, a través de la mesa. Después de dar rienda suelta a sus revelaciones sobre lo acaecido en el transcurso de las últimas semanas, Sue se sintió vacía. Por su parte, Julie no sabía qué decir.

Rompió el silencio el ruido que provocó al abrirse la puerta de la calle.

Craig Clayton entró dando saltos y llenó de polvo la alfombra de la cocina al botar el balón. Sonreía feliz, tan manchada de barro su cara como el equipo de fútbol que llevaba puesto. Vio a Sue y se lanzó

sobre ella.

La mujer abrió los brazos para acogerle, lo levantó en peso para ponérselo sobre las rodillas y besó la embarrada mejilla.

Julie observó las lágrimas que se formaban en los ojos de su hermana.

—¿Cómo está mi sobrino favorito? —le preguntó Sue, a la vez que lo abrazaba.

—Muy bien —repuso el chico, radiante, se desprendió de los brazos de su tía y echó a andar hacia el salón.

—Botas fuera, equipo fuera, y al baño —ordenó Julie—. ¡Mira cómo vas! ¡Te he dicho un montón de veces que te quites las botas antes de entrar en casa!

—Pero, mamá, Mark está tan sucio como yo —explicó Craig, como si esa información pudiera apaciguar a su madre.

—Bueno, te has portado de maravilla al no traerle aquí contigo, ¿verdad? Muchas gracias. No habrá almuerzo hasta que te hayas bañado a conciencia, hijo.

El niño se encogió de hombros y miró a Sue, con la esperanza de que le echase una mano, pero ella se limitó a sonreír, por lo que Craig dio medio vuelta y salió a quitarse las botas de fútbol.

—¡Chicos! —sonrió Julie—. A veces...

Dejó la frase en el aire, sin terminar, y se sintió repentinamente violenta.

—Voy a cambiarme de ropa —le anunció Sue, al tiempo que se ponía en pie—. Ya sé donde está la habitación libre. Cuida de Craig.

Dedicó a Julie una sonrisa, salió de la cocina y atravesó la sala de estar, rumbo al vestíbulo, donde cogió el maletín. Subió por la escalera.

Julie permaneció un momento más sentada a la mesa de la cocina y después fue a comprobar cómo se las arreglaba su hijo con las botas de fútbol.

Afuera, empezaban a caer las primeras gotas de lluvia.

CAPITULO 20

e despertó sobresaltada, impelida por la potencia de una pesadilla que sacudió todo su ser y la dejó temblorosa.

S Sue continuó inmóvil en la oscuridad, mientras se esforzaba en serenar la agitada respiración. Temía haber despertado a alguien en la casa. El silencio que la envolvía pareció indicarle que no era así. Siguió tendida boca arriba en la cama. El corazón continuaba latiéndole aceleradamente y las gotas de sudor se le multiplicaban en la frente a pesar del frío reinante en el cuarto. Se estremeció, saltó del lecho y fue a cerrar la ventana.

La lluvia que había empezado como una simple ducha se había convertido al llegar la noche en un aguacero a gran escala y Sue miró durante unos momentos aquella penumbra encapotada, no sin observar que había luces encendidas en los dormitorios de otras viviendas de la urbanización. Tuvo repentina consciencia de su desnudez, lo que la impulsó a coger la bata y ponérsela, en tanto comprendía que ahora no iba a volver a conciliar el sueño así como así. En vez de acostarse salió, descalza, de la alcoba y anduvo por el rellano. Al pasar por delante del cuarto de Julie y Mike hizo una pausa y aguzó el oído para ver si percibía algún movimiento, alguna indicación de que los había molestado.

Silencio.

Repitió el proceso ante la puerta de la habitación de Craig, que entreabrió para echar una mirada al niño.

En pijama y con los carteles de motocicletas sobre él, Craig estaba arrebujado bajo la ropa de la cama, ligeramente abierta la boca, tranquila y regular la respiración. Sue le contempló unos segundos más. El niño era dos años mayor que Lisa. Un chaval sano y fuerte. Sue cerró la puerta con todo el cuidado del mundo y bajó por la escalera.

Craig abrió los ojos, instantáneamente alertado el cerebro. Oyó los pasos que descendían por la escalera y supo que no eran los de su madre ni los de su padre.

Continuó quieto debajo del cobertor, sin mover más que los ojos.

Sue encendió la luz de la cocina y se sentó mientras aguardaba a que hirviese el agua. Cuando por fin lo hizo, la mujer se sirvió una taza de té y lo bebió despacio, perdida la mirada en el vacío, al tiempo que escuchaba el uniforme tic tac del reloj

colgado de la pared, a su espalda. Cuando se levantó para volver a la cama vio que eran las tres y once minutos de la madrugada.

Se quedó dormida diez minutos después, arrullada por el tamborileo de la lluvia contra los cristales de la ventana, un acompañamiento perfecto para la regularidad de su respiración.

La puerta del dormitorio se abrió silenciosamente y entró Craig, cuya mirada ni por un segundo se apartó de Sue.

Avanzó hasta situarse a medio metro de la cama y contempló a la mujer, que se removió inquieta. Pero sus movimientos no alteraron la silenciosa vela del chico. Craig continuó junto a la cama.

Julie había oído ruidos y se bajó del lecho, con cuidado para no despertar a Mike.

Se encaminó a la habitación de su hijo y echó un vistazo a través de la puerta.

Vio que la cama estaba vacía.

—¡Oh, Dios! —murmuró, y tragó saliva.

Dio media vuelta y se encaminó a la habitación de invitados.

Craig seguía ante la cama de Sue, con la mirada fija en su tía, en la uniformidad con que subía y bajaba su pecho al respirar.

Julie cruzó la estancia y apoyó la mano firmemente sobre el hombro del niño.

Craig volvió la cabeza y miró sonriente a su madre. Luego contempló de nuevo a Sue.

—No —murmuró Julie, y sacudió la cabeza, al tiempo que trataba de inducir al niño a salir del cuarto.

Tras un titubeo, Craig permitió que su madre le sacara de allí.

Julie miró a su hermana, para asegurarse de que seguía dormida. Después cerró la puerta y acompañó a Craig a su dormitorio.

El niño subió a la cama y se deslizó debajo del cobertor.

Julie se arrodilló junto a él y meneó la cabeza otra vez.

—No —dijo quedamente—. A ella no.

CAPITULO 21

os mataría.

Ésa era la única solución.

L Yacía en la cama, despierto, sin quitarse aquello de la cabeza. Incluso durante el trabajo, la idea le acompañaba constantemente.

De una manera o de otra, Hacket iba a matar a los individuos que habían asesinado a su hija. Ignoraba cómo y también cuándo. Todo lo que sabía era que iba a matarlos.

Naturalmente, quedaba la cuestión de la factibilidad. Si la policía ignoraba quiénes eran, ¿cómo podría averiguarlo él solo? Y en el caso de que llegara a descubrirlos, ¿qué?

¿Si daba con ellos y conseguía poner fin a sus vidas? Eso significaría arresto, encarcelamiento. Ningún jurado de la Tierra, por mucho que se compadeciera de su situación, pronunciaría un veredicto de inocencia cuando le juzgasen. Pero a Hacket eso no parecía importarle.

No le impresionaba lo más mínimo la idea de que, al acabar con la vida de los asesinos de su hija, terminaría también de modo efectivo con la suya.

Lo que había empezado siendo un deseo ambiguo se fue convirtiendo, despacio pero firmemente, en una obsesión. Rara era la hora durante la cual no pensase en encontrar y matar a aquellos hombres. En idear sistemas de sufrimiento que aplicarles.

En tramar y planear métodos para librar al mundo de aquellos seres. Se deleitaba con su propia inventiva. Disfrutaba con su capacidad para imaginar lo que podía hacerles.

Castración.

Dios, lo que le encantaría pasar despacio el filo de un cuchillo por el escroto del fulano que había penetrado a su hija. Cortar aquella carne blanda y exponer la parte interior de aquella hedionda cosa carmesí en forma de huevo. Separaría primero uno y luego el otro y, mientras el malnacido se desangraba hasta la muerte, Hacket le introduciría el cuchillo por el ano. Le dividiría los intestinos. Y, por último, le

cortaría el pene, aquel miembro vil que había violado a su pequeña. Le insertaría la punta del cuchillo en la entrada del glande y empujaría hacia adentro. Empujaría hasta partir el órgano en dos, seccionando despacio y con cuidado, para, al final, separarlo de la raíz.

Jesús, aquélla era una idea estupenda y, mientras seguía acostado en la cama, con la mirada en el techo, Hacket sonrió para sí.

Al principio, le horrorizó que aquellos pensamientos se albergasen en la mente de una persona supuestamente educada y civilizada, pero luego, cuando el recuerdo de la imagen de su hija muerta aparecía vívidamente en su cerebro, la vista de aquel cuerpo minúsculo tendido sobre la losa mortuoria del depósito de cadáveres continuó alimentando activamente dichos pensamientos. Todas y cada una de aquellas torturas las había extraído de las regiones más negras de su cerebro hasta que tuvo la sensación de que le estaba saqueando las ideas a algún sádico degenerado.

Disfrutaba con tales pensamientos.

Les destrozaría los ojos.

Los órganos que miraron primero a su hijita.

Hacket se regodeó imaginando cómo empuñaría el cuchillo y deslizaría el filo, cortando las brillantes órbitas o cómo utilizaría la punta para sacar los ojos de las cuencas.

Después les cortaría los dedos uno a uno.

Les rebanaría las orejas.

Les rompería las rodillas con una barra de hierro y luego les fracturaría sistemáticamente todos los huesos del cuerpo.

Les obligaría a comerse sus propios excrementos.

Saboreaba con fruición cada uno de los pensamientos que afluían a su mente.

El castigo que pudieran imponerle a él carecía de importancia. Nada de lo que la ley le aplicase le causaría más sufrimiento que el que le ocasionaba la muerte de su hija.

Y quizá, se dijo, con la venganza llegaría el perdón. Cuando Susan

viese lo que había hecho a los asesinos de la niña le querría de nuevo. Desearía que volviese.

Ahora, más que nunca, se daba cuenta de que su única esperanza de expiación residía en encontrar y matar a los asesinos de Lisa.

Saltó de la cama y tomó la botella de whisky que tenía en el armario. Bebió a gollete y una parte de aquel fuerte licor se desparramó por su pecho. El líquido ambarino descendió abrasador hasta el estómago y Hacket tuvo que aspirar una profunda bocanada de aire, con la botella ante sí. Sonrió al ver en el vidrio el reflejo de su imagen deformada.

Si la locura fuese un espejo, Hacket estaba contemplando su propia efigie.

CAPITULO 22

odo parecía espantosamente familiar.

Las flores en sus envoltorios de celofán, las huecas palabras del sacerdote.

T Las lágrimas.

Y la tumba.

El que la muerte de Tom Nolan fuese inevitable no hacía menos traumático el suceso, y Hacket se sorprendió al darse cuenta de que, aunque no había conocido bien a aquel hombre, le costaba trabajo contener las lágrimas allí, de pie frente a la sepultura, junto a Sue, Julie y Mike.

Ella permanecía inmóvil, inclinada la cabeza, con la mirada sobre la fosa como si tratara de leer la placa de latón. Hacket pensó en lo serena que parecía Sue, pero luego comprendió que lo que había tomado por serenidad sólo era algo que bordeaba la conmoción. Le entraron ganas de pasar la mano por delante del rostro de la mujer para ver si parpadeaba.

Julie lloraba en silencio, consolada por su marido, cuyos brazos la estuvieron rodeando protectoramente durante toda la ceremonia.

Nubes plomizas encapotaban el cielo y dejaban caer la cortina de su llovizna sobre el reducido grupo de deudos. Había otras personas por allí, pero no parecían decididas a acercarse a la tumba por temor a que la familia les considerase inoportunas. Hacket supuso que serían

amigos de Tom. Una o dos de aquellas personas también lloraban, pero el viento que sacudía a rachas el cementerio se llevaba aquellos rumores de angustia.

Llegado el momento, Sue dio un paso adelante y, con ademán tranquilo, echó un puñado de tierra sobre el ataúd y se retiró para quedar de nuevo junto a su esposo.

El vicario terminó su oración fúnebre, pronunció las rutinarias frases de condolencia y emprendió el camino de regreso hacia la capilla para recibir al siguiente cortejo, que en aquel momento franqueaba ya las verjas del camposanto.

«Más dolor», pensó Hacket.

Hasta la muerte era como producción en cadena.

—Voy a llevar a Julie al coche, Sue —dijo Mike, y se alejó con su sollozante esposa.

Dirigió a Hacket una inclinación de cabeza y éste correspondió esbozando una sonrisa.

Sue seguía con la vista clavada en la sepultura.

—Ya sé que no es el momento oportuno —dijo Hacket, cohibido—. Pero, ¿podemos hablar?

—Espérame un momento —accedió Sue, sin mirarle.

Hacket asintió, dio media vuelta y se encaminó a un banco situado un poco a la derecha, bajo un árbol. Quitó de encima del asiento unas cuantas hojas caídas y se sentó. Observó a Sue, que aún estaba mirando la tumba. Vio que los labios de la mujer se movían y se preguntó qué estaría diciendo. La muerte de su padre no parecía haberle afectado tanto como la de Lisa. Tal vez el fin del sufrimiento representaba cierto alivio para ella, se dijo Hacket, aunque tomó nota mental de que no debía hacer ninguna alusión a ello. Aguardó a que Sue se dirigiera al banco.

Sacudió con la mano enguantada unas cuantas hojas que todavía quedaban sobre el banco y Sue se sentó por fin junto a él.

—Gracias por encargarte de todas las gestiones del funeral, John. Es un detalle que aprecio mucho —articuló Sue en tono sosegado.

—Sabía que no estabas precisamente en condiciones de hacerlo tú. Y te debía eso, por lo menos.

—No creas que con ello te has ganado una medalla —advirtió Sue, con una ligera sonrisa en los labios, aunque Hacket vio lágrimas en los ojos de la mujer.

Se acercó más a ella, deseando cogerla, pero Sue alzó una mano, indicándole que mantuviera las distancias. Hacket apretó los dientes.

—Me recuperaré —dijo quedamente—. ¿De qué querías hablar?

—Quiero saber cuándo vuelves a casa.

—No voy a volver.

Hacket tragó saliva. ¿Qué ocurría?, se preguntó. ¿Significaban aquellas palabras que la situación actual de sus relaciones pasaba a ser definitiva?

—¿Estás diciendo que todo ha terminado entre nosotros? —preguntó, casi con incredulidad.

—Lo que quiero decir es que no pienso volver a esa casa, John. Tiene demasiados recuerdos.

—¿Qué harás, pues? ¿Qué quieres que hagamos? —quiso saber Hacket.

—De momento, me quedaré con Julie. Ya sé que no puedo seguir en su casa indefinidamente… —Suspiró—. Como dijiste antes, éste no es el momento más oportuno para hablar de ello.

Hizo ademán de levantarse, pero Hacket la cogió de un brazo y la retuvo.

Sue se soltó y le miró fijamente durante un segundo. Hacket vio en las pupilas de Sue algo muy parecido al odio y bajó la mano.

—Julie me necesita —dijo la mujer—. He de irme.

—Yo te necesito —declaró Hacket. Se esforzó en controlar el tono de su voz—.

Tenemos que hablar, Sue.

—Pero no ahora —repitió ella, y echó a andar.

Hacket la observó mientras se alejaba por el estrecho sendero, hacia la zona alquitranada que servía de aparcamiento. La vio subir a la parte trasera del automóvil, con su hermana, y siguió mirando en tanto el coche arrancaba y aceleraba.

El hombre continuó inmóvil a solas allí, con el viento fustigándole, y luego dio media vuelta y regresó hacia su vehículo. Había muchas cosas que le hubiera gustado decir a Sue. Que vendería la casa y se trasladaría a Hinkston, que podían volver a empezar si ella regresaba. Tantas cosas. Pero, más que pronunciar palabras, había deseado cogerla, sentirla entre sus brazos durante unos momentos.

Le había negado incluso ese pequeño placer y, mientras subía al coche y ponía el motor en marcha, Hacket se preguntó si se lo negaría siempre.

La había perdido.

Hacket estaba convencido de ello.

Primero había perdido a su hija y ahora a su esposa. La de Sue no era una pérdida tan espantosamente definitiva como la de Lisa, pero, no obstante, Hacket estaba seguro de que sus relaciones habían acabado. Sue lo mismo podía estar muerta.

Se encontraba solo en el salón de su casa, con un vaso de whisky escocés en la mano y un zumbido continuo en la cabeza, consecuencia de todo lo que había bebido. De la botella que descorchó cosa de una hora antes sólo quedaba la mitad.

Hacket lanzó una mirada circular a la estancia y se dio cuenta repentinamente de lo mucho que la odiaba. Sue tenía razón, contenía demasiados recuerdos. Pero también para él, ¿es que Sue era incapaz de comprender eso? Él no podía escapar a esos recuerdos. Jamás escaparía a esos recuerdos, fuera a donde fuese, porque los pensamientos que le torturaban habían echado raíces dentro de él. Siempre estaban corroyéndole, lo mismo que el cáncer había corroído al padre de Sue. Y, sin embargo, Hacket aún se aferraba a la esperanza de que vengándose alcanzaría la salvación.

Tomó un largo trago del vaso y parte del ardiente líquido le cayó por la barbilla.

Hacket emitió un rugido de rabia y frustración y, simultáneamente,

apretó con más fuerza el vaso.

Lo rompió. Gruesos trozos de cristal le rasgaron la palma de la mano. Otros fragmentos saltaron por el aire, mezclados con el whisky y con la sangre que fluía de los brutales cortes. Dejó caer los restos del vaso y volvió despacio la mano para mirarse la palma. Los cristales se habían hundido en la carne por varios puntos y el líquido rojo manaba de las heridas. Un trozo de vidrio del tamaño del pulgar estaba clavado en la palma y aún sobresalía de la carne. Hacket se lo arrancó con cuidado, y lo contempló unos instantes, antes de arrojarlo a un lado.

Examino la ensangrentada mano y luego, lentamente, se la llevó a la cara y, con medidos movimientos, se fue pasando la palma por una y otra mejilla hasta que tuvo todo el semblante cubierto por el rojo y espeso líquido.

Se mantuvo inmóvil, sentado, como un guerrero indio con sus pinturas de guerra, con los punzantes dolores agravándose cada vez más, aunque los amortiguaba la cantidad de whisky que había trasegado. El olor de la sangre era intenso en su olfato.

Notó que la sangre se le coagulaba en las mejillas, mientras, a su costado, goteaba desde la palma de la mano herida.

Hacket sonrió y después estalló en carcajadas. Estúpida, ebriamente.

Luego, poco a poco, las lágrimas de risa se convirtieron en lágrimas de desesperación.

CAPITULO 23

ecir que el comedor de El Toro era pequeño hubiera resultado un eufemismo. Lo constituían cinco mesas y, mientras retiraba su silla y se sentaba, Stephen Jennings trató de imaginarse aquella pieza llena de clientes. Dudaba de que eso D hubiera ocurrido alguna vez.

El Toro era la clase de local al que la gente suele aludir tildándolo de «casero», que es una forma de disimular la realidad. En otras palabras, era exiguo. Un hotel pequeño, regido por una familia (hasta la descripción parecía más bien excesiva para algo tan modesto como El Toro), situado en el centro de Hinkston, barato, inmaculadamente limpio y con un ambiente simpático. Había estado en docenas de establecimientos como aquél y mucho peores. Jennings llevaba tres años trabajando de representante para una empresa dedicada a la fabricación de pantalones vaqueros. No era el mejor empleo del

mundo, pero le permitía viajar por el país, disponer de un automóvil que le proporcionaba la empresa y cobrar un salario razonable. Sin embargo, al aproximarse a su cumpleaños número veintisiete, empezaba a plantearse si no había llegado el momento de cambiar de colocación. Mejorar, como su madre le decía siempre. La mujer también era muy aficionada a repetirle que debía sentar la cabeza y casarse, algo a lo que Jennings no se molestaba en conceder la menor consideración.

Durante los últimos dieciocho meses mantuvo alguna que otra relación esporádica, pero el tiempo que estaba en la carretera parecía impedir que la cosa pasara a mayores. Con todo, se decía constantemente, era demasiado joven para sentar la cabeza. «Demasiado viejo para el *rock and roll*, demasiado joven para morir», pensó, con una sonrisa.

Dejó a un lado sus filosóficas elucubraciones, cogió la carta, echó una ojeada a los platos y lanzó otra mirada al comedor del hotel. Cada una de las mesas tenía en el centro su correspondiente jarroncito de flores y todos los manteles y servilletas estaban impolutos. Más que media luz, lo que había allí era penumbra. Tal vez para ocultar el estado de la comida, cuando llegase, se dijo Jennings, y volvió a proyectar su atención sobre la carta.

La variedad era escasa, pero era una minuta bastante arriesgada para un lugar de medios tan modestos como El Toro. Filete al vino tinto con salsa de setas. Miró el precio.

Caro, pero ¡qué diablos!, iba por cuenta de la empresa. Repasó la carta de vinos.

—¡Hola!

La voz le sacó de sus meditaciones y alzó la vista para encontrarse con que una joven se había acercado a la mesa. Llamarla mujer quizá hubiera sido exagerar un poco, ya que una rápida evaluación le indicó a Jennings que la recién aparecida ante la mesa se andaría por el último tramo de la adolescencia. La chica le sonrió y, al observar el cuaderno de notas que llevaba en la mano, Jennings supuso que se trataba de la camarera de turno.

Era esbelta, circunstancia que acentuaba lo ceñido de la blusa y falda negras que vestía. Una tupida melena rubia que le caía sobre los hombros enmarcaba su delgado rostro, en el que parecían brillar desde el fondo de las pupilas un par de ojos como chispas de zafiro.

No iba maquillada y el frescor de su piel parecía antinatural en una chica que se encontraba en plena pubescencia. Continuó ante la mesa pacientemente y Jennings, al observarla, vio que no llevaba el calzado plano propio de las camareras, sino zapatos de tacón alto. A la chica no le faltaban encantos.

Volvió a sonreírle cuando notó la sorpresa de Jennings.

—¿Le he asustado? —dijo, muy satisfecha—. Lo siento. Mi padre siempre me está diciendo que no me acerque de puntillas a los clientes.

Jennings le devolvió la sonrisa.

—¿Su padre?

—Sí, es el dueño del hotel. Mamá y él lo llevan desde hace cosa de veinte años, desde antes de que yo naciera.

Los ojos de zafiro de la joven seguían sobre él, valorativamente todavía.

—Es nuevo aquí, ¿verdad? —preguntó ella—. ¿Ha llegado hoy?

Jennings asintió con la cabeza.

—Así que conoce a todos los huéspedes, ¿eh?

—Eso no es difícil —contestó la joven—. En esta época del año, apenas tenemos alguno—. Le miró con más intensidad—. Por lo menos, como usted.

Nada de rubor. Ni un vistazo rápido al cuaderno de notas. El comentario no se le había escapado por equivocación.

Jennings no pudo resistir una mirada furtiva a lo senos de la muchacha, a los pezones que comprimían suavemente la tela de algodón de la blusa.

—Gracias por el cumplido —sonrió—. ¿Se incluye en el precio de la habitación?

—Tuve un novio que se parecía usted —insistió la moza, sin quitarle ojo.

Jennings alzó las cejas.

—¿Tuvo?

—Rompimos. Me harté de él. —Sonrió—. No estaba a mi altura. No hay muchos que puedan.

Jennings carraspeó, tratando de disimular la risa que amenazaba con escapársele. La chica no coqueteaba con él, se le estaba declarando prácticamente. Con la sutileza de un martillo pilón. Pero, cuando miró de nuevo el rostro de la joven, la risa se desvaneció.

No había duda. Le estaba seduciendo.

—Será mejor que pida algo —opinó Jennings, y revisó la carta.

—¿Le pongo nervioso? —inquirió ella, al tiempo que, con exagerada lentitud, se sacudía una motita de polvo de la falda, ciñendo la tela sobre el muslo para asegurarse de que el hombre veía bien el perfil de la liga resaltando sobre la falda.

—No —repuso Jennings, a quien le divertía aquel juego—. Pero si en este momento entrara su padre y la oyera hablarme así, no creo que le hiciese mucha gracia. Lo más probable es que me conminara a abandonar el hotel. —Le guiñó un ojo—. Bueno, vamos a ver qué hay esta noche.

—A papá le tiene sin cuidado lo que haga —dijo la chica, aún toda ojos para él—. Lo mismo que a mi madre. ¿Por qué se va a molestar usted, pues?

Jennings se encogió de hombros, atraído de nuevo hacia el brillo de las pupilas de la joven. Pidió la cena, devolvió la carta a la muchacha y la observó mientras se alejaba, sin poder apartar la vista de sus piernas. Ella desapareció por la puerta de la cocina, dejándole solo en el comedor sumido en la penumbra.

—¿Le apetece un trago mientras espera, señor Jennings? —ofreció Tony Kirkham desde el otro lado del mostrador—. Ya he visto que Paula recogió su pedido.

«Cinco minutos más y me hubiera bajado los puñeteros pantalones», pensó Jennings y sonrió.

Pidió una jarra de cerveza, fue al mostrador a buscarla y regresó a la mesa. Paula volvió al cabo de un momento con los entremeses, que dispuso en la mesa ante él.

—Gracias. A propósito —dijo Jennings, tras coger con el tenedor un par de camarones—, ¿hay vida nocturna por aquí? Tengo intención de salir a dar una vuelta después de cenar.

—Hay un cine calle abajo y un par de discotecas —Paula se encogió de hombros—.

No gran cosa. La diversión nos la montamos por nuestra cuenta.

Jennings sonrió.

—Imaginaba que iba a decir eso. Quizá me acerque a ver una película. Gracias. —

Jennings no estaba seguro de si debía o no continuar con aquel jueguecito. Le convenció una mirada a la joven—. Es una lástima que tenga usted que trabajar. Podría haberme enseñado los alrededores.

—Puedo hacerlo —susurró Paula—. Más tarde.

El asintió.

—Lo tendré presente.

Paula dio media vuelta y se retiró, dejándole solo otra vez.

Terminó de cenar, se tomó un par de copas de coñac y luego decidió aventurarse a explorar la, al parecer, limitada vida nocturna de Hinkston.

Al salir del hotel, le sacudió una ráfaga de viento y se subió el cuello de la chaqueta.

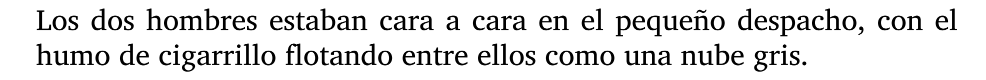
Luego, hundidas las manos en los bolsillos, echó a andar calle adelante.

Encubierta por la oscuridad de su cuarto, Paula Kirkham le estuvo observando hasta que se perdió de vista.

CAPITULO 24

o.

-N —Tiene derecho a saberlo.


Los dos hombres estaban cara a cara en el pequeño despacho, con el humo de cigarrillo flotando entre ellos como una nube gris.

—He dicho que no —restalló el inspector detective Madden; apagó la colilla del Dunhill, y empujó el rebosante cenicero hacia el borde de la mesa.

—¿Por qué no podemos decírselo? —quiso saber Spencer.

—Porque romperíamos las reglas.

Había una nota de sarcasmo en la voz del superior.

—Al diablo con las reglas —chirrió Spencer—. Este maníaco degenerado destrozó a la hija de Hacket.

Levantó la orden de arresto y la agitó ante sí como se fuera una especie de acusación.

—Aún no podemos demostrarlo —le recordó Madden, y se puso en pie.

Encendió otro cigarrillo.

—Entonces, ¿por qué nos molestamos en traerlo? ¿Era ése el procedimiento? —

Spencer miró irritadamente a su jefe—. No podemos retenerle más que veinticuatro horas y, entonces, presentar la acusación. Sólo que no tenemos nada de qué acusarle.

¿Qué ocurre, entonces?

—Que se va —dijo Madden llanamente. Dio una profunda chupada al cigarrillo y luego, con aire cansino, exhaló un chorro de humo.

—Llame a Hacket —insistió Spencer.

—¿De qué serviría? —preguntó Madden.

Spencer continuó mirando a su colega, desafiante la expresión.

Madden acabó por encogerse hombros y al final, despacio, empujó el teléfono hacia Spencer.

CAPITULO 25

l hombre era alto, de complexión robusta, más corpulento que Hacket. Dominarlo había resultado difícil. Las heridas de la parte lateral del rostro y del cuero cabelludo daban fe de la cantidad de martillazos que hubo que asestarle para E conseguir dejarlo inconsciente.

Hacket se erguía ahora sobre el individuo, que empezaba a volver en sí, con los ojos girándole en las órbitas como las frutas de los rodillos de las máquinas tragaperras.

Parpadeó intensamente, en su intento de aclararse la turbia visión y, por último, levantó la mirada hacia Hacket.

El hombre trató de incorporarse, pero descubrió que tenía las manos inmovilizadas por la cuerda, atadas con tal firmeza que el cáñamo le mordió la carne cuando retorció las muñecas para liberarse de las ligaduras. También tenía los tobillos amarrados de modo similar. Con los brazos en cruz, estaba tendido en el suelo de lo que parecía un almacén abandonado.

También estaba desnudo.

Con el martillo de orejas en la mano derecha, Hacket avanzó un paso hacia el hombre estirado en el suelo y volvió la herramienta para que la parte curvada del martillo quedase frente al cautivo. Acto seguido, con un golpe que combinaba fuerza increíble y rabia incontrolable, Hacket descargó el martillo contra la rótula derecha de la inmovilizada figura.

La oreja del martillo astilló la rótula, rasgando los ligamentos cruzados de la parte posterior de la rodilla y casi arrancando el hueso de la articulación. Un raudal de sangre brotó de aquella espeluznante herida y el hombre tendido en el suelo emitió un alarido de dolor al sentir los desgarros que producía el martillo cuando Hacket hacía palanca para soltarlo de entre la carnicería. La oreja había quedado trabada detrás de la rótula y, a cada tirón del mango, la pieza plana del hueso se iba alzando milímetro a milímetro, hasta que Hacket comprendió que estaba a punto de soltarse. El ruido que producía el desgarro de los ligamentos era casi audible por encima de los demenciales chillidos del hombre. Hacket aplicó más fuerza, decidido a arrancar definitivamente la rótula.

Saltó con un repugnante chasquido de ventosa y rodó por el suelo el astillado hueso de cuyos extremos colgaban pequeños flecos formados por músculos y ligamentos rotos.

El hombre tendido se contorsionó impulsado por aquel dolor insufrible

y Hacket dirigió la vista hacia su rostro, deseoso de captar toda la agonía que reflejase.

Pero el hombre no tenía rostro.

En el sitio donde debían estar las facciones sólo había piel lisa.

Sin ojos. Sin boca.

Los gritos parecían proceder del interior de la cabeza de Hacket, mientras se encontraba de pie sobre el hombre, con el martillo goteando sangre.

No había rostro.

Hacket empezó a reír y el fragor de sus carcajadas se unió al de los terribles chillidos del hombre sin cara. Y al de un nuevo sonido.

Los timbrazos estridentes del teléfono.

Hacket se incorporó en la silla, con el semblante bañado en sudor y la mano doliéndole aún de mala manera.

Desorientado momentáneamente, miró en torno, en busca del martillo de oreja. Y

del hombre sin rostro.

Ni el hombre ni el martillo estaban allí, pero el teléfono continuaba con su monótono zumbido metálico. Comprendió que había estado soñando. Lo único real era el dolor de la mano. Dio un respingo al arrancarse de la silla y vendarse con un pañuelo la hinchada extremidad.

El teléfono seguía sonando.

Hacket cruzó vacilante la estancia, rumbo al pasillo, mientras se preguntaba por qué tendría aquel acartonamiento en la cara. Recordó entonces la sangre que se había coagulado allí para formar una costra. Se rascó una mejilla con el índice y contempló parte de la pasta seca de color rojo oscuro introducida bajo la uña.

Cruzó la puerta dando traspiés, salió al vestíbulo y cogió el auricular.

—Sí —articuló—. ¿Quién es?

—¿Señor Hacket?

—Sí.

—Aquí, el sargento detective Spencer. Lamento molestarle, pero usted dijo que, en el caso de que surgiera alguna novedad en el caso de su hija, deseaba que le informáramos.

Hacket apretó con mas fuerza el receptor.

—¿Y…?

—Hemos detenido a un sospechoso. Creemos que puede estar comprometido en el asesinato de su hija de usted.

CAPITULO 26

ran casi las diez y media cuando Jennings regresó a El Toro. Había decidido renunciar a los placeres cinematográficos que brindaba Hinkston. La idea de aguantar sentado el enésimo episodio de *Star Trek* no lo atrajo lo más mínimo. Al E final acabó en una taberna situada a un par de calles de distancia, llamada La Panda del Tejón, donde pasó dos horas razonablemente distraídas con un par de habitantes de la ciudad que debatieron una serie de cuestiones diversas, un abanico de temas que varió desde la posibilidad de que Margaret Thatcher fuese un hombre hasta las últimas hazañas del Liverpool, F. C; en el campeonato.

Empujó la puerta que daba acceso a la recepción de El Toro y se sacó las manos de los bolsillos para sentir el calor que le acogía.

Irene Kirkham estaba al otro lado del mostrador. Una mujer de redondas formas, recién entrada en los cuarenta y cuya cara aún era bonita. «Tal vez Paula ha heredado la belleza de su madre», pensó Jennings con una mueca. Se preguntó de quién habría heredado la precocidad sexual, pero concluyó que, más que heredarla, la había desarrollado por sí misma. Se llegó al mostrador, pidió la llave de su cuarto y dijo la hora a la que quería que le llamasen por la mañana.

—¿Hay alguna posibilidad de comer un poco? —preguntó Jennings—. Me bastará con un bocadillo.

—Suba usted a su cuarto, me encargaré ello —repuso la señora Kirkham y le tendió la llave.

Jennings le dio las gracias y en cuatro saltos subió la escalera y se plantó en el primer piso. Crujió el entarimado bajo sus pies cuando entraba en la habitación. Cerró la puerta a su espalda, se quitó la

chaqueta, que echó sobre la cama, encendió el televisor y pasó a los servicios para hacer sus necesidades.

Iba por la mitad en el proceso de vaciar su rebosante vejiga cuando llamaron a la puerta. Acabó de mear rápidamente, se subió la cremallera y soltó una palabrota al cogerle el cursor un pelo de las partes nobles. Volvió a bajar y subir la cremallera, cruzó la habitación y abrió la puerta.

Paula se encontraba en el umbral, con una bandeja de bocadillos y en la que también llevaba un vaso de leche.

Se había cambiado de ropa. Ahora vestía un par de deslucidos vaqueros tan ajustados que prácticamente podía distinguirse en la entrepierna el relieve de los labios de la vulva. Era evidente que no llevaba bragas. Como tampoco se había puesto sujetador, circunstancia que atestiguaba la prominencia de los pezones que resaltaban bajo la blanca camiseta de manga corta. Iba descalza.

—Servicio de habitaciones, supongo —sonrió Jennings y se retiró unos pasos para dejarla entrar.

Paula pasó por delante de él y a Jennings le hicieron chiribitas los ojos al posarse admirativamente en las contoneantes nalgas de la joven.

—¿Dónde lo quiere? —preguntó la chica, enarcadas las cejas.

«Ja, puñetera, ja —pensó Jennings—. Más juegos.»Decidió jugar.

—¿En la cama? —sugirió con una risita, después movió la cabeza para indicar el tocador.

Paula dejó allí la bandeja y miró los productos que había. Desodorante, loción para después del afeitado. Paula abrió la tapa del frasco y aspiró el olor.

—Bueno —dijo—. ¿Disfrutó de la vida nocturna de Hinkston?

Se sentó en el taburete colocado delante del tocador, con una pierna doblada bajo el cuerpo.

Jennings vaciló un instante y, finalmente, cerró la puerta del cuarto. Sonrió al tiempo que cruzaba la habitación hasta el tocador y cogía un emparedado. Mientras estaba allí, la muchacha alargó la mano y la posó suavemente en el muslo de Jennings. Luego la fue deslizando hacia arriba, rumbo al pene.

«La partida ha empezado. Tú mueves» se dijo Jennings.

Engulló el resto del bocadillo y bajó la mirada sobre la muchacha. Ella no interrumpió sus firmes caricias y, en contra de su voluntad, Jennings notó que la ingle empezaba a hincharse. Paula le dirigió una sonrisa, y las bolas de zafiro clavaron en él una mirada electrizante.

—¿Y tus padres? —preguntó Jennings en tono sosegado, dolorosamente constreñida la erección por la tela de los vaqueros.

—Les dije que en cuanto te entregase la bandeja me iba a dormir. No me controlan.

Aumentó la energía de su frotamiento del bulto de los pantalones, perfilando la rigidez del miembro con la punta del índice para soltar luego la trabilla de la cintura y bajar despacio la cremallera de la bragueta.

Jennings suspiró al reducirse la presión, un suspiro de alivio al que sucedió otro de placer cuando Paula le bajó los vaqueros y dejó al aire la palpitante erección. La chica se inclinó y cerró los labios alrededor del bulboso bálano. Jennings se acercó un poco más mientras la lengua de Paula lamía el glande y los dedos trazaban dibujos sobre el tenso escroto. Empezó a empujar y retroceder, entrando y saliendo de la boca de la muchacha, que había cubierto de saliva el vibrante pene sin dejar de chupetearlo con voracidad.

Jennings pasó las manos entre la cabellera de la muchacha, sorprendido por la finura de aquel pelo. Después, las manos descendieron hacia los hombros para seguir luego en busca de los senos, que palpó por encima de la tela de la camiseta, animando a los pezones a adquirir mayor rigidez.

Paula se retiró súbitamente, dejando que el pene saliera de su boca. A continuación, sonriente, se quitó la camiseta y cruzó el cuarto rápidamente, hacia la cama. Jennings se liberó de los pantalones, se desprendió de los calcetines con dos tirones y se quitó la camisa, todo ello sin apartar los hipnotizados ojos de la chica, que, entre ondulaciones y serpenteos, se había despojado de los vaqueros encima de la cama, como una culebra que mudase la piel.

Desnudos, se reunieron en el lecho.

Jennings cogió en el hueco de la mano el pecho izquierdo de Paula y procedió a oprimirlo, al tiempo que la punta de la lengua actuaba sobre el erecto pezón, que mordisqueó brevemente, para luego repetir

la operación con el otro seno. Las manos de la chica buscaron la verga y los dedos se cerraron en torno a ella y emprendieron un rítmico movimiento que produjo a Jennings un placer inmenso. Se contorsionó de forma que su cara quedase entre las piernas de Paula y la boca se abrió paso a través del rizado vello púbico hasta tocar los hinchados labios vaginales. La lengua los lamió un poco antes de colarse en busca del clítoris y sentir en la lengua su firmeza, una vez apartada con los dientes la carnosa cubierta.

La hendidura deslizó húmedo flujo en la boca de Jennings mientras llevaba la mano hacia allí y acariciaba la parte interna de los muslos. La respiración de Paula se hizo mas profunda.

Rodó sobre sí misma, puso a Jennings de espaldas, descendió sobre su rostro y durante un momento más presionó su húmedo sexo contra la boca del hombre, para luego dejarse resbalar por su pecho, en el que dejó la mancha de una línea líquida. Se puso a horcajadas encima de Jennings, tomó el pene con una mano y lo guió hacia la zona húmeda, para frotar el hinchado bálano contra el clítoris. Utilizaba la verga para estimularse más. Si aquello era un juego, ahora se estaba desarrollando según las reglas de la muchacha.

—¡Fóllame! —jadeó, insistente, y se bajó sobre él, para envolver el falo dentro de la hendidura de la vagina, de forma que Jennings tuvo la sensación de que se lo había agarrado un guante lúbrico que lo apretaba cada vez más, a medida que la muchacha se hundía con cada movimiento descendente. Paula jadeó y se apretó aún más sobre él, sin dejar de gemir mientras frotaba sus pechos contra Jennings y se daba perfecta cuenta de que él estaba a punto de correrse.

La muchacha se inclinó hacia adelante y le besó. Introdujo la lengua en la boca de Jennings, lamiéndole los labios mientras acentuaba la agitación del cuerpo. Atrajo hacia el interior de su boca la lengua del hombre y él notó sobre ella los bordes afilados de los dientes de Paula. Notó que la lengua de la muchacha se retiraba para permitir que la de él se aventurase más adentro.

Sintió que los dientes de Paula se cerraban contra su lengua.

Sintió un incontrolable dolor cuando aquellos dientes se la cortaron de un mordisco.

La sangre brotó del órgano tumescente, llenó su boca y la de Paula, para derramarse después por la barbilla y manchar las sábanas sobre las que estaban acostados.

Paula se echó hacia atrás, chasqueó la lengua al tragar una bocanada de sangre y volvió a inclinarse sobre Jennings, todavía con el pene dentro de la vagina, un miembro que se encogía pero que continuaba proporcionando a Paula un goce inconmensurable mientras lo sentía allí, debajo de ella.

Alcanzó el orgasmo en el instante en que mordía el labio superior de Jennings. Lo cogió entre sus dientes manchados de sangre, apretó con fuerza y tiró de él. Movió la cabeza enérgicamente de un lado a otro, hasta que lo arrancó. Lo masticó en seguida y se lo tragó.

Su placer era ya infinito.

El poder demoledor de su clímax envió a través de su cuerpo algo muy parecido a una descarga eléctrica, mientras la sangre de la lengua seccionada corría por el torso desnudo de Jennings y Paula se balanceaba encima del cuerpo, que no cesaba de retorcerse, pero que los brazos de Paula, dotados una fuerza asombrosa, mantenían contra la superficie de la cama.

Jennings intentó gritar, pero la sangre le llenó la garganta.

Paula se quitó de encima del hombre, cogió el florero que estaba en la mesita de noche y con aterradora fuerza lo estrelló contra la cabeza de Jennings.

El jarrón saltó hecho añicos y el golpe abrió otra herida tremenda en la frente del hombre.

Jennings puso los ojos en blanco, y Paula volvió a cabalgarle como una amante insatisfecha que pretende el goce de otro orgasmo.

Utilizó los bordes rotos y afilados del florero para abrirle el estómago. La carne y los músculos se desgarraron como un melocotón demasiado maduro.

Paula introdujo una mano por la rezumante cavidad y cerró los dedos alrededor de una trozo de intestino. Su tacto era como el de una lombriz cimbreante, abotargada y viscosa, pero, sin sentirse impresionada en lo más mínimo, Paula tiró de él, arrancándolo del interior del estómago. Se lo llevó a la boca y procedió a masticarlo sin preocuparse de la sangre que se deslizaba por sus brazos y pecho. Chorreó por entre el vello púbico como rojo semen eyaculado y Paula continuó inclinándose y levantándose encima de aquella masa rezumante, cerrados los ojos extáticamente. Se le hinchaban los carrillos cada vez que introducía en la boca las goteantes entrañas,

que masticaba con expresión de enorme dicha.

Jennings estaba ya inmóvil. Habían cesado incluso los espasmos musculares que sacudían su cuerpo momentos antes.

Estaba muerto cuando Paula empezó a arrancar trozos de piel de la cara, que se llevaba a la boca con fervor de gastrónomo.

En el instante en que se disponía a arrancarle un ojo se abrió la puerta.

CAPITULO 27

uiénes?

-¿Q La voz de Hacket sonó como si tuviera gravilla en la garganta, mientras sorbía el café y miraba a través del falso espejo que permitía ver lo que ocurría en la sala de interrogatorios.

En el cuarto no había más que una mesa, dos sillas y tres hombres.

Un sargento de uniforme. El inspector detective Madden y un tercer individuo.

—Se llama Peter Walton —informó el sargento detective Spencer, tras consultar la cuartilla que llevaba en la tabla sujetapapeles que tenía en la mano—. Treinta y dos años de edad, sin domicilio fijo. Once condenas anteriores. Aunque por delitos de poca monta. Manipulación de artículos robados, asalto, esa clase de cosas.

—¿Llama usted delito de poca monta al asalto? —preguntó Hacket, sin apartar los ojos de Walton.

Examinaba hasta el último centímetro del rostro de aquel sujeto que se entretenía jugueteando con un paquete de cigarrillos vacío. El pelo lacio, con alguna que otra hebra canosa. La piel cetrina, los ojos hundidos.

Tenía labios gruesos e hinchados, como si se los hubiese estado mordisqueando por dentro hasta inflamárselos. En la parte izquierda del cuello, justo debajo de la mandíbula, se veía una oscura marca de nacimiento. Hacket observó, con cierto asco, que por una de las ventanas de la nariz asomaban mocos secos. Cuando se cansó de jugar con el paquete de cigarrillos, Walton empezó a pellizcarse precisamente aquella ventana de la nariz, examinó parte de la mucosa endurecida y se limpió los dedos en la pernera de los pantalones.

Spencer no había esperado que el profesor de escuela se presentara en la comisaría inmediatamente después de que le telefonease. Pero aún le sorprendió más el aspecto del hombre. La mano de Hacket estaba vendada de cualquier manera y la sangre aún atravesaba la tela de la venda. Iba despeinado y los negros círculos de las ojeras sugerían que llevaba una semana sin dormir. A Spencer no le pasó por alto el tufo a whisky que despedía el aliento de Hacket, pero no hizo ningún comentario. Se limitó a conducir al desaliñado Hacket al despacho desde el que podía presenciar lo que pasaba en la sala de interrogatorios, y a observar al profesor, que tomó asiento y ni por un

segundo le quitó ojo a Walton. Como si quisiera grabarse en la cabeza hasta el último detalle del sospechoso, para que no se le olvidara.

Cuando terminó de hablar con Spencer, Hacket se había lavado la cara y eliminado la sangre seca de sus mejillas. Después se vendó la mano, se puso una chaqueta y condujo hasta la comisaría. El aire frío de la noche, junto con la noticia que acababan de darle, sirvieron para quitarle de encima el estupor, incluso aunque tenía conciencia del olor a whisky que despedía su aliento.

Los dos hombres se encontraban ahora en aquella pequeña habitación, mirando a través del falso cristal como si contemplasen el interior de un acuario.

—Le detuvimos en el Soho —explicó Spencer—. Intentaba vender unos vídeos.

Cintas robadas en el domicilio de usted.

—Dijo usted que encontraron muchas huellas dactilares en la casa, cuando asesinaron a Lisa.

—Las había. Por desgracia, ninguna de ellas corresponde a Walton.

Hacket exhaló largamente el aire de sus pulmones.

—Supongo que contarán con alguna acusación para retenerle, ¿no? —dijo el profesor con voz áspera.

—Aparte de tener en su poder artículos procedentes de robo, no hay nada.

—¿Quiere decir que le van a soltar? —saltó Hacket, y se volvió hacia

Spencer por primera vez. El sargento detective vio la furia que decoraba el semblante del profesor—.

Mató a mi hija. No pueden dejarlo en libertad.

—No podemos demostrarlo, señor Hacket. Todavía no. Y, hasta que estemos en disposición de hacerlo, sólo podemos retenerlo cuarenta y ocho horas. Después de eso, será libre. —Spencer se encogió de hombros—. Me hace tan poca gracia como a usted, pero es la ley. Ese individuo tiene sus derechos, al margen de lo que pensemos usted o yo.

—¿Y qué hay de mi hija? —murmuró Hacket, apretados los dientes—. ¿Qué me dice de los malditos derechos de mi hija?

—Verá, ya le dije que suponemos que había dos hombres implicados en el asunto, quizá Walton nos lleve al otro. Al que realmente asesinó a su hija.

—¿Cómo sabe que no fue Walton?

—Porque su grupo sanguíneo es distinto al del violador de la niña.

Hacket tragó saliva, apartó la cabeza y proyectó de nuevo su atención sobre Walton.

Le veía asentir o denegar con la cabeza, en respuesta a las preguntas de Madden. No parecía muy preocupado. Hubo un momento en que incluso sonrió. Hacket se aferró a los brazos de la silla y apretó hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Que no le dejaran diez minutos a solas con aquel hijo de Satanás.

Cuarenta y ocho horas y volvería a estar en la calle.

Hacket cerró los ojos, comprimidos los párpados, como si esperase que la rabia se desvaneciera, pero, cuando volvió a abrirlos, Walton seguía allí. Y la rabia continuaba allí.

El dolor.

Y el sentimiento de culpa.

Se levantó despacio y se pasó una mano por la cara.

—¿Qué le ha ocurrido en la mano? —se interesó Spencer, e indicó con la cabeza la extremidad vendada.

—Un accidente.

Hacket se dirigió a la puerta.

—Uno de mis hombres puede ponerse al volante y acompañarle a casa, señor Hacket.

El maestro denegó con la cabeza. Hizo una pausa, con la mano en el pomo de la puerta.

—Manténgame informado de lo que suceda. Por favor —lo dijo sin mirar a Spencer—. Si consiguen retenerle. Si confiesa quién es su... socio. ¿Me lo comunicará?

—Sí —dijo Spencer, y observó la marcha de Hacket.

El profesor de escuela se detuvo en la escalinata de la comisaría para aspirar profundamente varias bocanadas del aire nocturno. Mientras estaba allí, frenó delante un automóvil de la policía y del vehículo se apearon dos agentes de uniforme, que echaron a correr escaleras arriba y pasaron por delante de Hacket.

¿Otra emergencia?

Hacket se dirigió a su coche, subió y permaneció quieto allí un momento, antes de poner en marcha el motor. Cuando accionó la llave del encendido, el motor cobró zumbante vida.

—Peter Walton —articuló Hacket por lo bajo.

Tenía un nombre y conocía el aspecto de aquel malnacido.

No era mucho, pero sí algo para empezar, por lo menos.

Arrancó y condujo el automóvil a través del tráfico.

CAPITULO 28

abía hundido profundamente las uñas en la cuenca del ojo.

Como garfios, listos para arrancar la órbita y separarla del cráneo, pero al oír H abrirse la puerta, Paula Kirkham volvió la cabeza y su mano empapada de sangre cayó a un lado. Masticó despacio un trozo del intestino delgado de Jennings, algunas partículas del cual estaban pegadas a la barbilla de la joven. La sangre manchaba también el torso de Paula. La habitación olía a matadero. La cama estaba inundada del mismo color carmesí que teñía las paredes como si las hubiesen

regado con una manguera. Algunas gotas habían caído incluso sobre los bocadillos de Jennings.

Paula ingirió el trozo de intestino que le quedaba en la boca y dirigió a sus padres una mirada vacía.

Tony Kirkham entró en el cuarto y cerró la puerta tras de sí. Irene anduvo hacia la cama, hacia Paula y los mutilados restos mortales de Stephen Jennings. Sonrió bondadosamente a su hija, le tendió la mano y la observó mientras la joven se bajaba de encima del destrozado cuerpo de Jennings. Irene la envolvió con una manta y recogió luego las prendas de Paula, que formaban un sucio montón en el suelo, algunas de ellas manchadas de sangre.

Paula dirigió una amorosa sonrisa a su padres y, al pasar por delante de Tony Kirkham, le dio un tierno beso en la mejilla. Él sonrió y le acarició el cabello. Un cabello enmarañado de sangre.

Irene condujo a la muchacha hacia fuera del cuarto y Tony se quedó a solas con el cadáver de Jennings.

Puso manos a la obra sin pérdida de tiempo.

Empezó por envolver el cuerpo en las sábanas y la ropa de la cama, dejándolo bien embalado. Luego se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, sacó una cuerda y procedió a rodear con ella el ensangrentado cadáver, para que las sábanas y los cobertores se mantuvieran en su sitio. El hedor era horrible, pero Tony prosiguió con su tarea. Sacó del armario el maletín de Jennings. Colocó en su interior la ropa del huésped, los zapatos y todo lo que encontró por allí susceptible de indicar que alguien había ocupado la habitación. Pasó al cuarto de baño y recogió el cepillo de dientes y la maquinilla de afeitar del viajante. También lo echó dentro del maletín.

El colchón estaba empapado de sangre y Tony tomó nota mental de que tenía que quemarlo luego, cuanto antes. El enorme horno de leña del sótano del hotel era de lo más adecuado para aquella tarea.

Se encargaría también de incinerar allí el cuerpo de Jennings. Y sus ropas.

En cuanto al coche, podría esperar. De madrugada, lo llevaría por el campo y lo arrojaría en algún sitio. Aunque lo encontraran más adelante, nadie lo relacionaría con el hotel, con la familia Kirkham.

Con su preciosa hija.

Tony sonrió al mirar el ensangrentado paquete envuelto en la ropa de cama que constituía el sudario de Stephen Jennings. Parte de la sangre se filtraba hasta la alfombra. Tendría que darse prisa, antes de que la mancha carmesí resultase imborrable.

El rojo esparcido por las paredes también habría que limpiarlo.

Abandonó un momento la habitación y apretó el paso por el corredor, hacia el cuarto donde estaban los útiles de limpieza. Allí cogió una fregona, un cubo, varios trapos y un plumero. Para cuando estuvo de vuelta en la habitación, un charquito de líquido rojo empezaba a extenderse alrededor del cadáver. Tony murmuró para sí, se arrodilló y levantó el cuerpo. Era un hombre fuerte y aquel peso no representó demasiado para él. Llevó a Jennings al aseo y, sin miramientos de ninguna especie, arrojó el cadáver dentro de la bañera. Lo observó durante unos segundos, antes de regresar al dormitorio.

En el instante en que cogía un trapo para limpiar el tocador, se abrió la puerta y entró Irene.

—¿Cómo está la chica? —preguntó Tony.

—Ahora duerme. Antes de meterla en la cama la he lavado un poco. —Miró con indiferencia la sangre esparcida por la habitación. Quiso saber—: ¿Cuánto tardarás?

—Dame una hora.

Irene asintió con la cabeza y consultó su reloj.

Las once y cincuenta y siete minutos.

Dio media vuelta y dejó a Tony con su tarea. Bajó a recepción. Deslizó el índice por el libro registro hasta llegar al nombre de Jennings. A continuación, con infinito esmero, cambió la fecha relativa a la marcha del huésped. Si alguien aparecía preguntando por él, cosa muy improbable, dirían que no pernoctó en el hotel, que se tuvo que marchar repentinamente. Que no había dejado ningunas señas en las que se pudiera entrar en contacto con él.

Concluida su labor, subió la escalera y entró en el cuarto, donde su marido estaba ya acabando de limpiar las paredes.

—¿Y el cadáver? —preguntó Irene.

—En seguida me encargaré de él —dijo Tony, calmosamente—. No

hay prisa.

Ni prisa, ni alboroto.

Ya estaban acostumbrados a aquel rito.

Las doce y cincuenta y siete minutos.

Dijo una hora y una hora fue.

El cadáver había desaparecido. Todas las pertenencias de Jennings habían desaparecido.

Irene Kirkham miró a su esposo, que asintió con la cabeza.

La mujer levantó el auricular del teléfono y empezó a marcar.

CAPITULO 29

a casa era grande. Un edificio imponente, con fachada de falso estilo georgiano y piedras recubiertas por un manto de hiedra trepadora. Las ventanas parecían mirar por debajo de sus tejadillos como ojos interrogadores que escudriñasen la L oscuridad. Durante las horas diurnas era posible contemplar la mayor parte de Hinkston desde el dormitorio principal de la casa. El edificio se había construido en lo alto de una de las colinas que se alzaban en torno a la ciudad.

Una avenida de gravilla se desviaba desde la carretera principal que conducía a la población para ascender trazando una curva hasta la casona. Setos vivos que en otro tiempo fueron delicados ejemplos del complejo arte de la jardinería se habían fundido unos con otros y formaban ahora una frontera a lo largo del fondo del espacioso prado y a ambos bordes del arco de la avenida.

Había un estanque en el centro del prado, pero estaba desprovisto de peces.

Montaban guardia un par de gnomos de piedra bastante deteriorados por los elementos atmosféricos.

La casa presumía de contar con ocho dormitorios, pero sólo se ocupaba uno en aquellos momentos. En la planta baja había una biblioteca de considerables proporciones, un salón desde el que también podía contemplarse Hinkston, y la cocina.

El consultorio se había instalado veintitrés años antes. Se construyó con otras dos habitaciones, una convertida en despacho y otra dispuesta como sala de espera.

En el consultorio era donde estaba sentado el doctor Edward Curtís, que se había quitado la chaqueta y subido las mangas de la camisa.

En una de sus robustas manos albergaba un vaso de ginebra, mientras con la otra se frotaba la piel por encima de las cejas.

Curtis era un hombre alto, delgado, cuya edad se aproximaba a la cincuentena.

Llevaba el pelo castaño muy corto y el rostro completamente afeitado, salvo por el bigote que cubría su labio superior. Le daba vueltas al vaso en la mano, despacio, con la mirada fija en el claro líquido, mientras se decía que, en cuanto acabase aquella copa, se iría a la cama.

Se había dicho lo mismo en las dos primeras. Ahora, al contemplar el cuarto trago, decidió cumplir su palabra. Tomó un sorbo de ginebra.

En aquellos instantes, una particular quietud imperaba en la mansión. Ni siquiera el crujido de las maderas alteraba la soledad. Curtis disfrutó del silencio. Agradecía mucho el que el edificio estuviese fuera del casco urbano, a más de ochocientos metros de la ciudad. Naturalmente, una línea de autobús, de servicio regular, trasladaba a los pacientes durante las horas de consulta, a los pacientes que no disponían de coche.

Pero, aparte de su trabajo, nada ni nadie solía molestar a Curtis. Tenía servicio de guardia, desde luego, veinticuatro horas diarias, ya que prefería no emplear a un interno, como hacían los consultorios de la ciudad. Muchos de sus pacientes le tuteaban y había comprobado que esta relación, cuidadosamente cultivada a lo largo de los años, contribuía a relajarlos. Quizá, razonaba, la práctica particular exigía más tiempo que el que dedicaban los colegas que trabajaban para la Sanidad Pública, pero era algo que Curtis consideraba gratificante y necesario.

Había ejercido la medicina en Hinkston durante los últimos veintiún años, desde que salió de la facultad, y era ya un prestigioso miembro de la comunidad, cuyas virtudes profesionales buscaban tanto jóvenes como mayores, no sólo en Hinkston sino también en un amplio radio. Entre sus clientes figuraba incluso una paciente que hacía el viaje desde Londres, para que la visitara, tal era la fe que tenía en Curtis.

Curtis daba empleo sólo a dos personas, ambas contratadas por horas. Una recepcionista y un ama de llaves, aunque resultaría más apropiado llamarla asistenta. A Curtis, sin embargo, no le gustaba el término, creía que, al implicar el concepto de

«mujer de la limpieza», rebajaba la dignidad de una mujer que realizaba unas tareas absolutamente necesarias. El ama de llaves, pues, limpiaba tanto el consultorio como la casa.

Pero no el sótano.

La parte subterránea del edificio era el dominio privado del doctor. Había establecido allí una sencilla pero moderna instalación de aparatos y equipo que le permitían llevar a cabo algunas pruebas realmente complejas. Su competencia a la hora de realizar análisis o pruebas relativas a enfermedades como la diabetes o diversos problemas renales, por citar sólo dos, evitaban a sus pacientes la enojosa visita al hospital y reducían considerablemente el tiempo de espera para conocer los resultados.

Incluso tenía allá abajo una pequeña unidad radiográfica. Los análisis de sangre y de orina podían efectuarse en el momento y, así, el paciente tenía los resultados antes de abandonar el consultorio.

Casi todo el dinero que costó la construcción del consultorio y, desde luego, la instalación del equipo, se lo proporcionaron sus padres. Ambos habían muerto ya. De

ellos heredó no sólo la casa, sino también un capitalito sustancial, que Curtis había invertido inteligentemente. Sus honorarios eran más que razonables y, al vivir solo, los gastos generales eran mínimos. Sólo los salarios de los dos miembros de su personal y las necesidades de subsistencia cotidiana.

Tomó otro sorbo de ginebra y consultó el reloj.

La una y treinta y seis minutos de la madrugada.

Se frotó los ojos y dejó escapar un bostezo.

Se abrió la puerta del consultorio y Curtis alzó la cabeza para mirar al recién llegado, que se acercó a la mesa escritorio y tomó asiento frente al médico.

—¿Me acompañas? —invitó Curtis, al tiempo que empujaba la botella y un vaso hacia el otro ocupante de la estancia.

Llenó el vaso y observó a su compañero, que echó un trago.

—Si te he despertado, lo siento —dijo.

El otro se limitó a encogerse de hombros.

—Tenía que ir a Hinkston. Una urgencia —explicó, y apuró el vaso.

Luego lo acercó a Curtis, que se apresuró a llenarlo de nuevo.

—Me voy a la cama —le anunció Curtis, y volvió a bostezar. Se puso en pie, recogió la chaqueta, franqueó la puerta, cruzó la sala de espera y se dirigió a la escalera.

El otro ocupante del consultorio continuó sentado allí, bebiendo ginebra. Sólo el apagado y rítmico sonido de su respiración alteraba el mortal silencio.

CAPITULO 30

alculó que habría dormido menos de tres horas en toda la noche.

Se lavó la cara con agua fría, se la secó y volvió luego a la alcoba para aplicarse C un poco de maquillaje. Examinó las oscuras ojeras antes de pasarse el lápiz de ojos y darse un toque de carmín en los labios. Se frotó las mejillas, no sin notar la palidez de su piel y, finalmente, cedió a la tentación de ponerse un poco de colorete.

De la planta baja le llegaba el sonido de la radio, las vacuas incoherencias del pinchadiscos periódicamente sustituidas por la no menos vacua música que programaba. Se quitó la bata para colocarse unos vaqueros y un jersey. Se puso los zapatos antes de bajar.

—Bueno, ya podemos marcharnos —dijo a Craig, que estaba sentado ante la mesa de la cocina, dedicado a atarse los cordones de los zapatos—. Tienes que indicarme el camino y no queremos llegar tarde, ¿verdad?

—No llegaré tarde —aseguró el niño. De un salto, se bajó de la silla y corrió al salón para coger la cartera.

—Gracias por llevarle al colegio, Sue —manifestó Julie, que estaba ante el fregadero.

Tenía el rostro macilento y ojeroso—. Mike se hubiera quedado, pero dijo que tenía que rematar un contrato importante...

Sue alzó la mano para acallar las explicaciones de Julie.

—No friegues nada, ya lo haré yo cuando vuelva —dijo Sue.

—No, prefiero mantenerme ocupada. Eso me impide pensar en papá —repuso Julie.

—Sé lo que quieres decir.

—Estoy listo, tía Sue —anunció Craig, que apareció en la puerta como un soldado dispuesto para pasar revista. Sue sonrió y, segundos después, la puerta de la calle se abría y el chiquillo echaba a correr hacia el Metro, para esperarla allí. Sue volvió la cabeza, miró a Julie y luego salió tras el niño.

Craig se sentó en el asiento contiguo al del conductor, se abrochó el cinturón de seguridad y, con aire feliz, fue indicando el camino a Sue y señalando con el dedo a sus amigos, cada vez que adelantaban a alguno durante el trayecto.

Al ver las madres que acompañaban a sus hijos pequeños, la expresión de Sue se endureció.

La emoción le hizo sentir algo muy parecido al resentimiento. Las demás podían gozar del sencillo placer de ir con sus hijos al colegio, una alegría que ella no iba a conocer jamás. Se preguntó si verdaderamente era resentimiento. ¿Envidia o celos?

Todo venía a ser lo mismo.

—Ese es Trevor Ward —anunció Craig, al tiempo que señalaba con el índice a un chico con gafas que atravesaba la calle, delante de ellos—. Se hurga en la nariz y luego se lo come.

—¿De verdad? —comentó Sue, segundos antes de llegar a la conclusión de que aquellos detalles personales no le interesaban demasiado.

—Sus padres no tienen dinero para comprarse un coche —informó Craig con alborozo.

—No todos son tan afortunados como tu padre y tu madre, Craig —le dijo Sue, sin el más leve asomo de reproche en la voz.

Contuvo el deseo de añadir que algunas personas no eran siquiera lo bastante afortunadas como para tener hijos, y se propinó una rápida

bofetada mental por la autocompasión que notó empezaba a salir a la superficie. Pero, rodeada de niños, como se encontraba en aquellos instantes, resultaba difícil no revivir el resentimiento que la muerte de Lisa le había producido. De pronto, Sue se sintió muy cansada.

Detuvo el automóvil ante la entrada principal del colegio y se inclinó para abrirle la portezuela a Craig.

El niño dijo que volvería a casa en al automóvil de un amiguito suyo. La madre de ese niño siempre le llevaba. Sue le advirtió que, si había cambio de planes, pidiese a un maestro que telefoneara a casa. Craig asintió, encantado, se desabrochó el cinturón de seguridad y abrió la portezuela de un empujón.

—Hasta luego —sonrió Sue—. ¿No hay para mí un beso de despedida?

Craig la miró y soltó una risita tonta, como si se le hubiese ocurrido algo que desechó en seguida. Sue volvió ligeramente la cara, al objeto de que el niño la besara en la mejilla.

Pero Craig la cogió el mentón, la hizo ponerse de cara a él, que estaba de rodillas en el asiento, y la besó de lleno en los labios, oprimiéndoselos durante lo que pareció una eternidad.

Después se retiró, para apearse de un salto.

Sue se lo quedó mirando mientras el niño entraba a todo correr en el patio del colegio, sorprendida aún por la respuesta de Craig, sintiendo aún en los labios la presión de los del chiquillo.

Levantó dos dedos hasta la boca y los deslizó por los labios.

Y, al hacerlo, observó que le temblaba la mano.

CAPITULO 31

acket contempló la losa de mármol negro y miró la inscripción, mientras notaba en los ojos los primeros alfilerazos de las lágrimas. Las reprimió, con el ramito de violetas en la mano. Todavía llevaba vendada la derecha y, a pesar de la benéfica H acción de los analgésicos, aún sentía el sordo dolor vibrante que provocaba la herida.

Aunque brillaba el sol, la atmósfera era fría: el ligero airecillo intensificaba su fuerza de vez en cuando para lanzar gélidas ráfagas que sembraban escalofríos en el cuerpo de Hacket. Se habían

marchitado las flores de la maceta colocada junto a la tumba de Lisa, los pétalos de algunas se habían desprendido y el viento los diseminaba como confeti desechado.

Hacket permaneció de pie allí un momento más, con la vista fija en la sepultura de su hija, y luego se arrodilló y procedió a quitar del tiesto las viejas flores, que fue dejando sobre la hierba húmeda.

El hecho de que luciera el sol y de que fuese domingo había animado a buen número de personas a visitar el cementerio y, al mirar a su alrededor, Hacket vio a varias de ellas entregadas a la misma tarea que él llevaba a cabo. Sustituir las flores, arrancar las malas hierbas de parcelas. Una mujer de edad limpiaba con un trapo una lápida blanca.

Un poco más allá, un hombre de cuarenta y pocos años, entrelazadas las manos ante sí, contemplaba una sepultura. Hacket se preguntó a quién habría perdido aquel hombre.

¿A su esposa? ¿A su padre o a su madre? Tal vez, incluso, a una hija, como él. La muerte actuaba sin discriminación de edad, sexo o credo.

Hacket empezó a colocar las nuevas flores en la maceta. Su cabeza no cesaba de pensar. En Lisa. En Sue.

En la llamada telefónica que había recibido aquella mañana.

El sargento detective Spencer le había telefoneado a las diez para darle la noticia de que, debido a la falta de pruebas, tuvieron que poner en libertad a Peter Walton.

Hacket colgó rabiosamente el auricular, casi dejando al policía con la palabra en la boca, sin darle tiempo a concluir.

En libertad.

Aquel hijo de zorra estaba libre, tal como Spencer había advertido.

¿Y ahora qué?

Hacket siguió poniendo las flores en el tiesto, mientras la pregunta le reconcomía.

¿Buscaría a Walton? ¿Trataría de seguirle la pista? Spencer dijo que aquel individuo carecía de domicilio conocido, ¿por dónde empezar, pues? Hacket no dudaba de su capacidad para matar a Walton, pero el primer problema, el principal, era encontrar al malnacido. ¿Por dónde

empezar? Exhaló cansinamente el aire de los pulmones. En las películas era muy sencillo. Todo se desarrollaba siempre conforme a un plan. Sólo que aquello no era una película, era la vida real con todas sus complejidades al acecho.

Hacket no albergaba la menor duda de que podía matar a Walton.

¿Ninguna duda?

Había fantaseado sobre ello, había imaginado soñadoramente los más elaborados métodos para infligir dolor al asesino de su hija y, sin embargo, caso de llegar el momento de ponerlos en práctica, ¿tendría la ocasión de hacer sufrir a Walton tanto como deseaba? ¿No le mataría Walton a él?

Y Spencer también había dicho que posiblemente hubiera otro sujeto implicado en el asunto.

¿Entonces?

¿Qué? ¿Sí? ¿Cómo? ¿Cuándo?

Hacket fue a tirar las flores secas en una papelera cercana. Regresó para contemplar de nuevo la sepultura, a la vez que se frotaba suavemente la frente con una mano.

Notaba ya el principio de la neuralgia, la presión se iba incrementando despacio pero de un modo firme. El dolor de cabeza crecía hasta que lo único que Hacket deseaba era ponerse a chillar y aullar. Hacer algo que fuese una válvula de escape para la emoción que se inflaba como un tumor maligno. Sólo que aquel cáncer le estaba devorando el alma.

Miró la tumba y pensó en Lisa.

En Sue.

Hacket nunca se había sentido tan solo en la vida.

Giró sobre sus talones y se encaminó despacio hacia el coche.

CAPITULO 32

a despertó el llanto.

Michelle Lewis se incorporó en la cama de un salto y se frotó los ojos mientras L oía los alaridos que llegaban del pie del lecho.

A su lado, Stuart Lewis gruñó y se bajó de la cama.

—Las alegrías de la paternidad —sonrió sin ganas.

Michelle también abandonó el tálamo y se acercó a la cuna que albergaba al niño.

Daniel Lewis lloraba a moco tendido, contraída y roja la cara.

—Parece una puñetera bayeta encarnada —comentó Stuart, con un bostezo, al tiempo que miraba el bulto berreante que su esposa levantaba en brazos con sumo cuidado.

—Si tuvieses mes y medio, seguro que tu aspecto sería el mismo —replicó Michelle, mientras acunaba al niño.

—Gracias —murmuró Stuart.

Observó cómo Michelle se desabrochaba el camisón y sacaba el repleto pecho, para alzar después a la criatura a fin de que aplicara la boca al pezón.

Un niño hermoso, que pesó más de cuatro kilos al nacer, pero Michelle tuvo suerte.

El parto fue muy bien. Michelle siempre tuvo lo que Stuart llamaba «caderas para parir», que era su forma de sugerirle que le hacía falta perder unos kilos. Michelle ya había empezado a asistir a unas clases en las que realizaba ciertos ejercicios que le permitirían adelgazar todo lo que había engordado durante el embarazo de Daniel.

Confiaba en recuperar pronto sus esbeltez anterior. Al fin y al cabo, acababa de cumplir los veinte, su cuerpo era aún muy flexible.

—Voy a preparar una taza de té —dijo Stuart, y se pasó los dedos entre la pelambrera—. ¿Quieres algo?

Michelle no contestó, simplemente dejó escapar un siseo de dolor cuando Daniel, con exceso de entusiasmo, le dio un tiento al pezón, para extraer la leche de aquella

ubre y engullirla con deleite. Sin embargo, al cabo de un momento, Michelle se lo quitó del pecho izquierdo y notó la rojez que se extendía alrededor del pezón. El niño lloró durante unos segundos, pero se tranquilizó en cuanto se vio ante el pezón derecho, que Michelle le acercó a la boca. Empezó a chupar enérgicamente, con los

ojos yendo de un lado a otro mientras aceptaba la leche.

—Es una pena que tú no puedas amamantarlo —sonrió Michelle.

Stuart se frotó el pecho y se encogió de hombros.

—Lo siento, cariño —dijo—. Vacíos.

Ambos soltaron una risita tonta.

Daniel continuó chupando con creciente vigor.

—Estoy segura de que le está saliendo algún diente —comentó Michelle, al sentir el dolor que empezaba a rodear el pezón.

—Demasiado pequeño para eso, ¿no? —opinó David, y decidió no molestarse con el té. En vez de ir a preparárselo, se sentó en el borde de la cama, junto a su esposa, y presenció el espectáculo de la alimentación del crío.

Siguió allí un rato y después se levantó, pasó al cuarto de baño y orinó expansivamente.

Michelle retuvo al niño pegado al pecho, consciente del cada vez mas intenso dolor del pezón.

El niño había agarrado el pecho con ambas manos, se aferraba como una sanguijuela, con la boca todavía absorbiendo a modo. Michelle estaba segura de que tenía algún diente, debía de tenerlo. Las mandíbulas de Daniel continuaban subiendo y bajando, engullendo leche con avidez. En cuestión de otro minuto, tendría que cambiarle de pezón, el derecho le dolía ya de manera insoportable. Además, por entonces el niño tenía ya suficiente.

Trató de retirarlo, sosegadamente, pero frunció el ceño al notar que aumentaba la presión sobre el seno. Los minúsculos dedos rastrillaron la carne, dejando cuatro líneas rojas mientras la muchacha daba un respingo.

—Creo que ya tienes bastante, jovencito —dijo, y se dispuso a pasarle al otro pecho, si no acababa de amamantarlo ya. Lo levantó ligeramente.

El niño no soltó el pezón.

—Daniel —dijo Michelle, en voz baja, tratando de apartarlo.

El chico continuó chupando.

Michelle cogió una de las manitas e intentó separarla, pero el crío no estaba dispuesto a consentirlo.

Aumentó más todavía el dolor del pecho. Y el crío seguía absorbiendo.

—Basta, ya, Daniel —insistió la muchacha, apremiante.

El niño pareció apretar la boca contra ella, con renovada vitalidad, empujando la cabeza contra la teta y cerrando las mandíbulas aún con mayor fuerza sobre el protuberante botón de carne y músculo.

Michelle soltó un grito de dolor al sentir la cuchillada sobre el pezón. Como si el crío la estuviese mordiendo. Con los dientes. Unos dientes que, en realidad, no debería tener.

Por algún motivo inexplicable, Michelle se sintió repentinamente preocupada. El niño se mostró decidido a no soltar el pezón cuando ella trató de liberarlo. Sintió que se estiraba, retenido en su mayor parte por la boca de Daniel.

El dolor seguía aumentando.

—¡Por Dios! —siseó, al volver Stuart al dormitorio y mirarla.

Stuart vio que el niño continuaba oprimiendo la boca contra el pecho, observó que la piel del seno se tensaba y advirtió el dolor que reflejaba el rostro de Michelle.

—¿Qué ocurre? —preguntó, inquieto, y avanzó hacia la cama.

Michelle no contestó, simplemente continuó tirando del niño, que se empeñaba con fiereza en seguir allí y utilizaba las dos manos para afianzarse.

El dolor se extendió por todo el pecho hasta que la mujer tuvo el torso ardiendo. Por último, incapaz de soportarlo más, tiró del niño con fuerza.

Daniel se separó, pero atravesó el pezón de parte, cortándolo.

Un chorro de sangre brotó del tejido inflamado, rociando al niño, cayendo sobre la cama, empapando las sábanas.

Daniel se tragó el pezón de golpe y una mezcla de sangre y leche goteó por su barbilla.

Michelle gritó y bajó la mirada sobre el seno rasgado. Un trozo de piel colgaba de la teta lacerada. La sangre surgía de la herida en furiosos borbotones y la mujer dejó apresuradamente al niño encima de la cama y se cubrió el pecho con la sábana. La oprimió contra la herida, que sangraba profusamente.

Daniel yacía muy contento encima de la cama, brillantes y vivos los ojos.

—¡Oh, Jesús! —jadeó Stuart, ya junto a su mujer—. Avisaré a una ambulancia.

Lanzó otra mirada a Daniel, que tenía la cara manchada de sangre y aún masticaba un trozo de piel arrancado del pezón. Luego se precipitó hacia el teléfono.

—¡No! —gritó Michelle—. A una ambulancia, no. Todavía, no. —Oprimía la sábana contra el mutilado pecho, esforzándose lo mejor que podía en contener la hemorragia—.

Ya sabes a quién tienes que avisar.

Stuart vaciló unos segundos y luego marcó el número.

A su espalda, encima de la cama, el niño gorjeaba complacidamente.

CAPITULO 33

tuart Lewis consultó su reloj y después reanudó su vigilancia a través de la ventana. De vez en cuando, retrocedía unos pasos y le daba una chupada al cigarrillo, pero la impaciencia le impelía a volver a su observación de la calle.

S

Consultó otra vez el reloj.

Las cinco y cuarenta y seis minutos de la mañana.

Hacía más de veinte minutos que efectuó la llamada telefónica.

—Venga, venga —susurró, inquieto, apoyado el rostro de nuevo en el cristal de la ventana.

Por fin, un automóvil dobló la esquina y se detuvo delante de la casa.

Stuart se dirigió a la puerta frontal, accionó la llave y abrió la hoja de madera en el momento en que el ocupante del vehículo se apeaba.

El doctor Edward Curtis recorrió el camino de acceso al edificio y franqueó la puerta.

—Arriba —explicó Stuart, y el médico siguió al hombre, que subió a toda prisa el tramo de escalones que llevaba al primer piso y corrió hacia la alcoba donde aguardaba su esposa. Al entrar en el dormitorio, Stuart percibió el fuerte olor a sangre.

La sábana que Michelle mantenía contra el pecho estaba embebida en el rojo líquido, parte del cual se coagulaba ya sobre la tela. Había manchas en la pared y en la alfombra.

Y parecía que la mujer llevase guantes encarnados.

El niño yacía junto a ella, la toquilla punteada también de rojo, cara y manos manchadas de sangre oscura, la sangre de su madre.

Curtis se acerco primero al niño.

—¿Cuánto hace que ocurrió? —quiso saber, al tiempo que abría el maletín negro que llevaba.

Stuart se lo dijo.

—¿Y no han pedido una ambulancia? —quiso saber. Sonrió aliviado cuando Stuart denegó con la cabeza.

Curtis sacó una jeringuilla de su maletín. Quitó rápidamente el plástico que la envolvía y tomó un frasco lleno de un líquido incoloro.

Lo alzó, introdujo la aguja por la parte superior, extrajo cinco centímetros cúbicos, levantó con mimo el brazo de la criatura, buscó una vena y clavó allí la aguja.

El niño ni siquiera produjo un murmullo y Curtis apretó el émbolo y expelió el líquido dentro de las venas.

Esperó unos segundos y luego retiró la jeringuilla, que echó dentro del maletín. Sólo entonces se dirigió a Michelle, que continuaba sosteniendo la sábana sobre el pecho en lo que parecía un gesto de exagerado recato.

—Déjeme echar una vistazo —dijo Curtis, y bajó la sábana empapada de sangre.

Daniel no había arrancado sólo el pezón, sino también un pedazo de carne del tamaño de la palma de la mano de Curtis. Se veían los músculos y la red venosa del pecho de Michelle. La sangre aún rezumaba de la herida y goteaba por el estómago de la mujer.

Curtis introdujo de nuevo la mano en su maletín, del que en esta ocasión sacó gasas y vendas.

—Cubriré la herida lo mejor que pueda —comentó—. Tendrá que ir al hospital, ha perdido usted mucha sangre.

Michelle asintió con expresión obediente, mientras Curtis aplicaba un apósito donde antes estuvo el pezón y colocaba apresuradamente unas vendas para que se mantuviera en su sitio.

—Díganles lo que tengan que decirles —manifestó el médico—. Lo que se les ocurra.

El niño estará bien. Pero no hay que dejarlo solo mucho tiempo. —El médico miró a Stuart, quien asintió—. Ahora dormirá.

Curtis se puso en pie y echó a andar hacia la puerta.

—Esperen cinco minutos y avisen luego a la ambulancia —aleccionó.

Oyeron sus pasos, escaleras abajo. Después, el ruido del motor del coche, que se puso en marcha y arrancó.

Ambos contemplaron la cuna donde el niño estaba ya acostado. El sueño empezaba a adueñarse de él.

Le sonrieron y Michelle se humedeció la yema del índice y limpió un

poco de sangre que la criatura tenía en la boca.

Realmente era una criatura preciosa.

CAPITULO 34

abía vacilado mucho antes de, finalmente, decidirse a llamarle.

Había transcurrido una semana desde el funeral de su padre y aquélla fue la H última vez que habló con él, pero Sue Hacket estaba ahora sentada ante el teléfono, con la vista fija en el aparato como si esperase que los números se marcaran solos, sin que ella tuviese que tocarlos. Al principio no estuvo segura de que deseara hablar con John, pero había descubierto que la soledad es una dolencia verdaderamente contagiosa y Sue empezaba a darse cuenta de que se introducía en su vida a pesar de encontrarse rodeada por Julie y su familia. Había tratado de ensayar lo que diría a su marido, incluso llegó a levantar una vez el receptor, pero luego volvió a dejarlo en la horquilla y reanudó sus paseos por la sala de estar de Julie, entre las docenas de adornos acumulados allí.

Julie había salido de compras. Craig estaba en el colegio y Mike en el trabajo. Sue se encontraba sola, con sus pensamientos como única compañía.

Por último, casi a regañadientes, levantó el auricular y fue marcando despacio los números que le pondrían en contacto con la escuela de Hacket. Se produjo la conexión y oyó de inmediato la señal de tono.

—¿Podría hablar con John Hacket, por favor? —preguntó cuando por fin descolgaron.

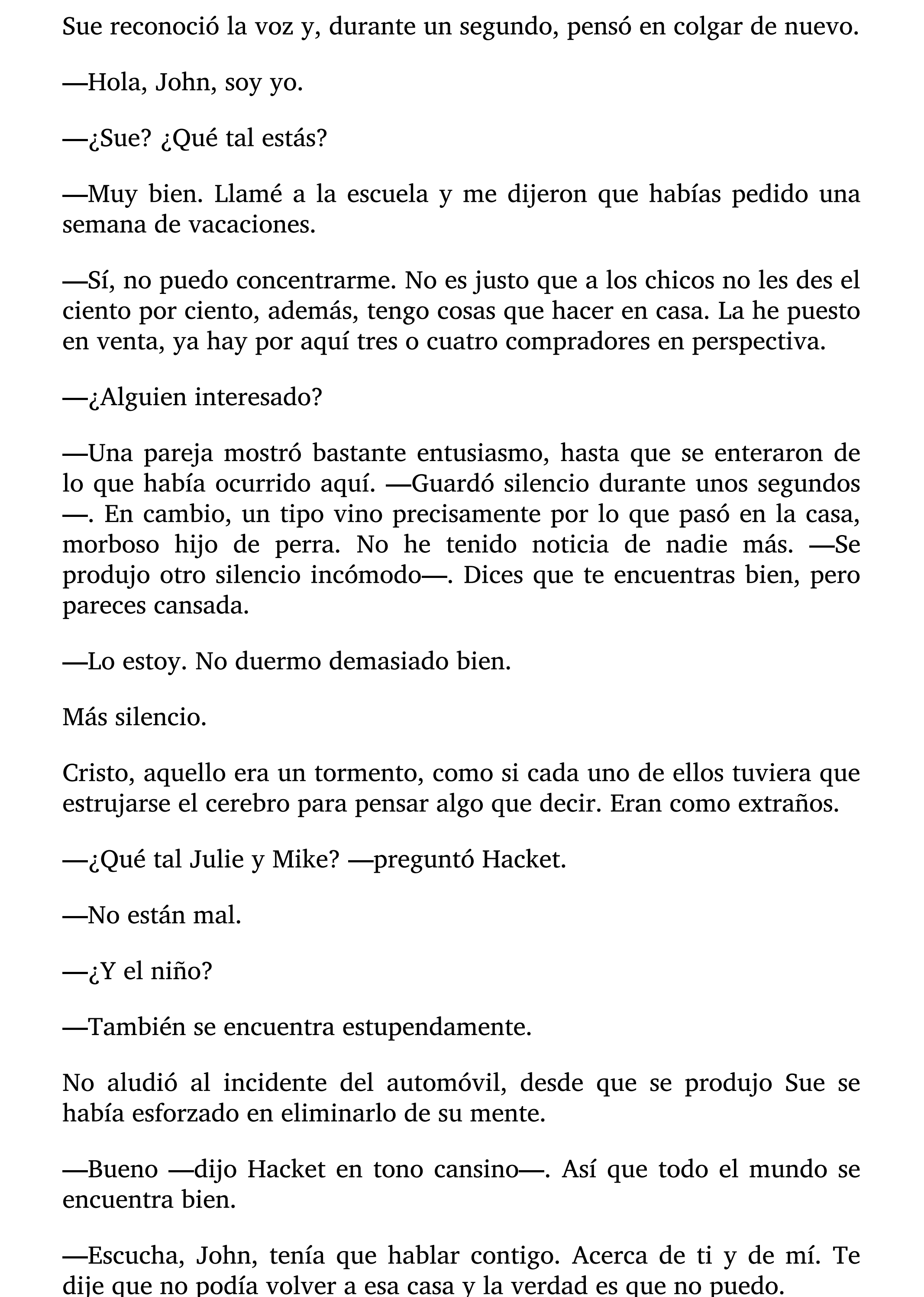
La mujer que hablaba al otro extremo de la línea respondió que lo sentía mucho, pero que el señor Hacket se había tomado una semana de vacaciones. Podía dejar un recado, si lo deseaba, la secretaria tenía el teléfono de su domicilio particular.

—No, muchas gracias —declinó Sue. Colgó el auricular y estuvo un momento contemplando el aparato, antes de llevárselo otra vez al oído y marcar el número de su casa.

Su casa. Parecía curiosamente redundante.

Contestaron al teléfono casi inmediatamente.

—¡Dígame!



Sue reconoció la voz y, durante un segundo, pensó en colgar de nuevo.

—Hola, John, soy yo.

—¿Sue? ¿Qué tal estás?

—Muy bien. Llamé a la escuela y me dijeron que habías pedido una semana de vacaciones.

—Sí, no puedo concentrarme. No es justo que a los chicos no les des el ciento por ciento, además, tengo cosas que hacer en casa. La he puesto en venta, ya hay por aquí tres o cuatro compradores en perspectiva.

—¿Alguien interesado?

—Una pareja mostró bastante entusiasmo, hasta que se enteraron de lo que había ocurrido aquí. —Guardó silencio durante unos segundos —. En cambio, un tipo vino precisamente por lo que pasó en la casa, morboso hijo de perra. No he tenido noticia de nadie más. —Se produjo otro silencio incómodo—. Dices que te encuentras bien, pero pareces cansada.

—Lo estoy. No duermo demasiado bien.

Más silencio.

Cristo, aquello era un tormento, como si cada uno de ellos tuviera que estrujarse el cerebro para pensar algo que decir. Eran como extraños.

—¿Qué tal Julie y Mike? —preguntó Hacket.

—No están mal.

—¿Y el niño?

—También se encuentra estupendamente.

No aludió al incidente del automóvil, desde que se produjo Sue se había esforzado en eliminarlo de su mente.

—Bueno —dijo Hacket en tono cansino—. Así que todo el mundo se encuentra bien.

—Escucha, John, tenía que hablar contigo. Acerca de ti y de mí. Te dije que no podía volver a esa casa y la verdad es que no puedo.

—Lo comprendo, pero no se puede hacer borrón y cuenta nueva sin

más. Quiero decir que lo que estás evitando no es sólo la casa, ¿verdad? Es a mí.

Sue tragó saliva.

—Es posible que haya conseguido perdonarte lo de la aventura amorosa, John —

dijo—. Pero nunca te perdonaré lo que le ocurrió a Lisa. Sí, todavía te lo reprocho. Y

siempre te lo reprocharé.

—¿Me has telefoneado para decirme algo que yo ya sabía? —inquirió Hacket.

Procuró dominar la irritación de su voz—. ¿Cómo te crees que me siento? No puedo perdonarme a mí mismo, no necesito que tú me lo recuerdes continuamente. Soy yo quien vive ahora en la casa. Quien está entre los recuerdos. Tú eres la que huyó de esos recuerdos.

—No huí. Si no hubiera marchado de allí, me habría vuelto loca.

—Conozco ese sentimiento.

Nuevo espacio de silencio.

—John, el verdadero motivo por el que te he telefoneado es que en uno de los colegios de aquí, de Hinkston, hay una plaza de ayudante de director. Al parecer, el empleo incluye vivienda.

—¿Por qué Hinkston?

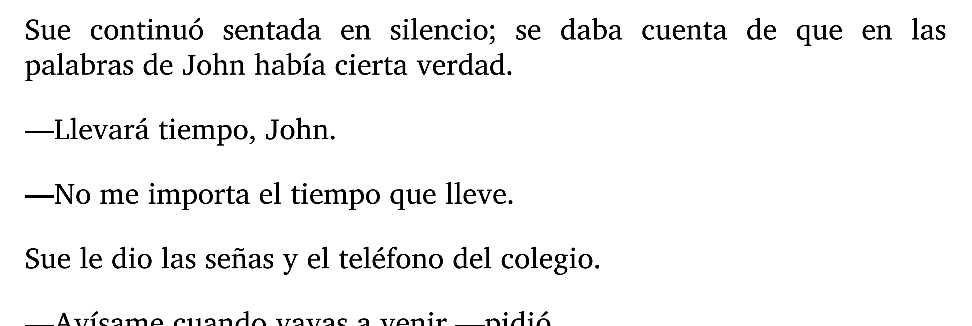
—Porque no quiero seguir viviendo en Londres, ya te lo dije —saltó Sue.

—¿Y los dos? Si consigo esa plaza, ¿estarías dispuesta a volver a empezar? ¿Un nuevo entorno, una nueva vida, quizá?

Su voz sonó esperanzada.

—Tal vez. No empezaríamos desde el principio, John. Entre nosotros, las cosas nunca volverán a ser lo mismo.

—Podemos intentarlo, por el amor de Cristo —insistió Hacket—. Te sigo queriendo, Sue. Te necesito y creo que tú me necesitas a mí, tanto si lo reconoces como si no.



Sue continuó sentada en silencio; se daba cuenta de que en las palabras de John había cierta verdad.

—Llevará tiempo, John.

—No me importa el tiempo que lleve.

Sue le dio las señas y el teléfono del colegio.

—Avísame cuando vayas a venir —pidió.

—Acaso puedas encontrarte conmigo cuando me deje caer por Hinkston para la entrevista.

De nuevo, el silencio. Prolongado esa vez. Hacket pensó por un momento que ella se había retirado.

—Sí, nos veremos —dijo, por último.

—Sue, si no duermes bien, cariño, puede que sea buena idea que tomes algo.

Consulta a un médico. Tienes que cuidarte.

—Realmente, estaba pensando en ir a ver al médico de Julie.

Otro largo silencio.

—Será mejor que cuelgue, John —dijo Sue—. Telefonéame cuando vengas para la entrevista.

—Gracias por llamar, Sue.

—Te veré pronto.

—Sue. Te quiero.

Ella apretó el auricular con fuerza durante unos segundos.

—Te veré pronto —repitió en voz baja, y colgó.

La conversación la dejó sin energías, con la sensación de que acababa de correr una maratón.

Transcurrieron cinco minutos antes de que se levantara del asiento y fuera a la cocina. John parecía estar bien, era posible que ella necesitara ver a un médico. Unas cuantas pastillas de somnífero,

pensaba no le perjudicarían.

En la mesa de la cocina había un pequeño listín telefónico de tapa decorada con un gato sonriente y la inscripción «Gente importante». Otra de las ayudas con que se organizaba Julie. En aquella agenda de direcciones figuraban los números de todo el mundo, desde el de las oficinas del gas hasta el del veterinario de la localidad. Todos por orden alfabético. Sue fue pasando hojas hasta llegar a la «M».

Encontró lo que estaba buscando casi al instante.

MÉDICO. CONSULTORIO

Y debajo:

Doctor Edward Curtis.

CAPITULO 35

ra una sensación que Hacket creía haber olvidado, y sonrió mientras, al volante de su automóvil, contemplaba el paisaje que discurría velozmente a su paso. El Sol brillaba en lo alto del cielo; era como si su aparición allí reflejara el estado de E ánimo del hombre.

Hacía meses, años incluso, que no experimentaba aquellas impresiones. Era algo semejante a esperanza, a expectación, sólo que más acentuada, más aguda.

También había cierta ansiedad, naturalmente, pero desde luego se sentía razonablemente feliz y aquella emoción particular había estado intolerablemente ausente de su vida en los últimos tiempos.

Mientras se acercaba a las afueras de Hinkston y las casas empezaron a surgir cada vez más profusamente, pensó en las perspectivas que se le ofrecían. Si lograba aquel empleo en el colegio y la casa que Sue le había dicho que llevaba aparejada, también tendría oportunidad de rehacer su matrimonio. Hacket notó de nuevo el embate de la adrenalina y comprendió que no era expectativa; era, en todos los sentidos del tópico, un auténtico rayo de esperanza.

En cuanto concluyó la conferencia telefónica con Sue, llamó

inmediatamente al colegio y, con gran sorpresa, descubrió que estaban dispuestos a entrevistarle al día siguiente. Había contado con que al menos debería aguardar una semana, pero, al parecer, les corría prisa cubrir la plaza y, en consecuencia, deseaban hablar con los candidatos a la misma lo antes posible.

Hacket se alegró de tener excusa para abandonar la casa durante todo el día. No le hizo ninguna gracia estar rodeado de gente, razón por la cual se tomó una semana libre, pero sentirse prisionero en casa, a solas con sus pensamientos, resultó poco menos que insoportable. El viaje a Hinkston y la posibilidad de un nuevo empleo le había levantado un poco la moral. Incluso creyó que sería capaz de hacer frente a un poco de música, por lo que introdujo una cinta de casete en el aparato para escucharla mientras conducía. Sin embargo, al adentrarse por la ciudad, desconectó la reproductora y se contentó con mirar los edificios que empezaban a constituir formas urbanas regulares a ambos lados del automóvil.

En la pausa obligada por un semáforo, Hacket comprobó la ubicación del colegio, consultando el papel donde había tomado nota de las señas. Observó que no estaba muy lejos.

Estaba un poco nervioso, aunque no por la entrevista. Conocía con bastante exactitud sus propias posibilidades, sabía que era tan competente como la mayoría de los que aspirasen al puesto, si no más, pero su inquietud procedía del hecho de que se daba perfecta cuenta de que, si no lograba el empleo, la oportunidad de rehacer su matrimonio corría el peligro de esfumarse. Podía permitirse perder el empleo, pero no perder a Sue.

Cambiaron las luces del semáforo y Hacket reanudó la marcha. Condujo a través del centro urbano y, cinco minutos después de haberlo cruzado, localizó las verjas de hierro que se elevaban desde el hormigón como oxidadas jabalinas. El patio estaba desierto, pero mas allá de un gran edificio de ladrillos vio un campo de juego en el que cierto número de niños le daban patadas a un balón. Hacket llevó el Renault a la zona de aparcamiento y detuvo el motor. Se contempló brevemente en el retrovisor. Se peinó con la mano y, por último, se apeó del coche y se encaminó a la entrada principal del colegio, en busca del despacho del director.

Una muchacha de veinticuatro o veinticinco años se cruzó con el, le sonrió y, durante unos fugaces segundos, Hacket se sorprendió admirando las torneadas piernas de la joven.

¿Un poco como Nikki?

Aspiró hondo, indignado consigo mismo por el mero hecho de recordar a la chica, pero la imagen desapareció de su cerebro con la misma rapidez con que se había presentado. Continuó adelante, hasta llegar a un puerta con el rótulo: D. BROOKS.

DIRECTOR.

Llamó con los nudillos y, acto seguido, entró, para encontrarse en una antesala.

Una mujer de alta estatura le acogió con una sonrisa, mientras intentaba engullir el último bocado de un *Kit-Kat*, que masticaba a toda velocidad para preguntarle qué deseaba. Hacket le devolvió la sonrisa y le ahorró la molestia.

—Me llamo John Hacket. Tengo una cita a las diez, respecto al empleo de ayudante de director.

La mujer siguió masticando frenéticamente, al tiempo que asentía con la cabeza e ingería los últimos trozos del bollo.

—Perdone —se excusó, mientras se limpiaba los restos de chocolate adheridos a los labios—. Comunicaré al señor Brooks que está usted aquí.

Le sonrió de nuevo, llamó a la puerta que tenía a su espalda y entró en cuanto le contestaron. Hacket se quedó solo en el despacho exterior.

Lanzó una mirada al diagrama del colegio que cubría una pared y a las pinturas que adornaban la otra. Cada uno de los cuadros tenía al pie una pequeña placa. Hacket las leyó. Las pinturas eran obra de alumnos del centro, primeros premios en distintos grupos de edad.

Uno de los cuadros representaba un búho aposentado en la rama de un árbol, con algo pequeño y sangriento en las garras. Hacket se inclinó hacia adelante, incapaz de distinguir la forma.

—Si tiene usted la bondad de pasar, señor Hacket —dijo la mujer alta, interrumpiendo la inspección de la pintura que efectuaba Hacket.

—Gracias —repuso el hombre, al tiempo que echaba un vistazo final al cuadro.

En el preciso instante en que se apartaba de él reconoció por fin la

pequeña forma ensangrentada de la pintura. Arrugó el entrecejo.

En sus garras, lo que tenía aquel búho tan bonito de la pintura era un ojo humano desgarrado y sangrante.

CAPITULO 36

acía un calor sofocante en el despacho.

Al entrar, Hacket notó un hormigueo en la piel y tuvo consciencia de que se le H coloreaban las mejillas a causa de lo alto de aquella temperatura.

Por contraste, el hombre que le recibió desde el otro lado de la amplia mesa estaba pálido y, al estrechar la mano de Hacket, éste pudo sentir la frialdad que irradiaba a través de su contacto.

Donald Brooks tendría poco más de cincuenta años y sólo unas cuantas motas de caspa que aparecían en el cuello de la chaqueta del traje gris malograban su, por otra parte, inmaculado aspecto. Era un individuo de presencia imponente y los ojos con que miró a Hacket desde detrás de los cristales de las gafas tenían un color verde intenso. Su apretón de manos fue firme, su sonrisa, amable. Invitó a Hacket a tomar asiento y observó los tonos escarlatas de la mejillas de aquel hombre, más joven que él.

—Lamento que haga tanto calor aquí —se disculpó Brooks—. Estoy un poco anémico y el frío me afecta más que a la mayoría de las personas.

—Es evidente —sonrió Hacket.—En casa, mi esposa no para de quejarse —continuó Brooks—. Incluso durante el verano tengo encendida la calefacción central. —Se encogió de hombros, casi pidiendo perdón.

Preguntó a Hacket si le apetecía una taza de café, y al cabo de un momento la mujer alta entraba ya con la infusión. Hacket le dio las gracias, la señora se retiró y ambos hombres volvieron a quedarse solos, lo que permitió a Brooks echar un vistazo al currículo de dos páginas que Hacket le había pasado. El más joven de los dos hombres sorbió el café, mientras Brooks asentía en gesto aprobador, al leer las calificaciones y elogios que Hacket había obtenido en el curso de los últimos diez años.

—Muy impresionante, señor Hacket —dijo el director, por último—. Sus calificaciones son excelentes y le respalda una espléndida

experiencia profesional.

Observo que el colegio donde usted enseña ahora tiene alrededor de novecientos alumnos... lo cual no le ofrece mucha oportunidad de contacto personal con ellos.

—Me temo que no. Trabajar en Londres tiene esos riesgos, profesionalmente hablando, supongo. ¿Cuál es aquí el promedio de alumnos por profesor?

—Unos veinte por clase, habitualmente menos. La mayoría de los cursos de sexto sólo cuentan con tres o cuatro alumnos.

Hacket inclinó la cabeza aprobadoramente y los dos hombres dialogaron un buen rato acerca del colegio, del historial pedagógico de Hacket y del deseo de éste de ocupar aquella plaza.

—¿Está usted casado, señor Hacket —preguntó Brooks.

—Sí.

—¿Hijos?

Hacket titubeó un segundo, como si la palabra le ocasionara dolor.

—No —respondió en tono agudo, y cogió la taza de café, tomó un sorbo e hizo una mueca al notar que estaba frío.

Frío como una lápida. Tan frío como una tumba.

Tan frío como Lisa.

—¿Se han presentado muchos aspirantes al empleo? —preguntó Hacket, ávido de desviar la conversación por otros derroteros.

—Usted es el cuarto —le informó Brooks—. Y debo reconocer que me siento impresionado. Si le diéramos la colocación, ¿cuándo podría usted empezar?

Hacket se encogió de hombros.

—La semana que viene —dijo—. Tengo algunos detalles que concretar respecto a nuestra casa de Londres, que queremos vender, pero creo que con una semana será suficiente.

—Estupendo —dijo Brooks—. Así pues, me parece que es hora de que le enseñe el colegio. Debe ver usted el sitio donde va a trabajar.

Hacket esbozó una amplia sonrisa, se puso en pie y estrechó la mano del director.

Notó de nuevo la frialdad de aquella piel, pero pasó por alto el detalle. Salió del despacho con el director e hizo una breve pausa ante la pintura del búho colgada en la antesala.

—Un artista de talento —comentó Hacket, al tiempo que indicaba el cuadro con un movimiento de cabeza y leía el nombre que figuraba en la placa colocada al pie.

Philip Craven.

Brooks lanzó una ojeada al cuadro y luego salió del anexo sin pronunciar palabra.

Hacket le siguió.

La visita al colegio duró más de lo que Hacket había previsto. Las instalaciones eran extensas e imponentes. Pensó que aquél era uno de los pocos centros de enseñanza de subvención estatal que no se habían visto diezmados por los recortes presupuestarios que realizó el gobierno durante los últimos años.

Brooks y él pasaron por delante del edificio de ladrillo en el que Hacket reparó al llegar al colegio, construcción que, según se le informó, era un gimnasio. En un campo contiguo jugaban al hockey sobre hierba las componentes de una clase femenina, una escandalosa horda que supervisaba una matrona con muslos de lanzadora de peso rusa y hombros algo más anchos que los de Hacket. Éste sonrió al verla correr por el campo de juego, con el silbato entre los dientes.

—Puede que tenga usted que encargarse de algunas tareas en el terreno del adiestramiento deportivo —dijo Brooks—. Vi en su currículo que lo hizo en su última escuela. ¿Es usted deportista, señor Hacket?

—En mi juventud jugué al rugby y al fútbol. Me gustaría disfrutar ahora de la forma en que me encontraba entonces. Pero me las arreglaré. Le prometo no sufrir ataques cardíacos.

Sonrió.

Brooks se lo quedó mirando como si no entendiera la broma, luego se

estremeció, se desentendió del partido de hockey y echó a andar hacía el patio del colegio, con Hacket a su lado. El sol continuaba brillando, pero Brooks parecía congelado. Se le había puesto la piel todavía más pálida y no paraba de frotarse las manos como si pretendiera restaurar la circulación sanguínea.

—Como sabe, el empleo lleva aparejada la vivienda —dijo—. Le enseñaré también la casa.

Era un edificio de paredes blancas, separado de los terrenos del colegio por un seto de alta alheña que en aquella época del año no tenía nada de tupida. Pero sí era lo bastante densa como para proteger la casa de las posibles miradas indiscretas procedentes del colegio. Crecían un par de sauces en el jardín delantero, bastante abandonado por otra parte. La hierba tendría unos quince centímetros de altura y asomaban hierbajos entre las hendiduras de las losetas del camino que conducía a la puerta frontal. En realidad, nada que no pudiera adecentarse en un fin de semana. Eso fue lo que pensó Hacket.

En cuanto a la propia casa, parecía en buenas condiciones, con todas las tejas de pizarra en su sitio. Al menos, en la parte del tejado que pudo ver. La pintura aguantaría un mínimo de otros seis meses. El hecho de que la puerta fuese nueva era lo único que resaltaba allí. Aún no la habían pintado del color gamuza mate que tenían los marcos de las ventanas y daba la impresión de que la montaron apenas unos días antes.

Brooks se buscó la llave en el bolsillo y abrió la puerta, acompañando a Hacket al interior de la casa.

El pasillo de entrada era estrecho. Conducía a un tramo de escalera cubierta por una alfombra de color óxido.

—¿Cuanto tiempo lleva deshabitada la casa? —quiso saber Hacket.

—Unos quince días —informó Brooks, en tanto empujaba la puerta del salón.

El piso carecía allí de alfombra y los pasos de Hacket resonaron sobre las tablas desnudas. Sin embargo, de la pared colgaban algunas litografías enmarcadas y quedaban también en la estancia un par de sillones.

Sendas fundas los cubrían.

—El profesor que vivía aquí… —empezó Hacket—, ¿por qué se

marchó?

Brooks se frotó las manos de nuevo y se encogió de hombros, en parte como respuesta a la pregunta y en parte, aunque principalmente, como gesto para indicar que estaba helado. Palmeó uno de los radiadores, al pasar junto a él, como si esperase que difundiera algo de calor.

—Fue algo muy repentino —dijo, conciso, y pasó al comedor.

La habitación también estaba alfombrada y a Hacket le extrañó que la sala de estar fuese lo único con el suelo desnudo.

Había más muebles, también cubiertos con fundas.

—¿Qué tal era? —preguntó Hacket.

—Cumplía con su trabajo —le contestó Brooks, como si con ello fuera suficiente.

—Dejó aquí mucho mobiliario. Sin duda tuvo que marcharse con prisas.

Se trasladaron a la cocina, volvieron después al pasillo de entrada, cruzando el comedor, y subieron por la escalera para echar un vistazo a los tres dormitorios.

—¿Tenía hijos? —preguntó Hacket.

—Le gustaba conservar la intimidad, señor Hacket. Y yo no fisgoneo la vida privada de los integrantes de mi cuadro de profesores —dijo Brooks, en tono tenso.

—Sólo pregunté si tenía chicos —articuló Hacket, perplejo.

Brooks dio media vuelta y se dirigió a la escalera.

—¿Ha visto ya lo suficiente? He de volver a mi trabajo.

—Comprendo —dijo Hacket, y movió la cabeza afirmativamente.

Cuando salieron de la casa, Brooks cerró la puerta con llave y empujó para cerciorarse de que quedaba bien asegurada.

—El profesor que vivía aquí hizo lo que creo que llaman una mudanza a la chita callando. No sé por qué, señor Hacket. Espero que sea usted más formal. —Se alejó por el camino de entrada a la casa, dejando a

Hacket desconcertado ante la puerta.

—Una mudanza a la chita callando, ¿eh? —murmuró Hacket para sí.

El tintineo de una campana interrumpió sus meditaciones. La señal para el almuerzo.

En cuestión de unos minutos, el patio se llenó de niños, cuyas voces inflamaron el aire.

De regreso en el despacho de Brooks, éste se pegó al radiador y, poco a poco, el color empezó a volver a sus mejillas. Permaneció allí mientras Hacket le daba las gracias por la visita al colegio y a la vivienda, a continuación se despidieron y Hacket se marchó.

Fue abriéndose paso entre la multitud de chicos que henchían el patio y llegó por fin a su automóvil. Sólo entonces se separó Brooks del radiador, para acercarse a la ventana y contemplar cómo el maestro conducía el coche entre las cancelas de la verja y salía a la carretera.

—Le he dado el empleo —dijo Brooks, cuando la mujer alta entró en el despacho.

—¿Hizo muchas preguntas? —inquirió ella.

Brooks asintió.

—Quiso conocer algunos detalles acerca del profesor que le precedió, quién era y por qué se marchó de modo tan repentino.

—¿Qué le dijo usted? —preguntó la secretaria.

—No le conté la verdad, si se refiere a eso —respondió Brooks, de nuevo frotándose las manos—. No soy tan estúpido.

CAPITULO 37

acket aparcó su automóvil detrás del Metro de Sue y se deslizó de detrás del volante. Miró hacia la casa y vaciló unos segundos antes de avanzar por el camino que llevaba a la puerta delantera. Un peculiar nerviosismo se apoderó de H él nada más tocar el timbre. Como un adolescente en su primera cita, temía que no le respondiesen. Aguardó un momento y luego volvió a llamar.

Se abrió la puerta.

—¡Hola, John! —le sonrió Julie, para besarle acto seguido en la mejilla—. ¿Qué tal van las cosas?

—Muy bien —dijo Hacket, al tiempo que pasaba por delante de su cuñada—. ¿Está Sue?

—Pasa a la cocina —indicó Julie.

Sue secaba unos platos. Volvió la cabeza al entrar Hacket y su sonrisa fue más bien de compromiso.

Hacket pensó en lo guapa que estaba. Tuvo la sensación de que llevaba años, no días, sin verla. E incluso de que hacía mucho más tiempo que no la abrazaba.

—Me dieron el empleo —anunció.

—Formidable —dijo Sue, y su sonrisa se amplió un poco.

Julie se les unió, consciente de la atmósfera que reinaba. Llenó la tetera y dispuso tres tazas mientras Hacket se sentaba a la mesa de cocina. Habló a Sue del colegio, del empleo, del salario. De la casa.

Ella pareció complacida e incluso se las arregló para reír cuando Hacket contó la obsesión de Brooks por el frío. Se miraron el uno al otro larga, intensamente. Hacket se esforzó en descubrir en los azules ojos de Sue un mínimo asomo de emoción. ¿Algún atisbo de amor? ¿Era eso lo que buscaba?

—¿Vuelves a Londres esta noche? —preguntó Sue.

Asintió Hacket.

—No tengo más remedio. He de preparar el traslado y unas personas van mañana a ver la casa. ¿Por qué?

Sue meneó la cabeza.

—Simple curiosidad.

—Si queréis hablar a solas los dos… —apuntó Julie.

—No, no seas tonta. Quédate aquí —dijo Sue a su hermana.

Hacket se sintió un poco desilusionado, pero lo disimuló convenientemente.

—Me gustaría que me acompañaras a ver la casa, la próxima vez que venga, Sue —

dijo.

—¿Qué te dijo el director del maestro que vivía allí antes? —preguntó Julie.

Hacket gruñó.

—Casi nada.

Julie inclinó la cabeza de modo casi imperceptible y contempló su taza.

—¿Por qué? —preguntó Hacket, al notar su expresión.

—Tal vez no debería decir nada, pero creo que él hubiera tenido que contártelo.

Alguien de por aquí debió explicártelo. En aquellos días, llenó las primeras páginas de los periódicos. Una noticia sensacional. La policía jamás llegó a averiguar por qué lo hizo.

—¿Qué hizo? —preguntó Sue.

—Una noche, el hombre sin duda se volvió loco o algo así. Empuñó una escopeta, mató a su esposa y a su hijo y luego se introdujo el cañón del arma en la boca y apretó el gatillo.

CAPITULO 38

laine Craven estaba sentada, sola, en la sala de espera del consultorio.

Los rayos de sol irrumpían por el amplio ventanal para iluminar el cuarto y E crear la impresión de que las blancas paredes irradiaban luz. Elaine miraba a su alrededor y sonreía cada vez que sus ojos se tropezaban con los de la recepcionista.

La mujer debía de acercarse ya a los cuarenta, llevaba falda negra y una blusa marinera cuya manga izquierda estaba subida para revelar un vendaje que le cubría el antebrazo desde la muñeca hasta el codo. Aquella extremidad se cruzaba rígidamente sobre el pecho y, a cada movimiento, la mujer sentía un ramalazo de dolor que le llegaba desde el brazo. Elaine alzó la mirada hacia el reloj de pared situado encima del escritorio de la recepcionista y observó que aún faltaban cinco minutos para que Curtis la recibiera. Trató de mover el brazo

izquierdo, en un esfuerzo para reducir el dolor al mínimo, pero el intento no resultó y la mujer dio un respingo.

—¿Qué le ha pasado en el brazo? —se interesó la recepcionista, ante el evidente mal rato que pasaba Elaine.

—Un accidente tonto —respondió Elaine, quitándole importancia, y se encogió de hombros, pero hasta ese movimiento le produjo dolor.

Las dos mujeres se intercambiaron una serie de superficiales comentarios acerca del tiempo, mientras esperaban a que Curtis indicase a Elaine que podía entrar. Después, cansada de aquel tema, la recepcionista sacó otro a colación.

—¿Qué tal está su familia? Sólo tiene un hijo, ¿verdad?

Elaine asintió.

—Sí, Philip. Está muy bien. Mi marido también. Yo soy la única a la que le ocurren accidentes tontos.

Indicó el brazo vendado como si pretendiese recordar a la recepcionista el motivo por el cual se encontraba allí.

Se produjo un sonoro *bip* en el tablero situado delante de la recepcionista, quien accionó una palanca.

—Haga entrar a la señora Craven, por favor —dijo Curtis, cuya voz adquirió un tono de robot metálico al filtrarse por el intercomunicador.

Elaine se levantó, dirigió a la recepcionista una sonrisa más y franqueó la puerta señalada con el rótulo de «Particular». Esta daba a un corto pasillo, que conducía a otra puerta. Llamó y entró.

Edward Curtis sonrió a la mujer cuando pasaba al interior. La invitó a sentarse y su mirada fue a posarse de inmediato en el vendaje que cubría el brazo.

—Espero que tu familia se encuentre en mejores condiciones que tú, Elaine —

comentó, al tiempo que se ponía en pie y rodeaba la mesa para acercarse a la mujer.

—Fue un accidente —explicó Elaine—. Nunca debió ocurrir.

Levantó la vista y Curtis captó en el fondo de las pupilas cierto aleteo.

Parecía miedo.

—Permíteme que eche una mirada —dijo.

La mujer fue extendiendo el brazo hasta que lo apoyó totalmente sobre la mesa. Con infinito cuidado, Curtis procedió a ir retirando la venda, desenrollándola con la máxima precaución y disculpándose cada vez que Elaine siseaba de dolor. Por último, retiró el último trozo de venda y dejó al descubierto las gasas que cubrían el antebrazo.

Alargó la mano por detrás hacia la bandejita de instrumental que tenía en la mesa y cogió unas pinzas. Con los extremos metálicos de las pinzas prendió el extremo de una gasa y empezó a levantarla con cuidado.

—¡Santo Dios! —murmuró, al ir descubriendo el antebrazo—. ¿Cómo diablos ocurrió esto?

La piel del antebrazo estaba arrancada en varios puntos. No cortada ni arañada, sino desgarrada.

La zona en torno a la primera profunda laceración aparecía enrojecida e inflamada y Curtis percibió los acuosos depósitos de pus almacenada debajo de la carne rasgada.

La segunda herida todavía era peor.

Retiró la gasa y no pudo reprimir una mueca ante el daño infligido al brazo. Parte del músculo flexor próximo al cúbito estaba destrozado y se veía el hueso claramente a través de la masa de carne y músculo retorcidos. Se formaba más pus en los extremos de la herida, más denso y pernicioso ahí. Parte de ese pus nocivo rezumaba ya al interior de la atroz herida.

Miró a Elaine con expresión severa.

—¿Cuando sucedió?

—Hace dos noches —dijo ella.

—Por qué no me avisaste? —rechinó Curtis—. ¿Resultó herido alguien más?

Elaine denegó con la cabeza y bajó la cabeza para observar las heridas, que parecían mordeduras de perro, sólo que producidas por

algún animal de presa hambriento y voraz, no por un can doméstico. Rechinaron los dientes de la mujer cuando Curtis aplicó gasas estériles para limpiar las heridas.

—Fue culpa mía, lo sé —reconoció Elaine—. Me daba perfecta cuenta de que se acercaba el momento, sé que debí ponerme en contacto con usted, pero es que todo parecía ir bien.

Curtis desinfectó los cortes, limpió el pus y tiró los tapones al cubo de los desperdicios.

—El tratamiento ha de mantenerse a intervalos regulares, lo sabes —dijo el médico, mientras repetía el procedimiento anterior con la herida más pequeña—. ¿Cómo está el chico?

—Inquieto.

Era la única palabra que se le ocurría.

—Tráemelo mañana, antes de que esto vuelva a repetirse.

Señaló con dedo acusador las dos heridas.

Elaine asintió con la cabeza, mientras contemplaba cómo Curtis volvía a vendarle el brazo desgarrado. Cuando el médico concluyó, Elaine se puso en pie, extremó el cuidado al colocarse la chaqueta sobre el brazo lastimado y se dirigió a la puerta.

—Mañana —recordó Curtis.

Elaine inclinó la cabeza y le dio las gracias.

CAPITULO 39

l sol se desangraba hacia la muerte cuando Hacket abandonó Hinkston. A la hora en que cruzaba los suburbios de Londres, el vivido tono carmesí del cielo había dado paso ya a la oscuridad.

E

Hacket experimentaba una extraña mezcla de sensaciones. Esperanza, excitación y ansiedad se combinaban dentro de su cerebro. Aquellas tres emociones estaban directamente relacionadas con el nuevo empleo y con la posibilidad de empezar una nueva vida con Sue, pero también sentía algo más.

¿Recelo? Esa no era la palabra exacta.

Desasosiego tal vez encajase mejor con su estado de ánimo.

¿Por qué se mostró Brooks tan reservado respecto al anterior ocupante de la casa?

Por supuesto, no era la clase de cosas que se le cuentan a un hombre que va a trabajar para uno, al menos no con tantas explicaciones. Hacket entendía que el director temiese contarle lo del doble asesinato y el suicidio que tuvieron lugar en la casa. Pero ¿por qué mentir respecto al asunto?

Sin embargo, no eran las mentiras de Brooks lo que preocupaba a Hacket, sino el motivo que impulsó al anterior ocupante de la vivienda a matar a su familia y descerrajarse después un disparo mortal.

Detuvo el automóvil ante un semáforo, mientras la idea daba tumbos en su cabeza.

¿Tensiones laborales? Eso parecía exagerado.

Tal vez al hombre no le gustaba la forma de guisar de ella, se sonrió Hacket macabramente.

Quizás el marido tenía un lío de faldas y ya no podía mirar a la cara a la esposa.

Hasta cierto punto, almas gemelas, ¿no?

Hacket trató de expulsar de su cerebro esa última consideración, mientras el semáforo cambiaba a verde y él seguía su camino.

Al adentrarse por el corazón de la capital, una curiosa, pero no del todo inesperada, sensación de fatiga empezó a cerrarse en torno a

Hacket. Como una especie de manta pegajosa y molesta, había sentido durante la mañana, al alejarse de la ciudad, que los pliegues de aquel cobertor se le quitaban de encima, pero ahora, al acercarse a casa, sintió que su peso invisible le envolvía de nuevo.

Acaso era la idea de regresar hacia tantos malos recuerdos.

«*... Pero la noche discurre tan despacio...*», emitía la radio del coche .

«*... aunque sueño con la esperanza de que no se acabe nunca. A solas...*»

Hacket la desconectó.

Estaba ya a menos de ocho kilómetros de casa y lanzó un vistazo al reloj del salpicadero.

Las ocho y treinta y ocho minutos de la noche.

Bostezó y siguió adelante. Moderó la velocidad al acercarse a un paso cebra. Una mujer que empujaba un cochecito de niño cargado de cajas pasó primero, seguida de una parejita con las manos cogidas. Luego, por último, un hombre alto, delgado, que observó al automóvil mientras deambulaba a través de la calzada.

A la claridad de los faros, Hacket distinguió ciertos detalles del individuo. La cabellera rala, la tez pálida, los ojos hundidos.

Aquel hombre tenía algo que le resultaba familiar y Hacket notó que se le tensaba el pecho y en la nuca se le erizaba el pelo.

Fue entonces cuando distinguió la oscura marca de nacimiento que decoraba un lado del cuello del sujeto y, por fin, Hacket no tuvo la menor duda acerca de la identidad del individuo.

Hacket apretó el volante con tal fuerza que los nudillos se le tornaron blancos, mientras los ojos seguían clavados en el hombre.

En el hombre que había asesinado a su hija.

Peter Walton pasó por delante del vehículo de Hacket.

CAPITULO 40

n cuestión de segundos, Hacket ya había saltado fuera del coche.

Se abalanzó sobre la portezuela, la abrió, echó pie a tierra y señaló a Walton con E el dedo.

—¡Eh, usted, alto! —vociferó.

El grito cogió a Walton por sorpresa, pero reaccionó al instante y no se detuvo a averiguar quién era aquel demente, se limitó a girar sobre sus talones y salir disparado calle arriba, tropezando con varias personas durante la huida. Corría sin saber siquiera por qué, pero la expresión de puro odio que vio en el rostro de Hacket fue suficiente para convencerle de que lo mejor que podía hacer era evitar a aquel hombre, quienquiera que fuese.

Hacket cerró la portezuela y, sin hacer caso de los bocinazos de los automóviles situados detrás del suyo, salió a la carrera, en pos de Walton.

Hacket no vio la figura que le seguía a él.

—¡Walton! —rugió mientras batía el suelo detrás del fugitivo.

La gente de la acera se apartaba al verle acercarse, los que no lo hacían se encontraban despedidos a un lado, en tanto la persecución continuaba calle arriba, hacia un cruce.

Walton miró por encima del hombro y vio a Hacket que seguía lanzado tras él. Sin comprobar si pasaban coches, saltó a la calzada y un Volvo que circulaba a bastante velocidad estuvo a punto de llevárselo por delante. Un taxi que iba en dirección contraria tocó la bocina al pasar rozando al hombre. Pero Walton logró llegar a la otra acera y continuó corriendo. Volvió la cabeza y observó que Hacket seguía tratando de alcanzarle.

El profesor también saltó a la calzada sin preocuparse del tránsito rodado.

Chirriaron los frenos de un Capri, que se deslizó sobre el asfalto y logró detenerse justo delante de Hacket. Éste saltó sobre la capota y pasó al otro lado, entre los gritos con que le obsequiaba el conductor.

Dio un salto en el alquitrán de la calzada justo a tiempo de evitar el impacto de un Mini que se desvió, chocó con el bordillo de la acera y no alcanzó a Hacket por un centímetro. El profesor respiró hondo y reanudó su carrera, con una única preocupación: no perder a su presa en aquella calle atestada de gente.

Por delante, Walton se desvió a la izquierda, irrumpió en un café, empujó a varios clientes, tropezó con una mesa y volcó las bebidas que tenía encima. Uno de los parroquianos se levantó indignado, para

pedirle explicaciones, pero Walton se limitó a empujarlo lateralmente y a franquear la puerta que llevaba a la cocina.

Segundos después Hacket entraba en el local, tras su perseguido, y también se precipitó al interior de la cocina, donde el cocinero lanzaba al aire un repertorio de palabrotas emitidas a voz en cuello, mientras Hacket y Walton corrían y salían por la puerta de atrás.

El aire fresco resultó un cambio agradable, después de calor sofocante de la cocina, pero Hacket ya estaba sudando a más y mejor, un sudor salado que descendía por su rostro. A pesar de ello, no aminoró el ritmo.

Walton se encontró en el callejón de la parte posterior del café y reanudó su huida todo lo rápido que pudo. A su paso, derribaba cubos de basura y cuanto pudiera retrasar a su perseguidor, pero Hacket saltaba por encima de los obstáculos, sin ceder lo más mínimo en su desesperado propósito de alcanzar al enemigo.

Y cuando lo alcanzara, ¿qué? ¿Qué, entonces?

La pregunta se desvaneció al tropezar Hacket con una caja y estar en un tris de caer.

Alargó la mano para sostenerse y se rasgó parte de la piel de la palma de la mano contra los ladrillos del callejón.

Luego, de pronto, Walton y él se encontraron libres de los confines de la calleja, de vuelta a la calle, de nuevo entre viandantes.

Walton chocó con un muchacho, lo envió al suelo de un empellón, pero no se detuvo, simplemente miró hacia atrás para ver si Hacket aún le seguía. Al ver un autobús que se acercaba por la calle, Walton saltó a la calzada, corrió unos metros en paralelo al autobús y se subió en marcha a la plataforma posterior del vehículo.

Se echó a reír al ver la inútil carrera de Hacket tras el autobús. Por delante, el semáforo estaba punto de ponerse en rojo.

Se puso. «Aguanta un poco así», conminó Hacket mentalmente, mientras corría detrás del autobús.

Aguantó.

Horrorizado, Walton observó que el autobús disminuía la velocidad al acercarse a la luz roja y que Hacket estaba ya casi encima de él.

Walton se apeó del autobús, tras desasirse del cobrador, que trataba de retenerle.

Saltó al suelo y se escabulló como pudo hasta alcanzar de nuevo la acera, abrasados los pulmones a causa de tanto esfuerzo. Las piernas le pesaban como si fueran de plomo y no sabía cuánto más podría durar su huida.

Hacket se encontraba en idénticas condiciones. A duras penas le quedaba aliento, pero siguió corriendo, pese a que la falta de oxígeno hacía que la cabeza empezase a darle vueltas. El corazón golpeaba contra las costillas, como si amenazara con estallarle en el pecho, pero aún encontró energías para continuar la persecución.

Walton miró al frente y vio lo que podía ser su refugio. Las luces de neón del letrero de una estación del Metro brillaban en la oscuridad como un faro salvador. Cruzó la calle en dirección a la boca del ferrocarril subterráneo.

Hacket hizo lo propio.

—¡Quítense de en medio! —chilló Walton, al tiempo que daba codazos a diestro y siniestro para abrirse paso entre la multitud que subía por la escalera. Consiguió avanzar hasta que, a cinco peldaños del fondo, resbaló. Cayó hacia adelante, para aterrizar pesadamente sobre el sucio suelo de baldosas.

Hacket bajó los escalones de dos en dos, sin preocuparse del fuerte tufo a orina y sudor que subía a su encuentro desde las profundidades de la caverna subterránea.

Walton se levantó y miró en torno. Vio las barreras automáticas que conducían a los andenes. Corrió hacia ellas y se coló por debajo, sin hacer el menor caso de las protestas de los pasajeros que adquirían sus billetes.

Hacket saltó por encima de las barreras, sin remitir en su intención de alcanzar a la presa, que en aquel momento se aproximaba a una escalera mecánica que aún profundizaba más en las entrañas de la Tierra.

Apenas con fuerzas siquiera para andar, Walton fue dando traspiés, sobre unas piernas que le parecían terrones de plomo, por la escalera mecánica, apartando a empujones a cuantos se interponían en su descenso.

Hacket le siguió, aún ajeno a la figura que le perseguía a él.

Respiraba penosamente, con la garganta seca, abrasada por el paso del aire, y los músculos pidiendo a gritos un poco de descanso, pero sabía que, de llegar al andén antes del paso de un tren, tendría a Walton. Allí no había sitios donde esconderse. Ni tampoco espacio para huir corriendo.

Hacket tropezó a mitad de la escalera mecánica, pero recobró el equilibrio. Vio que Walton llegaba abajo y torcía a la derecha.

Por encima del rumor de su trabajosa respiración, Hacket percibió el retumbar de un tren que se acercaba y le asaltó entonces un temor.

Si Walton abordaba aquel tren antes que él, entonces ya no habría forma de atrapar al hombre.

El profesor recurrió a las últimas reservas de energía que le quedaban y obligó a sus agotados músculos a reanudar la carrera.

Había un par de docenas de personas en el andén, la mayoría de las cuales se acercaba al borde al oír que el tren se aproximaba.

Hacket miró a derecha e izquierda. Sudaba más bien copiosamente.

No había rastro alguno de Walton.

El tren salía ya del túnel, sus faros eran como los ojos brillantes de un veloz e inmenso gusano que emergiera raudo de un agujero.

Hacket echó a correr andén abajo, buscando frenéticamente a Walton, lanzando rápidas miradas por encima del hombro mientras el convoy se detenía y las puertas de los vagones se deslizaban. Los que ya estaban en el tren observaron con indiferencia su ir y venir por el andén, cubierta la cara de sudor, saltones los ojos y agitado el resuello.

¿Dónde infiernos se había metido Walton?

Oyó el familiar zumbido que precede al cierre de las puertas y, en esa fracción de segundo, vio al hombre lanzarse de cabeza al interior del último vagón del convoy.

Entró en el preciso instante en que las puertas se cerraban.

—¡No! —exclamó Hacket, y se precipitó hacia la entrada que tenía más cerca.

Introdujo la mano entre las dos puertas, sin pensar en el dolor, seguro de que podía obligar a aquellas puertas a abrirse de nuevo. Fue así y Hacket subió al tren.

Segundos después, el convoy se puso en movimiento y cogió velocidad al entrar en el túnel.

Hacket inició el recorrido por el tren, rumbo al vagón donde sabía que estaba Walton.

Cuando llegó a la puerta con el letrero de ## UTILIZABLE SÓLO EN CASOS DE

EMERGENCIA, preocupados pasajeros le observaron mientras forcejeaba con el picaporte hasta lograr abrirla. La franqueó y un ramalazo del aire caliente del túnel le sacudió, al tiempo que el tren adquiría más velocidad y amenazaba con echarle fuera de su precaria posición. Se aprestó a abrir la otra puerta, deseoso de verse cuanto antes en la seguridad del vagón contiguo. Conservaba el equilibrio a duras penas sobre la pequeña plataforma de acoplamiento de los dos vagones.

Casi había abierto la puerta cuando perdió pie.

Se le escapó un grito aterrorizado al notar que se caía.

Alargó el brazo y consiguió agarrarse al picaporte, que giró al aferrar Hacket la mano sobre él.

Se abrió la puerta y Hacket cayó dentro del otro vagón, donde quedó tendido sobre el suelo, bajo la mirada de los demás pasajeros. Miradas de las que prescindió totalmente. Se puso en pie y prosiguió la marcha. Se daba cuenta de que faltaba muy poco para llegar a la siguiente estación. Una vez se detuviera el tren, podría apearse, correr por el andén y llegar al vagón donde se había refugiado Walton. Entonces lo tendría.

El tren escapó a la oscuridad del túnel y Hacket se apretó contra las puertas deslizantes, listo para saltar en el preciso momento en que se abrieran.

El convoy aminoró la marcha, se detuvo.

Como el rayo, Hacket se apeó y salió disparado hacia el vagón del extremo.

Hacia Walton.

Su presa, como si hubiese adivinado el plan de Hacket, se precipitó fuera del vagón de cabeza en el que iba y, en sus prisas, derribó a una mujer contra el suelo. Corrió por el andén hacia un pasillo estrecho, en dirección a las escaleras que conducían al puente que enlazaba con otra vía. Hacket le persiguió, subiendo los peldaños de dos en dos.

Tenía la sensación de que alguien le había llenado de arena caliente los pulmones y sentía las piernas acribilladas a pinchazos.

Walton volvió la cabeza para comprobar que su perseguidor continuaba allí, aún pisándole los talones.

Saltó los tres últimos peldaños y llegó al piso de cemento, mientras Hacket aceleraba cuanto le era posible, ya a escasos metros de su presa.

Puede que fuese la crema de un helado, acaso fuera el charco de unos vómitos arrojados allí por alguno de los muchos borrachos que frecuentaban el complejo del ferrocarril metropolitano. Pero, fuera lo que fuese, Walton no lo vio.

Su pie resbaló sobre aquella masa viscosa, patinó, trastabilló. Después, al tiempo que de la garganta brotaba un grito desesperado, Walton se vio impulsado hacia adelante y sus brazos aletearon, se agitaron en el aire durante unos interminables segundos.

Cayó por el borde del andén, a las vías.

Mientras se dirigía al punto por el que Walton acababa de despeñarse, Hacket oyó el golpe sordo del impacto del hombre y el chisporroteo que sisearon los miles de voltios de la increíble descarga eléctrica que achicharró a Walton. La carne se tornó negra en cuestión de segundos, la sangre hirvió en las venas y el cuerpo se retorció de modo incontrolable a impulsos de la corriente que lo recorría.

Hacket llegó al borde del andén y miró abajo.

El cuerpo de Walton parecía una cerilla consumida.

Con un jadeo, Hacket se arrodilló, clavados los ojos en aquel cadáver ennegrecido que yacía atravesado encima de los raíles.

El olor a carne carbonizada y a ozono era intensísimo y, durante un momento, creyó que iba a marearse, pero la sensación pasó y tuvo

entonces conciencia del terrible dolor de los músculos y del pecho.

En algún lugar, andén abajo, una mujer chillaba, pero Hacket no parecía oírla.

Dirigió la vista de nuevo hacia el cuerpo de Walton y sonrió.

Seguía sin reparar en la figura que le espiaba.

CAPITULO 41

dward Curtis añadió otro leño a la lumbre, se acomodó en el sillón de cuero, de alto respaldo, y observó la danza que las llamas ejecutaban en la chimenea.

E Los rasgos de sus facciones había adoptado una expresión dura. Alargó la mano hacia la copa de coñac que tenía al lado y tomó un sorbo de licor, sin apartar los ojos del fuego. Su madre solía decirle que uno podía ver formas creadas por las llamas, pero la única forma que Curtis veía allí era la silueta del brazo mutilado de Elaine Craven.

—Creo que esto se está saliendo de madre —dijo Curtis en voz baja.

—Eres la única persona que puede hacer algo —repuso el otro ocupante de la estancia, que se encontraba en el lado contrario de la chimenea. Sus ojos, sin embargo, no miraban el fuego, sino que estaban fijos en Curtis.

—Se han producido demasiados percances últimamente —expresó Curtis—. La chica de los Kirkham, en el hotel. El hijo de Lewis y ahora este incidente de Phillip Craven.

—No ignoraban los riesgos, Edward, no te puedes echar la culpa de ello.

—Culpa no es la palabra adecuada. No siento culpabilidad alguna por lo que ha ocurrido, por lo que pueda ocurrir. Tal como has dicho, conocían los riesgos. Pero eso no impide que me sienta un poco impotente. Hay todavía muchas cosas que ignoro.

—¿Estás diciendo que quieres abandonar? —preguntó el otro, en tono un tanto desafiante.

Curtis miró a la figura y sacudió la cabeza.

—Es mucho lo que hay ahora en juego. Además, hemos ido demasiado lejos para abandonar ahora. —Sorbió un poco de coñac—. Los dos.

Volvió a llenar su copa y la de la persona que le acompañaba.

—Eso es lo que ellos hubieran deseado —dijo el otro—. Seguir adelante es algo que les debemos.

Curtis observó a la figura, que se levantó y fue hasta la ventana salediza que dominaba el exterior desde la sala de estar. Con la bebida en una mano, la figura utilizó la otra para descorrer una cortina y contemplar las luces de Hinkston, que brillaban allá abajo, a cierta distancia del edificio.

—Haces que suene como si fuera una obligación —señaló Curtis—. Al decir que es algo que les debemos.

—Nada de obligación, Curtis. Amor. —La figura tomó un largo trago de coñac—. Y

algo todavía más fuerte.

—¿Como qué? —quiso saber Curtis.

La otra figura no le miró, se limitó a seguir contemplando las luces de la ciudad.

Pronunció las palabras en tono sosegado.

—Como venganza.

CAPITULO 42

ué rayos cree que está haciendo?

-¿Q El inspector detective Madden proyectó su bramido hacia Hacket que, sentado ante el escritorio, tenía las manos alrededor de un vaso de papel plastificado lleno de café.

—Usted no es ningún vigilante. Esto no es Nueva York —continuó Madden.

—Mire, él se cayó... —empezó Hacket, pero el inspector detective le cortó en seco.

—Por suerte para usted. También tiene que agradecer el que hubiese en el andén un montón de testigos oculares que con su declaración confirmaron los hechos. Nadie nos hubiera reprochado el que pensáramos que usted empujó a Walton y lo tiró a la vía.

El despacho de la comisaría de Clapham era pequeño y una neblina de humo de cigarrillos saturaba todo el ámbito de la estancia. Hacket estaba sentado en una silla de plástico, ante el escritorio de Madden. El inspector detective paseaba nerviosamente de un lado a otro y el sargento detective Spencer se inclinaba hacia adelante, apoyado en la mesa, con la vista sobre el profesor y un Marlboro colgando de la comisura de la boca.

Hacket tomó un sorbo de aquel café tibio e hizo una mueca.

—¿Cuánto tiempo van a retenerme aquí? —preguntó.

—Todo el que sea preciso —chirrió Madden.

—¿Preciso para qué?

—Para que vea usted las cosas con sentido común. Para que deje de meter las narices en los asuntos de la policía y deje de comportarse como un puñetero Charles Bronson.

Ya le he dicho que usted no es ningún vigilante ni esto es *El justiciero de la ciudad.*

—Le repito que Walton resbaló. Lo sabe. ¿Por qué no puede dejarme marchar? —

preguntó Hacket.

—Tiene suerte de que no le acuse —le informó Madden.

Hacket se revolvió en el asiento para mirar al inspector detective.

—¿Acusarme? —saltó indignado en tono incrédulo—. ¿De qué?

—De alterar la paz. De provocar pendencia. ¿Quiere que siga?

—Ese hijo de Satanás mató a mi hija —gruñó Hacket, y se levantó—. Parece que usted no podía hacer nada, así que lo intenté yo.

—Ni siquiera sabe que fuera Walton quien la mató —intervino Spencer—. En el asesinato había implicados dos hombres.

—Magnífico. Uno cae, ahora a por el otro.

—Se lo advierto, Hacket —dijo el inspector detective con severidad—. Manténgase al margen del caso. —Suavizó ligeramente el tono—. Lo siento, lamento mucho lo que le ocurrió a su hija, pero deje que la ley

se encargue del asunto.

Hacket asintió.

—«Deje que la ley se encargue del asunto» —repitió—. Y si lo detienen, ¿qué? No le van a castigar, ¿a que no? Unos cuantos años en la cárcel será suficiente por lo que le hizo a mi hija.

—Puede, pero cumplirá la sentencia adecuada por su crimen, impuesta por un juez en un tribunal adecuado. La familia Fearns también perdió una hija, ¿no? Si se para a pensar, Hacket, recordará que en su casa murieron dos personas aquella noche. El señor Fearns no nos ha ocasionado ningún problema tratando de ser juez, jurado y verdugo.

—Si él puede vivir sabiendo que el asesino de su hija no va a sufrir lo que debiera, eso es cosa suya. Yo no puedo.

—No tiene opción. No le estoy pidiendo que mantenga la nariz fuera del caso, Hacket, se lo estoy ordenando. —Saltó Madden—. Lo último que necesito es un supuesto vengador recorriendo Londres. Nos encargaremos nosotros del asunto.

Hacket meneó la cabeza, dio una chupada final al cigarrillo y lo aplastó en el cenicero, rebosante ya de colillas apagadas.

—¿Y qué habría hecho usted si hubiera sido su hija? —preguntó—. ¿Habría aceptado el juicio de un tribunal? —Su voz se colmó de sarcasmo—. No me diga que no hubiera deseado que el malnacido sufriese lo suyo, no me lo diga, porque no le creeré.

—¿Y si usted hubiese cogido a Walton esta noche? —terció Spencer—. ¿Qué le habría hecho? ¿Matarle? Eso no le habría convertido a usted en una persona mejor que él y ahora estaría en una celda, bajo arresto.

—No merece la pena arruinarse la vida a cambio de cinco minutos de satisfacción —

añadió Madden. Dio otra calada a su cigarrillo y luego agitó el pulgar en dirección a la puerta—. Venga, váyase a casa antes de que cambie de opinión y le acuse de alteración del orden.

Hacket hizo una pausa en la puerta, donde se volvió para mirar a los dos policías.

—¿Saben una cosa? —dijo, sonriente—. Me alegra que ese tipo haya muerto. Sólo deseo que hubiera sufrido más.

Salió dando un portazo.

Madden arrojó el cigarrillo al suelo y lo aplastó con el pie.

—¿Sabe qué es lo peor de todo esto, Spencer? —articuló el inspector detective, al tiempo que sacudía la cabeza en dirección a la puerta por la que Hacket acababa de salir—. Que estoy de acuerdo con él.

Spencer asintió, despacio.

—Ingrese en el club.

CAPITULO 43

stuvo de pie, ante la puerta, durante lo que pareció una eternidad. Sin apartar los ojos del timbre, con la mano temblándole sobre él. Hacket dudaba de si realmente pretendía reunir el valor necesario para pulsar aquel timbre. Valor no era la E palabra. En aquel preciso momento no sabía cuál era la palabra y, más aún, le importaba un comino.

Oprimió el timbre y esperó.

Y esperó.

Por fin, oyó movimiento al otro lado de la puerta.

—¿Quién es?

Consiguió esbozar un asomo de sonrisa al percibir el suave deje irlandés de la voz.

—Hacket.

Silencio.

—¿Qué quieres? —dijo por último la muchacha.

—Tengo que hablar contigo.

Otro silencio y, luego, el rumor metálico de la cadena que se suelta, de los cerrojos que se descorren. La puerta se abrió.

Nikki Reeves apareció frente a él, con su camiseta de manga corta, tan holgada que ni por asomo permitía vislumbrar los suaves contornos de

la figura. El sueño nublaba los ojos de la chica, que se los frotó y miró a Hacket, con un parpadeo miope.

—¿Sabes la hora que es? —preguntó—. Casi medianoche.

Permanecía en el umbral de la puerta, apoyada en el marco.

—¿Puedo entrar? —pidió Hacket.

A Nikki Reeves le llegó el tufo a whisky que despedía el aliento del hombre.

—¿Qué ocurre? ¿Han cerrado todas las tabernas y se te han acabado todas las reservas de ron que tenías en casa?

Hacket la miró, sin decir nada. La muchacha suspiró y se apartó, al tiempo que le indicaba que entrase al piso. Hacket pasó al salón y tomó asiento en el sofá.

—Ponte cómodo —dijo Nikki, sarcástica. Ella se sentó en una silla, frente a Hacket, con la falda de la camiseta por encima de las rodillas, lo que dejaba al descubierto una buena panorámica de sus bonitas piernas.

Hacket las estuvo contemplando un momento y luego levantó la vista hacia el rostro de Nikki.

—Vaya morro que tienes, John, presentarte aquí después de lo que ha pasado —

reprochó la moza en tono severo.

—Quería hablar contigo —alegó Hacket.

—Pensé que todo lo que tenías que decirme ya me lo soltaste por teléfono.

—Se me ocurrió que podía encantarte saber que tu notita produjo el efecto deseado.

Mi matrimonio está a punto de irse al diablo, no estoy seguro de si va a durar mucho.

Ella simplemente se encogió de hombros.

—Te advertí que no debías usarme como felpudo. Estaba dolida. Quería devolverte el daño que me habías hecho y no se me ocurrió

otra cosa mejor.

—¿Te enteraste de lo que le sucedió a mi hija?

—Sí. Y lo siento mucho.

—Bueno, pues tu notita llegó el mismo día del funeral —informó Hacket, crispado—

. Sue no tardó mucho en adivinar que yo estaba contigo mientras asesinaban a Lisa.

—¿Han cogido ya al asesino? —preguntó Nikki, en tono de conversación normal.

Hacket se limitó a encogerse de hombros.

—Uno de ellos está ya fuera de la circulación, por acuñar una frase —rió entre dientes, para mirar de nuevo con ojos centelleantes a la joven—. Lo que hiciste era

innecesario, Nikki. Si querías lastimar a alguien, podías haberla tomado conmigo, no con Sue. Ella no pidió mezclarse en esto.

—No tengo la culpa de que tu hija haya muerto, John. Te dije que no pretendía ser vindicativa. Lamento mucho lo sucedido.

—«Lamento» —gruñó Hacket—. ¿De veras? En fin, tienes razón en una cosa, no tienes la culpa de que Lisa haya muerto, la tengo yo. Fue culpa mía por estar aquí contigo, cuando debía haber estado en casa con ella.

—¿Y te presentas aquí esta noche para contármelo? ¿Qué es esto? ¿La hora de la confesión?

Hacket seguía sentado en el sofá, despidiendo olor a whisky cada vez que respiraba.

—¿Quieres un poco de café? —ofreció Nikki, casi de mala gana—. Parece que lo necesitas.

Se levantó y fue a la cocina. Hacket esperó un momento y después la siguió.

—Siento haber venido tan tarde —se excusó—. Quiero decir que podías haber estado con alguien. Me hubiese fastidiado mucho interrumpir.

—Al decir «alguien», ¿debo entender te refieres a otro hombre?

Hacket se encogió de hombros.

—¿Por qué no? Eres una chica atractiva. Me sorprende que no haya nadie aquí.

En su tono se apreciaba cierto matiz desdeñoso que Nikki captó en seguida.

—¿Así me ves? —preguntó la chica—. ¿Me consideras capaz de entrar y salir continuamente de la cama con cualquier hombre que encuentre?

—A mí no me costó mucho tiempo irme a dormir contigo. Salimos tres veces y ya está, ¿no? La cosa fue bastante rápida, Nikki.

Sonrió de nuevo, sin el más leve atisbo de humor.

Nikki preparó el café y le puso la taza en la mano.

—¿Quieres beber esto y largarte? —chirrió. Regresó a la sala de estar.

Hacket la siguió.

—¿Qué esperabas conseguir con aquella carta que escribiste a Sue? Sólo dímelo.

¿Querías destrozar mi matrimonio?

—¿Por qué no recuerdas quién empezó el asunto, John? —gruñó Nikki —. Tú me acosaste a mí, no al revés. Conocías los peligros de la aventura. Los dos los conocíamos.

—Pero tú tenías que disfrutar de la compensación de la venganza, ¿verdad? —dijo Hacket con amargura.

—No me hizo ninguna gracia verme tratada como una especie de puta —rechinó—.

No puedes cogerme, usarme y tirarme cuando a ti te sale de las narices. —Le fulminó con la mirada—. Ahora, bébete tu café y vete de aquí.

Hacket dejó la taza y se puso en pie.

—Sue te llamó furcia y yo te defendí —acompañó sus palabras con un

movimiento de cabeza—. Creo que Sue tenía razón.

—Lárgate ya. —Nikki le empujó hacia la puerta—. ¿Para eso has venido aquí esta noche, John? ¿Por la misma razón que te hizo desearme en principio? ¿Porque no consigues de tu esposa lo que quieres?

Hacket giró en redondo y soltó el brazo. Alcanzó a Nikki con el dorso de la mano.

El golpe fue lo bastante fuerte como para que la muchacha perdiera el equilibrio y, cuando cayó contra el suelo, Hacket vio la cintita de sangre que afloraba en su labio inferior.

Nikki le dirigió una mirada furiosa y luego se tocó la sangrante hendidura, que ya empezaba a inflamarse. Observó la sangre de los dedos y sus párpados se entrecerraron.

—¡Márchate de aquí, cabrón! —silbó—. ¡Vete!

La última palabra la profirió casi gritando.

Hacket se encaminó a la puerta, la abrió y volvió la cabeza para mirar de nuevo a Nikki. La joven continuaba en el suelo, dobladas las piernas debajo del cuerpo, mientras se aplicaba el faldón de la camiseta al corte del labio inferior. La sangre manchaba ya la tela. Hacket vaciló un segundo más, después abandonó el piso y cerró la puerta de golpe.

Tomó el ascensor hasta la planta baja, salió al fresco aire de la noche y permaneció un momento junto al automóvil, levantada la vista hacia la ventana del piso de Nikki.

Luego se puso al volante, introdujo la llave de ignición, puso el motor en marcha y arrancó. Echó una mirada por el retrovisor al bloque de pisos. A continuación, dobló la esquina y desapareció.

«Fuera de la vista, fuera de la cabeza», pensó, sin saber por qué había acudido a su cerebro precisamente esa frase.

Se preguntó si resultaría fácil olvidar a Nikki.

CAPITULO 44

abía que iba a ponerse mala.

Sabía eso y, lo que era peor, sabía que nada le era posible hacer para

impedirlo.

S Amanda Riley se agarró al borde del lavabo, se inclinó sobre la porcelana y vomitó.

Al retirarse, entre gemidos, casi perdió el equilibrio. Tuvo la impresión de que el suelo se movía bajo sus pies, aunque no estaba segura de que aquellas aparentes ondulaciones fuesen debidas a su estado de ebriedad o al estruendo de la música que sonaba abajo.

Abrió los grifos, limpió el lavabo, eliminando todo lo que había devuelto, y lanzó una ojeada a la macilenta imagen que reflejaba el espejo. Dejó escapar otro gemido al ver la fantasmal aparición que la miraba desde el cristal azogado. Piel lívida, ojos ennegrecidos, manchados al correrse la máscara del maquillaje. El cabello, tan minuciosamente peinado antes de la fiesta, colgaba ahora lacio a ambos lados del rostro.

También había manchas en la blusa roja y en la ceñida falda blanca. Meneó la cabeza pero incluso aquel leve movimiento de desaprobación la hizo tambalearse una vez más.

No tenía idea de cuánto había bebido, ni siquiera de lo que había bebido. Calculaba que la fiesta habría empezado cuatro o cinco horas antes, pero tampoco estaba segura del tiempo. Amanda trató de consultar su reloj, pero éste pareció disolverse ante sus ojos.

Su visión nublada por la bebida se negaba a aclararse y Amanda se dejó caer en el taburete del baño, al tiempo que notaba que el vómito empezaba a ascender por segunda vez aquella noche. Apretó los dientes y la sensación pasó momentáneamente.

Tuvo la impresión de que su cabeza giraba alrededor del cuello como una especie de extraña peonza. Se aferró al borde del taburete, por miedo a caer.

Amanda empezaba a arrepentirse de haber accedido a acudir a la fiesta. No le gustaba la música ruidosa, no conocía a casi nadie de los asistentes y, normalmente, no bebía gran cosa. Tal vez alguien había «cargado» su vaso, reflexionó, a la vez que se frotaba el estómago con mano temblona. Cualquiera que fuese la respuesta, sabía que no iba a poder resistir otra noche de aquel purgatorio. Sintió que el estómago se le contraía repentinamente y a duras penas consiguió incorporarse y llegar al lavabo a tiempo. Permaneció allí inclinada, a la espera de lo inevitable, pero los espasmos pasaron y Amanda volvió a enderezarse. Vio de nuevo su imagen reflejada en el espejo.

«¡Dios!», pensó. Parecía tener cincuenta años, en vez de diecinueve.

Resonó una llamada en la puerta del cuarto de baño.

—Amanda.

Casi no reconoció la voz.

—¿Te encuentras bien, Amanda?

Parpadeó enérgicamente, en un intento de aclararse no sólo la vista, sino también la cabeza.

Al otro lado de la puerta, Tracy Grant exhaló hastiadamente el aire de los pulmones y volvió a llamar. Deseaba ya no haber invitado a Amanda. Si vomitaba encima de alguna de las alfombras, habría que pagarlo caro. Si sus padres descubrían que organizó aquella fiesta, mientras ellos estaban ausentes durante el fin de semana, ya se armaría bastante jaleo, pero si al volver encontraban charcos de vomiteras por todas partes, lo mejor que podía hacer ella era preparar las maletas e irse de casa. Les ahorraría la molestia de echarla. Volvió a golpear la puerta y repitió el nombre de Amanda.

—He preguntado si te encuentras bien —gritó, obligada a alzar la voz a causa del estruendo de la planta de abajo.

Subió desde allí una serie de roncos vítores y, a pesar de su indignación, Tracy Grant no pudo por menos de sonreír, mientras oía el ritmo sincopado de *Sacúdeme toda la noche*, de AC/DC, y comprendía que lo más probable era que su hermano estuviese entregado con fervor a su baile gimnástico.

Tracy oyó el ruido de un pestillo al descorrerse y se abrió la puerta.

—Tienes un aspecto horrible —le dijo, al ver a Amanda que se bamboleaba inestable ante ella.

—Me siento fatal —repuso la otra chica—. Me voy a casa.

Avanzó un paso y poco le faltó para dar con sus huesos en el suelo.

Tracy la sostuvo.

—En el estado en que te encuentras, no —dijo—. ¿Qué has bebido?

Lo único que pudo hacer Amanda fue encogerse de hombros.

—Buscaré a Carl y que te lleve a casa —decidió Tracy—. Me parece que es el único que está sobrio.

Pasó el brazo alrededor de la cintura de Amanda y las dos muchachas emprendieron el descenso de la escalera. Al llegar al vestíbulo, Amanda apretó los dientes una vez más y se llevó la mano a la boca.

Tracy murmuró algo para sí y dirigió la marcha hacia la puerta frontal. La abrió con el tiempo justo para que Amanda asomara la cabeza y vomitara impetuosamente sobre un arbusto de rododendro que el padre de Tracy había cultivado y cuidado con esmero.

—Quédate aquí —recomendó Tracy, irritada, y se apresuró rumbo al salón, donde la música alcanzaba unas proporciones decibélicas todavía más ensordecedoras.

Amanda se agarró al marco de la puerta lo mejor que pudo, sosteniéndose mientras el estómago continuaba con sus sobresaltos y descubría más fluidos que expeler de los que la chica podía controlar. Al cabo de un momento regresó Tracy acompañada de un joven de veintipocos años, punteado el rostro, en torno a la barbilla, por los estragos del acné. Pero, aparte de eso, tenía rasgos enérgicos y unos penetrantes ojos verdes que automáticamente se posaron en los glúteos y las piernas de Amanda. Sonrió apreciativamente.

—Carl te va a llevar a casa —anunció Tracy.

—No quiero que devuelva en mi coche —dijo Carl Dennison, al percatarse súbitamente del estado en que se encontraba su aspirante a pasajera.

—Conduce con las ventanillas abiertas —le sugirió Tracy.

Aguantó a Amanda con ambos brazos, mientras Carl se deslizaba por el camino hacia el aparcado Capri.

Se lo había comprado a un amigo una semana antes y lo que menos deseaba era que una zorrita borracha pusiera perdido el tapizado imitación piel de tigre que recubría los asientos. A pesar de todo, al ver de cerca a la más que achispada muchacha comprendió que había que llevarla cuanto antes a su casa. Era más de medianoche y en Hinkston las carreteras estarían tranquilas. Podría hacerlo en menos de veinte minutos si pisaba un poco a fondo. Carl se sentó al volante y puso el motor en marcha. Miró a Amanda, que ya había bajado el cristal de la ventanilla y asomaba la cabeza para aspirar aire y llenarse los pulmones. Cuando el automóvil empezó a vibrar, el estómago de

lo acusó y sólo gracias a un esfuerzo monumental logró la chica arreglárselas para retener su contenido.

Mientras arrancaba, Carl observó a Tracy en el retrovisor. La joven permaneció un momento en la puerta y luego desapareció dentro de la casa.

Carl lanzó una mirada a Amanda, que gruñía sosegadamente. El viento silbaba a través de la ventanilla, agitando la cabellera de Amanda y apartándosela de la cara. La joven tenía los ojos cerrados. Carl apartó momentáneamente la vista de la carretera para echar una mirada a las piernas de su pasajera. Amanda se había quitado los zapatos de tacón alto y una de las piernas estaba doblada y oculta debajo del asiento. Carl tomó una curva, vio que la carretera aparecía desierta y aminoró la marcha ligeramente.

Cuando la aguja del cuentakilómetros descendió hasta quedar por debajo de los cincuenta, alargó la mano izquierda y tocó la rodilla de Amanda. Notó bajo los dedos la suavidad del tejido de la media. Sonrió.

Amanda gimió y con un débil cachete le apartó la mano, pero fue un rechazo carente de energía, ya que la chica estaba más preocupada por contener las náuseas que por ninguna otra cosa.

La mano de Carl fue ascendiendo, hacia el muslo.

Amanda murmuró algo y durante unos segundos introdujo la cabeza en el coche y miró a Carl cansinamente.

Carl retiró la mano, consciente de la erección que empezaba a desenvolverse bajo los vaqueros y a dolerle a causa de la presión que la tela ejercía sobre el miembro en proceso de endurecimiento.

En cuanto Amanda volvió a asomar la cabeza por la ventanilla, el muchacho deslizó la mano por el muslo de la joven, pero en esa ocasión lo llevó hasta la cumbre y dejó que los dedos acariciasen la suave lencería de las bragas.

Amanda trató nuevamente de apartarle la mano, pero Carl había metido ya los dedos por debajo de la cintura de las bragas y la mano frotaba el rizado vello púbico.

Amanda sacudió la cabeza.

Carl dibujó una sonrisa triunfal y quitó la mano de allí el tiempo justo para bajarse la cremallera de la bragueta y permitir que la erección disfrutase de una libertad sin trabas. Cogió la mano derecha de Amanda y obligó a los inertes dedos a cerrarse en

torno a la empalmada verga. Qué diablos, aquella zagala estaba tan cocida que por la mañana ni siquiera recordaría lo que hizo.

La moza apartó la mano, pero él le colocó la suya encima y la obligó a volver al pene, guiándola, utilizándola para que le masturbara.

Amanda emitió un gruñido de desaprobación, no muy segura de si le fastidiaba más el vómito que le subía por la garganta o el hecho de tener que ser a la fuerza la pajillera de un Carl a punto de correrse. La chica se volvió en el asiento, con la mano aún en torno al falo y el puño de Carl cerrado encima y obligándola a subir y bajar rítmicamente.

—Vamos, venga ya —apremió Cari, jadeante la respiración.

Miraba hacia adelante, fija la vista en la desierta carretera, el ánimo extasiado en las sensaciones que iban intensificándose en la entrepierna.

Finalmente, Amanda perdió la batalla.

Se inclinó sobre Carl y vomitó en su regazo.

El chico soltó un aullido de rabia y disgusto cuando sus pantalones, el asiento de su coche y su vibrante pene se vieron cubiertos por la copiosa regurgitación.

Pisó el freno, se inclinó a través del coche, abrió la portezuela del lado contrario, hundió el codo en el costado de Amanda y la echó fuera del asiento y del vehículo.

La muchacha cayó pesadamente sobre la hierba de la cuneta, mientras el propio Carl notaba que empezaba a revolvérsele el estómago al llenársele el olfato del hedor de los vómitos de Amanda. Le cubrían como una viscosa manta amarillenta.

Le gritó algo a la chica en el preciso momento en que volvía a poner en marcha el automóvil y la dejaba tirada allí encima de la húmeda hierba.

Amanda trató de levantarse, intentó llamarle para que volviese, pero

sus protestas se disolvieron en una riada de lágrimas. Creyó que iba a marearse de nuevo, pero la sensación pasó. Por último, consiguió incorporarse y comprobó que los zapatos se habían quedado en el Capri, desaparecido ya en la noche. Notó, al echar a andar, que la humedad se filtraba a través de las medias.

No tenía idea de dónde se encontraba, ni siquiera en qué zona de Hinkston. Había un garaje a cosa de cien metros, carretera adelante, cuya explanada anterior estaba sumida en la oscuridad. Pero se alzaban casas más allá. Si pudiera llegar a una de aquellas casas, telefonearía a sus padres. Se enfadarían. Se pondrían furiosos con ella.

Pero no le importaba. Sólo quería volver a casa, meterse en la cama, dormirse y hundir en el olvido de una vez por todas aquella terrible sensación. Amanda reanudó la marcha, arrastrando los pies, como si las piernas no obedecieran al cerebro. Tropezó y estuvo a punto de caer en dos ocasiones. La segunda cayó contra un seto, las puntas de cuyas ramas sin hojas atravesaron las medias y le arañaron la piel. Gimió. La cabeza le daba vueltas otra vez y parecía que el frío aire de la noche intensificaba lo apurado de su situación. Sentía como si le hubiesen rellenado la cabeza de algodón en rama.

Volvió a mirar hacia la gasolinera y hubo algo que captó su atención.

Una figura se movía en la entrada.

Tal vez alguien que había salido a pasear el perro. Alguien que podía ayudarla. Se esforzó en apresurar el paso.

La figura retrocedió hacia las sombras de un lado del edificio principal y desapareció.

Segundos después, Amanda vio las luces de los faros alancear la oscuridad. El vehículo salió de la explanada de la estación de servicio y avanzó despacio hacia ella.

Aminoró aún más la marcha cuando llegaba a la altura de la muchacha y, finalmente, se detuvo, con el motor *al ralentí.*

Amanda no veía al conductor, oculto en la penumbra interior del automóvil.

Con paso tambaleante, la joven se llegó al coche. Sintió alivio y sorpresa al abrirse la puerta del pasajero como si le dieran la bienvenida.

—Ayúdeme, por favor —articuló penosamente las palabras, mientras se esforzaba una vez más en contener la náusea y al tiempo que introducía la cabeza en el automóvil.

La pestilencia que flotaba allí dentro casi le aclaró la cabeza.

Se enderezó, aún sin poder distinguir al conductor, asqueada por aquel tufo que comprendió iba a hacerla vomitar de nuevo.

Pretendió retroceder, pero una mano salió disparada hacia ella, se cerró sobre su boca y cortó el camino tanto al vómito caliente como al chillido de miedo.

El largo estilete de doble filo surcó el aire como un dardo y se hundió en el ojo derecho de Amanda.

Alguien tiró de la chica hacia el interior del automóvil y la portezuela se cerró de golpe.

El coche arrancó, el conductor, como manda el código, accionó el intermitente al coger despacio la curva. Sólo después de doblarla apretó el acelerador.

CAPITULO 45

yó los estruendosos porrazos que sacudían la puerta de la fachada, en su intento de entrar a toda costa.

O Sue Hacket permaneció en el vestíbulo durante unos segundos inacabables, hipnotizada por el incesante martilleo, fijos los ojos en la hoja de madera de la puerta, que parecía hundirse hacia adentro dos centímetros y pico a cada impacto de aquella serie ininterrumpida de golpes.

Un segundo más y él irrumpiría allí.

Pensó en ponerse a chillar, pero se dio cuenta de que no conseguiría nada. La casa estaba por lo menos a treinta metros del vecino más próximo e incluso aunque oyeran sus gritos pidiendo ayuda era muy dudoso que llegaran a tiempo.

Casi había abierto brecha en la puerta.

Quizás alguien había oído el estruendo de los golpes, quizá la policía estaba ya en camino.

Quizá...

Giró sobre sus talones y reparó en el teléfono que tenía a la espalda.

Los golpes contra la puerta frontal parecieron incrementarse y los ojos de Sue se desorbitaron de horror al ver la primera hendidura que se abría en la madera. Trazaba una línea zigzagueante sobre la pintura, como la grieta de una lámina de hielo.

Si pudiese coger el teléfono. Llamar a la policía.

¿Llegarían antes de que él irrumpiera en la casa?

¿Antes de que la alcanzase a ella?

Tenía una mano sobre el auricular cuando se astilló hacia adentro un panel de la puerta.

Sue dejó escapar un alarido, soltó el teléfono echó a correr escaleras arriba, para tropezar y caer en el quinto peldaño. Se le escapó un gemido entre dientes; volvió la

cabeza y observó que la mano se introducía a través de la madera pulverizada, para tantear en busca de la cerradura y de la cadena que aseguraba la puerta.

Descorrió el resbalón, quitó la cadena y abrió la puerta.

Sue chilló de nuevo, logró incorporarse y corrió por el rellano, en dirección al dormitorio, mientras le oía precipitarse a la sala de estar. Luego regresó al vestíbulo y el ruido de sus pasos resonó por la escalera.

Sue cerró de golpe la puerta de la alcoba y apoyó la espalda contra la hoja de madera. Respiraba entre jadeos.

Él la encontraría.

Ni siquiera tenía que apresurarse. La casa sólo contaba con cuatro habitaciones en aquel piso. Le bastaría con revisarlas una tras otra hasta que diese con ella y, entonces, Sue sabía lo que iba a suceder.

A ella le ocurriría lo mismo que, antes de morir, le ocurrió a la mujer que vivió en la casa antes que ella.

Murió sacrificada brutalmente por el hombre que se suponía la amaba.

El anterior ocupante de la vivienda había sido un maestro de escuela, exactamente igual que el nuevo inquilino. Con la diferencia de que

este nuevo ocupante era su propio marido.

Era John Hacket, que en aquel instante andaba al acecho por el rellano, con la escopeta de dos cañones firmemente cogida en sus ensangrentadas manos.

Le oyó abrir de una patada la puerta del cuarto de baño y luego las de los otros dos dormitorios.

Sue percibió el crujido del entarimado cuando el hombre se detuvo ante la puerta de la habitación donde ella se ocultaba. Sólo ocho centímetros de madera entre ella y su esposo.

Entre ella y la escopeta.

Sue cruzó el cuarto hasta la ventana y trató de abrirla, pero la habían pintado y la emulsión adhería la hoja de guillotina al marco con la misma solidez que si estuviese

clavada. A través del cristal de la ventana vio el colegio, los altos edificios que se elevaban en la noche como si aguantaran el peso de las bajas nubes.

Hacket asestó un puntapié a la puerta y las bisagras emitieron un chirrido de protesta.

Sue giró en redondo, sabedora de que no podía escapar a ninguna parte. Sabedora de que aquél era el fin.

Sólo tuvo un pensamiento reconfortante.

Pronto estaría con Lisa.

Resulta extraño cómo, cuando la muerte se acerca, el cerebro humano se aferra incluso a las ideas más ridículas para aliviar su miedo.

Hacket rugió furiosamente y aplicó el hombro contra la puerta.

La hoja de madera se abrió con violencia y, al concluir su giro, se estrelló contra la pared. Hacket franqueó el umbral, se echó la escopeta al hombro y apuntó a la cabeza de Sue.

Sonreía.

Sue chilló.

Hacket hizo fuego y el alarido se perdió entre el ensordecedor

crescendo del plomo resplandeciente cuando ambos cañones llamearon.

El chillido la catapultó fuera de la pesadilla.

Se sentó en la cama de un salto, con el sudor cubriéndola como un sudario traslúcido.

Parpadeó en la oscuridad de la alcoba, tratando de reajustar los ojos a la penumbra, de expulsar la pesadilla de su mente, no muy segura, durante unos fugaces segundos, de lo que era real y lo que eran residuos del sueño.

Como la figura que se encontraba al pie de la cama.

Pestañeó, con la esperanza de que se desvaneciera.

No se desvaneció.

Erguido a los pies de la cama, fija en Sue la mirada de unos ojos que ni siquiera parpadeaban, Craig Clayton, niño de seis años, permanecía inmóvil allí. Su cuerpo temblaba de pies a cabeza.

CAPITULO 46

n la oscuridad, Sue observó al chiquillo, cuyas facciones apenas podía distinguir, ya que sólo las iluminaba un tenue rayo de claridad procedente del rellano.

E Parecía balancearse ligeramente hacia adelante y hacia atrás, a los pies de la cama, pero aquellos extraños movimientos no impedían que sus ojos siguiesen clavados constantemente en Sue.

La mujer se envolvió en la sábana, consciente de su desnudez y sintiéndose extrañamente violenta bajo la mirada impávida del chiquillo.

—¿Craig? —preguntó en voz baja, como si tratara de romper la inflexible concentración del niño. De apartar aquella mirada penetrante. Casi parecía estar en trance.

Se puso la bata y saltó apresuradamente de la cama, al tiempo que parpadeaba para aclararse la visión.

Cuando llegó a la puerta del dormitorio y la abrió del todo entró Julie.

Sue vio la expresión de sobresalto que aparecía en el rostro de su hermana al ver a su hijo. Julie indicó a Sue que se quedara detrás.

—Ya me parecía haberle oído levantarse —dijo Julie.—Me desperté —explicó Sue—

y le vi ahí.

—Vamos, Craig —ordenó Julie en tono severo. Cogió al niño por los hombros, al parecer dispuesta a obligarle a abandonar la habitación—. Ya has molestado bastante a tía Julie.

—A mí no me molestó... —empezó Sue, pero cerró automáticamente la boca al recibir el aviso de la fulminante mirada de Julie.

—Craig, venga, vuelve a la cama —insistió Julie, brusca, y tiró del niño de modo más apremiante.

El chico no estaba dispuesto a moverse. Se soltó de las manos de su madre, sin apartar la mirada de Sue.

—¿Ocurre algo, Julie? —preguntó Sue, al ver la expresión sombría del niño.

Julie no contestó, simplemente volvió a agarrar a Craig por los hombros y trató de llevárselo a la fuerza.

El chico se desasió de un tirón, giró en redondo y propinó un puñetazo en el costado a Julie. Le brillaban los ojos.

La mujer se quedó de una pieza, desanimada.

—Tendrás que ayudarme —jadeó Julie, al tiempo que intentaba de nuevo coger al niño, que ahora se enfrentaba a ella, encogidas las manos como zarpas, decidido, al parecer, a atacarla en el caso de que pretendiera volver a tocarle.

Al avanzar Julie, Craig retrocedió hasta que su espalda tocó la pared. Miró a las dos mujeres y Sue estuvo en un tris de echarse hacia atrás el ver el puro odio que fulguraba en aquellas pupilas.

—¡Ven, Mike! —voceó Julie, para despertar a su marido.

Se lanzó hacia adelante y agarró a Craig por una de las muñecas, pero el chiquillo le cogió la mano y tiró de la piel del dorso hasta que las uñas arrancaron sangre. Julie chilló de dolor y retiró la mano. Los surcos rojos gotearon sangre sobre la alfombra.

Craig miró a Sue como desafiándola a que se le acercara. La mujer vio las burbujas de esputo que se filtraban entre los dientes apretados del niño.

Mike Clayton entró en el cuarto, apartó a las dos mujeres y se fue derecho a Craig, con expresión decidida en el rostro.

—Vamos —conminó.

Cogió a Craig por la cintura y lo levantó en el aire.

El niño se retorció frenéticamente, tratando de soltarse de las manos de su padre y arañando la cara de Mike.

—Llama al médico inmediatamente —siseó Mike, y cruzó la puerta cargado con el niño. Al ver titubear a Julie, insistió con energía—: ¡Hazlo!

Todavía perpleja ante aquel cuadro, Sue siguió al rellano a Mike y a su enloquecido hijo. Julie se deslizó escaleras abajo, llegó al teléfono y marcó el número. Volvió la cabeza para ver cómo Mike, con el niño a cuestas, entraba en la habitación de Craig.

Sue le vio arrojar al chico sobre la cama y lanzarse acto seguido encima de él, para sujetarle los brazos contra el colchón y, mediante su fuerza superior de adulto, impedir que el niño se moviera.

Craig carraspeó ruidosamente y escupió al rostro de Mike.

Sue se llevó una mano a la boca, mientras veía gotear la saliva desde la mejilla de Mike como una lágrima espesa. Pero el hombre no se molestó en limpiársela, parecía dedicar toda atención a la tarea de inmovilizar a su hijo. Éste continuaba retorciéndose como una anguila en una sartén caliente.

—Ya viene el doctor —informó Julie, que subía por la escalera. Entró en el cuarto y apartó a Sue, que presenciaba todo aquello sumida en el desconcierto.

—Espero, por Dios, que llegue en seguida —rechinó Mike—. No voy a poder contenerle mucho tiempo más.

Craig parecía haber encontrado dentro de su cuerpo una energía y una fuerza desproporcionadas para su edad y tamaño. Tanta fuerza que, para tenerlo allí tendido en la cama, su padre necesitaba recurrir hasta el último gramo de sus músculos. Sue vio hincharse las venas de la

frente de Mike mientras bregaba para impedir que el chico se liberase.

Julie la acompañó fuera del cuarto.

—No podemos hacer nada hasta que llegue el médico —dijo, ceniciento el semblante.

—¿Qué es lo que le ocurre, Julie? —preguntó Sue, con cierta nota de temor en la voz—. ¿Alguna especie de ataque epiléptico?

—Sí, eso es —repuso Julie—. Un ataque. No le da muy a menudo. Por eso no te dije nada. Pensamos que con el tiempo se le pasaría.

—Pero es tan fuerte...

—Se pondrá bien en cuanto llegue el médico —afirmó Julie, sin hacer caso del comentario.

Sue se disponía a decir algo cuando un grito ensordecedor surgió del cuarto.

De Craig.

A Sue se le pusieron los pelos de punta.

De repente, sintió miedo.

CAPITULO 47

a aguja abandonó la carne y Curtis desinfectó rápidamente con un tapón el minúsculo orificio que había dejado en la parte interior del codo de Craig donde aplicó durante unos segundos la almohadilla de algodón.

L

El chico dio un leve respingo y gimió un poco, pero Curtis se limitó a apoyar la palma de su mano derecha en la frente del niño. Notó allí la humedad del sudor pero al menos los espasmos se habían interrumpido. Craig dejó escapar un suspiro de agotamiento y todo su cuerpo pareció quedar inerte. Curtis le tapó con una sábana y observó la regularidad con que el pecho subía y bajaba.

Mike Clayton miró a su hijo y luego alzó la vista hacia el médico, que devolvía la aguja hipodérmica al maletín.

—¿Se repondrá, doctor? —preguntó.

Curtis asintió lentamente con la cabeza y se dirigió a la puerta.

—Hemos oído cosas —continuó Mike, titubeante—. Rumores. Acerca de los demás.

Curtis se volvió, para contemplarle con rostro inexpresivo.

Mike tragó saliva, como si le intimidase la resuelta mirada del médico.

—¿Qué les ha ocurrido? —interrogó Mike.

—No hablo de los casos de otros pacientes, señor Clayton —replicó Curtis, desestimando la cuestión—, ¿Sabe su cuñada lo del niño?

Movió la cabeza en dirección a Craig.

—No —se apresuró a contestar Mike—. Vio lo que ha pasado esta noche.

Encontramos a Craig en el cuarto de Sue.

Curtis lanzó a Mike una mirada llena de preocupación.

—No había sucedido nada —tranquilizó Mike—. Julie le explicó que el niño sufría ataques epilépticos. Me parece que se lo creyó.

—Bueno.

Salió al rellano, seguido de Mike. Ambos bajaron la escalera y el médico se encaminó al cuarto de estar, donde Julie y Sue estaban sentadas, ante sendas tazas de té.

Al ver entrar a Curtis, Julie se levantó, pero el médico le hizo una seña, indicándole que volviera a sentarse.

—¿Craig está bien? —preguntó Julie.

—Estupendamente. Ahora duerme.

Julie pareció aliviada.

Curtis dirigió una sonrisa a Sue y ella le correspondió, impresionada por la energía de sus facciones, por la intensidad de su mirada. Pese a lo avanzado de la hora, el aspecto del médico era impecable, tan elegante como si llegase de una cena-baile en vez de haber tenido que saltar de la cama para atender una llamada urgente. Julie procedió a una rápida presentación y Curtis estrechó la mano de Sue, apretando en la suya la de la mujer. Esta encontró allí una agradable combinación de fuerza y afecto. Le observó mientras tomaba asiento y agradecía la taza de té que le ofreció Julie. Parecía tranquilo, casi como si en aquel salón se encontrara tan a gusto como en su casa. Como si hubiera hecho muchas visitas a los Clayton.

—¿Vive usted en Hinkston, señora Hacket? —preguntó Curtis.

Sue denegó con la cabeza, incapaz de apartar los ojos de Curtis, relacionando detalles como si tratase de calcular la edad que tendría aquel hombre.

—No, aún no —dijo—. Tenemos... tengo una casa en Londres, pero es probable que venga pronto a vivir a Hinkston.

—¿Tiene hijos? Veo que está casada... —sonrió, a la vez que indicaba con la cabeza el anillo matrimonial de Sue.

—No —repuso apresuradamente.

Durante unos fugaces segundos estuvo tentada de citar a Lisa, pero el recuerdo era lo bastante doloroso como para que lo mantuviera dentro del cerebro, sin sacarlo a relucir en la conversación. Se contentó con tomar un sorbo de té.

—Si no le importa que se lo diga, señora Hacket, parece usted un poco pálida —rió Curtis entre dientes—. Bueno, temo que sea deformación profesional, veo en toda persona un paciente en potencia.

Sue también sonrió.

—Últimamente no duermo muy bien —confesó.

—Bueno, si se traslada a Hinkston, por favor, con toda libertad, venga a verme. Su hermana tiene la dirección de mi consultorio. ¿A qué parte de la ciudad piensa usted ir a vivir?

—Mi esposo es profesor —repuso la mujer calmosamente—. La semana que viene empieza en un colegio de enseñanza media situado a unos ochocientos metros del centro de la ciudad. ¿Sabe cuál es? Hay una casa junto al colegio, va incluida con el empleo.

Curtis asintió despacio y su expresión se ensombreció ligeramente.

—Sé cuál es —dijo en tono sosegado—. En fin, le deseo la mejor de las suertes en ese traslado.

Acabó rápidamente el té, como si la hospitalidad de los Clayton fuese algo de lo que repentinamente deseaba alejarse a toda prisa. Se levantó y echó a andar hacia la puerta del salón.

—No lo olvide, señora Hacket. Venga a verme.

—Iré —le aseguró Sue.

Julie y Mike le acompañaron al vestíbulo.

—Gracias —dijo Julie, cuando el médico salió al porche delantero.

—Tengan cuidado —aconsejó Curtis, su mirada fue de uno a otro—. Durante dos o tres días mantengan al chico en continua y atenta observación. Si sufre algo parecido a una recaída, pónganse en contacto conmigo inmediatamente. Esta vez hemos tenido suerte.

Dio media vuelta y se alejó por el camino, rumbo a su automóvil. Los Clayton se quedaron contemplándole, esperaron hasta que desapareció y luego entraron de nuevo en la casa y cerraron la puerta.

Sue terminó su té y anunció que se iba a la cama. Dejó a Julie y Mike sentados en la planta baja.

Cuando llegó al rellano hizo una pausa ante la puerta de la habitación de Craig. Al no oír nada, empujó un poco la hoja de madera y echó una mirada.

El niño dormía, apacible el semblante. Un contraste increíble con la máscara contraída que había sido sólo treinta minutos antes. Sue volvió a cerrar la puerta y anduvo hasta su dormitorio, donde se quitó

la bata y se metió en la cama.

En la penumbra del cuarto, acostada boca arriba, contempló el techo a la espera de que llegase el sueño, aunque sabía que no iba a llegar. Oyó la voz de Curtis dentro de su cabeza.

«Venga a verme.»

Cerró los ojos y vio el rostro del médico aún con mayor claridad, mientras recordaba la mezcla de vigor y caluroso afecto de su apretón de manos. Y la penetrante mirada.

Sue dejó que, debajo del cobertor, una mano se deslizara hasta uno de sus pechos, cuyo pezón ya estaba rígido y erecto. La otra mano se unió a la fiesta y descendió con delicadeza por el liso vientre para colarse en el rizado triángulo de pelo que crecía entre los muslos e introducir el dedo índice hacia las interioridades, en busca del capullo del clítoris. Al encontrarlo, la yema del dedo lo acarició suavemente y entonces empezó a aumentar la humedad en la entrepierna.

«Venga a verme.»

El dedo exploró las profundidades de la lúbrica hendidura... Sue tenía ahora cerrados los ojos y la visión del rostro de Curtis colmaba su cerebro.

«Venga a verme.»

CAPITULO 48

abía matado a la hija de Hacket y ahora mataría a Hacket.

A Ronald Mills le resultó fácil decidir su línea de acción. La decidió al ver a H Hacket perseguir a Peter Walton por las calles de Londres, al contemplar la caída de su amigo a las vías del metro. Mills lo había presenciado todo.

Ojo por ojo, lo llamaban. Su madre le dijo que era algo que estaba en la Biblia. Su madre siempre le citaba frases de la Biblia, y él se acordaba de la mayor parte de ellas.

Como la que hablaba del sufrimiento de los niños.

Mills dejó oír una risita tonta.

Dios deseaba que los niños pequeños sufriesen, ¿no? Bueno, pues si ése era el caso, Dios querría mucho a Ronald Mills. Dios habría estado

mirándole sonriente a él y a Lisa aquella noche. Habría visto a Mills aplastar la mano sobre la boca de la niña mientras rajaba su pijama con la punta del cuchillo. Lo habría contemplado todo. Habría visto a Mills subirse a la cama, junto a la criatura, y bajarse la cremallera de los pantalones.

«Sufrid, niños.»

Después, Dios habría observado a Mills mientras acuchillaba repetidamente a la pequeña. Utilizó el cuchillo casi con destreza de cirujano, hundiéndolo con facilidad en la carne hasta que la cama estuvo empapada de sangre, hasta que la infeliz chiquilla dejo de retorcerse debajo de él, hasta que el pene empalmado de nuevo por la lujuria penetró por segunda vez aquella noche en la carne cálida pero ya sin vida.

Mills emitió otra risita boba y se examinó las manos. Eran ásperas, callosas. La izquierda llevaba aún los restos de un tatuaje que no había cogido bien y la piel se encarroñó. En vez de una serpiente enrollada en torno a la hoja de un cuchillo lucía una costra alrededor de un divieso infectado. Se pellizcó la costra y arrancó unos trozos de carne endurecida.

Durante los últimos diez meses, Mills y Walton habían vivido en el piso de Brixton.

Ninguno de los dos tenía trabajo, pero se ganaban la vida realizando diversas actividades ilícitas. Mills en particular había encontrado un comercio lucrativo en la pornografía infantil. Había trabado amistad con un par de traficantes y aquel pequeño negocio suplementario tenía también el plus adicional de encajar con sus propios gustos.

Walton había ejercido de camello por King's Cross, e incluso hizo sus pinitos de proxeneta.

Gracias a tales ingresos pudieron comprarse el revólver.

Era un Smith & Wesson calibre 38 y Mills acarició el cañón de diez centímetros mientras estaba sentado a la mesa ante la bazofia de color pardo que tenía en el plato y que, según la caja, era hígado con cebolla. Desde luego, no se parecía en nada a la imagen que ofrecía la caja. La verdad es que cualquiera hubiese creído que alguien había defecado en su plato. Picoteó el frío comistrajo con el cañón del revólver y luego limpió el arma con el improvisado mantel. Amontonadas al otro lado de la mesa se encontraban unas revistas que pretendía vender al día siguiente. Todas llevaban fotos de niños,

algunos de incluso sólo dos años, entregados a la práctica de diversos numeritos con hombres y mujeres. Tenía noticia de que uno de sus intermediarios podía hacerse cargo del material que mostrase hombres y niños. Niños recién nacidos de verdad.

Mills volvió a sonreír, las vibraciones de su ingle se hicieron más acusadas.

«Sufrid, niños.»

Tomó una de las revistas y la hojeó, curvados hacia atrás los gruesos labios mientras examinaba las fotografías. Muchas eran de calidad infame, instantáneas en blanco y negro con mucho grano, tomadas por aficionados. Probablemente por los mismos participantes en el juego, pensó Mills, cuya erección hacía que el miembro se sintiera incómodamente oprimido bajo los pantalones. Pero le servían para lo que deseaba.

Acabó de mirar la revista y la dejó otra vez en el montón, volvió a coger el arma, hizo girar el vacío cilindro, levantó el percutor y apretó el gatillo.

El chasquido metálico resonó en el pequeño piso.

Resultaba muy solitario, desde la muerte de Walton. A Mills no le gustaba estar solo.

Aparte de Walton, no tenía ningún amigo; sentía como si Hacket le hubiera arrebatado la única persona que realmente le importaba.

Le haría sufrir por ello.

Como había hecho sufrir a su hija.

«Sufrid, niños.»

Dios le estaría mirando. Dios estaba de su parte.

Mataría a Hacket y Dios se sentiría complacido, puesto que cumplió su palabra.

Mills levantó el arma, apuntó y volvió a alzar el percutor.

CAPITULO 49

acimiento, matrimonio y mudanza.

Hacket estaba seguro de que así funcionaba el asunto. Eran las tres cosas más N traumáticas de la vida. Sentado en el salón de la casa, encima de una de los muchos cajones de embalaje que llenaban la vivienda como ladrillos de una gigantesca casa de juguete, había llegado a la conclusión de que las dos primeras circunstancias eran insignificantes en comparación con la tercera. Tardó más de tres días en embalar todos aquellos cajones, a base de trabajar quince horas diarias. Bueno, tampoco tenía otra cosa que hacer. Siempre era mejor que vagar por la vieja casa como un alma en pena y con sólo los recuerdos por toda compañía. Al menos no tenía que preocuparse de vender la casa de Londres antes de mudarse a su siguiente morada junto al colegio. Sin jaleos de compromisos ni hipotecas. El alquiler de la nueva vivienda se lo deducían del salario mensual. Una vez se vendiera la casa de Londres, tendría un ingreso limpio. Una perspectiva seductora. La idea del dinero, junto con la posibilidad de iniciar una nueva vida, debería inundar de euforia a Hacket, pero, lo que eran las cosas, mientras estaba allí sentado encima del cajón de embalaje, con una taza de té en la mano y la mirada recorriendo el cuarto, sus pensamientos eran confusos y embrollados. Pensó en Lisa. En las muertes que habían ocurrido en aquella casa. De un lugar de dolor a otro lugar de dolor. Siempre había dolor. Y pensó en Sue. La había llamado la noche anterior para notificarle la hora aproximada en que él y los trofeos que había acumulado a lo largo de su vida llegarían allí, pero Sue aún no se había presentado. Empezaba a preguntarse si lo haría. Al otro lado de la calle había una cabina telefónica. Hacket consultó el reloj y decidió que, si no llegaba en el plazo de quince minutos, le telefonearía.

Sonó una llamada a la puerta y el profesor de bajó del cajón de un salto y anduvo presuroso hacia la puerta de la calle. Una sonrisa empezó a formársele en los labios.

Al final, no necesitaría telefonearle.

Notó que se le levantaba la moral mientras manipulaba en la cerradura.

Donald Brooks estaba en el umbral, tan inmaculado como de costumbre, aparte las escamillas de caspa del cuello de la chaqueta. El director sonrió a Hacket, que a duras penas pudo devolverle el gesto tras conseguir que la decepción no apareciese en su rostro.

—Me alegro de ver que ha llegado sin dificultad —dijo Brooks—. No voy a entrar.

Sólo he venido a darle la bienvenida y a desearle la mayor felicidad en su nueva casa. A usted y a su esposa.

—Gracias —murmuró Hacket, casi a regañadientes.

—¿Qué opina de la casa su mujer?

—Le gusta.

—No la molestaré, estoy seguro de que estará atareadísima desembalando las cosas.

Me encantará verle el lunes por la mañana.

Hacket asintió con la cabeza y contempló la marcha del director por el camino. El maestro suspiró y volvió a la sala de estar. Tal vez debería telefonear ya a Sue. Consultó de nuevo su reloj. ¿Otros cinco minutos de margen? Tamborileó nerviosamente sobre la cubierta del cesto que tenía más cerca y entonces sonó el timbre. En esa ocasión no se dirigió a la puerta con la misma rapidez de antes y, cuando la abrió, lo hizo cansinamente.

Sue esbozó una leve sonrisa al verle la cara.

—Iba a llamarte —a Hacket se le iluminó el rostro mientras se apartaba para dejarla a entrar.

Sue cruzó el umbral casi titubeando y se encaminó al cuarto de estar. Miró los cestos y cajones de embalaje.

—Vale más que empecemos —declaró, al tiempo que se subía las mangas del chándal.

Trabajaron en habitaciones distintas, levantando tapas de cajas y cestos, desenvolviendo el contenido de los paquetes como si fuera regalos de Navidad. Sue lo hacía en la cocina y Hacket en el salón. El hombre tuvo buen cuidado de no dejar el estéreo en manos de los empleados de la empresa de mudanzas. Aquel aparato en particular lo transportó personalmente en el asiento posterior de su automóvil. Fue lo primero que montó y ahora, mientras trabajaban, la música invadía la vivienda.

Hacket perdió la noción del tiempo, rodeado por cajones de embalajes vacíos o medio vacíos, saturados de música los oídos, vagando sin rumbo los pensamientos. Se

limpió las manos en las perneras de los pantalones, se llegó al aparato estéreo y cambió el disco antes de reanudar el trabajo.

Sue apareció en el quicio de la puerta, con el chándal y los vaqueros también cubiertos por una delgada película de polvo. Tenía la mejilla manchada y Hacket cruzó la estancia para quitarle las motas asentadas allí. Sue sonrió tenuemente, se echó hacia atrás y completó la tarea.

—Hay una taza de té en la cocina —le informó, para cruzar acto seguido el vestíbulo.

«... *Pero sólo era fantasía. El muro era demasiado alto para que pudieras echar una mirada...*»

Cantaba Roger Waters detrás de Hacket.

Se volvió a limpiar las manos en los pantalones y se dirigió a la cocina. Se sentó frente a Sue y cogió su taza de té.

—Acabo de terminar aquí —dijo la mujer—. La emprenderé ahora con el piso de arriba.

—No hay prisa —repuso él—. Tenemos tiempo de sobra.

—Quiero acabar cuanto antes. No me gusta ver la casa mucho tiempo como el blanco de un bombardeo después de los impactos.

Hacket inclinó la cabeza.

—¿Te acuerdas de nuestra primera mudanza? —preguntó, con un asomo de sonrisa en la cara.

Sue enarcó las cejas.

—Al piso. Lo que sudamos para arrastrar los muebles y subir los tres tramos de escalera, al otro lado de la sala de billar, mientras nos preguntábamos si los tipos que estaban allí no nos saquearían la vivienda en cuanto nos estableciésemos en ella.

Sue casi se echó a reír. Casi.

—Los oíamos jugar toda la noche a aquel maldito billar ruso. Al principio, no podíamos pegar ojo.

—Creo recordar que tampoco nos importaba estar despiertos.

Hacket sonrió.

—Era un sitio estupendo —dijo.

—Aparte del ruido —añadió Sue.

—Y de la humedad.

—Y del frío.

—Sí, un sitio magnífico —Hacket rió entre dientes—. No parece que hayan pasado seis años desde que nos marchamos de allí. —Dejó la taza de té—. Desempaquetar todo eso hoy me ha hecho pensar en aquel piso, en nuestro primer hogar. Podría repetirse, Sue. Esta casa es nueva para nosotros. Las cosas no tienen por qué cambiar.

—Ya han cambiado, John. Nosotros hemos cambiado. Las circunstancias han cambiado. Nada puede volver a ser lo mismo entre tú y yo. —Había cierta nota concluyente en su voz—. Aún te quiero, pero una parte de ese cariño murió con Lisa.

Porque la muerte de la niña pudo evitarse.

—No hace falta que me lo recuerdes, Sue. ¿Crees que hay día en que no piense en ella? ¿En lo que sucedió? Cometí un error y lo lamento. Dios sabe cuánto lo siento. Lo siento por la aventura, lo siento por la muerte de Lisa, lo siento por el modo en que te lastimó a ti y estropeó nuestras relaciones. Me doy perfecta cuenta de que no puedo arreglar las cosas y no espero que olvides lo sucedido. Pero si pudieses encontrar un poco de perdón, Sue…

Dejó la frase en el aire.

La mujer tomó un sorbo de té y se estremeció ligeramente.

—Tengo frío —dijo—. ¿Está encendida la calefacción?

Hacket suspiró fatigadamente.

—Iré a comprobarlo en cuanto termine el té.

Sue se levantó y salió de la cocina. Hacket la oyó subir la escalera.

—¡Mierda! —murmuró, y se puso también en pie.

Regresó al cuarto de estar, donde sonaba la música.

Al abrir otro cajón observó que había unas fotos encima de otros artículos. Fotos enmarcadas. Desenvolvió la primera y vio que era de Lisa. Hacket sonrió, la puso a un lado y alargó la mano hacia la siguiente. Era de Sue, una instantánea tomada en una fiesta, un año atrás, en la que la mujer lucía un vestido negro muy escotado. Estaba imponente.

Detrás de Hacket, aumentaba el volumen de la música. Cogió la última fotografía.

Una pareja feliz y sonriente. La fotografía de boda.

«*... Cuando era niño tuve una visión fugaz por el rabillo del ojo. Volví la cabeza, pero ya había desaparecido, no puedo tocarla ya...*»

Hacket contempló la imagen con el entrecejo fruncido.

«*... El niño ha crecido, el sueño se ha desvanecido...*»

El cristal estaba roto, dos largos y afilados trozos se habían hundido en el retrato, rasgando el papel.

CAPITULO 50

o sabía cuánto tiempo llevaba tendida allí, a la escucha de la lenta y uniforme respiración de Hacket y el monótonamente regular tic tac del reloj. Todo lo que la mujer sabía era que en aquel momento se encontraba tan cerca del sueño como N cuando se deslizó bajo la ropa de la cama. Había sido una jornada agotadora, había confiado en dormirse casi inmediatamente, pero no iba a ser así. Siguió inmóvil, sin dejar de oír los crujidos y gemidos que producían las maderas de la casa al asentarse. Al cabo de un momento, saltó del lecho y cruzó el cuarto hacia la ventana, para escudriñar desde allí la oscuridad y el colegio que se encontraba más allá.

En aquella penumbra nocturna, apenas podía distinguir la silueta de los edificios y apretó las manos sobre el radiador, consciente del frío

que penetraba en su cuerpo. Al saltar de la cama se había puesto la bata, pero, a pesar de todo, el frío seguía presente.

A su espalda, Hacket se removió y alargó la mano hacia el lugar que debía ocupar Sue. Abrió los ojos poco a poco cuando no la sintió junto a él. El profesor se incorporó y vio a su esposa junto a la ventana, dedicada a mirar la calle.—Sue —llamó en voz baja—

. ¿Qué ocurre?

—No consigo dormir, como de costumbre —contestó ella, y continuó su vela.

—Vuelve a la cama —apremió Hacket.

Ella acabó por ceder y se introdujo bajo las sábanas, a su lado.

—Hace frío en esta casa, John —dijo—. Ya sé que la calefacción está encendida. No es esa clase de frío. Es... bueno... como si se hubiera aposentado aquí una especie de atmósfera extraña impuesta por lo que ocurrió.

Hacket suspiró.

—Sé lo que opinas acerca de esas cosas... —continuó Sue—, el eterno escéptico..., pero es que no puedo evitarlo. Experimenté lo mismo en nuestra casa, después de la muerte de Lisa... Dicen que las casas conservan residuos de tristeza, ¿no?

—¿Sí? —articuló Hacket, con cierto matiz de irritación en la voz—. Parece una frase sacada de una mala novela romántica. No puedo sentir lo mismo, Sue, sinceramente.

La mujer volvió a estremecerse.

—Relájate —le aconsejó Hacket, y se acercó más a ella.

Sue dio un respingo casi imperceptible al sentir deslizarse la mano de Hacket sobre su estómago y alrededor del talle. Cuando los cuerpos se apretaron uno contra otro, Sue notó contra su muslo el principio de la erección. Hacket la besó suavemente en los labios, mientras se empalmaba gradualmente.

Sue trató de apartarse, pero él la retuvo con fuerza y la mano vagó hacia el seno, que empezó a oprimir para luego darle cuerda al reloj del pezón.

—Ahora, no, John —se opuso la mujer. Le agarró la muñeca.

Pero Hacket no estaba dispuesto a soltarla. Mantuvo su presión sobre el pecho, dando masaje a la carne con tal fuerza que Sue estuvo a punto de gritar ante el súbito dolor.

—John, por favor —rechinó, al tiempo que trataba nuevamente de liberarse.

—Te quiero, Sue —dijo Hacket.

Se apoyó en un codo para levantarse. Luego, a horcajadas sobre Sue, apuntó la erecta verga hacia el rostro de la mujer, la sujetó las manos por las muñecas y la inmovilizó sobre el colchón. Sue forcejeó, pero no lograba removerse.

—¡Quítate de encima de mí! —chilló, furibunda.

Con un rápido movimiento, las manos que sujetaban las muñecas se apartaron de allí para cerrarse alrededor de la garganta de Sue.

Los ojos de la mujer empezaron a desorbitarse cuando Hacket apretó, hundidos los pulgares en el cuello de su esposa.

—Te deseo —jadeó, mientras apretaba con más fuerza.

Sue intentó tragar saliva, pero no pudo. Tenía la sensación de que la cabeza se le hinchaba y que la presión sobre su garganta parecía intensificarse. Con mirada borrosa, plena de dolor y de miedo, alzó la vista hacia el rostro de Hacket. La mujer notó que el cuerpo empezaba a contraerse, que los músculos se crispaban violentamente.

Quiso gritar, pero aquella mano semejante a un torno se lo impidió.

Se agitó debajo de Hacket, en un esfuerzo por quitárselo de encima, y notó que se debilitaba cada vez más pero, finalmente, con las últimas reservas de energía, consiguió levantar la rodilla hasta la entrepierna del hombre.

La presa se soltó y, en una fracción de segundo, Sue aspiró aire suficiente para emitir un alarido.

Hacket dio media vuelta en la cama cuando oyó el grito.

Vio a Sue que, sentada en el lecho, con la frente y la parte superior del

labio perlados de sudor, se frotaba la garganta.

—¿Qué ocurre? —preguntó Hacket, sobresaltado por el aspecto de Sue.

Alargó la mano para tocarla, pero ella se echó hacia atrás, como si le aterrara su contacto.

Respiraba áspera y entrecortadamente, desorbitados los ojos, vidriosa la mirada.

Poco a poco fue recobrando los sentidos hasta que se volatilizaron los últimos vestigios del sueño.

Y entonces estalló en lágrimas.

CAPITULO 51

levaba el revólver en el bolsillo.

Y mientras estaba allí quieto, con la mirada en el letrero de SE VENDE colocado L fuera del edificio, Ronald Mills pasó despacio los dedos por la superficie del 38.

No había luz en la casa. Razonó que quizás Hacket estuviese en la cama. Al fin y al cabo, era más de medianoche.

Caminando por la acerca de enfrente, Mills dejó atrás la casa, llegó al final de la calle, atravesó la calzada y regresó hacia la vivienda.

¿Debía llamar a la puerta frontal? ¿Esperar a que Hacket abriese y entonces descerrajarle un tiro allí mismo, en el umbral? Sería fácil, pero también arriesgado.

Aunque dudaba de que le cogieran. Dios también tenía sus opiniones acerca de la venganza, recordó Mills.

«Mía es la venganza, dijo el Señor.»

Sonrió al recordar la cita de la Biblia.

Después de todo, Dios no permitiría que le atrapasen. Prácticamente, contaba con la bendición de Dios para que lo que iba a hacer.

Miró a su espalda y comprobó que la calle estaba desierta. Mills hizo un alto y luego se acercó a la puerta delantera de la casa.

No llamó. En vez de hacerlo, levantó la aleta del buzón y escudriñó la oscuridad del otro lado de la puerta. No vio ni oyó nada.

Se deslizó a lo largo de la fachada, hacia la ventana saledizа. Con la mano ahuecada sobre el cristal, miró al interior.

El salón estaba vacío.

Algo chasqueó por fin dentro del cerebro más bien obtuso de Mills y volvió a mirar el letrero de SE VENDE. Anduvo rápidamente hacia la parte lateral de la casa recorrió el pasaje que tan bien recordaba. Sonrió al pensar en su anterior trayecto por aquel

estrecho pasillo de piedra. Sonrió al evocar la agradable sorpresa de encontrar la niña dentro de la casa.

Esta vez, sin embargo, no sería así.

Atisbo por las ventanas de atrás, sólo para ver confirmadas sus suposiciones. El lugar estaba vacío. Silencioso como una tumba. Esbozó un conato de sonrisa, divertido por el chiste, pero irritado porque Hacket no estaba allí. Mills recorrió en sentido inverso el pasaje, con la mano acariciando otra vez el revólver que llevaba en el bolsillo.

Había tenido la intención de apoyar el cañón del arma en el cuello o en el estómago de Hacket, de irle matando poco a poco. Hasta le dispararía a los ojos. Pero le habían estafado.

Y a Dios también.

Dios deseaba que vengase la muerte de Walton. Lo sabía. Al matar a Hacket no hacía más que cumplir la voluntad de Dios. «Hágase su voluntad».

Mills se dirigió a la calle. Se detuvo nuevamente ante el letrero. Esta vez, sin embargo, se sacó del bolsillo de la chaqueta un lápiz y un pedazo de papel y escribió: AGENTES INMOBILIARIOS JEFERSON y anotó el número de teléfono.

Puede que Hacket hubiese abandonado la casa, pero se le podía seguir la pista, se dijo Mills.

El asunto aún no había terminado.

CAPITULO 52

l Sol se esforzaba al máximo para abrirse paso a través de las nubes y, de vez en cuando, un rayo de luz dorada surcaba el aire hasta el interior de la cocina y rebotaba en el cuchillo de Hacket, mientras éste comía.

E

Sentada frente a él, Sue masticaba con indiferencia un trozo de tostada. Dejó caer el pan y se pasó una mano por la cabellera.

Hacket observó lo oscuras que eran las ojeras de la mujer.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

—Cansada —contestó Sue—. Esta mañana voy a ir al médico, a ver si me receta algo para dormir.

—Ten cuidado —advirtió Hacket cauto.

—Cuidado, ¿de qué? —quiso saber Sue.

—A los médicos les gusta recetar somníferos y drogas de ese tipo. Es más fácil que hablar con el paciente acerca de los problemas que le aquejan.

—No voy a contarle mis problemas —replicó Sue, en tono ácido.

—Si no te andas con ojo, necesitarás un carrito de supermercado para traer los tranquilizantes y antidepresivos.

—¿Se te ocurre una idea mejor, John? —su voz fue brusca—. Para ti, todo marcha estupendamente. Empiezas hoy en un nuevo empleo. Soy yo la que se va a quedar encerrada en casa sin nada más que hacer que darle vueltas en la cabeza a mis problemas. —Tomó un sorbo de té—. Voy a ver al médico y eso es todo.

—Está bien, lo siento. Lo único que pasa es que no me fío de los médicos, eso ya lo sabes.

—Bien, éste es bueno. Es el médico de Julie. Le conocí la otra noche.

Explicó concisamente la visita de Curtis al hogar de los Clayton, pero sin explayarse en cuanto al estado de Craig.

Hacket la escuchó sumisamente, asintiendo con la cabeza de vez en cuando. Cuando Sue terminó su exposición, Hacket consultó el reloj.

Las ocho y media de la mañana.

—Vale más que me vaya —dijo, y se levantó.

—Terminaré de arreglar la casa cuando vuelva —le comentó Sue.

—No hace falta. Podemos hacerlo por la noche.

—Necesito entretenerme con algo, John. Anda, vete ya, si no quieres llegar tarde.

Le cepilló un pelo del cuello de la chaqueta y le miró a los ojos brevemente.

—Deséame suerte —pidió él, esperanzado.

Sue sonrió.

—No la necesitas.

Hacket la besó ligeramente en los labios y se dirigió a la salida. Cuando oyó cerrarse la puerta tras él, Sue se sentó a la mesa de la cocina y terminó el té. Se lavó, mientras oía el creciente alboroto que llegaba desde el patio del colegio, cuyos confines estaban justo al otro lado del alto seto del fondo del jardín. Luego, a las nueve, sonó la campana y el ruido descendió hasta que el silencio volvió a llenarlo todo. Sue se secó las manos y fue al vestíbulo. Encontró allí el número que necesitaba, levantó el auricular y marcó los dígitos.

Le contestaron casi al instante.

—¿Oiga? Sí, quisiera concertar una cita para esta mañana, por favor —anunció—.

Me gustaría ver al doctor Curtis.

CAPITULO 53

a cerilla produjo un sordo siseo cuando la frotaron y de su cabeza brotó una pequeña llamarada amarilla. Phillip Craven la mantuvo en el aire, ante sí, unos segundos y después la fue bajando despacio hacia el chico tendido encima de dos L mesas juntas, con los brazos en cruz.

El muchacho movió la cabeza y miró a Craven con ojos implorantes, pero a Phillip Craven sólo le interesaba la cerilla, que sostenía ahora muy cerca de su desvalido compañero.

Cuatro chicos inmovilizaban a Trevor Harvey y se encargaban de que no pudiera eludir la llama que Craven acercaba lentamente a la pálida piel de aquel pecho blanco.

Con movimiento repentino, Craven bajó la mano y aplicó la llama a la tetilla izquierda de Trevor, que soltó un chillido de dolor.

Craven y los demás contemplaron hipnotizados cómo la delicada epidermis se volvía primero rosa y después rojo brillante bajo la furia del calor. Craven mantuvo la cerilla contra el pecho de Trevor hasta que el fósforo se consumió. Después encendió otra.

Y otra.

Las dos últimas las aplicó al estómago de la víctima, por debajo del ombligo, y observó el tono rosa inicial, que se convirtió en rojo, antes de que empezara a levantarse la ampolla.

Trevor no gritó tan fuerte esa vez. Simplemente emitió un gruñido e intentó desasirse de los que le sujetaban.

—Vamos, Harvey, chilla un poco para que te oigamos —dijo Craven, sonriente.

El resto de la clase, chicos y chicas, todos de la misma edad que Craven, presenciaban la escena con la fascinación que la mayoría de los adolescentes de trece años despliegan ante el sufrimiento del prójimo. La mayor parte se alegraba de no ser ellos el compañero al que se abrasaba, pero muchos contemplaban el cuadro como un espectáculo divertido del que Craven era el director y maestro de ceremonias.

Encendió tres cerillas más, que acercó al ojo derecho de Trevor.

Las pestañas del niño empezaban a quemarse cuando resonó un grito fuera del aula y las cerillas se retiraron.

Un chico irrumpió precipitadamente en la clase, casi cayéndose con las prisas por sentarse ante su mesa.

—¡Que viene! —avisó.

Los cuatro chicos que retenían a Trevor también se apresuraron a ocupar sus puestos y Trevor, libre ya, se levantó de encima de los dos mesas. Se bamboleó, inseguro. Durante unos segundos, hasta que Craven le envió de un empujón hacia una silla próxima. Trevor fue a parar al suelo, entre las carcajadas y gritos de alegría de los otros miembros de la clase.

Hacket oyó el jaleo mientras avanzaba por el pasillo en busca del aula

correspondiente. La encontró por fin, entró en ella, sonriente, y cerró la puerta tras de sí.

—Este es el curso A, ¿no? —preguntó.

—Sí, señor —respondieron al unísono.

Trevor estaba encorvado sobre su escritorio, con la camisa desabrochada aún y los ojos llorosos por los efectos de la cerilla. Pensaba, melancólicamente, que aún pudo haber sido peor.

Pudo haber sido como la semana anterior.

Hacket se presentó a los alumnos, sin abandonar su amplia sonrisa, les dijo de dónde procedía, les anunció lo que podían esperar de él y les notificó lo que esperaba de ellos. Por último, se puso en el centro de la clase, ante la pizarra, y lanzó una mirada circular sobre los expectantes rostros de los alumnos.

—Quiero saber quién es cada uno de vosotros, así que, por favor, os agradeceré que os vayáis levantando por turno y me digáis vuestros nombres. A ver cuántos consigo recordar después.

Se frotó las manos teatralmente, gesto que fue acogido con una amable carcajada general.

Uno tras otro, los alumnos fueron levantándose obedientemente bajo la mirada de Hacket. Eran menos de veinte, la mayoría se sentaba formando grupos, salvo Trevor, que permanecía sentado solo en la parte de delante, todavía con la cabeza agachada.

La lista de nombres continuó desgranándose, hasta que sólo quedaron un par de ellos.

—Phillip Craven, señor.

El muchacho se sentó.

Hacket chasqueó los dedos, al sonar la campanilla del recuerdo en el fondo de su cerebro.

—El artista —sonrió.

Craven puso cara de desconcierto.

—Vi tu pintura en el anexo del despacho del director —explicó Hacket —. La del búho. ¿No es tuya? ¿Hay dos Phillip Craven en el colegio?

El resto de la clase se echó a reír.

—Me impresionó mucho aquel cuadro. Aunque un poco sanguinario, según me parece recordar.

—La vida no siempre es agradable, señor —dijo Craven, y su sonrisita se fue desvaneciendo.

—¿También filósofo? —musitó Hacket.

Miró al alumno que quedaba. Trevor seguía sentado, caída hacia adelante la cabeza.

—Tu turno —advirtió Hacket.

El chico alzó la mirada, pero no se movió.

«Este es el comediante o el alborotador», pensó Hacket. En todas las clases hay uno.

—¿Quieres ponerte en pie y decirme tu nombre, por favor? Es de lo más sencillo —

sonrió.

—Así es, señor —terció Craven y toda la clase volvió a soltar la risa.

Hacket miró a los chicos y el ruido se apagó.

Trevor se incorporó despacio, desabotonada la camisa, despeinada la pelambrera.

Había manchas por debajo de la bragueta y, aunque estaba a más de medio metro de distancia, Hacket pudo percibir el olor a orina. Aquel chico era un guarro.

—¿Cómo te llamas, hijo? —preguntó el profesor.

—Trevor Harvey, señor —murmuró el alumno.

Hacket no le oyó y Trevor tuvo que repetirlo.

—Es el tonto del pueblo, señor —informó Craven y la clase en pleno estalló de nuevo en un coro de risas y gritos jubilosos.

—Basta ya, Craven. —Se dirigió luego a Trevor—: Está bien, siéntate.

Al sentarse, la camisa se le abrió del todo y Hacket vio los verdugones rojos y rosados de la piel. Esbozó una mueca. Había algunas manchas purpúreas, en los puntos donde se formaron costras sobre las heridas, costras arrancadas después. También observó la existencia de contusiones y de algunos cortes.

—¿Qué te ha ocurrido? —preguntó Hacket, un tanto sobresaltado por el aspecto del muchacho.

—Nada, señor —dijo Trevor, mientras intentaba abotonarse la camisa.

Pero Hacket le interrumpió para examinar de cerca una quemadura del pecho.

—¿Quién te hizo esto?

El silencio había descendido sobre el aula como una manta invisible. Todos los ojos estaban fijos sobre el profesor y el alumno.

—Dime quién te hizo esto, Trevor —insistió Hacket sosegadamente.

Por el rabillo del ojo, el maestro captó un leve y borroso movimiento: Craven arrojó una goma de borrar bastante grande.

Alcanzó a Trevor en la cara, pero el chico no reaccionó, simplemente volvió a sentarse.

Hacket giró en redondo y fulminó a Craven con la mirada.

—¿Qué crees que estás haciendo, Craven? —rechinó, soliviantado por la expresión desafiante del muchacho—. ¿Sabes algo de las heridas de Trevor?

—¿Por qué iba a saberlo, señor? —contestó el chico—. Seguramente se las produciría él mismo y es demasiado estúpido para acordarse.

Trevor se afanaba con los botones de la camisa.

Hacket miró a uno y otro chico, consciente de la afectada sonrisita de Craven.

Sostuvo la mirada del alumno, un poco turbado en vista de que el joven no la apartaba.

—No es una manera muy prometedora de empezar las cosas, ¿verdad, Craven? —

dijo.

—Trataré de hacerlo mejor la próxima vez, señor —repuso el muchacho.

Hacket asintió despacio y miró a Trevor una vez más.

—¿Te encuentras bien? ¿Quieres ir a que la enfermera eche un vistazo a esas heridas?

Trevor denegó con la cabeza y se apartó del rostro unos mechones de pelo.

Hacket volvió a pasear la vista por la clase y luego cogió una tiza y empezó a escribir en la pizarra.

La campana fue la señal para que se produjera el éxodo masivo de la clase. Hacket dio permiso a los alumnos y los observó mientras pasaban en tropel por delante de él.

Craven evitó en esa ocasión el contacto visual.

Trevor fue el último en disponerse a salir. Se pasó el dorso de la mano por la nariz.

—Aguarda un momento, Trevor, por favor —le llamó Hacket.

El chico vaciló, pero no volvió la cabeza.

—Escúchame —articuló el maestro quedamente—. Esas marcas de tu cuerpo. Si quieres decirme quién te las hizo, si deseas hablar conmigo, ya sabes dónde encontrarme. ¿Comprendes?

Trevor dijo que sí con la cabeza y se sorbió unos mocos más. Después dio media vuelta y se dirigió a la puerta, que cerró a sus espaldas.

Hacket exhaló el aire de los pulmones y se sacudió el polvo de tiza que manchaba sus manos. Al levantar la cabeza vio la cara de Craven, que atisbaba por el cristal de la ventana del aula.

El chico sonreía.

CAPITULO 54

a gravilla crujió bajo las ruedas del Metro cuando Sue Hacket detuvo

el automóvil.

Apagó el motor y levantó la mirada hacia aquel edificio que se alzaba sobre ella como una especie de gigante cubierto de hiedra. Desde luego, resultaba más L impresionante de lo que suele serlo un consultorio médico, se dijo, al apearse del coche. Las ventanas emplomadas y las canastas colgantes que adornaban la puerta de madera de roble hacían que aquel lugar pareciese más un hotel de campo que un centro clínico. Se preguntó cuánto valdría, tal como estaba construido sobre un terreno propio de doscientos metros cuadrados. Amplios prados de césped y setos inmaculados lo separaban de la carretera que conducía a Hinkston. La mujer se dijo que, evidentemente, la medicina particular tenía sus ventajas para quienes la ejercían.

La enorme puerta de roble se abrió con facilidad al empujarla y Sue entró en lo que tenía todas las apariencias de un vestíbulo. A su izquierda, una puerta de madera oscura y, a su derecha, una puerta blanca rotulada con la palabra CONSULTORIO.

Entró.

La sala de espera se encontraba vacía, aparte de la recepcionista, que la saludó con una sonrisa de sincero y caluroso afecto, no la mueca rutinaria que tantas veces había visto Sue en labios de mujeres de la misma profesión.

Intercambiaron unas frases superficiales, Sue dio su nombre y la recepcionista le comunicó que el doctor Curtis la recibiría en cuestión de un par de minutos. Le informaron de que, con ayuda de la propia Sue Hacket, el doctor rellenaría un formulario a fin de registrarla como paciente.

Se abrió la puerta situada detrás de la recepcionista y apareció allí el doctor Curtis.

Obsequió a Sue con una sonrisa, al tiempo que le indicaba que entrase.

Una vez dentro del consultorio, Curtis tomó asiento detrás de su escritorio e invitó a Sue a acomodarse frente a el. La mujer se quitó la chaqueta y la colgó en el respaldo de la silla.

Curtis volvió a sonreírle y, de nuevo, Sue tuvo conciencia de la combinación de afecto y fortaleza que irradiaban los ojos del médico. Le miró, sin desear que resultara demasiado obvio que estaba

tomando nota mental de los detalles de su apariencia. Tal como sucediera en el primer encuentro, a Sue le impresionó lo juvenil de sus facciones.

La sonrisa era tranquilizadora. Invitadora, incluso. Cuando Curtis entrelazó las manos sobre su regazo, la mujer observó lo poderosos que eran, los dedos largos y finos, el dorso recubierto por un denso vello negro. Pensó que en aquellas manos había algo más que energía de sanador.

Se sintió ligeramente mareada, como si estar con Curtis fuese un tanto embriagador, en cierto modo, como si su mera presencia constituyese una especie de droga.

¿Un afrodisíaco?

Se percató de que los pezones se le ponían a tono. Un agradable calorcillo empezó a extenderse entre sus muslos mientras continuaba mirando a Curtis.

Trató de dominar esas sensaciones, que la desconcertaban y…

¿Qué? ¿La avergonzaban?

—¿Le apetece una taza de café mientras hablamos? —ofreció Curtis.

—¿Y sus otros pacientes? —preguntó Sue.

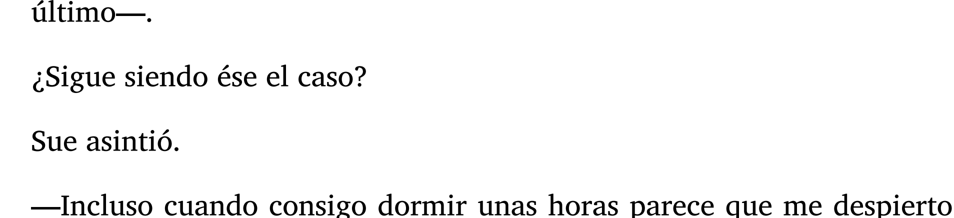
—La siguiente visita la tengo concertada para dentro de una hora. Esa es una de las ventajas que tengo respecto al Seguro de Enfermedad. Nadie me obliga a cumplir veinte visitas por hora.

Sonrió y pulsó el timbre del intercomunicador que la ponía en contacto con la recepcionista.

—Debo tomar nota de algunos de sus detalles personales, si no tiene usted inconveniente —le informó Curtis—. Fecha de nacimiento, historial clínico. Esa clase de cosas.

Dedicó a Sue de vez en cuando alguna que otra de sus hipnóticas sonrisas mientras la mujer respondía sus preguntas. Llegó el café y la recepcionista se retiró de nuevo a la sala de espera. Sue tomó un sorbo de la taza de porcelana china y observó a Curtis, que escribía sobre un papel de color rosa.

—Si no recuerdo mal, tenía usted dificultades para dormir —dijo por



último—.

¿Sigue siendo ése el caso?

Sue asintió.

—Incluso cuando consigo dormir unas horas parece que me despierto impulsada por mis propias pesadillas —continuó.

—¿Qué clase de pesadillas?

—Esas estupideces habituales que carecen de sentido a la luz del día —declaró Sue, y tomó otro sorbo de café, como su estuviera deseando eludir el tema.

—¿Tiene idea acerca de lo que causa esa interrupción del sueño, señora Hacket?

Ella depositó la taza sobre la mesa y evitó la mirada de Curtis durante un momento.

—¿Dificultades domésticas, tal vez? —prosiguió Curtis.

Sue respiró hondo, como si tratase de reunir valor suficiente para contárselo.

—La primera vez que nos vimos me preguntó usted si tenía familia, si tenía algún hijo y le contesté que no. Bueno, tuve, tuvimos uno. Una hija. Lisa. —Las palabras le salían con dificultad, como si ella estuviese aprendiendo un nuevo idioma—. Vivíamos en Londres. En una casa estupenda. Respetable. —Sonrió con amargura—. Asesinaron a nuestra hija.

Lo había dicho. Realmente sencillo.

—Al cabo de pocas semanas, mi padre murió de cáncer, llevaba enfermo varios meses. Ambas cosas en tan poco tiempo fueron demasiado para mí, en especial lo que le sucedió a Lisa...

Se dio cuenta de que no podía seguir.

—Lo lamento —murmuró Curtis.

—En el momento en que asesinaban a mi hija, mi esposo estaba con una amante. —

Dejó escapar una risita, pero no había el más leve atisbo de humor en

el sonido—.

Suena como un auténtico caso de mala suerte, ¿verdad? Quizá debería contárselo a una mujer dada a los seriales y no a usted.

—Un médico debe velar tanto por el bienestar psicológico de sus pacientes como por su estado físico.

—Todo pareció ocurrir de pronto. Por eso me fui de Londres. De quedarme allí, me habría vuelto loca.

—Es comprensible.

Sue le sonrió, consciente de lo fácil que le era hablar. Recónditos pensamientos que había conservado en el lugar más secreto de su mente salían ahora como si tal cosa.

Y, al tiempo que los relataba, una extraña sensación de cansancio la envolvía, como si exponer sus sentimientos la vaciase. Era como cuando un criminal descarga su conciencia culpable, contento de tener ocasión de confesar sus delitos.

«¿Era eso lo que John sintió cuando le confesó su aventura?»

Pero ella no estaba purgando ninguna culpa, sino una acumulación de desgracias.

Notó que las lágrimas estaban formándose en sus ojos y se sacó del bolsillo de los vaqueros un pañuelo de papel. Respiró hondo un par de veces más y recobró la compostura.

Curtis la miraba en silencio, sin apartar los ojos de Sue. Por último, sentado en la silla, se inclinó hacia la mujer.

—¿Ha pensado en tener otro hijo? —preguntó.

—No puedo —respondió Sue—. Quiero decir que deseo tenerlo, pero cuando nació Lisa hubo complicaciones. Se me infectó la trompa de Falopio. No puedo tener más hijos.

En esa ocasión, al mirar al médico, Sue no hizo el menor intento de secarse las lágrimas.

—No sabe usted cuánto deseo tener otro hijo —continuó—. No se puede sustituir a Lisa, ya lo entiendo. Pero creo que su muerte me resultó un golpe aún más duro porque sabía que no me era posible tener otra criatura. Eso hizo que las cosas fueran más terminantes.

—¿Y su marido siente lo mismo? ¿Le gustaría a él tener más hijos?

Sue sonrió fatigadamente.

—John siempre deseó otra niña. Solíamos reír a cuenta de ello. Ya sabe usted, se supone que los hombres quieren un hijo para que el apellido familiar continúe. John, no. El deseaba otra niña.

Aspiró.

Curtis ya estaba prescribiendo una receta.

—Un somnífero —anunció, al entregársela—. Pastillas sólo para una semana.

Pueden crear adicción. Podría darle tranquilizantes pero lo único que hacen es ayudar a convivir con el problema, no eliminan lo que produce ese problema.

—¿Cómo puedo entonces recobrar la normalidad? —quiso saber Sue —. Ya sé cuál es mi problema. Deseo tener otro hijo, pero no puedo. Es un problema insoluble.

—¿Hasta qué punto lo desea?

—Daría cualquier cosa —dijo Sue llanamente—. Cualquier cosa.

Curtis sonrió con expresión benévola.

—Prométame que volverá dentro de unos días, incluso aunque se sienta mejor. Sólo para charlar.

La mujer asintió.

—Ha sido una gran ayuda, doctor. Hablar de ello consuela.

—¿Volverá, pues?

—Sí.

Sue se levantó y se puso la chaqueta. Curtis la acompañó hasta la salida y le abrió la puerta de la calle. Estrechó la mano de la mujer y ésta sintió la afectuosa fortaleza del apretón. Curtis sonrió una vez más y Sue se marchó.

Cuando Curtis cerró la puerta y regresó a su consultorio, la sonrisa desapareció bruscamente de sus labios. Cruzó el umbral de la puerta

situada a la izquierda de su escritorio, que ya se estaba abriendo.

—¿Has oído eso? —preguntó, cuando el otro ocupante de la casa entró en el despacho—. Dice que daría cualquier cosa por tener otro hijo. Cualquier cosa.

—¿Te lo dijo ella? —quiso asegurarse el otro.

Curtis meneó la cabeza.

—Hay que tratarla con mucho mimo, pero creo que se encuentra en el estado emocional adecuado. Parece particularmente receptiva.

—¿Cuándo volverás a hablar con ella? —quiso saber la figura.

Curtis oyó el ruido del automóvil de Sue, que se ponía en marcha y se alejaba.

—Pronto —murmuró—. Muy pronto.

CAPITULO 55

acket notó que el aire chirriaba en sus pulmones al inhalarlo. Hasta entonces no se había percatado de lo bajo de forma que estaba. Cuando corría de un lado a otro por el campo de rugby, siguiendo el juego, notaba el repiqueteo de protesta H del corazón en sus choques contra las costillas. De joven, había practicado el fútbol y el rugby en los equipos del colegio, pero de eso hacía más de diez años.

Puede que sólo tuviera veintinueve, pero, a juzgar por sus pulmones, era como si ya hubiese cumplido los ochenta.

Los zagales cubiertos de barro que hormigueaban con él por el campo de juego iban de un lado para otro con mucho más dinamismo, acorde con su edad. Había quienes, siempre los hay, se esforzaban en mantener el tipo, quienes constantemente eran víctima de los abusos de sus marcadores, de sus compañeros más atléticos. También ellos pateaban el barro entre jadeos y resoplidos.

Hacket vio que un chico, al que conocía por el nombre de Lee Vernon, recibía el balón e iniciaba la carrera.

No había cubierto veinte yardas cuando Phillip Craven se lanzó sobre él.

Vernon intentó eludir el placaje, pero Craven le agarró por encima de la cintura y, con algo muy parecido al regodeo, clavó violentamente

su hombro en el plexo solar de Vernon. Ambos fueron a parar al suelo en enfangado montón y Craven se levantó rápidamente y se quedó mirando, sonriente, a Vernon, al que había dejado sin resuello.

El chico estaba tendido en el barro, gemebundo, esforzándose en recuperar una brizna del aire que Craven le obligó a expulsar con su demoledor placaje.

Hacket corrió hacia el muchacho, le ayudó a incorporarse y se inclinó sobre él al tiempo que le palmeaba la espalda. A ver si entraba algo de aire en sus pulmones y recuperaba el aliento. El chico jadeó, tosió y empezó por fin a respirar con cierto facilidad, pero el dolor seguía decorando su rostro. Hacket le preguntó si se encontraba bien y Vernon asintió con la cabeza y, caminando con dificultad, fue a ocupar de nuevo su posición.

Se reanudó el partido y entonces fue Craven el encargado de recibir la pelota. La apretó con fuerza y echó a correr. Superó un par de placajes efectuados sin entusiasmo y prescindió del compañero que corría junto a él para apoyarle en la jugada.

Dos contrarios se dispusieron a cortarle el paso y Craven alargó la mano y alcanzó a uno en la garganta. El otro tuvo menos suerte.

La mano de Craven hizo impacto en su nariz con tal fuerza que el apéndice pareció estallar. La sangre brotó por ambas ventanas de la nariz, derramándose sobre la pechera de la camisa del muchacho, que se tiñó de rojo. El chico gimió y se desplomó hacia adelante, sobre el barro, mientras Craven corría y anotaba.

Hacket hizo sonar el silbato y detuvo el juego. Se acercó corriendo al jugador que sangraba por la nariz. Parecía algo bastante serio y el profesor observó que el muchacho tenía que esforzarse lo suyo para contener las lágrimas. Puede que tuviese rota la nariz.

Desde luego, había mucha sangre.

—Inclina la cabeza hacia adelante —aleccionó Hacket, mientras cierto número de muchachos se arremolinaba allí.

El chorro de sangre descendía de la nariz del chico para ir a caer sobre el barro, entre sus piernas. Ver su propio líquido vital perderse de aquella manera le hizo sentirse mareado y una palidez enfermiza, de láctea blancura, cubrió su rostro. Hacket temió que se desmayara, pero el rapaz mantuvo bien cogida la consciencia.

Regresó Craven al trote, sonriente.

—Se supone que apartar con la mano significa con la mano abierta, Craven —

reprochó Hacket—. No con el puño. Repítelo y no te irás de rositas.

—No es culpa mía si no puede encajarlo, señor —dijo Craven, desafiante.

—¿Estás bien, Parker? —preguntó el profesor al chico lesionado. Se sacó un pañuelo del bolsillo y lo aplicó a la nariz del muchacho—. Vuelve al colegio y que te eche un vistazo la enfermera. Acompáñale.

El profesor señaló a otro adolescente, que pareció sentirse muy feliz ante la idea de escoltar a su compañero fuera del campo. Al menos, eso le permitiría quitarse de en medio él también.

Hacket los contempló hasta que salieron del terreno de juego y entonces reanudó el partido.

El balón ascendió en el aire, hasta alcanzar bastante altura, y al bajar fue Craven quien lo cogió y echó a correr hacia el terreno contrario. Hacket le vio dejar atrás a dos

jugadores rivales, pero el tercero, un robusto mozo llamado Baker, se lanzó en plancha, pasó por debajo de los brazos de Craven, que no pudo rechazarle, y le agarró por las piernas. A Hacket le fue imposible resistir la tentación de sonreír mientras Craven iba a estrellarse contra el suelo y la pelota se le escapaba de las manos.

—Buen derribo, Baker —aplaudió el profesor.

Craven trató de liberarse de su marcador, clavándole la bota en el pecho en el intento. El otro chico reaccionó furiosamente y, antes de que Hacket llegase, Baker ya había disparado el puñetazo.

Craven se desasió y, en vez de apartarse rodando sobre sí mismo, se precipitó sobre Baker, cerró las manos alrededor de su garganta y acercó su rostro al de Baker.

—¡Alto! —rugió Hacket, que corría hacia ellos, apartando a su paso a los chicos, que habían interrumpido el juego para presenciar la pelea.

Craven cerró los dientes sobre la parte superior de la oreja izquierda de Baker y, ante la mirada de horror de Hacket, atravesó la carne del

apéndice.

Baker soltó un alarido cuando los dientes seccionaron aquel trozo de oreja.

La sangre brotó de allí y descendió por la barbilla de Craven.

—¡Craven! —chilló Hacket, mientras intentaba llegar al chico.

Baker continuó gritando, con la mirada en la parte de oreja que sujetaban los dientes de Craven.

Éste la mantuvo allí un segundo y luego se la tragó.

—¡Jesucristo! —murmuró Hacket, que por fin pudo agarrar a la pareja de combatientes.

Tiró de Craven hasta levantarlo del suelo y vio la sangre que teñía de rojo el semblante del muchacho y los restos de carne que quedaban entre sus dientes.

Y la sonrisa de su rostro.

Encogido sobre sí mismo, como una pelota, Baker se había llevado ambas manos a la oreja, o a lo que quedaba de ella. La sangre resbalaba por aquel lado de su semblante, rezumando entre sus dedos.

Y el chico no cesaba de aullar de dolor.

—¡Ve a buscar ayuda! —le gritó Hacket al chico que tenía más cerca, sin soltar a Craven.

El chico salió a todo correr.

Otro alumno echó un vistazo a la masa arrugada en que había quedado convertida la oreja de Baker y empezó a vomitar.

No era sólo que los dientes hubiesen cortado la parte superior, sino que también habían rasgado el resto de la oreja. Todo el apéndice colgaba, sostenido apenas por unos trocitos de piel y músculo.

Hacket apartó de allí a Craven, llevándoselo a rastras.

A su espalda, Baker continuaba chillando.

CAPITULO 56

o cree que está exagerando un poco, señor Hacket? —dijo Donald Brooks, al parecer más preocupado por el barro que las botas del profesor dejaban en la

-¿N alfombra que por cualquier otra cosa.

—¿Exagerando? —se quedó Hacket con la boca abierta—. Ese chico es un lunático —

siseó, mientras hacía lo imposible por dominar su cólera—. Presencié lo ocurrido. Si no me cree, vaya a ver a Baker, está en el dispensario a la espera de que llegue la ambulancia.

Brooks levantó una mano como si indicase al joven maestro que guardara silencio.

—No digo que dude de su palabra —declaró—. Pero fue un accidente.

—Craven le arrancó a Baker la oreja de un mordisco. Se la tragó, por el amor de Dios. ¿Trata usted de decirme que eso es normal? —gruñó Hacket—. ¿Qué hace cuando le piden un bis? ¿Arranca la cabeza a recién nacidos?

—Ahora sí que está exagerando —replicó Brooks, en tono irritado—. ¿Qué espera que haga con el chico? ¿Llamar a la policía? ¿Que lo encierren? Ya he avisado a su madre, viene ya a recogerle. He decidido expulsarlo durante un par de días, hasta que todo esto pase.

Hacket meneó la cabeza y agitó una mano en el aire.

Brooks se acurrucó cerca del radiador, como si temiera que la presencia de Hacket en la estancia absorbiera de algún modo el precioso calor del aire.

—¿Se han producido antes incidentes como éste relacionados con Craven? —quiso saber Hacket.

—Nada —respondió Brooks—. Ese muchacho trabaja mucho y bien, es un chico de alto coeficiente intelectual.

Eso no impresionó a Hacket. Se acercó a la puerta del despacho del director y echó una mirada al exterior. Craven estaba sentado en el anexo, con la vista posada en su pintura. Sonreía con indiferencia.

El maestro observó al joven y luego volvió a cerrar la puerta del despacho.

—Parece que es el que manda en la clase —dijo Hacket.

—Suele ocurrir con los chicos inteligentes. No tengo que explicárselo, señor Hacket.

—¿Qué me dice de un alumno llamado Trevor Harvey? Craven estaba metiéndose con él esta mañana. Hay alguna clase de antagonismo entre ellos y creo que debería saber en qué consiste.

—Harvey es un chico lento, a falta de otra palabra mejor. Volvemos a lo mismo, ya sabe que esa clase de chicos se convierte normalmente en el blanco de todas las bromas.

No puede usted acusar a Craven de perseguir también a Harvey. Parece que le ha cogido antipatía a ese chico, señor Hacket, y eso parece nublar su entendimiento.

—Esto no tiene nada que ver con el entendimiento. No hablo de opiniones sobre personas, por los clavos de Cristo, hablo de lo que he presenciado hoy. Y que no me gusta.

Los dos hombres se miraron mutuamente durante un momento, hasta que una llamada a la puerta del despacho interrumpió su concentración. La secretaria de Brooks asomó la cabeza por el hueco de la entrada y tosió con cierta teatralidad.

—Ha llegado la señora Craven —anunció.

Brooks sonrió y dijo a su secretaria que la hiciese pasar.

Vestía un holgado equipo de entrenamiento de atletismo y zapatillas deportivas.

Hacket observó que por debajo de la manga izquierda asomaba un vendaje. Tenía el cabello largo, negro como el azabache y recogido en la nuca en forma de cola de caballo.

Entró apresuradamente en la estancia, sonrió a Brooks y luego hizo lo propio con Hacket. El director la saludó y a continuación presentó a Hacket brevemente. Brooks la invitó a tomar asiento, pero la mujer declinó.

—No ocurre nada con Phillip, ¿verdad? —le preguntó.

—Ha habido un accidente, señora Craven —manifestó Brooks—. Relacionado con su hijo. Una pelea.

—¿Está herido? —inquirió la mujer, en tono cargado de ansiedad—. Le he visto sentado en la antesala.

—Él no está herido —intervino Hacket—. Pero el otro muchacho, sí. Phillip le ha lastimado gravemente y estoy seguro de que lo hizo de manera intencionada.

Brooks le disparó una mirada furiosa.

—Hubo una pequeña reyerta, el señor Hacket tiene razón —dijo el director—.

Consideramos que es mejor que Phillip se quede en casa un par de días.

—¿Qué pasó? —quiso saber Elaine Craven.

Hacket se lo contó.

La mujer le miró durante unos segundos y al final volvió la cabeza hacia Brooks y sonrió cortésmente.

—Tendré a Phillip en casa, si cree usted que eso es lo mejor. Confío en que el otro chico se recupere en seguida. —Miró de nuevo a Hacket—. Creo que se ha precipitado un poco al echar a mi hijo la culpa de lo ocurrido.

—Le vi hacerlo, señora Craven.

—Cabe la posibilidad de que le provocasen —dijo, a la defensiva.

—¿Que le provocasen para que arrancara de un mordisco la oreja de un compañero?

Hacket meneó la cabeza.

Elaine Craven se subió las mangas y se encogió de hombros, gesto que significaba desafío. Hacket vio la venda que cubría el antebrazo de la mujer, desde la muñeca hasta el codo.

—Creo que vale más que me vaya ahora mismo —dijo Elaine—. Me llevaré a Phillip conmigo.

Dio media vuelta y se encaminó a la salida, acompañada del director, que indicó a Hacket con un movimiento del brazo que se quedara en el despacho. El maestro aguardó allí y escuchó los murmullos que llegaban del exterior, luego oyó el ruido que hizo la puerta de la

antesala al cerrarse y, un segundo después, Brooks volvía a entrar en el despacho y se iba derecho al radiador. Se apretó contra él.

—¿Satisfecho, señor Hacket? —preguntó Brooks—. Creo que tiene que dar una clase.

—Miró su reloj—. Espero que no tenga ninguna otra cosa que tratar.

—A propósito, sí que hay algo que me da vueltas en la cabeza —repuso el profesor—. Me gustaría saber por qué no me contó la verdad respecto al anterior ocupante de mi casa.

Brooks se mostró ambiguo.

—Me refiero al profesor que mató a tiros a su esposa y a su hijo y después se suicidó

—prosiguió Hacket.

—Es algo de lo que no me gusta hablar —declaró Brooks, mientras se frotaba las manos.

—Tenía derecho a saberlo antes de trasladarme con mi esposa a esa vivienda. Aquel hombre, ¿por qué lo hizo?

Brooks se encogió de hombros.

—Me pide unas respuestas que no puedo darle ahora, señor Hacket —declaró el director—. ¿Quién soy yo para mirar al interior del cerebro de un hombre? No tengo ni las más remota idea acerca de lo que le impulsó a actuar así. Puede que estuviera mentalmente desequilibrado. No había indicios externos. Soy profesor, no psiquiatra.

Hacket guardó silencio, sin apartar la mirada del rostro del director.

—Debió decírmelo —manifestó al final.

—¿Hubiera cambiado de intención respecto al empleo? De conocer los hechos,

¿hubiera decidido no venir aquí?

Hacket se encogió de hombros.

—No lo sé. Aunque ahora es un poco tarde para eso, ¿no? Lo principal es que usted debió decírmelo.

Brooks volvió a consultar su reloj.

—Su clase, señor Hacket —recordó. Sus manos se deslizaron por el radiador.

Hacket vaciló unos segundos y, finalmente, giró sobre sus talones y se dirigió a la puerta.

Brooks le dio la espalda y se puso a mirar por la ventana. Vio a Elaine Craven que, al volante de su coche, recorría el corto camino de salida, que pasaba por delante del despacho.

Phillip iba sentado detrás, con una leve sonrisa en los labios.

Al pasar por el anexo, Hacket hizo una pausa momentánea para echar una mirada a la pintura del búho que colgaba de la pared.

El búho con el globo ocular en las garras.

El cuadro de Phillip Craven.

Hacket pensó amargamente que quizás hubiera sido más apropiado que, en vez de un ojo, el búho sostuviese una oreja.

A su alrededor sonaron las campanillas, indicando que empezaba otra clase.

Hacket miró su reloj.

La una y media.

Aquélla estaba resultando ya una larga jornada.

CAPITULO 57

l abrir la puerta le dio la bienvenida el olor de estofado. Hacket lo aspiró a fondo y la boca se le hizo agua ante aquel agradabilísimo aroma. Soltó la cartera y la bolsa de deportes en el vestíbulo y se encaminó a la cocina.

A

Sue estaba de pie ante el hornillo, dedicada a remover el contenido de una gran cacerola.

—¿Qué tal te fue? —preguntó alegremente, en un tono ligero que sorprendió gozosamente a Hacket.

Sue vestía una camiseta de manga corta y un par de vaqueros descoloridos y ajustados. Ambas prendas resultaba espléndidas para resaltar las bonitas curvas de su figura y el hecho de que no llevaba nada debajo de aquella ropa exterior. Miró a Hacket y sonrió.

El hombre se preguntó si no se habría equivocado de casa.

Era como si el tiempo hubiera dado marcha atrás.

Se había lavado la cabeza y a la luz de la cocina su cabellera parecía rutilar. Apenas se apreciaba un toque de lápiz de ojos y de su cara habían desaparecido por completo arrugas y sombras. Parecía estar más cerca de los veinte que de los veinticinco años. Y

cuando le sonrió, Hacket notó que el aire de la respiración se le congelaba en la garganta.

Era como recuperar una pertenencia largo tiempo perdida.

Avanzó hacia ella y la besó, sorprendido cuando dejó de remover el estofado para echarle los brazos al cuello y acercarle más a su cuerpo. Sus labios se unieron y Hacket sintió la lengua de Sue, que aleteaba apremiante contra sus dientes, pidiendo paso hacia la humedad del interior de la boca. Hacket respondió con entusiasmo, dejando caer una mano para que se posara en el trasero de Sue y apretase la dureza de aquella carne. Ella se oprimió contra la entrepierna de Hacket, retiró la cara para respirar y sonrió al notar que el pene se ponía rígido contra sus muslos.

—Se va a quemar el estofado —dijo Sue, y se llevó el índice a los labios.

Hacket se apartó y fue a sentarse, un tanto perplejo.

¿A qué se debía aquel repentino cambio?

La miró y le dedicó una sonrisa.

—¿Te he preguntado qué tal te fue el día? —repitió Sue.

Hacket se lo contó, aunque se abstuvo de mencionar detalles respecto al irracional comportamiento de Craven en el campo de rugby. Sue le escuchó con atención, en tanto servía la cena y se sentaba frente a él. De vez en cuando, Hacket levantaba la vista hacia ella y en una o dos ocasiones la sorprendió mirándole. El desconcierto de Hacket ante aquel cambio de actitud no tardó en verse superado por el alivio y la alegría que le proporcionaba.

¿Era el momento crucial?

—¿Y tú? —preguntó, a su vez—. ¿Qué clase de día tuviste?

—Acabé la limpieza —dijo—. Los dormitorios ya tienen un aspecto más respetable.

Saqué y distribuí tu ropa. Puse en el desván algunas cosas que de momento no necesitamos… y eso es todo.

—¿Y el médico? ¿Cómo te fue eso?

—Estupendo —afirmó Sue.

Se puso en pie y arrojó al cubo de la basura las sobras del estofado.

—¿Te recetó pastillas?

—Un somnífero. Y no te preocupes, no me convertirán en adicta —sonrió.

Hacket la contempló unos segundos y luego alargó la mano y la atrajo hacia sí. En vez de resistirse, Sue permitió que la sentara sobre sus rodillas. Le pasó los brazos alrededor del cuello y se dio cuenta de la fuerza con que él la sostenía. Hacket deseaba hablar, deseaba decirle algo, explicarle cuánto la quería. Pero las palabras se quedaron dentro. A Hacket le inquietaba el temor de que, si aludía al cambio de talante experimentado por Sue, ésta se echaría atrás y volvería a actuar como antes. Hacket estaba alborozado y asustado ante aquel nuevo rostro que mostraba Sue.

¿Rostro o máscara?

Ella le besó y Hacket tuvo la certeza de que lo hizo con auténtico cariño.

¿Le había perdonado?

Lo dudaba, pero no se atrevió a preguntarlo, simplemente disfrutó del momento, saboreó las sensaciones que experimentaba.

La deseaba desesperadamente.

Cuando sintió deslizarse por su entrepierna la mano de Sue, comprendió que el deseo era recíproco.

La mano le acarició la parte interior de los muslos y los dedos recorrieron la silueta del pene y lo estrujaron suavemente por encima de la tela de los pantalones, para animarlo a empalmarse. Cogió una de las manos de Hacket y se la llevó al pecho, ávida de indicar a su marido la excitación que la consumía. Hacket se percató de la rigidez que adquiría el pezón en cuanto estrechó el seno suavemente con la mano. Sue gimió en tono bajo y se besaron profunda, lascivamente. Sue resbaló de encima de su regazo y, en el suelo, le bajó la cremallera y liberó el pene de los confines de la tela. Se inclinó hacia adelante y tomó en la boca el bulboso glande, luego fue agachando despacio la cabeza hasta que la mayor parte del tieso cipote desapareció dentro del cálido orificio.

Hacket abrió la boca de gusto al sentir la lengua de la mujer lamiendo el prepucio, a la vez que, con la mano libre, le acariciaba delicadamente los testículos. Se desabrochó los pantalones y los dejó caer, dispuesto a no molestarla y, mientras Sue continuaba chupando, Hacket bajó las manos y tiró de la camiseta que cubría a la mujer, para pasársela por encima de la cabeza.

Ella se arrodilló a su lado y se echó ligeramente hacia atrás, para que Hacket pudiera cogerle los pechos, para que las vehementes manos se cerraran sobre ellos, para que el índice y el pulgar apretasen los duros pezones.

Sue se levantó, se bajó la cremallera de los vaqueros y contorsionó el cuerpo para desprenderse de ellos. Quedó desnuda frente a Hacket.

El hombre también se puso en pie y acabó de quitarse los pantalones y los calzoncillos, mientras Sue le desabotonaba y le quitaba la camisa.

Se abrazaron, desnudos, y Hacket sintió que la mano de Sue envolvía su verga y la guiaba apremiantemente hacia la anhelante hendidura, exigiendo la penetración.

La mujer retrocedió hasta que los omoplatos se adosaron a la pared, se

levantó entonces sobre la punta de los pies para que Hacket se acomodara entre sus abiertos muslos.

El pene tropezó momentáneamente en la entrada de la vagina, se abrió paso y Sue jadeó cuando el bálano se frotó contra el endurecido clítoris. De inmediato, con un gruñido, Hacket se deslizó dentro de Sue.

Un placer que casi había olvidado.

Sue levantó una pierna, que serpenteó por detrás de las pantorrillas de Hacket e hizo que la penetración fuera más profunda. Apretó hacia sí las nalgas de su marido, incapaz de seguir aguantando aquel tormento. Él entró a fondo, largos y lentos impulsos que arrancaron jadeos a ambos. Hacket inclinó la cabeza hacia los pechos de Sue y aplicó los labios por turno a cada uno de los pezones, con lametones de la lengua sobre las duras yemas. La lengua también resbaló una y otra vez por los montículos de los senos y la saliva los puso relucientes.

La mirada de Sue se hundió en las pupilas de Hacket. Los ojos de la mujer estaban vidriosos, como si se encontrara en trance, sin darse cuenta de nada, salvo del pene que se agitaba en su interior y de las sensaciones cuya intensidad aumentaba entre sus piernas.

Apretó la cabeza contra el hombro de Hacket mientras éste aceleraba sus movimientos. Miró más allá de los ojos de su marido, abiertos durante un segundo.

«Venga a verme.»

Curtis.

Mientras el éxtasis aumentaba, Sue formó el nombre en sus labios. Lo formó, pero no lo pronunció en voz alta.

Y cuando el orgasmo alcanzaba la plenitud, cerró los ojos y vio a Curtis dentro de ella. Sintió que la llevaba hasta el borde...

Sue oyó que se murmuraba su nombre, pero le pareció algo ambiguo, apagado.

Gritó al alcanzar el clímax y su mano se ciñó en torno a los hinchados testículos.

Hacket tuvo plena conciencia del temblor que estremeció el cuerpo de

Sue con el estallido de placer y oyó su gemido de júbilo. Luego, cuando la mano de Sue le oprimió suavemente sintió también la llegada del orgasmo. Se metió con más vehemencia dentro de ella y derramó en su interior el denso fluido vital.

La mujer emitió otro gruñido feliz al sentirle correrse.

La imagen de Curtis llenó su cerebro. Era el pene de Curtis el que vibraba dentro de ella. Era el semen de Curtis el que la inundaba.

«Venga a verme.»

Hacket se fue retirando poco a poco, entrecortada la respiración. Ambos estaban cubiertos de sudor, pero en el instante en que él intentó separarse, Sue le retuvo con fuerza, acercó la cara de Hacket a la suya y le besó profundamente.

Después se inclinó sobre él, empezó a pasarle la lengua por el pecho, fue descendiendo despacio, le lamió el vientre, llegó al fláccido órgano y volvió a saborearlo. Lamió, mamó, chupó, engatusó.

Pedía la repetición.

Y Hacket respondió, sorprendido de su propia capacidad de recuperación.

Comprobó que volvía a empalmársele.

Casi a rastras, tirando de él, Sue le condujo al salón y allí volvieron a hacer el amor.

Más despacio esa vez, pero con mayor intensidad.

Hacket tuvo la impresión de que la noche era una confusa lid de cópula gloriosa.

Nada parecía importar. Encontró reservas de energía cuya existencia ignoraba, espoleado por la insaciabilidad de Sue. Ella era incansable.

—Te quiero —susurró Hacket, con la cabeza de Sue descansando sobre su pecho, lamiendo los gotas de sudor que perlaban la carne.

La mujer tenía los ojos abiertos y respiraba casi sin ruido. No le contestó.

Sólo podía pensar en Curtis.

Y volvió a empezar.

CAPITULO 58

odo había sido de lo más fácil.

Mucho más fácil de lo que había previsto.

T Ronald Mills estaba sentado a la mesa de su piso, sonriente, con la vista puesta en los objetos que tenía delante.

En el 38 y su munición. El cuchillo. El taco de papel con una palabra escrita: ##

HINKSTON.

Walton había sido casi siempre el que pensaba por los dos, cuando vivía. Todos los asuntos que había que resolver eran competencia de Walton. Todos los tratos financieros los ajustaba Walton. Pero Walton estaba muerto y Mills tenía ahora que pensar las cosas por sí mismo. Hizo girar el cilindro del revólver y lo colocó de nuevo en su posición. Levantó el arma y aplicó el ojo al punto de mira. Apuntó a un vaso sucio que estaba encima del aparador y apretó el gatillo.

El chasquido metálico resonó bastante fuerte cuando el percutor cayó sobre la recámara vacía.

Dejó el arma de fuego y cogió el cuchillo, que sostuvo casi amorosamente en la mano. En la mano del tatuaje infectado. Emitió un gruñido y se arrancó un trozo de costra, al que dio vueltas entre los dedos durante un momento, antes de tirarlo al suelo.

Luego cogió la piedra de afilar y procedió a pasar por ella, cuidadosamente, la hoja del cuchillo. De vez en cuando se interrumpía y deslizaba la yema del pulgar por el filo.

Al cabo da cinco minutos presionó una vez más la yema del dedo sobre el corte.

El cuchillo atravesó la piel sin esfuerzo, trazando en el dedo de Mills un tajo que iba desde la uña hasta la primera articulación.

Lo mantuvo ante sí un segundo, mientras contemplaba la sangre que manaba del corte y se le deslizaba por la mano. Luego se llevó el pulgar a la boca y saboreó el salado líquido rojo que le cayó sobre la lengua. Chupó el dedo como un niño mamaría del pezón materno para

absorber más líquido.

Por último, bajó la mano, dejó el cuchillo, y el taco de papel atrajo su atención de nuevo.

Había telefoneado a los agentes inmobiliarios y les pidió detalles sobre la casa de Hacket. Dijo que deseaba hacer una oferta para comprarla. Y le creyeron. A aquellos gilipollas de mierda sólo les interesaba la comisión, lo único que les importaba era si la casa se vendía o no. Les tenía sin cuidado quién la comprase, quién preguntara por ella, con tal de que existiese la posibilidad de obtener algún dinero al final del asunto.

«Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre el reino de Dios», Mills rió entre dientes.

Él no quería dinero. Le importaba un comino el dinero.

Él quería venganza.

Él quería a Hacket.

El agente inmobiliario trató de concertar una cita con él, enseñarle la casa, pero Mills titubeó. Había solicitado hablar personalmente con Hacket, se preguntaba si no estaría dispuesto a aceptar una oferta más baja.

El agente de fincas pensó que podría funcionar.

Mills había sonreído.

Le preguntó si existía alguna forma de ponerse en contacto con Hacket.

El agente inmobiliario le dio un número de teléfono y una dirección en un lugar llamado Hinkston.

«Pedid y se os dará.»

La mirada de Mills pasó de la palabra escrita en el taco al revólver y al cuchillo.

Y al dedo sangrante.

Sabía dónde estaba Hacket, lo único que tenía que hacer era ir a buscarlo.

Despacio, Mills pasó el pulgar por encima del taco y dejó una densa mancha roja cruzada sobre el papel.

Sólo era cuestión de tiempo.

«Buscad y hallaréis.»

Se echó a reír.

CAPITULO 59

a escarcha crujió bajo sus pies cuando salió por la puerta posterior de la casa.

Curtis atravesó la amplia explanada de césped de la parte de atrás del edificio.

L Caminaba despacio, inhalaba profundamente. El aire de la mañana olía a limpio, a incontaminado. Al respirarlo, una nubecilla de vapor se formaba frente a la boca.

Un sol lacrimógeno parecía arrastrarse hacia las alturas celestes, pero el alba se había presentado apenas quince minutos antes y al astro le costaba trabajo ascender. Y

no era aún lo bastante fuerte como para fundir la escarcha.

En el jardín trasero, a decir verdad alrededor de toda la casa, el silencio era casi absoluto.

Era demasiado temprano para que hubiese tráfico de entrada o de salida en Hinkston, aparte de que la casa se encontraba lo suficientemente alejada de la carretera como para que llegase a ella el ruido, incluso aunque pasara un viajero madrugador.

Los únicos ruidos que Curtis oía eran los que producía él mismo en el jardín de atrás y el de los pájaros que cantaban en las ramas de lo árboles que se alzaban a su alrededor. Sólo dos o tres pájaros. Un gorrión suspendió el gorjeo de su canción matutina para mirarle con curiosidad, cuando Curtis pasó por debajo de la rama en la que el ave estaba posada.

Curtis se acercó al fondo del jardín, hacia el alto y esmeradamente cortado seto de alheña, que alcanzaba dos metros setenta y cinco.

Había allí una verja de hierro forjado, montada en un marco de madera, cuya pintura tenía ampollas y se había desconchado en

algunos puntos. Curtis abrió la verja, que chirrió protestona al girar en sus goznes mientras el médico pasaba al otro lado.

La zona situada al otro lado era una superficie de escasos metros cuadrados. Otros setos la rodeaban, menos cuidados que los anteriores. Estaban arreglados, pero no impolutos. La hierba que crecía en aquel ensombrecido cuadro era un poco más alta que la del prado que rodeaba la casa, y no tan bien segada. La cizaña asomaba por varios puntos. Curtis se aplicó a sí mismo una regañina, al ver el estado del lugar, porque de aquel descuido tenía él la culpa. Era responsable personal del cuidado de aquella parte del jardín.

El jardinero tenía prohibido franquear la verja.

Inmóvil en la parte inferior de la entrada, Curtis contempló el alto seto, recubierto también por una delgada capa de escarcha. La alheña tenía allí un palmo más de altura.

Protegía perfectamente el cuadro de terreno.

Avanzó despacio hacia el centro, hacia la pieza de piedra colocada en el suelo.

La piedra aparecía cuarteada en algunos sitios, como consecuencia de los estragos causados por los años y la meteorología. El musgo crecía aquí y allá, infectando las grietas de la piedra como la gangrena infecta una herida.

Curtis bajó la mirada hacia el nombre tallado en la lápida.

Debajo del nombre había un cuenco de rosas, moteado de orín, del que Curtis retiró media docena de tallos secos de flores, que reunió en una mano.

Las sustituyó con un ramo fresco que llevaba en la otra mano, que dispuso de forma que las rosas rojas parecían relucir sobre el oscuro fondo de la piedra.

Parecían una salpicadura de sangre en una tumba.

Curtis se enderezó, se dirigió a un rincón de aquel abrigado rectángulo verde y dejó caer las flores secas en el incinerador de metal situado allí, después se limpió las manos frotándoselas una contra otra y regresó a la sepultura, para quedarse mirando de nuevo el nombre cincelado en la losa.

Se quedó allí durante lo que pareció una eternidad, con la mente en blanco, en paz, desterrado de ella todo pensamiento. De nuevo, los únicos sonidos eran los que producían los pájaros y sólo aquellos ruidos de la naturaleza, extraños para él, interrumpían su estado de meditación.

Entonces oyó unos pasos al otro lado de la verja. Más allá del seto. Pasos pesados que quebraban el manto de escarcha. Curtis volvió la cabeza hacia la verja, al acercarse las pisadas. Oyó el chasquido del picaporte y el sordo chirriar del hierro que giraba sobre las bisagras.

La figura franqueó la entrada y fue a reunirse con él.

Curtis se puso nuevamente de cara a la tumba, con las manos entrelazadas ante sí.

—Te oí salir de la casa —dijo la figura al llegar y ponerse a su lado.

—Lo siento, no quería molestarte —repuso el médico en voz baja, casi en tono reverente, como si levantar la voz hubiera representado profanar la santidad de aquel rincón privado.

Los dos permanecieron en silencio durante largo rato, ambos con la mirada sobre la losa.

Y el nombre que llevaba.

—Jamás pensé que esto fuera justo —dijo Curtis, y movió la cabeza en dirección a la tumba—. Yacer aquí, incluso aunque éste sea nuestro hogar.

—Mejor aquí que con los otros —replicó la figura, provocativamente.

Curtis asintió.

—¿Has tomado una decisión respecto a la mujer? —preguntó la figura.

—¿Te refieres a la señora Hacket?

—Sí.

Curtis esbozó una tenue sonrisa.

—Sí, la he tomado —dijo, con los ojos aún clavados en la lápida—. Hoy volverá a visitarme. —Su sonrisa se hizo más amplia—. Creo que ha llegado el momento.

CAPITULO 60

a mujer bregaba con los libros mientras subía la escalera y Hacket adivinó lo que iba a ocurrir.

L Cuando la moza llegaba arriba, vio que los pesados libros de texto empezaban a escurrírsele de las manos. Cinco o seis volúmenes más siguieron el mismo camino y fueron a parar al suelo, donde se estrellaron con golpe sordo. Ella murmuró algo por lo bajo y se dispuso a recogerlos. Hacket echó escaleras arriba y empezó a coger libros del suelo.

Miró a la muchacha, que se encogió de hombros y sonrió.

Era muy atractiva. Estaba al principio de la veintena, calculó. Melena castaña que le llegaba hasta los hombros y grandes ojos grises. Y también una bonita figura.

¿Un poco como Nikki?

Expulsó de su mente aquella idea, enojado porque aflorase siquiera a la superficie.

—Parece que no le vendría mal trasladar todo esto con la ayuda de algo —comentó Hacket, cargado ya con media docena de libros.

—Si tiene usted a mano una carretilla elevadora, no sabe lo que se lo agradecería —

sonrió la chica—. Es nuevo aquí, ¿verdad?

Él asintió.

—Sí. El chico nuevo. —Extendió la mano libre, mientras en el ángulo del codo izquierdo sostenía en equilibrio el montón de volúmenes que había recogido—. John Hacket.

Ella aceptó la mano y se la estrechó.

—Josephine Milton —dijo—. Pero, por favor, llámeme Jo.

Recogió los libros que quedaban y reanudaron la ascensión por la escalera, hacia el segundo rellano.

—¿Qué enseñas? —tuteó Hacket.

—Biología. Hago disecciones —soltó una risita boba. También pasó al

tuteo—. ¿Y

tú? Inglés, ¿no?

—Inglés y deportes —respondió Hacket—. Tengo retorcidos los músculos para demostrarlo.

Ella se echó a reír.

—Naturalmente, heredaste la plaza de Ray Weller, ¿verdad? Supongo que conoces la historia.

—¿La de que mató a su familia y luego se suicidó?

—Sí.

—¿No es espeluznante vivir en una casa en la que ha muerto alguien?

—Uno se acostumbra —declaró Hacket bruscamente—. En especial si uno vivió antes en la casa donde destrozaron a su propia hija. Es pan comido. ¿Qué sabías acerca de Weller?

Jo Milton se encogió de hombros.

—No mucho. No lo suficiente para comprender por qué tenía que asesinar a su familia, si te refieres a eso. Era una buena persona. Nunca me pareció un lunático. —

Enarcó las cejas—. No te he sido de mucha ayuda, ¿verdad?

Hacket sonrió.

—Probablemente carece de importancia —repuso.

Abrió la doble puerta para que pasara. En el rellano en que se encontraban había cuatro aulas.

—Mis preciosidades están ahí —indicó Jo con la cabeza la puerta que tenía delante—

. Si no te importa, puedes entrar y ayudarme a dejar estos libros.

Hacket observó a la muchacha acercarse a la puerta y abrirla. Se esforzó en mantener los ojos apartados de las torneadas piernas y las bien formadas curvas de las nalgas, pero perdió la batalla y las admiró con satisfacción. Jo Milton empujó la puerta,

convencida de que la iba a recibir la acostumbrada cacofonía de ruidos, pero allí sólo había silencio. Las doce chicas de la clase levantaron la cabeza cuando entró.

Todas, excepto una.

Emma Stokes permaneció en el banco, sin apartar la vista del ratón blanco que tenía delante.

Le habían clavado las patas a la madera, rápida y eficazmente, y las tenía extendidas al máximo.

El estómago estaba rajado y los bordes de la piel desprendidos hacia atrás, para dejar al descubierto la red de intestinos que albergaba dentro de la barriga.

La niña jugueteaba con aquellos pequeños trozos rizados de entrañas, que arrancaba del vientre del ratón lo mismo que si se tratase de hilos de un retal de tela.

Detrás de Jo, Hacket observó con repugnancia que el animal aún estaba vivo. Movía la cabeza de un lado para otro, su cuerpo se estremecía cada vez que la niña le arrancaba trozos de intestino paulatinamente más largos.

—¿Qué estás haciendo? —regañó Jo, al tiempo que dejaba los libros encima de su mesa. Se dirigió hacia Emma, que por fin alzó la cabeza del destripado ratón para clavar la mirada, firme y sin pestañeos, en la profesora—. Dame ese escalpelo —siseó Jo.

Alargó la mano para recibir aquella hoja letal de una niña que Hacket calculó tendría unos doce años.

Emma titubeó.

—¡Dame el escalpelo ahora mismo! —exigió Jo, furiosa, y desvió la atención momentáneamente hacia el roedor.

Emma dirigió la cuchilla hacia la mano tendida de Jo.

La afilada hoja seccionó fácilmente la yema del pulgar y Jo exhaló un silbido de dolor cuando la sangre brotó del corte.

Arrancó el escalpelo a la niña y lo depositó en su mesa. Hacket se sacó un pañuelo del bolsillo y se lo pasó ajo, que lo apretó contra la herida y se quedó mirando la sangre que empapaba y atravesaba la tela.

—Estoy bien, John —dijo—. Puedo encargarme de esto ya.

Hacket vaciló. Miró primero la sangrante mano de la profesora y después a la niña, que se limitó a devolverle la mirada, con aire indiferente.

Durante un segundo, a Hacket le pareció incluso captar un atisbo de sonrisa en las comisuras de la boca de la chica. No muy distinta a la que había visto en el semblante de Craven.

El resto de la clase se mantenía en silencio.

El tiempo parecía haberse paralizado.

Emma Stokes continuó sentada ante el moribundo ratón, impasible el rostro.

Jo se hallaba de pie frente a ella, mientras la sangre atravesaba el pañuelo.

Hacket titubeó un segundo más y luego tocó el brazo dejo.

—¿Seguro que te encuentras bien? —murmuró.

La maestra inclinó la cabeza.

—Vete. Me cuidaré de esto.

Hacket lanzó otra mirada circular por la clase y luego se retiró. Cerró la puerta a su espalda. Hizo una pausa, para echar un último vistazo, por el rectángulo de cristal tramado de la puerta, a la escena que acababa de dejar.

—Ahora, Emma —oyó decir a Jo—, dime a qué estabas jugando.

Hacket no esperó a oír la respuesta.

Tenía una clase que le esperaba a él.

CAPITULO 61

uiero otro hijo, John.

-Q Al principio, Hacket creyó que no había oído bien, o que tal vez le estaba gastando una broma. Tendido boca arriba, agradablemente agotado tras acabar de hacer el amor, oyó a Sue pronunciar las palabras, pero fue como si no calaran. Ella tenía la cabeza apoyada en

su pecho, deslizaba el dedo índice de un lado a otro del estómago y le retorcía los pelos alrededor del ombligo.

El tic tac del reloj colocado junto a la cama era el único ruido del dormitorio, aparte la apenas perceptible respiración de ambos. No, ahora estaba seguro, no había oído mal.

—Sue...

Levantó la cabeza de su mujer y empezó a hablar, pero ella bajó la vista y oprimió sus labios con el índice, imponiéndole silencio.

—Sé lo que vas a decir. Sé lo que estás pensando —afirmó Sue—. Pero eso es lo que quiero. Necesito otro hijo, John.

Hacket dejó escapar largamente el aire de los pulmones y se incorporó en la cama para que su rostro quedase a la altura del de ella. La tomó en sus brazos.

—Eso es imposible, Sue, te consta. Después del parto de Lisa, después de la infección, te dijeron que no podría haber más hijos.

—Sé lo que me dijeron —replicó Sue, en tono un poco más enérgico.

—Entonces, ¿por qué torturarte con eso? —preguntó Hacket, sosegadamente—. ¿Por qué pensar en ello?

Le acarició el pelo suavemente y luego le pasó el dorso de la mano por las mejillas.

—Hoy he vuelto a ir a ver al doctor Curtis —le informó. Rodó sobre él para quedar tendida de espaldas.

Hacket se apoyó en un codo y se la quedó mirando.

—Le dije lo desesperadamente que deseo otro hijo —continuó Sue.

—¿Le contaste también lo que te dijeron otros médicos? —quiso saber Hacket.

—Sí, se lo conté. Pero eso no importa, John —sonrió la mujer—. Curtis dice que puedo tener otro hijo. Que hay un sistema.

Hacket frunció el ceño.

—¿Cómo? —preguntó—. No tiene derecho a decirte cosas así, a despertar tus esperanzas.

—Creo en lo que dice y dice que puedo tener otro hijo.

—No es posible —repuso Hacket, desafiante—. No entiendo cómo puede decirte tal cosa, cuando media docena de otros médicos te han asegurado que no puedes. Sabes que no puedes. ¿Qué es lo que te hace creerle?

—Porque no soy la primera. Ha tratado a otras mujeres que creían que eran infértiles, estériles, incapaces de alumbrar hijos. Llámalo cómo te plazca. Trató a mujeres de Hinkston y de fuera de Hinkston y esas mujeres han tenido hijos.

—¿Cómo las ha tratado? Es doctor en medicina general, Sue, no cirujano. Tu problema particular es un problema quirúrgico. Un problema quirúrgico irreversible.

¿Cómo piensa tratar un estado como el tuyo?

Había un cierto matiz de indignación en la voz de Hacket.

—Una de las mujeres a las que trató es Julie —anunció Sue llanamente.

—¿Tu hermana? —murmuró Hacket, incrédulo.

—A Mike y a ella les dijeron que no podían tener hijos. Pero después del tratamiento que les aplicó Curtis, Julie alumbró a Craig. Ya has visto lo sano que está ese chico.

Hacket sacudió la cabeza.

—Nos brinda una esperanza, John. ¿Es que no lo comprendes? —insistió Sue.

—No sé lo que puedo comprender.

Hacket se frotó la barbilla pensativamente.

—Quiero intentarlo, John. Tengo que intentarlo. Sé que otro hijo no sustituirá a Lisa, nunca podrá borrar de la memoria lo que sucedió, pero al menos hemos de intentarlo.

No me niegues eso.

Hacket vio que las lágrimas empezaban a agolparse en los extremos de los ojos de Sue.

—¿Y tú? ¿No quieres tener otro hijo? —quiso saber ella—. ¿Qué tenemos que perder?

Hacket forcejeó mentalmente en busca de palabras, pero no dio con ellas. La idea le parecía ridícula e incitante al mismo tiempo. Otro hijo, si ello fuera posible, podría unirlos de nuevo. Podría de alguna manera ayudarles a recuperar lo que habían perdido.

Pero si salía mal...

El dolor sería insoportable.

Tanto dolor.

—¿Qué tenemos que perder? —repitió Sue.

Las palabras se quedaron flotando en el aire como humo viciado.

CAPITULO 62

l depósito estaba lleno.

Hubiera tenido combustible suficiente para llegar a Hinkston y hacer el viaje de E regreso a Londres completo.

Ronald Mills miró la aguja indicadora de la reserva de carburante y sonrió.

Había contado con tener que llenar el depósito durante el trayecto, pero la suerte estuvo con él. El automóvil que robó tenía al depósito lleno. Probablemente se desharía de él en Hinkston.

Una vez hubiese encontrado a Hacket.

Lo abandonaría y robaría otro para volver a la capital.

Llevaba el 38 en el bolsillo de la chaqueta.

El cuchillo al cinto.

Conducía con las luces largas, sin hacer caso de los automovilistas que apagaban y encendían sus faros para indicarle que los deslumbraba.

Que les diesen por allí.

No había mucho tránsito procedente de Londres, pero la riada de vehículos que se dirigía a la capital a través de la noche era bastante

nutrida.

Le adelantó un coche, pero Mills apenas se molestó en lanzarle una segunda mirada.

No tenía prisa. Contaba con todo el tiempo del mundo.

Sonrió para sí y estudió brevemente el mapa de carreteras que llevaba en el asiento contiguo. Había señalado la posición de Hinkston rodeándola con un amplio círculo trazado a bolígrafo. Calculaba que tardaría una hora en cubrir el trayecto.

No había necesidad de correr.

Vio por delante las luces de una estación de servicio. La figura de neón de un cocinero hacía señas desde el borde de la carretera y Mills dobló el volante para tomar el desvío, sin mirar antes por el retrovisor. El automovilista que iba detrás tocó la bocina

indignado cuando Mills se le cruzó peligrosamente, pero Mills hizo caso omiso del hombre y condujo el coche hacia la zona de aparcamiento de la estación de servicio.

Un perro que iba en el asiento posterior del automóvil aparcado junto al suyo empezó a ladrarle cuando se apeó.

Mills se quedó mirando al animal durante un momento y sonrió mientras el can ladraba y gruñía, sin poder alcanzarle. Luego alzó la mano amenazadoramente, como si se dispusiera a golpear al perro, lo que provocó en el animal un verdadero paroxismo de furia. Se arrojó contra el cristal de la ventanilla, pero Mills se limitó a sonreírle y se alejó. Los ladridos del perro fueron desvaneciéndose a su espalda.

El restaurante de la estación de servicio se encontraba relativamente tranquilo.

Media docena de camioneros, un par de familias, uno o dos hombres trajeados. Eran los únicos clientes. Nadie le prestó atención cuando tomó asiento. Echó un vistazo a la carta mientras limpiaba con el dedo la salsa de tomate que había en una esquina.

Se le acercó la camarera que, tras sofocar un bostezo, le preguntó qué deseaba tomar.

Hizo el pedido, se arrellanó en el asiento y echó una ojeada al local.

Una de las familias, que ocupaba una mesa aproximadamente a seis metros de la suya, tenía dos hijos. Niño y niña. Supuso que la niña tendría unos ocho años. Guapa.

Largas trenzas.

Mills entrelazó sus manos, apoyó los codos en la superficie de la mesa y clavó su mirada en la pequeña.

La niña tomaba un batido de leche sorbiendo por una pajita. Balanceaba las piernas bajo el asiento.

Guapa.

Los labios de Mills apuntaron un conato de sonrisa mientras contemplaba a la pequeña y notaba el principio de la erección contra la tela de los pantalones. La mirada fue del rostro de la niña a su pecho, para descender luego a las piernas, enfundadas en unos leotardos de lana.

Qué fácil sería arrancarle aquellos leotardos.

Sentir el tacto de su piel.

La erección aumentó su prominencia y Mills deslizó una mano en el bolsillo y se frotó el miembro.

—Aquí lo tiene, señor.

La voz le sobresaltó y levantó la cabeza para ver a la camarera, que había vuelto con sus platos y los estaba colocando delante de él.

Los aceptó, sin dar las gracias, y empezó a comer como si estuviera hambriento. La camarera se retiró y, al alejarse, volvió la cabeza para mirar a aquel cliente que se llenaba la boca de comida, con los ojos todavía desviándose de vez en cuando hacia la niña de la otra mesa.

Al concluir, atravesó el local hasta la caja, dejó el importe exacto de la cuenta y salió del restaurante.

De nuevo en el asiento del coche, espió la salida del restaurante, a la espera de que apareciese la niña.

Salió con su familia al cabo de diez o quince minutos y Mills los vio subir al Volvo y marcharse.

Consultó el mapa de carreteras y trazó su ruta con el índice.

Puso el motor en marcha.

El perro del automóvil contiguo seguía ladrando.

CAPITULO 63

acket sonrió al ver a Sue dirigirse a la ventana frontal, descorrer las cortinas y escudriñar la noche.

H —Vendrá, Sue —dijo el profesor—. No te preocupes.

Sue volvió la cabeza para mirarle, se encogió de hombros y se apartó de la ventana.

—Eres como una criatura en Nochebuena, a la espera de que aparezca Santa Claus.

Ambos se echaron a reír.

Hacket le hizo una seña y ella fue a sentarse a su lado en el sofá. Se le acercó más cuando Hacket le pasó el brazo alrededor.

—Sé lo mucho que esto significa para ti —le dijo Hacket en tono suave—. Siento lo mismo. Si existe la posibilidad de que tengamos otro hijo, seré tan feliz como tú. —

Suspiró—. Lo que pasa es que no quiero que te hagas demasiadas ilusiones.

—El doctor Curtis no me habría hablado del tratamiento si tuviese alguna duda respecto a su éxito, John —manifestó Sue, confiada.

—Exactamente, ¿qué te contó sobre el tratamiento?

La mujer se encogió de hombros.

—No me dio detalles, supongo que fue porque viene aquí esta noche, a explicárnoslo a los dos.

Hacket no se sintió impresionado.

Sue oyó el ruido de un automóvil que se detenía y se puso en pie de nuevo. Llegó a la ventana. En esa ocasión vio a Curtis, que se acercaba por el camino de la entrada. La sacudió el acostumbrado estremecimiento que recorría su cuerpo cuando le miraba. El médico llevaba chaqueta y pantalones oscuros.

Sue corrió hacia la puerta y la abrió antes de que el médico tuviese tiempo de llamar.

Hacket oyó el intercambio de saludos y, acto seguido, Curtis entró en la sala de estar.

Sue hizo las presentaciones y Hacket estrechó la mano del médico, la firmeza de cuyo apretón le impresionó.

Curtis declinó la copa que le ofreció Hacket, pero aceptó en cambio una taza de té.

Por último, los tres se sentaron y Curtis se percató de que las miradas de los otros dos estaban fijas en él.

—Bueno, no les haré perder tiempo —dijo, sonriente—. Señor Hacket, no sé si su esposa le ha contado la conversación que mantuvimos el otro día.

—Me contó que usted le aseguró que podía volver a tener hijos —explicó Hacket.

Curtis asintió y tomó un sorbo de té.

—Exacto. Ya me refirió lo de su hija. Lo lamento mucho.

—Gracias —saltó Hacket—. ¿Puede ir al grano? Satisfaga mi curiosidad, por favor.

Sue lanzó a su esposo una mirada incendiaria, molesta por la brusquedad de Hacket. Luego volvió a quedarse mirando al médico, arrobada tanto por sus palabras como por su planta.

«Cristo, era como la coladura de una colegiala», pensó y apenas pudo reprimir una sonrisa.

—A mi esposa, como seguramente sabrá usted, le aseguraron que no podría tener más hijos. Varios médicos le dijeron lo mismo —continuó Hacket.

—¿Pero ustedes quieren otro hijo? —le preguntó Curtis.

Hacket abrió la boca para contestar, pero el médico prosiguió.

—¿Ambos?

—Sí —afirmó Hacket quedamente, y sostuvo la mirada de Curtis.

—He tratado con éxito a cierto número de mujeres en el transcurso de los últimos diecisiete o dieciocho años, señor Hacket. También a ellas les habían dicho otros especialistas que no podían tener hijos.

Puso en la palabra «especialistas» una nota de sarcasmo.

—Cueste lo que cueste, queremos otro hijo —intervino Sue.

Curtis la dirigió la sonrisa benévola que un padre podría dedicar a su hija.

Hacket alzó una mano, con los ojos todavía sobre Curtis.

—Un momento. Disculpe mi escepticismo, doctor. No es que dude de sus métodos ni de su experiencia, pero me preocupa mi esposa. Si el tratamiento no resulta, el daño psicológico que sufrirá va a ser incalculable.

—No hables de mí como si yo no estuviera presente —protestó Sue—. Conozco los riesgos. Estoy dispuesta a aceptarlos.

—Por favor —dijo Curtis—. No he venido para entablar discusiones. Comprendo ambos puntos de vista. Les agradeceré escuchen lo que tengo que decir.

—Le pido disculpas por mi marido, doctor —dijo Sue, y esa vez fue a Hacket a quien le tocó el turno de indignarse.

—Quiere conocer detalles acerca del tratamiento —apuntó Curtis.

Hacket asintió con la cabeza.

—No se me alcanza cómo puede conseguir algo sin ayuda de la cirugía —expuso Hacket.

—Ésa es la ventaja, señor Hacket. El tratamiento puede completarse con mi propia cirugía. No es preciso que intervenga ningún hospital ni ninguna otra persona ajena.

—¿Por qué se empeña de esa manera en excluir toda ayuda exterior? ¿Qué tiene de especial su tratamiento?

Curtis no perdió un segundo en captar el toque de desafío que matizaba la voz de Hacket.

—Porque es mi tratamiento, señor Hacket. Es mi proyecto. Es una obra que he realizado prácticamente yo solo y no estoy dispuesto a

permitir que otros metan las narices donde no quiero que las metan.

—Su tratamiento. ¿Ha trabajado en ello usted solo, pues?

—Sí, desde siempre, que recuerde. Desde que obtuve el título. Es mío. Mis teorías, mi obra. He visto resultados. Sé que es un éxito. También usted puede ver los resultados, aquí, en Hinkston. Algunos, en su colegio.

—¿Qué quiere decir? —se interesó Hacket, frunciendo el entrecejo.

—Dije que ha tratado a cierto número de mujeres a lo largo de los años. Algunos de los niños que esas mujeres alumbraron asisten al colegio en el que usted enseña.

Hacket se inclinó hacia adelante en el asiento, entrelazadas las manos.

—¿Como quiénes?

—Phillip Craven. Emma Stokes.

—¡Jesús! —murmuró Hacket entre dientes.

Craven. Y conocía también el otro nombre. Emma. ¿Cómo diablos se apellidaba? La niña que arrancaba las entrañas al ratón. La que cortó el dedo dejo Milton con un escalpelo.

—¿Cuántos años tiene la chica?

—Unos doce. Una niña preciosa. Largo pelo negro —sonrió Curtis.

Hacket asintió. Era ella.

—¿A quién más ha tratado?

—Recientemente, a una pareja joven. Stuart y Michelle Lewis, es una criatura de pecho. A los Kirkhams, el matrimonio propietario de El Toro, un hotel de esta ciudad.

Tienen una hija, Paula, gracias a mi trabajo. Y, además de los Craven y los Stokes, en su colegio hay otros chicos a cuyas madres apliqué mi tratamiento. Y, naturalmente, está Ray Weller.

El color desapareció del rostro de Hacket.

—¿El hombre que vivía aquí antes que nosotros? ¿El que mató a su esposa y a su hija y luego se descerrajó un tiro?

Curtis asintió.

—Una tragedia —dijo tristemente, con una tenue sonrisa en los labios —. La chiquilla era verdaderamente una monada.

Hacket notó que los pelos de la nuca se le erizaban poco a poco.

CAPITULO 64

or qué lo hizo? —quiso saber Hacket—. ¿Por qué mató Weller a su familia y después se suicidó?

-¿P

—No soy psiquiatra, señor Hacket —contestó Curtis. Apuró el té y dejó la taza—. Creí que deseaba enterarse de las posibilidades que tiene su esposa de dar a luz otro hijo, no de las desgracias de los anteriores inquilinos de esta casa.

Hacket miró fríamente al médico durante un momento, antes de asentir con la cabeza.

—Sí —dijo en tono cansino—. Los dos queremos conocer esas posibilidades.

—¿Cuándo podría empezar el tratamiento? —preguntó Sue.

—En cuanto den ustedes su conformidad.

—Aún no nos ha explicado en qué consiste exactamente su tratamiento —le recordó Hacket.

—Bien, sin entrar en demasiado detalles técnicos y biológicos, implica una inyección en la pared del útero —dijo Curtis—. Tan sencillo como eso. No hay necesidad imprescindible de anestesia local. Todo el proceso se desarrolla en menos de quince minutos.

—Pero si las trompas de Falopio de Sue están bloqueadas, ¿cómo va a trasladarse el óvulo desde los ovarios?

—No tiene por qué hacerlo.

Hacket arrugó el ceño y su expresión de incredulidad se tornó en mueca casi burlona.

Curtis continuó.

—Se inyecta una hormona en la pared del útero, lo cual estimula el desarrollo. El feto se gesta en la matriz con toda normalidad, pero las trompas de Falopio resultan innecesarias.

—Así pues, ¿se trata de una especie de inseminación artificial? —preguntó Hacket sosegadamente.

—No. En el caso de la inseminación, el esperma se introduce directamente en los ovarios. El óvulo se desarrolla y luego se desplaza por la trompa uterina hasta la matriz, donde crece naturalmente. Como ya he dicho antes, mi proceso elimina la necesidad de esa parte del ciclo.

Hacket meneó la cabeza.

—Así, ¿cómo se fertiliza el óvulo?

—Con su esperma, dentro de la vagina, como en una relación sexual corriente. El huevo ya se ha extraído, también mediante el empleo de una aguja, y luego vuelto a colocar en el útero, donde entonces se le fertiliza. La gestación se acelera merced a la segunda inyección, que inicia el desarrollo.

—¿Qué significa «se acelera»? —preguntó Hacket, cauto.

—Se abrevia el período de gestación. El espacio de tiempo varía de acuerdo con el individuo y su respuesta al medicamento.

—No es posible —murmuró Hacket.

—Por el contrario, señor Hacket, no sólo es posible, sino que resulta. Puede usted ver ejemplos con sus propios ojos. El hijo de los Craven, Emma Stokes y los otros que ya le he citado.

Se abatió el silencio, mientras Hacket bregaba para asimilar los argumentos que acababa de oír y Curtis se arrellanaba en el asiento, con aire casi de suficiencia, y su mirada iba primero al profesor y después a Sue, que devolvió al médico la cálida sonrisa que le dirigió.

Hacket se frotó la barbilla.

—No sé qué decir —murmuró—. Si ese proceso funciona, ¿cómo es que no lo ha propagado usted? ¿Por que no lo ha sometido a la consideración de las autoridades médicas? Si realmente resulta, mujeres de todo el país podrían beneficiarse de él.

—¿Por qué sigue empleando el condicional «si», señor Hacket? —observó Curtis—.

¿Qué hace falta para convencerle? ¿No lo creerá hasta que tenga al niño en sus brazos?

Hacket tragó saliva.

—Supongo que me asusta creerlo —respondió en voz baja—. Parece demasiado fácil. Demasiado simple. ¿Qué riesgos implica para la criatura?

—No más que los que conlleva un embarazo normal.

—Dije que estoy dispuesta a aceptar esos riesgos, John —terció Sue, provocativa.

—Bueno, yo dudo de estar tan dispuesto a correr esos riesgos —dijo Hacket llanamente.

Curtis le miró airadamente.

—Aún no me ha dicho lo suficiente.

—La decisión no es sólo tuya —declaró Sue, indignada—. Soy yo quien llevará al niño. Soy yo quien lo alumbrará. Te lo repito, necesito ese hijo.

Curtis se puso en pie.

—Creo que sería mejor que les deje —manifestó, y fue hacia la puerta.

Sue se apresuró tras él. Hacket se llegó a la puerta de la calle, donde estrechó una vez más la mano de Curtis.

Una ráfaga de aire se coló por el hueco de la puerta al abrirse y Hacket notó que se le ponía carne de gallina.

—Tómense el tiempo que deseen y piensen en lo que les he dicho —recomendó Curtis a ambos, aunque con los ojos puestos en Hacket—. Es la oportunidad de empezar de nuevo, señor Hacket. No son muchas las personas a las que se les ofrece esa posibilidad.

Dio las buenas noches a Sue y se dirigió camino abajo hacia su coche.

Hacket volvió al interior de la casa, Sue permaneció en el escalón de la entrada hasta que vio desaparecer el en la noche el automóvil.

Cuando entró de nuevo en la sala de estar, Hacket estaba sentado delante de la estufa eléctrica; se calentaba las manos.

—Has estado grosero con él, John —reprochó, indignada—. Tal como ha dicho, nos ofrece otra oportunidad. Tenemos que aceptarla.

Hacket aspiró profundamente, retuvo el aire unos segundos y luego lo exhaló en largo suspiro.

—Sue, puede tratarse de una coincidencia, tal vez exagero, pero los niños de las madres que ha tratado... —Le costaba trabajo dar con las palabras—. Hay algo extraño en esos chicos.

—¿Qué me dices del hijo de Julie, de Craig? ¿También te parece extraño? —dijo de malos modos, y prefirió pasar por alto la noche en que llamaron a Curtis a cuenta del niño—. Si no estás exagerando, John, es tu imaginación. Quizá llevas demasiado tiempo en la enseñanza, acaso lees demasiados libros. Esta ciudad se llama Hinkston, no Midwich. Esos chicos no son hijos de los condenados, ni los ha creado artificialmente un sabio loco. —Estaba furiosa y la cólera se mezcló con el desprecio—. Son la última esperanza de sus padres. Como Curtis es nuestra última esperanza. —Se levantó y se dirigió a la puerta—. Me voy a la cama, John. Si quieres seguir ahí sentado y reflexionar, estupendo, pero piensa una cosa. Voy a tener ese hijo, tanto si te gusta como si no. Y no voy a permitir que me lo impidas.

CAPITULO 65

urtís condujo despacio por las calles de Hinkston y sólo aumentó ligeramente la velocidad cuando estuvo en la carretera que llevaba a su casa.

C En la oscuridad nocturna, aquel imponente edificio hubiera resultado poco menos que invisible, a no ser por las luces de una de las habitaciones del primer piso. Sin embargo, al acercarse más, la silueta de la casona se recortaba claramente sobre el fondo de terciopelo negro que ponía la noche.

El médico dirigió el vehículo por la avenida de entrada, frenó ante la puerta de la fachada y apagó el motor.

Continuó sentado un momento, agachada la cabeza, y después se apeó del coche, lo cerró y se encaminó a la casa.

Resonó el eco de sus pasos sobre el pulido entarimado del vestíbulo,

cuando entró en el edificio. Aminoró el paso al dirigirse al salón y miró hacia la escalera.

Trató de captar algún indicio de movimiento en el piso de arriba.

No oyó nada.

La casa estaba sumida en un absoluto silencio.

Curtis entró en el salón y notó el calor que aún despedían los moribundos rescoldos del hogar. Brillaban todavía ascuas en la chimenea y Curtis se acercó y se calentó las manos con los carbones. Al resplandor rojo que despedían las brasas, el rostro de Curtis parecía salpicado de sangre.

—¿Qué dijo la mujer?

La voz sonó a su espalda, llegaba del sillón de cuero, de alto respaldo, situado junto al fuego. Al entrar en el salón, Curtis no había reparado en la figura que lo ocupaba y las palabras le sobresaltaron momentáneamente. Dejó escapar despacio el aire de sus pulmones y miró durante unos segundos a su compañero, antes de darle la espalda otra vez y continuar calentándose las manos.

—La mujer está entusiasmada —informó—. Lo ha estado desde el primer momento.

Es su marido quien se resiste.

Curtis es irguió, cruzó la estancia hasta el recargado armario de las bebidas y se sirvió un whisky. Levantó el vaso, gesto mediante el cual invitaba a acompañarle al otro ocupante de la habitación.

La figura asintió con la cabeza y Curtis le pasó la bebida.

—¿Cuánto sabe? —inquirió la figura.

—Está enterado de lo de Weller —anunció Curtis, y se tomó una generosa ración de whisky.

—Esperabas que lo supiera, ¿no? En una ciudad pequeña como ésta, un doble asesinato y un suicidio están destinados a ser del dominio público.

Curtis alzó la cejas burlonamente.

—¿Los asesinatos sí y las desapariciones no? —musitó Curtis.

—Hacket sabe que Weller mató a su familia —determinó la figura—. Lo que no debe averiguar es por qué.

CAPITULO 66

stuvo de pie al lado de la cama durante lo que le pareció una eternidad, entregado a la contemplación del uniforme ascenso y descenso del pecho de la dormida Sue.

E Por último, Hacket se desvistió y se deslizó bajo la ropa, junto a su mujer.

Tendido de espaldas, cruzado un brazo sobre la frente, contempló el techo y escuchó la poco profunda respiración de Sue.

¿Podía ser verdad lo que dijo Curtis?

¿Era incluso factible?

Hacket dejó escapar despacio el aire y se frotó la cara.

Sabía que el hijo era muy importante para Sue. No, importante no era la palabra adecuada. Se había convertido en una obsesión. Se preguntó si él podía impedir, en el caso de que quisiera hacerlo, que Sue se sometiese al tratamiento de Curtis.

Pero, ¿deseaba impedírselo?

Sabía que el hijo lo significaba todo para ella, como también sabía que les brindaba la última oportunidad para emprender de nuevo algo semejante a una existencia normal. Les ofrecía la ocasión de volver a empezar.

Era una oportunidad a la que tampoco él se atrevía a renunciar.

Pero, los riesgos...

Pequeños, comparados con la alegría que iba a proporcionarles el nacimiento del niño.

¿En qué consistía exactamente el tratamiento?

Curtis lo había descrito. Una forma de inseminación artificial. Sólo que menos clínica, menos mecánica.

El feto crece a un ritmo acelerado. ¿Por qué?

Hacket se sentó en la cama y miró a Sue. Alargó la mano y apartó afectuosamente un mechón de pelo que tenía sobre los labios.

La idea del hijo lo significaba todo para ella. Él no tenía derecho a privarla de ese gozo.

Los niños nacidos merced al tratamiento de Curtis eran violentos.

«Sólo los que tú conoces —se dijo—. Nada más que dos, entre posibles docenas.

Podría ser una coincidencia.»

«Tenía que ser una coincidencia.»

—Oh, Dios —murmuró, de mal humor.

Las dudas y los interrogantes podrían atormentarlo toda la vida si no hiciera más que pensar ellos. Lo único que importaba era que proyectaban un rayo de esperanza.

La oportunidad de tener otro hijo.

Los riesgos...

—Al diablo con todo eso —murmuró para sí, y se dio media vuelta.

Entonces sonó el teléfono.

Hacket miró el reloj.

Las once y cincuenta y seis minutos de la noche.

Miró a Sue, pero el insistente repiqueteo del teléfono no parecía molestarla.

El aparato seguía sonando.

Hacket saltó de la cama y bajó por la escalera. Cuando levantaba el auricular le recorrió el cuerpo un leve escalofrío, producto del frescor de la temperatura.

—Diga —articuló en voz baja.

Nada.

—Diga —repitió, receloso.

Silencio.

Hacket volvió a dejar el receptor en su sitio y meneó la cabeza.

«Alguien que se ha equivocado de número», pensó al tiempo que emprendía el ascenso por la escalera.

Estaba a media escalera cuando el teléfono volvió a repicar.

—¡Por el amor de Cristo! —susurró. Desanduvo lo andado y alzó el auricular una vez más.

—¿Sí? —siseó.

No hubo respuesta.

—Mire, si es una broma...

Sus enojadas protestas se vieron cortadas en seco.

—¿John Hacket? —dijo la voz al otro extremo de la línea.

Le tocó al profesor el turno de permanecer allí en silencio.

No reconoció la voz, cosa que en realidad no tenía nada de sorprendente ya que sólo había pronunciado dos palabras.

—¿Es John Hacket? —repitió la voz.

—Sí, ¿quién es?

Clic. Colgaron.

Hacket separó el auricular de la oreja como si fuese alguna especie de reptil venenoso y luego, lentamente, lo dejó en la horquilla. Permaneció un momento con la mirada sobre el aparato, como si esperase que sonara de nuevo. En vista de que no era así, volvió despacio a la cama.

CAPITULO 67

l olor recordó a Sue el hospital. Una fuerte emanación a desinfectante. Un efluvio que era al mismo tiempo tranquilizador y repulsivo.

E Sue pensó en su padre, tendido allí en aquel cuarto del hospital, a la espera de la muerte. Era el olor que durante tanto tiempo tuvo que llenar sus fosas nasales.

El recuerdo se presentó inopinadamente y resultaba todavía más doloroso a causa de la intensidad con que ella se esforzaba de expulsarlo de la mente. Estaba sentada en la sala de espera del consultorio de Curtis. Abría y cerraba las manos nerviosamente, mientras su mirada iba de forma alternativa del reloj de pared colgado encima de la recepcionista a la puerta que daba paso al consultorio.

Tenía la impresión de llevar horas esperando allí, aunque sabía perfectamente que apenas habían transcurrido cinco minutos desde que llegó y la recepcionista hizo mutis para entrar en el consultorio e informar a Curtis de tal circunstancia. Sue no estaba segura de qué era lo que la ponía más nerviosa, si la idea del tratamiento o la duda lancinante producida por la posibilidad de que fracasara.

Se apartó el pelo de la cara y, al hacerlo, observó que le temblaba la mano.

Hacket quiso acompañarla, pero Sue le aseguró que sola se encontraría estupendamente. Confiaba en el doctor Curtis. Se sentía segura en sus manos.

«Venga, a verme.»

Se abrió la puerta del consultorio y la recepcionista la hizo pasar y luego la dejó sola en el despacho. Aunque parecía algo distinto a las otras veces que lo había visitado. Por ejemplo, no se veía ni rastro de Curtis. Sue miró hacia la puerta que comunicaba el despacho con la casa y oyó pasos que se acercaban por allí. Unos segundos después aparecía el médico. Llevaba sobre la ropa de calle una bata blanca de laboratorio, pero ésa era la única prenda protectora que aparecía a la vista. Saludó a Sue calurosamente y la invitó a seguirle a través de aquella puerta.

Daba al sótano.

Pasaron a una pieza cuyas paredes encaladas casi relucían, deslumbrantes de puro blanco. En el centro del cuarto había una cama, cubierta con una sábana blanca y, junto

a ella, una mesita de ruedas sobre la que se distribuía un impresionante equipo de instrumental quirúrgico.

Al verlo, Sue tragó saliva y disparó hacia Curtis una mirada rezumante de ansiedad, pero el hombre se limitó a sonreír y la condujo al piso inferior.

La atmósfera era allí insospechadamente cálida y la mujer percibió un zumbido casi monótono producido por algo que supuso sería un generador. El acceso a él, sin embargo quedaba oculto por el conjunto de biombos que rodeaba la cama.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Curtis, con una sonrisa cargada de amabilidad y, una vez más, Sue se sintió cautivada por sus ojos. Tuvo la sensación de que se anegaba en ellos. Que flotaba.

—Un poco nerviosa —confesó.

—Entonces, cuanto antes empecemos, mejor —dijo el médico—. ¿Suficiente calor para usted? Quiero que se sienta cómoda. El procedimiento no durará más de cinco minutos. —La tocó el brazo suavemente—. Y tengo la absoluta certeza de que descubrirá usted que mereció la pena.

Sue sonrió, visiblemente relajada ante el simple contacto.

—Si me hiciera el favor de desnudarse —dijo Curtis, quedamente.

Sue asintió casi de modo imperceptible. Había pronunciado las palabras despacio, casi con ternura. Eran las palabras de un amante, no de un médico. Le tendió una bata blanca de uno de los carritos que había cerca de la cama. Sue empezó entonces a desabotonarse la blusa, al tiempo que miraba a Curtis, sorprendida por no experimentar el menor asomo de pudor.

Curtis se volvió de espaldas cuando la mujer empezó a sacar el faldón de la blusa de debajo de los vaqueros. El médico se inclinó sobre el carrito e inspeccionó las jeringuillas ordenadas allí por tamaños, de mayor a menor. La más larga tendría unos veinte centímetros, la más pequeña, la longitud de su dedo índice.

—¿Continúa su esposo oponiéndose a este tratamiento? —quiso saber Curtis, todavía de espaldas a la mujer.

—En realidad, no se opone —le informó Sue, que en aquel momento se soltaba los corchetes del sostén—. Esta preocupado porque no conoce los detalles.

—Le dije todo lo que podía decirle.

—Ya lo sé.

—¿Usted está preocupada? —inquirió Curtis, y entonces se volvió.

Sue quedó frente a él, desnuda de cintura para arriba, pero no hizo ningún ademán ni intento de cubrirse, sino que se mantuvo delante del médico, casi deseosa de que le observara los pechos y consciente de que se le habían tensado e hinchado los pezones.

—Quiero tener un hijo —susurró, mientras se quitaba los zapatos—. No me importa lo que cueste.

Al tiempo que hablaba empezó a bajarse la cremallera de los vaqueros, que después deslizó por las caderas, para quedarse delante del médico nada más que con las bragas.

Continuaba el zumbido del generador, un ronroneo sordo y de bajo volumen a tono con la respiración de Sue, cada vez más profunda.

Cuando Curtis se separó de ella durante un segundo, Sue tuvo conciencia del hormigueo que le subía y bajaba por la espina dorsal, de la creciente excitación que se le extendía por todo el cuerpo. Al disponerse a bajar las bragas notó la humedad que descendía desde el vértice de la entrepierna.

Completamente desnuda, se tendió encima de la cama.

Respiraba a base de jadeos superficiales, su pecho se movía casi expectante.

—Deslícese hacia abajo hasta que el trasero quede en el borde de los pies de la cama, y abra las piernas —aleccionó Curtis sosegadamente, con una mano sobre el muslo de Sue para ayudarle en aquella sencilla maniobra.

Mientras se movía entre las piernas de la mujer al olfato de Curtis llegó el olor almizcleño del sexo de Sue. Ella se removió, giró las caderas ligeramente y se esforzó en reducir el ritmo de su respiración.

—Voy a aplicarle anestesia local —advirtió Curtis tranquilamente—. Relájese.

Sue separó las piernas un poco más, invitándole a acercarse. La mujer contemplaba el techo y no vio a Curtis tomar una de las jeringuillas pequeñas.

Con infinito cuidado, el médico separó los labios exteriores, ya hinchados y rojos, lubricados por la humedad de las excitación. Se habían apartado como los pétalos de una flor y Curtis vio contraerse los músculos del estómago cuando acercó más la aguja a la vagina.

La punta de acero se introdujo con facilidad en la carne tumescente y Sue respiró hondo cuando penetraba en ella. Contuvo luego el aliento mientras Curtis apretaba el émbolo y vaciaba el contenido de la inyección dentro de Sue. Retiró después la brillante aguja, que volvió a depositar en el carrito.

—Es posible que se sienta un poco aturdida. Si se deja ir, acabará durmiéndose. Pero no hay nada por qué preocuparse.

Sue sonrió.

—Lo sé —murmuró, y cerró los párpados, a la espera del siguiente pinchazo, que sería más profundo.

—Ahora —susurró Curtis.

Tomó la jeringuilla mayor de todas, la acercó a la delicada hendidura e impulsó la aguja por su interior hasta que llegó al tejido esponjoso de la mucosa uterina. Sue arqueó levemente la espalda cuando la jeringuilla se adentró por el útero y notó que el fluido la inundaba. Una sensación de calor se difundió desde los muslos y a través del vientre. Le dolían los pezones, tal era su rigidez, y se acarició un pecho con la mano.

Reprimió un jadeo al tropezar los dedos con el pezón endurecido.

Entre los muslos de Sue, Curtis exprimía las últimas gotas de líquido que quedaban en aquel grueso tubo. Por último, retiró la jeringuilla cuidadosamente.

Sue dejó escapar el aire retenido en los pulmones y, tras un parpadeo rápido, cerró los ojos.

Curtis la miró, sonriente.

—Ya está —dijo, y se quedó observando la sonrisa que se extendía por el semblante de Sue.

Alargó la mano hacia la bata y cubrió con ella a la mujer.

—Descanse un poco —aconsejó el médico.

Permaneció de pie junto a Sue, hasta comprobar que se quedaba dormida. Entonces se quitó los guantes de goma que llevaba y los arrojó a un cubo de desechos. Después se lavó las manos en un lavabo que había en un rincón del sótano.

Curtis oyó los pasos que sonaron a su espalda, unos pasos que avanzaban hacia la cama.

Hacia Sue.

Se volvió despacio para observar a la otra figura, detenida ante la mujer.

Intercambiaron una mirada y Curtis se limitó a inclinar la cabeza, una afirmación silenciosa a los pensamientos del otro. Como la muda respuesta a una pregunta no formulada.

La figura agarró la bata, tiró de ella y examinó el cuerpo de Sue, contempló la plenitud de los redondos senos, el liso estómago, el pequeño triángulo de pelo claro que adornaba el vértice de las piernas. Unas piernas que aún seguían ligeramente separadas.

Todavía secándose las manos, Curtis se reunió con el recién llegado, que continuaba mirando apreciativamente el cuerpo desnudo de Sue.

—No llevará mucho tiempo —dijo Curtis, quedamente.

El otro asintió con la cabeza.

CAPITULO 68

s la décima vez que consultas tu reloj y sólo hace diez minutos que estamos aquí fuera —comentó Jo Milton, con una sonrisa.

-E

Hacket se encogió de hombros y hundió las manos en los bolsillos mientras paseaban.

—Prometo no volver a hacerlo —sonrió a su vez.

Les rodeaba la algarabía de los chicos, que jugaban, gritaban, discutían, reían y a veces se peleaban, formando una mezcla infinita de ruidosas cacofonías. Hora de recreo, veinte minutos para desfogarse y desatar todas las furias acumuladas durante las clases, pensó Hacket mientras lanzaba una mirada circular a los alumnos.

A su derecha, un grupo de muchachos daba patadas a un balón, haciéndolo rebotar contra una pared. A su izquierda, tres o cuatro chicas miraban una revista. Una de las niñas miró a Hacket, cuando pasaba, y sonrió. Las otras se dispersaron en un coro de medias carcajadas.

—Parece que te has ganado una admiradora —observó Jo, con una risita entre dientes.

Hacket se encogió de hombros.

—Elegirlas jóvenes, ésa es mi divisa —repuso Hacket—. ¿Qué me dices de ti, Jo?

¿Muchos ligues?

—¿Novios, quieres decir? —Denegó con la cabeza y sorbió un poco del té que llevaba en la mano—. Nada formal.

Hacket se la quedó mirando, impresionado, como cuando se encontraron por primera vez, por su palmito. Tenía un rostro lleno, pero no grueso, su mentón en punta hacía que los rasgos de su semblante pareciesen mucho más estilizados. Los pómulos, altos, acentuaban esa impresión.

¿No fue así como empezó la cosa con Nikki? ¿Una conversación intrascendente?

Trató de apartar aquellos pensamientos, pero insistían en estar presentes. Desde luego, Jo era atractiva, y, cuando le miraba, él se sorprendía hundiendo sus ojos en la

profundidad de las pupilas de la muchacha y cayendo de nuevo en los tópicos para encontrar uno que la describiera.

¿Ojos incitantes?

Había practicado antes ese juego.

¿Ojos de «vamos a la cama»?

Se obligó a apartar la mirada y desviarla de Jo al patio del colegio, donde los chicos alborotaban felices en sus juegos.

—¿Cuánto tiempo llevas casado, John? —le preguntó Jo.

—Cinco años —respondió, y evitó de nuevo los ojos de la joven.

—¿Feliz?

—¿Por qué lo preguntas?

—Es una pregunta bastante inocente, ¿no? —repuso ella, a la defensiva.

«Bueno, adelante, díselo —le apremió su mente—.

Dile que estás felizmente casado. Es precisamente lo que no negarías si la chica estuviese a tu alcance, ¿verdad?»

«¿O lo negarías?»

—¿Puedo preguntarte una cosa, Jo? —dijo—. En tu calidad de experta oficial.

Jo sonrió.

—Eso parece trascendente, John. ¿De qué se trata?

—¿Es posible que un feto se geste dentro de la matriz sin haber pasado por las trompas de Falopio?

—¿Es una pregunta con trampa? —rió la joven entre dientes—. ¿Cuál viene ahora?

¿Quién ganó la Copa el año pasado?

—Hablo en serio. Tú eres bióloga.

—Enseño biología, que no es lo mismo.

—Pero ¿cabe esa posibilidad?

—Mediante determinados métodos de inseminación artificial, sí.

—Quieres decir si el óvulo se planta directamente en la matriz, ¿no?

—Sí.

—¿Se fertiliza primero? —quiso saber Hacket—. Quiero decir, ¿se puede instalar el óvulo en el útero y después fertilizarlo por medios normales?

—No —respondió Jo llanamente—. En los ovarios y en las trompas de Falopio se encuentran ciertos nutrientes y proteínas que son esenciales para el desarrollo del feto.

—Le miró con dureza—. Si no te importa que te lo diga, John, esto es un poco profundo para mí a esta hora del día, ¿no crees? Ahora estamos de servicio en el patio del recreo, no practicando el «Superdotado».

—Es un favor que te pido, ¿me lo harás? Respecto al ritmo de crecimiento del feto,

¿se puede acelerar mediante algún sistema? Abreviar el período de gestación, por ejemplo.

—Bueno, en teoría, sí.

Hacket se la quedó mirando, se detuvo y la cogió de un brazo.

—¿Cómo? —quiso saber.

Algunos niños de los que andaban cerca volvieron la cabeza al ver a Hacket coger el brazo de la muchacha, pero los dos maestros reanudaron la marcha al cabo de unos segundos.

—¿Cómo puede hacerse? —repitió Hacket.

—El desarrollo lo regula la glándula pituitaria. Demasiado poco ocasiona enanismo, exceso produce lo contrario y una enfermedad deformante llamada acromegalia. La glándula segrega las hormonas que regulan el crecimiento. —Pareció desconcertada—.

No sé a dónde quieres ir a parar, John.

—Esas hormonas pituitarias, ¿pueden alterar el período de gestación?

—Sí, pero nadie ha hecho eso nunca.

Hacket aspiró casi dolorosamente una bocanada de aire.

—¿Por qué lo preguntas? —insistió Jo.

Hacket no respondió.

De lo único que tenía conciencia era de las palabras de Curtis, que repicaban en sus oídos.

«Es mi proyecto, señor Hacket. Mi tratamiento.»

CAPITULO 69

e arrancó de la mano un trozo de costra, estuvo tirando de la carne empostillada hasta que el trozo se soltó.

S Sus ojos, sin embargo, no se apartaban del patio.

«Cuántos niños», pensó Ronald Mills, sonriente.

De edades comprendidas entre los ocho y los quince años, más o menos, calculó, mientras los veía retozar alborozada y ruidosamente por el patio del colegio.

Por un lado, un alto seto de alheña formaba una frontera entre el terreno del colegio y la carretera, pero Mills podía mirar por encima de aquella barrera vegetal mientras caminaba a lo largo de la misma y observaba a los niños.

Grupos de chicos jugaban al fútbol, las niñas saltaban a la comba, se perseguían o simplemente andaban por allí, charlando entre ellas.

Mills se detuvo al ver a dos niñas que no tendrían más de nueve años. La primera lucía una rutilante cabellera rubia, tan pura que casi parecía de plata. Le llegaba a la mitad de la espalda y, mientras hablaba con su amiga, se atusaba de vez en cuando la melena. Su compañera era un poco más morena y más alta.

Al mirarlas, la sonrisa de Mills se vio acompañada por las primeras vibraciones que notó en la ingle. Se metió la mano en el bolsillo y se frotó la ya empalmada verga.

Al otro lado de la calle, frente a la escuela, había una hilera de casas, todas y cada una de ellas pintadas de blanco, con tediosa uniformidad. Desde la ventana del dormitorio de una de aquellas casas, una mujer

observaba a Mills. El individuo estuvo un momento más mirando a las niñas y luego siguió adelante, no sin volver la cabeza mientras se alejaba.

Vio a la mujer de pie junto a la ventana.

Ella se quedó petrificada, al comprender que la habían sorprendido, e intentó después pasar inadvertida detrás de la cortina, pero Mills se limitó a permanecer inmóvil, con la vista en la ventana, como si desafiara a la mujer a que volviese a aparecer.

Ella no aceptó el reto.

Al cabo de un momento, Mills reanudó la marcha, tras una última mirada a las niñas del patio del colegio.

Tardó menos de quince minutos en recorrer todo el perímetro del colegio y encontrarse de nuevo en la verja donde inició su reconocimiento. Allí, encendió un cigarrillo y continuó espiando el patio.

Reconoció a Hacket inmediatamente.

El profesor estaba con una mujer, iba hablando con ella mientras caminaban despacio.

Mills dio una profunda chupada al cigarrillo y observó a Hasket con la misma intensa determinación con que un depredador acecha a su presa.

No sabía cuánto tiempo estuvo allí, pero, al final, el sonido de una campana alteró su vigilancia.

Los niños se lanzaron en tropel hacia los edificios del colegio, Hacket y la mujer se vieron arrastrados por la riada y, en cuestión de segundos, todos desaparecieron.

El patio del colegio volvió a quedarse vacío.

Mills apuró el cigarrillo, dio media vuelta y regresó hacia su automóvil.

Una nueva sonrisa se dibujó en su cara mientras se sentaba al volante.

CAPITULO 70

uando entró, la casa estaba sumida en el silencio.

Hacket hizo una pausa en la entrada y aguzó el oído para captar cualquier C ruido que llegase del interior, pero, al no oír nada, cerró la puerta despacio y se dirigió a la sala de estar.

Sue estaba acostada en el sofá, con los ojos cerrados.

Hacket la miró con expresión preocupada y de inmediato se acercó a ella, se arrodilló a su lado y la sacudió suavemente para despertarla. La mujer alzó los párpados, le vio y sonrió.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Hacket amablemente.

Sue asintió, al tiempo que se frotaba las sienes.

—Sólo me duele un poco la cabeza —confesó.

—¿Qué tal te fue esta mañana? —quiso saber Hacket—. Con Curtis, me refiero. Creí que me ibas a telefonear cuando estuvieses de vuelta.

—No quise molestarte. Además, no hubo nada fuera de lo ordinario. Todo fue estupendamente. Me encuentro muy bien.

—¿Cuánto duró?

—Antes de dos horas ya estaba en casa. El doctor Curtis me dijo que me lo tomara con calma, y le hice caso. Debo haberme quedado traspuesta. —Empezó a levantarse—.

Haré la cena.

—No, Sue, déjalo. Quédate ahí sentada —le dijo Hacket.

Se acercó al mueble bar. Se sirvió un whisky más que cumplido para él y puso Martini en un vaso para Sue. Después se sentó junto a ella en el sofá y le pasó un brazo por los hombros.

—¿Qué ocurrió? —quiso saber.

—Fue de lo más sencillo, tal como Curtis dijo.

Le contó el proceso. La inyección. El período de sueño que siguió. Hacket la escuchó con atención, mientras de vez en cuando tomaba un trago.

—¿Te explicó Curtis algo más acerca de la naturaleza del tratamiento? ¿Qué más implica?

—Ya nos lo explicó la otra noche, John —repuso Sue cansinamente.

—No nos dijo nada —protestó Hacket.

—Nunca estás satisfecho, ¿verdad? —rechinó ella—. ¿Para qué te hace falta saber tanto? Con toda seguridad, lo más importante es que podemos tener otro hijo.

—No me seduce la idea de que te utilice como conejillo de Indias.

—No seas ridículo. Hablas como si yo fuese la primera a la que aplica el tratamiento.

Sabemos que da resultado.

—Sí, pero no sabemos en qué consiste.

Sue sacudió la cabeza.

—He estado pensando en ello —continuó Hacket—. He hablado hoy con uno de los profesores.

—¿De esto? —estalló Sue, indignada—. Es asunto exclusivamente nuestro, John.

—Tranquilízate, Sue. Sólo necesitaba enterarme de unas cuantas cosas. Creo que puedo saber lo que está haciendo Curtis. En qué consisten algunas partes del tratamiento. Una de las profesoras de biología, Jo, dice...

—¿Una profesora? —le interrumpió Sue—. Siempre es una mujer, ¿verdad? Siempre pareces llevarte mejor con las mujeres, John. ¿Te resulta más fácil tratar de tus problemas con una mujer que con un hombre?

Hacket sabía a dónde llevaba aquello.

—Era la persona más calificada para responder a mis preguntas —repuso, irritado.

—Bueno, una profesora es un peldaño más arriba que una secretaria, ¿no? —articuló Sue, mordaz.

—¡Por el amor de Cristo!

—Una pequeña charla. ¿Así es cómo empezó la otra vez? Con la otra moza, quiero decir.

Hacket le dirigió una mirada incendiaria, su rabia se mezclaba con la sensación de culpa que aún le atormentaba. No podía por menos que sentirse resentido con Sue por hacerle sentir culpable. Se levantó, se sirvió otra copa y regresó junto a la mujer.

—¿Vamos a hablar de esto o no? —preguntó.

—¿De qué? ¿Te refieres a lo que tu amiguita te contó hoy? ¿O a nuestro bebé? Claro que tú pareces más interesado en tu pequeña charla.

Hacket se volvió, despacio.

—No quiero discutir, Sue. En especial cuando no tenemos nada de qué discutir. Sólo quiero que escuches lo que voy a decirte.

Ella dejó escapar lentamente el aire de sus pulmones.

—Adelante.

—El tratamiento que Curtís ha perfeccionado, a juzgar por lo que nos ha dicho, parece una especie de droga de crecimiento. Afirmó que el feto se desarrollaría a ritmo apresurado. Creo que sé lo que está haciendo. Lo que está empleando.

Sue le miró impasible.

—La droga debe de contener pequeñas cantidades de secreción pituitaria, a fin de provocar esa aceleración.

—¿Y qué, si es así? —dijo Sue llanamente.

—La criatura podría verse afectada por ello. Si se administra una dosis equivocada, el niño podría ser demasiado pequeño, quizás incluso deforme.

—¿Y tu amiga te ha dicho eso? —preguntó Sue, saturada la voz de sarcasmo.

—Se lo consulté, me dio su opinión —dijo Hacket.

—No me importa, John. Conozco los riesgos, ambos los conocemos. ¿Crees sinceramente que un hombre con la experiencia de Curtis va a darme una dosis equivocada? él mismo dijo que había tratado a otras mujeres. No es una especie de científico loco salido de una mala película de terror, es un médico profesional, bien formado, y no me importa lo que diga tu amiga. Confiaría a Curtis mi vida. La mía y la

de mi hijo.

—Trata sólo de comprender mi punto de vista —pidió Hacket—. Te quiero. Eres todo lo que tengo, desde la muerte de Lisa. No deseo perderte a ti también.

Sue se puso en pie y echó a andar hacia el vestíbulo.

—Si no quieres perderme, entonces apártate de mi camino —dijo—. Déjame tener ese hijo.

Hacket oyó los pasos da Sue escaleras arriba.

Aguardó un momento más, luego se sirvió otra ración de whisky y se bebió de un trago todo el contenido del vaso.

De pronto, se sintió muy solo.

CAPITULO 71

onald Mills sacó el 38 de debajo de la almohada, volteó el cilindro y lo hizo girar lentamente. Después lo encajó de nuevo en su sitio y puso el revólver fuera de la vista.

R

Cada vez que abandonara el hotel se llevaría el arma consigo, en el bolsillo de la chaqueta. El cuchillo se lo pondría al cinto. Pero como ahora no pensaba abandonar El Toro en toda la noche, dejó las armas bajo la almohada.

Se acercó a la ventana que daba a la calle principal de Hinkston y observó a la docena de personas, más o menos, que pasaban por allí. Era tarde, casi las diez y media de la noche, el cine situado un poco más abajo había vaciado la sala, tras la última sesión, cosa de quince minutos antes y la discoteca no abría entre semana, de modo que la calle aparecía tranquila.

La mirada de Mills se posó en el teléfono colocado junto a la cama.

Sonó una llamada a la puerta de la habitación y fue a abrir.

Paula Kirkham apareció ante él, con una bandeja en las manos.

Le obsequió con una amplia sonrisa, bamboleó la cabeza suavemente y provocó el que su larga melena le cayera en cascada sobre los hombros. No llevaba sujetador debajo de la camiseta de manga corta y a Mills no se le escapó el relieve de los pezones contra el tejido.

Dio un paso atrás para que la chica entrara en el cuarto y contempló cómo posaba la bandeja de comida encima de la mesita de noche.

—¿Desea alguna otra cosa? —le sonrió Paula.

—No —rechazó Mills, que mantenía abierta la puerta, como para subrayar el hecho de que quería que se marchara.

La joven pareció decepcionadísima, se contoneó al pasar por delante del hombre y lanzarle una breve mirada. Mills cerró la puerta y ella le oyó correr el pestillo.

Paula titubeó al otro lado de la puerta y luego aplicó el oído a la hoja de madera.

Aquel individuo no parecía sentirse atraído por ella.

Llevaba cinco días hospedado en el hotel, aislado dentro de sí, prescindiendo de los demás huéspedes y sin hacer el menor caso de las

insinuaciones de la joven. Paula no tenía muy buena opinión de él. Un tipejo bastante feo, verdaderamente.

Pero era soltero.

Estaba solo.

La opción perfecta.

Lo mismo que el que le había precedido.

Paula hizo un esfuerzo para recordar su nombre.

Jennings, eso es. Sonrió al recordarlo.

De los anteriores a Jennings no podía acordarse.

Fueron demasiados.

Permaneció un momento más delante de la puerta y luego echó a andar despacio pasillo adelante, hacia su propio dormitorio.

Mills oyó el rumor de sus pasos al alejarse y sólo entonces proyectó su atención sobre el plato de comida que la chica le había subido. Mordisqueó uno de los emparedados, mientras sus ojos iban de vez en cuando al teléfono. Al final, se metió en la boca lo que quedaba de un emparedado y cogió el auricular.

Se sacó el número del bolsillo de la chaqueta y marcó.

Esperó.

—Venga ya, cabrón —murmuró, al cabo de un momento de no oír más que el ronroneo intermitente del aparato al otro extremo de la línea.

Descolgaron por fin.

Oyó una voz de mujer.

Mills la escuchó, contenida la respiración y una sonrisa extendiéndose por su rostro.

—¿Quién es? —preguntó la voz femenina.

Mills colgó.

Dejó transcurrir cinco minutos y volvió a llamar.

Esa vez reconoció la voz de Hacket.

—¿Quién llama? —preguntó el profesor en tono airado.

Mills estaba sentado en el borde de la cama, con el auricular ligeramente separado del oído.

—¿Me oye? —chirrió Hacket.

Mills dejó el receptor en la horquilla.

Soltó una risita y la mueca de su sonrisa desapareció paulatinamente.

El juego llegaba a su final.

Había sonado la hora de Hacket.

Mills sostuvo el cuchillo ante sus ojos.

Y luego, la mujer.

Paula Kirkham estaba desnuda en el pasillo, delante la puerta, superficial y entrecortada la respiración, como un animal en celo.

Dirigió una mirada llameante a la puerta, como si tratase de atravesarla con los ojos y ver al hombre que estaba al otro lado.

A Ronald Mills.

Se apretó contra la fría hoja de madera y notó cómo se le endurecían los pezones al frotarlos suavemente en la lisa pintura, mientras se le humedecía la entrepierna.

La boca abierta dejaba escapar los hilos de esputo cuyo goteo promovía la frenética salivación de la joven.

Se secó la boca con el dorso de la mano y sonrió.

CAPITULO 72

yó rumor de movimiento en el rellano.

Julie Clayton se sentó en la cama, alerta el oído para captar el más leve ruido.

O Pasos sobre la alfombra.

Se bajó de la cama y, simultáneamente, asestó un codazo a su marido.

Mike dio media vuelta para quedar boca arriba, gruñó y se frotó los ojos.

—¿Qué pasa? —croó, al ver que Julie se ponía el salto de cama. Al echar una mirada al reloj vio que eran las tres y treinta y seis minutos de la madrugada—. ¡Mierda!

—¡Deprisa, Mike! —acució la mujer, que ya se dirigía a la puerta.

La expresión de la cara de Julie le transmitió todo el susto que su esposa llevaba encima. Mike se arrastró fuera del lecho y la siguió al rellano.

Julie se acercaba a la habitación de Craig, sabedora de que los sonidos se producían allí dentro.

—¡Oh, Dios! —murmuró Mike—. ¡Otra vez, no!

Stuart Lewis estaba de pie junto a la cuna, con la vista baja, clavados los ojos en la resplandeciente mirada que parecía fascinarle con la misma inexorabilidad con que la luz atrae a la polilla. Le era imposible apartar la vista de su hijo.

El niño borboteaba ruidosamente, sin dejar de balancearse enloquecidamente, a la vez que sus deditos se agarraban a los bordes de la cuna.

Michelle llegó junto a Stuart y alargó los brazos para coger al niño, pero el hombre levantó la mano y se lo impidió.

—Me necesita, Stuart —protestó Michelle, pero su marido se limitó a seguir donde estaba, con la mirada sobre el crío que, de pronto, interrumpió sus agitados movimientos y alzó la vista hacia sus padres. Sus ojos se trasladaron velozmente de uno a otro.

Lewis meneó despacio la cabeza.

—Eso no nos necesita —silabeó sosegadamente.

Y Michelle comprendió.

Elaine Craven descolgó el teléfono en cuanto empezó a sonar.

Pese a lo temprano de aquella hora de la mañana, adivinaba quién era la persona que llamaba. No se equivocó.

La voz del otro extremo de la línea pertenecía a Patricia Stokes.

Dijo que se trataba de su hija, Emma.

Elaine contestó que lo entendía.

Patricia no estaba segura de lo que procedía hacer.

Elaine procuró tranquilizarla pero, durante la conversación, su mano tocaba la venda que le cubría el antebrazo.

Llegaban a sus oídos los gritos y gruñidos del piso de arriba.

Habló tranquila y calmosamente a Patricia, que pareció relajarse un poco, a medida que se desarrollaba el diálogo. Por último, Patricia se despidió, para volver a su problema.

A su Emma.

Elaine aguardó un momento junto al teléfono y luego respiró hondo y subió escaleras arriba.

En aquella ocasión había sucedido muy rápido.

Los gritos continuaban.

Al llegar al descansillo tuvo que apoyarse en la barandilla para mantener el equilibrio y se dio cuenta de que le temblaban las manos.

Pensó que, a aquellas alturas, ya debía estar acostumbrada, pero, fuera como fuese, el miedo continuaba allí.

CAPITULO 73

o había contado a Hacket lo del dolor.

Pensó que no merecía la pena mencionar las silenciosas punzadas que sentía N en la vagina, sobre todo durante el acto sexual.

Pero en aquel momento, cuando Sue Hacket extendió la mano para coger la lata del estante, tuvo que aspirar profundamente y reaccionó como si acabara de recibir un puñetazo. El dolor fue repentino y

agudo. Se agarró al carrito durante unos segundos y esperó a que se aliviara el ramalazo, cosa que, afortunadamente, ocurrió.

Pasó una mujer por su lado, la miró, vio la expresión que tenía el semblante de Sue y, por un momento, ésta creyó que iba a detenerse, pero la mujer le dirigió una sonrisa y continuó con sus compras.

Sue dejó caer la lata en el carrito y siguió adelante. Fue recorriendo los pasillos, cargando productos, esforzándose en ignorar los pinchazos de dolor y tratando de convencerse a sí misma de que su periodicidad e intensidad disminuían.

Curtis no le había dicho nada de efectos secundarios. Nada acerca de dolor. Si seguía encontrándose así cuando volviera a casa, le telefonearía. Iría a visitarle, si era preciso.

Sin embargo, al llegar a la caja, los dolores realmente habían reducido enormemente su rigor. Casi de manera inconsciente, Sue se pasó la mano por el abdomen mientras la mujer que la precedía colocaba sus comestibles en una sucesión de bolsas. Sue movió los pies, incómoda, a la espera de su turno, y se sacudió una mota de polvo de la pernera de los vaqueros.

Temía que volviese el dolor.

No volvió.

Se dispuso a descargar sus compras en la cinta transportadora.

Pensó que si hubiese mencionado los dolores a Hacket, éste se habría asustado.

Hubiera vuelto a empezar con su rosario de nuevas protestas relativas al tratamiento.

¿Por qué no podía contentarse con la felicidad de saber que iban a tener otro hijo?

¿A qué venían tantas dudas y preguntas?

Puso los comestibles en las bolsas, pagó a la cajera y se valió del carrito para transportar sus compras al automóvil.

Abría el maletero del coche cuando el dolor la atacó una vez más.

Una profunda sensación abrasadora entre las piernas, que le obligó a agarrarse al carrito durante unos segundos, hasta que el sufrimiento

empezó a mitigarse.

Sue puso los comestibles en el maletero y se volvió para apartar el carrito.

El hombre pareció materializarse y surgir del aire.

Al tropezar con Sue, los productos recién comprados que llenaban sus brazos se esparcieron por el suelo.

—Lo siento —se excusó la mujer, que automáticamente se arrodilló para ayudarle a recoger los comestibles desparramados.

Su propio bolso de mano también había ido a parar al suelo como consecuencia del impacto y Sue empezó por recuperar las cosas que llevaba en él.

—Fue culpa mía —afirmó el hombre, mientras volvía a poner latas en la bolsa de papel—. No miré por dónde iba.

La combinación de productos alimenticios y artículos caídos del bolso de Sue se había extendido en un radio de varios palmos junto al automóvil y tardaron cinco minutos en recogerlo todo. Todo, salvo un par de aplastados melocotones salidos de la bolsa del hombre. Éste los miró y se encogió de hombros.

—De todas formas, estaba comiendo demasiada fruta últimamente —dijo con aire pensativo.

Sue sonrió, aunque su rostro se contrajo ligeramente al intensificarse el dolor.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el hombre, al ver la mueca.

Ella asintió.

—Sí, gracias. No me pasa nada. —Se las arregló para esbozar una sonrisa—. Créame que lo lamento por… —indicó la fruta despachurrada.

—No hay problema —la tranquilizó el hombre.

Sonrió mientras Sue subía al Metro y ponía en marcha el motor.

Continuaba sonriendo cuando la mujer arrancó y empezó a alejarse.

La vio doblar la esquina y desaparecer, y entonces se metió la mano

en el bolsillo y sacó el botín que había escamoteado del bolso, aprovechando la confusión.

El monedero parecía muy pequeño en medio de aquella enorme manaza.

Ronald Mills se preguntó cuánto tardaría la mujer en echarlo de menos.

CAPITULO 74

staba sucediendo demasiado aprisa.

Era como si alguien hubiese apretado el botón que aceleraba la vida y los E acontecimientos se precipitaran a velocidad suicida, más rápidamente de lo que él podía comprender.

La ambulancia, con la sirena al máximo, dobló la esquina tan vertiginosamente que estuvo a punto de volcar.

Hacket se agarró a un borde de la camilla para mantener el equilibrio y cogió con la otra mano los estirados dedos de Sue. El rostro de la mujer estaba blanco como la leche y un sudor tenue y brillante lo cubría. Apretaba los párpados y las arrugas surcaban su frente cada vez que un espasmo le recorría el cuerpo.

—¿Puedo hacer algo? —se ofreció Hacket al hombre de la ambulancia que iba con ellos en el vehículo.

Pero el uniformado enfermero se limitó a menear la cabeza y a mantenerse impasible.

—Casi estamos ya en el hospital —dijo llanamente, tras echar un vistazo a su reloj.

Sue apretó con más fuerza la mano de Hacket, que se sintió impotente para aliviar su sufrimiento. Lo único que podía hacer era secarle con un pañuelo el sudor de su rostro.

—En seguida llegamos —murmuró—. Aguanta.

¡Jesús, qué inútil se sentía! No podía hacer nada para mitigar el tormento de Sue.

Nada para calmar el dolor.

Tanto dolor.

El cuerpo de la mujer se ponía rígido y se relajaba alternativamente, como si alguien lo pinchara con un aguijón de ganado. Los espasmos aumentaron en frecuencia, agudizaron el dolor que producían, hasta que, finalmente, el sufrimiento que se desencadenaba en su hinchado vientre la obligó a estallar en alaridos.

Hacket retiró la sábana y miró el estómago de Sue. Estaba inflado y, mientras lo contemplaba, observó que en la piel se formaban tenues ondulaciones.

—¿Cuánto falta? —llameantes los ojos, Hacket se dirigió al enfermero.

—No mucho —respondió el hombre, que también miraba a Sue.

—¡John!

La voz de Sue aumentó de volumen, para acabar disolviéndose en un chillido de dolor.

Hacket vio caer de entre las piernas de Sue las primeras gotitas de sangre. La mujer se puso tensa y su cuerpo empezó a estremecerse cada pocos segundos.

Su respiración se hizo más rápida y sonora y apretaba la mano de Hacket con tal fuerza que parecía iba a quebrarle los huesos.

—Empieza —jadeó Sue.

Levantó y abrió las piernas.

—Ayúdela —gruñó Hacket al hombre de uniforme.

Su rostro se puso pálido al ver el continuo flujo rojo que brotaba de la distendida vagina de Sue. Los labios exteriores parecieron hincharse y abrirse como una flor que llegara a la plenitud y la sábana colocada debajo de la mujer se manchaba con su líquido vital a medida que las contracciones se hacían más violentas.

El hombre de la ambulancia anduvo trabajosamente hasta el extremo del vehículo y en un tris estuvo de ir a parar al suelo, cuando el conductor dobló una esquina a más de ochenta. El enfermero encontró un poco de oxígeno y aplicó la máscara de plástico a la cara de Sue, pero ella la rechazó, dándose cuenta de que la ayuda ya no le servía para nada, de que había llegado el momento decisivo.

Un dolor ardiente le colmaba toda la parte inferior del cuerpo y sintió

que entre las piernas se producía una creciente e increíble presión.

Hacket sostuvo la mano de Sue, clavados los ojos en la inflamada vagina.

Al cabo de un momento vio que algo blanco aparecía entre los pliegues de la carne.

Algo blanco y bulboso.

La cabeza de la criatura.

Trozos de placenta envolvían el cráneo como serpentinas sanguinolentas, algunas de las cuales colgaban de la vagina de Sue mientras el niño forcejeaba para salir.

La cabeza surgió de golpe.

Hacket respiró hondo y contempló el torso que ya asomaba.

—En seguida habrá pasado todo —tranquilizó a Sue. Le apretó la mano un poco más—. Pronto...

La palabra quedó suspendida en el aire y sintió que la bilis se le subía por la garganta, al tiempo que los ojos amenazaban con salírsele de las órbitas.

El niño tenía una enorme joroba en la espalda, justamente en el cogote.

Una joroba lo bastante grande...

Hacket sacudió la cabeza con horrorizada incredulidad cuando vio a la criatura emerger.

Sue continuaba contrayendo los músculos, como si deseara expeler de su cuerpo cuanto antes al niño.

El enfermero miraba, lívido también el semblante, desorbitados los ojos.

La joroba que veían en la espalda del niño no era piel y músculo.

Era hueso.

Hueso de bastante anchura y espesor.

Otra cabeza.

Se habían formado los ojos, pero en el lugar donde debía estar la boca había una grieta de cuchillada. Nada de labios, sólo una raja que cruzaba la parte inferior del

rostro. Pero los ojos estaban abiertos, parpadeaban para quitarse de encima la sangre y los fragmentos de placenta que los cubrían.

Y en el brevísimo instante que precedió al momento en que Hacket se rindió a la repugnancia y vomitó, el hombre pudo observar que el obsceno agujero de la supuesta cabeza se abarquillaba en las comisuras.

Los ojos proyectaron sobre Hacket una mirada rutilante.

La segunda cabeza le sonreía.

Se incorporó en la cama de un salto. Respiraba entre jadeos. El corazón se agitaba frenéticamente y tropezaba con ruido sordo contra las costillas.

Volvió la cabeza para mirar a Sue y se sorprendió al verla también sentada en la cama, junto a él.

La mujer sonreía.

CAPITULO 75

acket se pasó la mano por la cara y suspiró, mientras los últimos vestigios de la pesadilla se iban desvaneciendo gradualmente.

H —¡Jesús! —murmuró—. ¡Qué mal sueño he tenido! Sobre ti y el niño.

Ella sostuvo la mirada de Hacket durante un momento y luego se inclinó despacio y le besó. La lengua de Sue aleteó contra los bordes de la de Hacket, antes de deslizarse hacia la cálida humedad del fondo. Hacket respondió y los brazos de la mujer se ciñeron sobre sus hombros. Tendido junto a ella, levantó una rodilla de forma que el muslo se frotara contra la vagina. Sue ya tenía húmeda la entrepierna y esa humedad se extendió a sus extremidades mientras se pegaba al cuerpo de la mujer e iniciaba una serie de rítmicos achuchones. Sue gimió entre sus brazos, al tiempo que Hacket dejaba que una de sus

manos encontrara el seno derecho, acariciase circularmente el pezón entre el pulgar y el índice y luego besara la protuberancia durante un momento, para después transferir las atenciones al pecho izquierdo.

Sue bajó la mano y la ahuecó debajo de los testículos, frotando suavemente, arañando levemente la base del pene con la uña del dedo índice.

Hacket notó que una oleada de aquel calor que le era tan familiar se extendía por su ingle.

Sue arqueó la espalda cuando Hacket resbaló hacia los pies de la cama, con la lengua lamiendo los pezones, mientras los dedos recorrían suavemente el perfil de los labios vaginales, los separaban, desplegaban la carne tumescente como pétalos de una imposible flor de almizcle.

—Ámame —murmuró Sue, cerrados los ojos.

Hacket sintió en la espalda las manos de la mujer. Sintió las uñas rasgándole la piel.

—¡Dios! —siseó, mientras Sue le clavaba las uñas en el hombro.

Levantó la mano y Hacket vio las diminutas partículas de carne que colgaban de aquellas uñas. La mujer le sonrió y Hacket la miró al fondo de los ojos.

Sentía el escozor de los rasguños del hombro.

El minúsculo goteo de la sangre en los cuatro puntos donde se hundieron las uñas.

Se deslizó por la cama hacia arriba, empezó a besarle de nuevo los pechos y luego volvió a la boca. Se besaron febrilmente, con la lengua de Hacket profundamente dentro de la de Sue. Ella tomó entre sus dientes el labio inferior de su marido, lo chupó durante unos segundos y después lo mordió.

Con fuerza.

—¡Sue, por el amor de Cristo! —protestó él y se retiró.

Se llevó el dedo al labio y descubrió que de allí goteaba sangre.

—¡Por favor, John, fóllame! —jadeó Sue, con una nota implorante en la voz—. Como hacías antes.

Hacket titubeó un momento, pero acabó por bajar el cuerpo de nuevo y la sangre que le brotaba del labio manchó los pechos y el abdomen de Sue, mientras la lengua del hombre mariposeaba sobre la cálida carne. Introdujo la punta en el ombligo y a continuación fue descendiendo, cada vez más despacio a medida que se aproximaba al punto buscado, el pelo denso y rizoso que crecía entre las piernas y por el que los dedos de Hacket ya se deslizaban. Retiró de la vagina uno de esos dedos, trazando una raya brillante sobre el vientre de Sue, con su propia humedad. La mujer jadeó y empujó a Hacket hacia abajo, hacia el lugar donde la consumía el abrasador deseo.

Hacket volvió a pasar la lengua por el abdomen de Sue, y saboreó la humedad que acababa de delinear con el dedo.

La piel del estómago se alzó ligeramente al contacto de la lengua.

Al principio, Hacket pensó que era una contracción muscular, pero, cuando se repitió, el hombre se sentó en la cama y bajó la mirada sobre el vientre de Sue.

—¿Qué ocurre? —se extrañó ella—. No te pares ahora.

Hacket pasó la mano suavemente por el estómago de Sue.

Percibió un movimiento bajo la palma.

Como...

¿Como qué?

¿Como el rebullir de un niño en el seno materno?

—Es imposible —dijo Hacket, en respuesta a su propio pensamiento.

—¿Qué ocurre, John? —preguntó Sue, al ver que se separaba un poco, con los ojos clavados en el estómago de su mujer.

¿Era aquello otro sueño?

—He notado algo —dijo—. Como... —Se esforzó en dar con las palabras adecuadas, consciente de lo ridículas que podían sonar—. Como si un niño se moviera.

—¿No es maravilloso?

Irradiaba felicidad.

—Sue, no es posible —replicó Hacket, brusco—. Sólo hace dos días que te trató Curtis.

Crecimiento acelerado.

Hacket meneó la cabeza. No, aquello no era real. Era imposible que el feto se hubiera desarrollado a tan inverosímil velocidad. Se lo había imaginado. Sí, ésa era la explicación. Se lo había imaginado.

El estómago de Sue volvió a removerse.

La mujer se llevó los dedos allí y sonrió.

—¿No eres feliz, John? —preguntó, y su sonrisa se hizo más amplia—. Yo sí.

—Esto no es normal, Sue. No sé lo que te ha hecho Curtis, pero no es bueno...

Le interrumpió en seco.

—Te diré lo que ha hecho —se irritó Sue—. Me ha dado lo que tú nunca podrías darme. Me ha dado esperanza.

—Permite, al menos, que te examine otro médico —rogó Hacket—. Podrían surgir complicaciones. Algo podría salir mal...

—Eso es lo que quieres, ¿verdad? —gruñó la mujer—. Te gustaría que algo saliera mal. Quieres que pierda este hijo, ¿verdad?

—No seas ridícula, Sue. Me preocupa tu salud.

—No, ni hablar. Simplemente, no quieres que tenga otro hijo. Bueno, pues me aseguraré de no perder éste. Lisa murió por culpa tuya —siseó la mujer, saturados de odio los ojos. Tú la mataste.

—Sue... —dijo Hacket, cuya irritación también empezaba a aflorar.

—De no haber sido por ti, Lisa seguiría existiendo.

—Déjalo —pidió Hacket.

—De no haber sido por ti y por aquella ramera.

—He dicho que lo dejes —insistió Hacket, furioso—. ¡Cállate!

—¡Mataste a nuestra primera hija, pero no permitiré que mates a éste!

—¡CÁLLATE!

Actuó instintivamente, sin darse cuenta siquiera de lo que estaba haciendo.

Hacket cruzó la cara de su esposa con el revés de la mano.

Sue cayó de espaldas sobre la cama y le fulminó con la mirada.

A pesar de su cólera, el remordimiento se apoderó automáticamente de Hacket.

—¡Dios mío! —susurró, al tiempo que se acercaba a Sue.

—¡Vete! —rugió ella—. Déjame en paz. Déjanos en paz a mí y mi hijo.

Hacket se la quedó mirando. Los ojos llameantes, los mechones de pelo enroscados en torno a la cara y sobre los hombros como húmedas colas de reptiles. Era la imagen viva de una Gorgona moderna.

—¿Qué te está ocurriendo, Sue? —a Hacket se le quebraba la voz—. Vuelvo a perderte otra vez y no lo deseo.

—Entonces apártate de mi puñetero camino —rechinó.

Saltó de la cama. Tiró de una de las sábanas y se envolvió en ella.

Lo único que Hacket pudo hacer fue contemplarla mientras se dirigía a la puerta.

La oyó cruzar el rellano y luego cerrar de un portazo la habitación de reserva.

A solas, Hacket se arrodilló en la cama, con la cabeza agachada.

Como si rezase.

CAPITULO 76

ra casi mediodía cuando oyó que llamaban a la puerta de la calle.

Sue enarcó las cejas, se levantó y, al paso, bajó el volumen del estéreo.

E Era pronto para que Hacket se presentase a almorzar. Además, casi nunca abandonaba el colegio durante la hora de la comida. Por otra parte, tenía su llave.

No necesitaba llamar. Sue no esperaba a Julie hasta entrada la tarde.

Llegó a la puerta frontal y la abrió.

El hombre que apareció allí le resultaba vagamente familiar.

—¿Señora Hacket? —preguntó el individuo.

Ella asintió, un tanto dubitativa.

—Creo que esto es suyo —dijo el hombre, y alargó el brazo.

Sue sonrió al ver su monedero en la palma de la mano del visitante.

—Se le cayó el otro día, cuando tropezamos —informó Ronald Mills, también sonriente—. Me temo que he tenido que fisgar dentro, a fin de encontrar su dirección.

Quería devolvérselo.—Muy amable de su parte —dijo Sue, radiante—. Creí que lo había perdido.

Mills se encogió de hombros, amplió más su sonrisa y le entregó el monedero.

Sue vio entonces el tatuaje de la mano. El tosco dibujo, la carne descolorida y el trozo de piel rasgada que había quedado a la vista cuando se arrancó de allí la costra. El hombre dio media vuelta, dispuesto a marcharse, pero Sue le retuvo.

—Mire, le estoy verdaderamente reconocida. No sé cómo agradecérselo —dijo—.

¿Le apetece una taza de té? No es mucho como recompensa, pero...

—Será una gran recompensa, señora Hacket —dijo Mills, con la mano levantada—.

Gracias.

La siguió al interior de la casa y su sonrisa se desvaneció brevemente cuando Sue le dio la espalda.

Mills llevaba introducido el cuchillo bajo el cinturón.

Intercambiaron un par de tópicos acerca del tiempo. El hombre declaró que se llamaba Neville y que había ido a Hinkston a visitar a unos parientes.

Mientras sorbía el té, lanzó una mirada circular por el salón.

Vio encima del aparador la fotografía de una niña.

Una niña que reconoció.

Notó el inicio de una erección al recordar lo cerca que había estado de aquella niña.

Lo cerca que la tuvo. Cómo la poseyó.

Recordó que había utilizado el cuchillo con aquella niña.

El mismo cuchillo que llevaba ahora bajo el cinto.

—¿Su marido está trabajando? —preguntó, con la mirada puesta en Sue.

—Es profesor —explicó ella—. Da clases en ese colegio de ahí. —Agitó el pulgar en dirección al edificio que se levantaba junto a su jardín—. Por eso nos mudamos aquí.

—A sus hijos les debe de encantar esto —comentó Mills, sonriente y dándole a la costra con la uña.

Sue esbozó una débil sonrisa.

—Esa niña es hija suya, ¿no? ¿Cómo se llama?

—Lisa —dijo Sue, al instante, para apresurarse a cambiar de tema—. ¿En qué parte de Hinkston viven sus parientes?

—Lisa —articuló Mills, sin hacer caso del intento de Sue para llevar la conversación por otros derroteros—. ¡Qué bonito! La niña también es bonita. —Se levantó, se acercó a la fotografía y la cogió—. No le importa, ¿verdad? —dijo, casi como pidiendo perdón.

Contempló la fotografía atentamente—. ¡Qué criatura más adorable!

De espaldas a Sue, la sonrisa del hombre volvió a desvanecerse.

Tan adorable.

—No sabe cuánto le agradezco la devolución del monedero, señor Neville —dijo Sue, tras un carraspeo—. Pensé que me lo habían robado.

—El mundo actual está lleno de sinvergüenzas, señora Hacket. Tuvo usted suerte de que lo encontrase yo. Podía haber tropezado con él algún delincuente.

Emitió una risita tonta.

Sue se encontró una vez más con los ojos del hombre fijos en ella, la miraba sin parpadear.

—¿Más té? —ofreció, deseosa de tener la oportunidad de quitarse de encima aquellos ojos penetrantes.

—Muy amable —aceptó Mills, y le tendió la taza.

Sue la cogió y se encaminó a la cocina. Se dio cuenta de que el hombre la seguía.

—Tiene una casa preciosa —alabó Mills, al tiempo que entraba en la cocina y observaba cómo Sue le servía la taza de té.

Ella le dio las gracias.

—Una casa preciosa. Una niña preciosa. —Recorrió con los ojos, apreciativamente, la esbelta figura de Sue. Las ajustados vaqueros, la blusa que siempre se ponía para realizar las tareas domésticas, raída y manchada de pintura. Se había lavado la cabeza por la mañana y el pelo le caía hasta más abajo de los hombros en suaves ondas—. Y

usted también es preciosa, si no le importa que se lo diga.

Sue le tendió la taza de té. Empezaba a sentirse un poco inquieta. Se sentó a la mesa de la cocina.

Mills hizo lo propio, frente a Sue, sin apartar los ojos de la mujer.

Cuando llevó la mano hacia el bolsillo de la chaqueta, para sacar el paquete de tabaco, rozó el mango del cuchillo.

—No le importa que fume, ¿verdad? —preguntó, pero ya encendía el cigarrillo. Le ofreció uno, que Sue declinó. Mills volvió a aludir a la niña—. Es usted afortunada. A mí también me gustan mucho los chiquillos —dijo, con una sonrisa.

Sue movió los pies, incómoda en el asiento. Le miró mientras el hombre aspiraba despacio el humo del cigarrillo. Parecía que iba a tardar una eternidad en fumárselo.

Por fin, el hombre se levantó y dijo que tendría que marcharse. A Sue se le escapó un suspiro de alivio casi audible.

Mills la siguió hasta la puerta de la calle y permaneció detrás de Sue mientras la mujer la abría.

Sue volvió a darle las gracias y le vio alejarse por el camino de acceso a la casa. El hombre se detuvo a mitad del recorrido y volvió para dedicarle otra sonrisa cortés.

—Quizá volvamos a vernos —dijo—. Cuando vayamos a comprar.

Rió entre dientes.

Sue asintió con la cabeza, agitó la mano y cerró la puerta.

La mujer dejó escapar lentamente el aire de los pulmones, permaneció un momento detrás de la hoja da madera, aguzado el oído para percibir nuevas pisadas, casi como si esperase que el hombre volviera.

No volvió.

Se reprochó a sí misma el hecho de sentirse tan violenta en presencia de aquel hombre, de ser tan asustadiza.

Pero en seguida se dijo que no importaba, que el hombre ya estaba fuera y que ella habla recuperado el monedero.

—«Quizá volvamos a vernos» —repitió las palabras del hombre. Y, luego pensó en voz alta—: No es probable.

Entonces sonó el teléfono.

CAPITULO 77

l doctor Edward Curtis miró la lista de nombres escritos en el taco de notas que tenía delante. Suspiró al tiempo que el dedo índice descendía a lo largo de la esmeradamente caligrafiada relación. Por último, se arrellanó en el asiento y E entrelazó las manos ante sí, en gesto de meditación.

Seguía allí sentado cuando se abrió la puerta y la recepcionista asomó la cabeza.

—Ha llegado su siguiente paciente, doctor —le anunció.

Curtis asintió con la cabeza y se inclinó hacia adelante, ademán que

sin duda quería decir que se daba por enterado de la presencia de la recepcionista. La mujer se retiró al despacho exterior y Curtis puso debajo de un montón de papeles el taco de notas donde estaban escritos los nombres.

Se pasó la mano por la cabellera y aguardó la llamada a la puerta.

Se produjo al cabo de un instante y Sue Hacket entró en el despacho.

Intercambiaron los saludos de rigor y Sue experimentó una singular satisfacción al percatarse de que Curtis parecía genuinamente complacido de verla.

Le preguntó cómo se encontraba.

Sue le habló de sus dolores.

Siempre dolor.

—Vale más que le haga un reconocimiento —dijo el médico, con una sonrisa—. En esta fase hemos de extremar las precauciones.

Indicó con la cabeza la camilla situada en un rincón de la estancia y Sue se colocó junto a ella.

—¿Quiere que me desnude? —preguntó, sin quitarle los ojos de encima un solo segundo.

—Sí, por favor —repuso él, tranquilamente.

Sue empezó a desabrocharse la blusa.

Por su parte, Curtis se volvió hacia una bandeja de instrumental cubierta por una gasa estéril. Al levantarla el médico, Sue vio allí dos o tres agujas hipodérmicas.

La mujer se quitó la blusa y procedió a hacer lo mismo con los vaqueros y, simultáneamente, a desprenderse de los zapatos.

—¿Le ha hablado a su esposo de esos dolores que tiene usted? —preguntó Curtis.

—No.

—¿Por qué no?

—Ya parece estar bastante preocupado, no veo por qué empeorar las

cosas.

Se despojó de los pantalones y quedó ante Curtis sólo con el sujetador y las bragas.

Curtis le dirigió una sonrisa y le pidió que se tendiera en la camilla, lo que Sue hizo obedientemente.

—Relájese —dijo.

Le puso las manos en el estómago. Empezó a dar un leve masaje sobre la carne, que se convertía en presión en algunos puntos, mientras los dedos descendían hasta que rozaron la cintura de las bragas y agitaron los sedosos rizos de vello púbico que aparecían a la vista.

—Indíqueme dónde se produjo el dolor —pidió Curtis.

Sue le cogió la mano y la guió hacia las piernas, para dejarla descansar sobre el calor de la ingle. El médico apretó y palmeó suavemente por la cara interior de los muslos y a través del monte de Venus. Sue respiró hondo, cerrados los ojos. Con una mano sobre la cálida vagina, Curtis tomó el estetoscopio y lo aplicó al abdomen de Sue.

Lo movió en horizontal. Y hacia abajo.

—¿Todavía siente dolores? —quiso saber.

—Sólo alguna que otra vez.

—El niño se encuentra estupendamente, es cuanto puedo decir. No hay ningún motivo de preocupación —declaró sosegadamente.

—¿Cuándo nacerá? —preguntó Sue—. Sé que lo probable es que falte una eternidad.

—Tampoco es indispensable —repuso Curtis—. Si desea acelerar el desarrollo, hay un modo de hacerlo. Si usted quiere. Aunque comporta otra inyección.

—Hágalo —manifestó Sue llanamente—. Ya.

Curtis sonrió.

Sue introdujo los pulgares en la cintura de las bragas y las llevó caderas abajo, dejando al descubierto la vagina y el sedoso pelo.

La mano de Curtis fue hacia una aguja hipodérmica, extrajo cierta dosis de líquido de un frasco de la bandeja e introdujo luego la aguja de acero más allá de los labios exteriores.

Sue notó el acero que penetraba en su carne y jadeó.

Pero el dolor fue mínimo, y cuando la aguja se retiró la mujer ya estaba sonriendo.

Volvió a vestirse, sin prisas, casi de mala gana, para después sentarse ante el escritorio, frente a Curtis.

—Si tiene usted algún problema más, hágamelo saber —dijo Curtis—. Venga a verme cuando quiera.

Sue le dio las gracias y se puso en pie, dispuesta a marchar.

—No sabe lo que significa esto para mí, doctor —Sue hizo una pausa al llegar a la puerta—. No sabe hasta qué punto puedo llegar a agradecérselo.

Curtis sonrió benévolamente.

Sue cerró la puerta al salir y el médico oyó el ruido de sus pasos alejándose por el pasillo.

Su sonrisa se apagó de inmediato, volvió a coger el taco de notas y sus ojos recorrieron una vez más la lista de nombres que ya había repasado una docena de veces

aquella mañana. Las llamadas se habían producido en el espacio de los noventa minutos anteriores.

Llamada de Elaine Craven. Otra de Julie Clayton.

Stuart Lewis había telefoneado. Y también Patricia Stokes.

Todos estaban asustados.

Hasta la llamada de El Toro pareció más apremiante de lo habitual. La señora Kirkham había pedido que fuese a ver a Paula. Que era muy importante.

Curtis sabía por qué.

Dejó escapar un suspiró y releyó la lista una vez más.

¿Había vuelto a llegar tan pronto el momento?

CAPITULO 78

acket aplicó el cuchillo a la cena que tenía en el plato y miró a Sue, sentada a la mesa frente a él.

H La mujer comía con entusiasmo, sin percatarse de que Hacket la estaba mirando.

—¿Qué más dijo Curtis?

Hacket rompió por fin el largo silencio, al tiempo que dejaba caer los cubiertos sobre el plato.

—Dijo que el niño está estupendamente —le informó Sue—. Dijo que no hay nada de qué preocuparse.

—¿Y le creíste?

Sue suspiró.

—No tengo ningún motivo para no creerle. Me encuentro muy bien, John. Estoy estupendamente y el niño está estupendamente. El único que parece tener problemas eres tú. —Le dirigió una momentánea sonrisa cargada de hielo—. Dijo que el niño nacerá antes de lo que pensamos al principio.

—¿Cómo es posible?

Sue terminó de masticar lo que tenía en la boca y después dejó el cuchillo y el tenedor.

—Me puso otra inyección —manifestó tranquilamente.

—¡Jesucristo! ¿De qué? ¿Una dosis más de ese jodido tratamiento? No sabemos qué está pasando, Sue. ¿No te has parado a reflexionar acerca de todo esto? Además de pensar en el niño, ¿no puedes pensar también en lo que te está ocurriendo a ti?

Ella no respondió.

—Estás cambiando, Sue —prosiguió Hacket—. Tu actitud. Tu temperamento.

Incluso tu carácter. Y todo por culpa de ese maldito tratamiento. —Siseó las últimas

palabras entre los dientes apretados—. Eres incapaz de ver lo que te está haciendo. En lo único que puedes pensar es en ese condenado hijo… no parece importarte que Curtis pueda estar causándote daño.

—Y tú sólo pareces preocuparte de ti mismo —contraatacó Sue—. Creí que te encantaría la idea de que pudiésemos tener otro hijo. Fuiste tú quien dijo que querías volver al principio, de empezar de nuevo. Y cuando se presenta la oportunidad de ello, todo son críticas y quejas.

—Me preocupo por ti, ¿es que no lo ves?

—Lo que veo es que estás celoso, John.

—¿Qué diablos quieres decir?

—Estás celoso de Curtis.

—No seas tan puñeteramente ridícula —exclamó Hacket.

—Es él quien me dio esperanzas e ilusiones. ¿Eso es lo que te duele? ¿Por eso te opones de esa forma a este niño?

Hacket se abstuvo de contestar. Los músculos de la parte lateral de la mandíbula vibraron furiosamente, se separó de la mesa y se puso en pie.

—No lo entiendes, ¿verdad? —dijo, indignado, y se retiró hacia el cuarto de estar.

Sue fue tras él y se quedó mirándole mientras se servía una generosa ración de whisky. Se lo bebió casi todo de un trago y volvió a llenar el vaso.

—¿Ahora vas a emborracharte? —preguntó Sue.

—No. Ahora voy a tomarme un trago más y a ir a ver a Curtis —respondió Hacket llanamente.

La expresión de rabia de Sue se transformó en gesto de sorpresa.

—¿Para qué? —quiso saber.

—Quiero hablarle acerca de unas cuantas cosas. Que me diga, por ejemplo, en qué consiste el tratamiento. Qué es exactamente lo que ha estado inyectándote a ti y a las

otras mujeres que ha tratado. Y cómo se las arregla para conseguir que

un niño se desarrolle a un ritmo cinco veces más rápido de lo normal.

—No puedes presentarte e irrumpir así en su casa, John —dijo la mujer.

—¿Ah, no? —replicó él, desafiante.

—Es a causa de esa chica, ¿verdad? —silabeó Sue, mordaz—. Esa otra profesora con la que has hablado. Hasta entonces, te hacía tan feliz como a mí la posibilidad de tener otro hijo. Pero desde que hablaste con ella has cambiado de idea.

—Eso es una maldita estupidez. Esta cuestión no tiene nada que ver con lo que ella dijo.

—¿De veras?

—No hace falta ser un genio para darse cuenta de que las cosas aquí no funcionan.

No me gusta todo ese misterio que rodea lo que está haciendo Curtis.

—No hay ningún misterio.

—No nos ha dicho nada. Sólo lo que quiso que supiéramos. Nada más.

Hacket apuró el contenido del vaso y lo dejó de golpe.

—Bueno, ahora iré a ver qué es lo que tiene que decir.

—No —se negó Sue, y trató de cortarle el paso, entrecerrados de rabia los ojos.

—Apártate de mi camino, Sue.

Ella extendió los brazos para que no pudiera pasar.

—Venga —dijo Hacket, quedamente, un poco inquieto por la mirada que despedían los ojos de la mujer—. Ya ves lo que esto nos está haciendo también a nosotros. Te lo he dicho, has cambiado.

—Siempre soy yo, ¿verdad? La culpa es mía. La cuestión es no afrontar tu propia culpabilidad. Me extraña que no le hayas echado a mi padre la culpa de la muerte de Lisa. Quiero decir que, si no hubiese ido a ver a mi padre al hospital aquella noche, tú

podrías haber podido disfrutar de tu esparcimiento adicional sin

preocupaciones posteriores. Yo hubiera estado en casa. Tú tendrías la conciencia tranquila.

—Quítate de en medio, Sue —conminó Hacket y la agarró por un brazo.

Ella giró en redondo, alargó la mano izquierda hacia su rostro, le clavó las uñas y le rasgó la mejilla.

Hacket silbó de dolor al sentir la carne desgarrada.

Sue trató de repetir el arañazo, pero él consiguió desviar el golpe, asió las muñecas de Sue y la mantuvo a raya.

Le sorprendió la fuerza de la mujer.

—Suéltame —aulló Sue, mientras intentaba desasirse.

Le propinó un puntapié en la espinilla y Hacket hizo una mueca de dolor. La empujó hacia atrás y se precipitó hacia la puerta. Pero Sue se le echó encima inmediatamente, cerró el puño sobre su cabellera y dio un tirón tan violento que arrancó varios mechones de pelo de la cabeza de Hacket.

Éste dio media vuelta y se las arregló para sujetar a la espalda los brazos de Sue. La levantó a peso y la llevó de nuevo a la sala de estar.

Cuando estaba a punto de dejarla caer en el sofá, Sue le escupió en la cara.

Hacket la miró, sorprendido y horrorizado por la ferocidad de sus reacciones.

La apartó de sí, como si la mujer tuviera alguna clase de enfermedad contagiosa.

De inmediato, mientras ella trataba de incorporarse, Hacket corrió hacia la puerta de la casa, la abrió y continuó su carrera en dirección al coche.

—No te acerques a Curtis —le chilló Sue desde la puerta.

Desde allí vio al automóvil arrancar y alejarse, hasta que la oscuridad engulló las luces traseras.

Sue lloraba desesperadamente, inundando sus mejillas de rabiosas lágrimas. Se apartó de la puerta, la cerró de golpe y se dirigió a la sala

de estar, sin que su furia se calmara lo más mínimo.

Atravesó la estancia hasta la ventana, lanzó una mirada a la noche, volvió la cabeza y sus ojos se posaron en el reloj de la repisa de la chimenea.

Las nueve y cuarenta y seis minutos.

Miró hacia el teléfono.

¿Debería avisar a Curtis?

Avanzaba hacia el aparato cuando desgarró su cuerpo el primer ramalazo de dolor.

CAPITULO 79

onald Mills consulto su reloj.

Las nueve y cincuenta cuatro minutos.

R Se quitó una partícula de carne de entre los dientes y la escupió sobre la alfombra del cuarto. Se acercó luego a la cama y retiró el 38 de debajo de la almohada. Se sentó en el borde de la cama, hundió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó seis balas. Volteó el cilindro y cargó cuidadosamente las recámaras. Hecho eso, encajó el cilindro en su sitio, lo hizo girar, levantó el arma con el brazo extendido al frente y dirigió la vista hacia el punto de mira y más allá.

No es que necesitase apuntar.

Tenía intención de acercarse.

Y además siempre contaba con el cuchillo.

Quería estar cerca de Hacket y también de la mujer.

Deseaba ver su dolor, sentir su agonía.

Lo mismo que había hecho con la hija. La idea del acto que había cometido ya y del que estaba a punto de cometer le provocó un principio de erección, que saboreó sonriendo al notar que se empalmaba.

Tal vez tuviese que amordazarlos, en el caso de que se oyeran sus gritos, razonó, lo cual le privaría de una de las partes más placenteras del ejercicio. Oírles implorar que no los matara.

Cercenaría los pechos a la mujer.

Ya lo había decidido.

Haría un corte profundo y le arrancaría ambos senos.

Obligaría a Hacket a presenciar el espectáculo, mientras él rebanaba las tetas una detrás de la otra. Luego la acuchillaría. Cinco, seis, siete. Doce veces. Quería verla morir despacio. Quería que Hacket lo viera también.

Después mataría a Hacket.

Le sacaría los ojos de las órbitas.

«Y si tu ojo te sirve de escándalo, arráncalo», rió.

Miró otra vez el reloj y se encaminó a la puerta. La cerró tras de sí, mientras notaba el revólver en el bolsillo y el cuchillo bajo el cinturón.

El trayecto en coche hasta la casa de los Hacket le llevaría un cuarto de hora, más o menos.

Eran las diez y un minuto.

CAPITULO 80

l Renault patinó ligeramente sobre la carretera cuando Hacket torció para que el vehículo tomase la avenida que conducía a la casa de Curtis. Al avanzar por allí, el chirriante sonido de la gravilla sustituyó a la suavidad del asfalto.

E

Un fuerte ventarrón azotaba el amplio jardín delantero y doblaba los recortados arbustos, obligándolos a formar ángulos tan violentos que parecía que los iba a extirpar de raíz.

Hacket oyó en torno al coche el silbido de los impetuosos ramalazos, pero su atención se concentraba en la propia casa.

Daba la impresión de que surgía de la misma noche. Sólo la oscura silueta indicaba que allí había un edificio, hasta que, finalmente, los faros del automóvil de Hacket iluminaron la fachada.

No se veía ninguna luz encendida dentro de la casa.

El profesor detuvo el coche ante la puerta frontal y observó automáticamente que el vehículo de Curtis no estaba a la vista. No había luces. No había automóvil. ¿No había nadie en casa? Se apeó del Renault y se dirigió a la puerta, mientras el viento le sacudía y le alborotaba la cabellera. Casi perdió el equilibrio, tal era el ímpetu de las ráfagas.

Pero, al final, llegó a la gran puerta de roble y llamó con energía. El sonido de la llamada murió con rapidez bajo el persistente ulular del viento.

No hubo respuesta.

Hacket volvió a llamar, esa vez con más fuerza.

Tampoco contestó nadie.

Se retiró de la puerta y alzó la vista hacia las ventanas. La escasa claridad natural que reflejaban los cristales le hizo pensar a Hacket en la mirada inmóvil de unos ojos ciegos. Miró a su alrededor, al tiempo que se preguntaba si la casa dispondría de entrada trasera.

Vio a su derecha un sendero que doblaba una esquina del edificio recubierto de hiedra. El profesor avanzó por él. Al dar la vuelta a la esquina, el viento se abalanzó contra él con redoblada ferocidad y Hacket tuvo que apoyarse en la pared durante un

segundo antes de reanudar la marcha. El sendero, ciertamente, llevaba a la parte posterior del edificio, pero, al igual que en la de delante,

Hacket no vio rastro de luz.

Se dijo que tal vez Curtis había salido a atender una llamada. Bueno, si tal era el caso, le esperaría. Aguardaría todo el tiempo que hiciese falta para hablar con aquel hombre, para descubrir qué diablos se llevaba entre manos, para averiguar qué había estado introduciendo en el cuerpo de Sue.

Hacket dio con la puerta trasera y la aporreó furiosamente, como si creyese que su arrebato propiciaría alguna clase de reacción.

Retrocedió unos pasos, anduvo a lo largo de la senda y atisbo por un par de ventanas. La oscuridad no le permitió distinguir nada. Con la frustración y la cólera aumentando en su ánimo, se apartó del edificio y echó un vistazo al jardín posterior, tan bien cuidado como el de la parte delantera. El perímetro de rocas, el césped del prado que descendía hacia el seto de alheña.

Hacket alzó las cejas y entrecerró los párpados en un intento de distinguir las cosas a través de la negrura.

A cierta distancia, en el seto de alheña, algo se movió.

Estaba seguro.

Quizás el viento agitó por allí los pulcramente recortados setos, pensó al principio.

Quizá.

Dio un par de pasos por el prado de césped, clavados los ojos en el punto donde tenía la certeza de haber captado el movimiento.

Fuera lo que fuese lo que había visto, se agitó de nuevo.

Hacket se quedó paralizado durante unos segundos, sin saber si avanzar o quedarse donde estaba. Tragó saliva y su indignación anterior se atemperó un poco al comprender que estaba violando una propiedad ajena. Si Curtis optaba por hacerlo, podría demandarle judicialmente.

En el cerebro de Hacket, las dudas se desvanecieron con la misma rapidez con que habían surgido. ¿Qué rayos importaba la intrusión en propiedad ajena? Tenía cosas más importantes de las que preocuparse. Además, si Curtis no ocultaba nada, tampoco tendría nada que objetar a aquella visita.

«¡Que le den por...!», pensó Hacket, y se dirigió al fondo del jardín, a la zona donde había vislumbrado movimiento.

Al acercarse al alto seto de alheña oyó el agudo sonido chirriante que el viento llevó hasta él.

Entrecerró los ojos de nuevo para escudriñar la oscuridad y a poco más de medio metro de él vio una oxidada verja de metal dispuesta en el seto.

Comprendió que era una especie de entrada, un portillo que giraba de un lado para otro, a merced de las impetuosas ráfagas de viento.

Hacket hizo una pausa al llegar a la verja y la sujetó con una mano para interrumpir el enloquecedor chirrido que producía el girar sobre sus goznes. Miró al interior de la zona protegida por el alto seto.

Un pequeño espacio ligeramente rectangular cubierto de hierba, con algunas flores.

Las flores aparecían esparcidas por el suelo, impulsadas desordenadamente por el aire.

Vio la losa de piedra en el centro de aquella superficie cuadrada.

Hacket pasó la verja, la cerró tras de sí, se adelantó hacia la piedra llana y la miró.

Incluso a tan escasa distancia era difícil leer las palabras que figuraban en el mármol. Se puso de rodillas y rebuscó en el bolsillo su encendedor. A pesar de todo, apenas lograba prender la llama, el viento volvía a apagarla. Hacket soltó un taco y se agachó más para distinguir las palabras de la losa. Al hacerlo, comprendió que se trataba de una sepultura.

Pasó la yema de los dedos por la superficie de piedra, casi como un ciego, y fue descifrando una a una, laboriosamente, las palabras.

MARGARET LAWRENSON

AMADA ESPOSA Y MADRE

FALLECIÓ EL 5 DE JUNIO DE 1965

Hacket frunció el entrecejo.

—Lawrenson —murmuró. No veía la relación.

Aún sopesaba meditativamente aquella anomalía cuando desde la parte delantera del edificio le llegó el ruido de un automóvil que se aproximaba.

Hacket se incorporó y echó a correr por el césped trasero, hacia la casa.

El ruido del motor aumentó en volumen, los neumáticos chirriaron sobre la gravilla de la avenida.

El maestro se pegó al muro del edificio y forzó la vista en dirección al paseo de acceso a la casa.

El doctor Edward Curtis frenó el coche frente a la puerta, apagó el motor y salió de detrás del volante.

Hacket observó. Expectante.

Curtis lanzó una mirada al automóvil de Hacket, pero no pareció dedicarle mucha atención, cosa que dejó perplejo al profesor. Por su parte, el médico se acercó a la puerta de entrada, introdujo la llave en la cerradura, la abrió y regresó al vehículo. Manipuló torpemente el llavero, seleccionó una de las llaves y la aplicó a la cerradura del maletero.

Hacket siguió observando, sin percatarse de que otros ojos le espiaban también a él.

La figura estaba al acecho.

Y esperaba.

CAPITULO 81

abrón!

-¡C Lo murmuró por lo bajo, mientras se oprimía el estómago con una mano y daba un respingo al sufrir un nuevo ramalazo de dolor. Pero no proyectaba su rabia sobre los dolores. Miró el teléfono y volvió a preguntarse si debía avisar a Curtis.

Informarle de que Hacket iba a verle. Consultó el reloj. No, seguramente aún no habría llegado a la casa del médico.

Respiró hondo, en tanto le daban vueltas en la cabeza todas las posibles escenas.

Una discusión. Tal vez llegaran a las manos. Trató de apartar de su imaginación aquellos pensamientos.

¿Por qué estaba su marido tan obsesionado con el tratamiento al que ella se sometía?

¿Por qué para él no era suficiente el don que representaba un hijo?

Sintió otra punzada de dolor, un latigazo que fue de la vagina al ombligo. Sue aspiró aire penosamente y se puso en pie, como si el movimiento aliviara la presión sobre su vientre.

Sólo parecía allí ligeramente hinchado, como si acabase de ingerir una copiosa comida, pero le pesaba. Sue lo notaba abotargado. Repleto. Daba la impresión de que el niño que albergaba crecía, no de un día para otro, sino de minuto en minuto. Su progreso hacia la madurez se aceleraba a un ritmo imposible de comprender.

Se acercó una vez más al teléfono y su mano planeó brevemente sobre el aparato.

¿Debía llamar a Curtis?

Trataba de decidirse cuando oyó que llamaban a la puerta.

Se quedó paralizada durante unos segundos, miró el teléfono y después hacia la puerta.

¿Podía ser su marido? ¿Se había dado cuenta por fin de la estupidez de su forma de reaccionar? Acaso aquella noche terminaría en reconciliación y no en furia. Aspiró profundamente una bocanada de aire y echó a andar hacia la puerta.

En el instante en que la abría comprendió que, de haber sido su esposo, hubiera utilizado su llave.

Ronald Mills le sonreía en el umbral.

Sue observó que el hombre llevaba la mano hundida en el bolsillo de la chaqueta, pero antes que ella tuviese tiempo de decir algo, la sacó de allí.

El 38 pareció inmenso cuando se lo puso ante la cara.

—No grite —gruñó Mills—. Limítese a entrar en la casa.

Sue obedeció y Mills la empujó por delante de él y franqueó el umbral.

La puerta se cerró a su espalda.

CAPITULO 82

l maletero del coche se abrió como unas enormes fauces metálicas y Hacket vio a Curtis inclinarse hacia adelante y coger algo de su interior.

E Algo bastante grande.

Algo que le costaba trabajo llevar.

El objeto tendría metro y medio de largo, acaso un poco mas, pensó Hacket. Iba envuelto en una manta.

Curtis permaneció inmóvil un momento, de pie allí, con el viento azotándole, mientras al parecer recurría a todas sus fuerzas para avanzar con la pesada carga.

La voluminosa carga.

Hacket entornó de nuevo los párpados a través de la oscuridad.

Aquello era lo bastante grande como…

—¡Dios! —murmuró.

Lo bastante grande como para que aquello fuese un hombre.

Curtis atravesó el umbral de la puerta de la casa y, al hacerlo, un extremo del objeto que llevaba tropezó con el marco. Hacket

retrocedió a la parte lateral del edificio, adosó la espalda a la fría piedra del muro y aspiró aire a fondo varias veces. Estuvo quieto allí varios segundos y luego asomó la cabeza por la esquina y escudriñó la avenida. Ni el menor rastro de Curtis. Aún no había vuelto para cerrar el maletero. Era evidente que su intención era dejar primero la carga dentro de la casa.

Hacket comprendió lo que procedía hacer.

Se deslizó hasta la puerta de entrada y se detuvo un instante en el umbral, envuelto en las tinieblas. Cuando entró, Curtis no se había molestado en encender la luz.

Hacket no oyó ruido alguno de movimiento dentro del edificio.

Franqueó la entrada y cerró la puerta, dejándola entornada y silenciando provisionalmente los salvajes aullidos del viento. Se detuvo en el zaguán y miró a su alrededor en la oscuridad.

A su derecha había una amplia escalera que parecía salida de una mansión señorial.

Ascendía rumbo a unas tinieblas aún más impenetrables.

A su izquierda, una puerta.

Estaba ligeramente entreabierta.

Hacket se acercó a ella despacio. Le llegaron ruidos del otro lado de la misma. Otra puerta que se abría. El golpe sordo de algo que chocaba contra la pared.

Se encontró en lo que supuso era la recepción de Curtis.

La puerta con el rótulo CONSULTORIO estaba abierta.

Atravesó el umbral y aminoró un poco el paso al llegar al corredor que enlazaba el despacho del médico con la sala de espera. Se movió con lentitud y trató de reducir al mínimo el rumor de sus pisadas sobre el suelo encerado.

Era como un ciego en un pasillo angosto. Ninguna luz le guiaba.

Y entonces notó el olor.

Hacket se quedó paralizado, con la garganta seca y el corazón latiéndole violentamente en el pecho.

Reconoció aquel olor.

Fuerte y cuprífero.

Al avanzar otro paso, el pie pisó algo húmedo, resbaló y Hacket casi perdió el equilibrio.

Retrocedió y bajó la mirada sobre el punto donde había patinado.

Se sacó el mechero del bolsillo y lo encendió.

Iluminada por la débil llama amarilla vio un charco de sangre de unos ocho centímetros de diámetro.

Había gotas a lo largo del corredor… conducían a la puerta del despacho de Curtis.

Hacket apagó el encendedor y siguió adelante. Su enojo inicial se había ido convirtiendo en inquietud y en algo más fuerte.

¿Miedo, quizá?

«¿A qué venía preguntárselo?», se dijo Hacket. ¡Era miedo!

Tenía ya la mano en el tirador de la puerta del médico cuando se dio cuenta de que se le habían puesto de punta los pelos de la nuca. Empujó suavemente la hoja de madera.

Se abrió, para poner ante sus ojos más oscuridad.

Y más sangre.

Había goteado sobre la alfombra. Hacket la vislumbró gracias al tenue resplandor de luz natural que se filtraba por la ventana del estudio.

Afuera, el viento se estrellaba contra los cristales, como si anunciara su deseo de irrumpir allí. El gemido de bruja maligna aumentó de volumen mientras Hacket lanzaba una mirada en derredor, que fue a posarse finalmente en otra puerta.

El interior de aquella casa era una especie de laberinto.

Se llegó a aquella puerta y miró al otro lado.

Había luz por allí.

Más allá y hacia abajo.

Comprendió que estaba mirando a un sótano, iluminado por hileras de poderosos fluorescentes instalados en el techo.

De Curtis, ni rastro.

Sólo las gotas de sangre que rociaban la escalera de la cueva.

Hacket aguardó, ojo avizor. Se retiró hacia atrás cuando el médico apareció a la vista, todavía cargado con la forma envuelta en la manta. Por último, la dejó encima de una mesita de ruedas y retrocedió, al tiempo que se limpiaba las manos con una toalla de papel que después estrujó y arrojó a un cubo de desperdicios.

Hacket estaba hipnotizado por el cuadro expuesto ante él, no podía apartar los ojos de aquella forma envuelta en la manta.

El viento seguía ululando y sus aullidos apagaban el rumor de la entrecortada respiración de Hacket.

De no ser por el viento, acaso hubiera oído las graves pisadas que sonaron en la amplia escalera y que descendían lentamente desde el piso situado encima de la planta donde él se encontraba.

CAPITULO 83

abía que iba a morir.

Sólo era cuestión de ¿cuándo?

S Pero la inevitabilidad de ese destino no lo hacía más aceptable y su miedo iba en aumento de segundo en segundo.

Sentada en una silla del aula, Sue Hacket tenía la vista fija en el hombre que la había capturado.

Ronald Mills la observaba con ojos furibundos. Sostenía el cuchillo con una mano; el 38 descansaba encima de un pupitre próximo.

La mujer estaba sorprendida por lo fácil que le había resultado a aquel individuo entrar en el colegio, con ella por delante, sin que, como Sue había esperado, sonaran las alarmas cuando abrió la puerta principal. Sólo el silencio acogió los deseos de Sue.

Nada de timbres. Nada de pánico.

Ni salvadores que acudiesen al rescate.

Mills la había arrastrado por la desierta escuela, a lo largo de pasillos, escaleras arriba, para acabar empujándola dentro de una clase y lanzándola sobre una silla.

Luego se sacó un cordel del bolsillo y la ató a la silla. Apretó tanto las ligaduras que el cáñamo se le clavó en las muñecas y en los tobillos. Cuando bajó la cabeza, vio sangre deslizársele por los pies. En la oscura penumbra del aula, parecía negra.

—Supongo que se preguntará quién soy —fueron las primeras palabras de Mills después de haberla llevado a aquel lugar.

Sue intentó tragar saliva, pero el nudo que tenía en la garganta se lo impidió.

—Bueno, ¿no se lo pregunta?

La mujer asintió con la cabeza.

Mills se le acercó y puso la punta del cuchillo frente a la cara de Sue. La punta tocó la mejilla de Sue y después ascendió suavemente, casi amorosamente, hacia el ojo.

Sue cerró los párpados y apretó los dientes para soportar mejor la agonía que iba a abatirse sobre ella a continuación.

Mills puso la punta del cuchillo en la comisura de los párpados.

—Ábralos —susurró.

La mujer no podía. Los párpados continuaron apretados, como si la delgada lámina de carne tratara de protegerse de la afilada punta del cuchillo.

—¡Abra los ojos! —ladró Mills.

Sue empezó a levantar los párpados despacio y las lágrimas comenzaron a formarse y a resbalarle por las mejillas.

—Eso está mejor —sonrió Mills—. Veamos, ¿no quiere ver la cara del hombre que mató a su hija?

Sue notó que se le contraía el estómago y tuvo la sensación de que le envolvían el cuerpo en un sudario glacial.

A través de las lágrimas que colmaban sus ojos, Sue miró a Mills, que mantenía el cuchillo con la punta apoyada en la mejilla de la mujer.

—Ahora nos vamos a quedar sentaditos aquí, a esperar —dijo Ronald Mills y fue bajando el cuchillo hasta la boca de Sue. Pasó la punta por el labio inferior de la mujer—

. Sentados aquí, esperando a su marido.

CAPITULO 84

acket dio un paso hacia adelante al ver a Curtis coger la esquina de la manta.

Desde su posición en lo alto de la escalera del sótano, Hacket quedaba oculto a la vista del médico, pero podía ver lo que pasaba abajo. Continuó observando, con H el corazón acelerando sus latidos en el pecho.

Curtis dio un tirón y retiró la manta.

Hacket sofocó un jadeo.

Tendido en la mesa apareció un hombre, de unos cuarenta y cinco años, calculó Hacket, cuya camisa y pantalones estaban salpicados de sangre.

El estilete de doble filo aún sobresalía del ojo derecho del cadáver.

Mientras Hacket contemplaba la escena, Curtis cogió el arma, tiró de ella y la fue sacando con infinito cuidado. Dejó el estilete en una mesa que tenía al lado, secó con una toalla parte de la sangre de la hoja y luego se quitó la chaqueta y la dejó colgada en el respaldo de una silla.

Una vez cumplida aquella sencilla tarea, regresó junto al cadáver y recurrió a todas su fuerzas para darle la vuelta y dejarlo boca abajo.

La sangre del ojo atravesado goteaba sobre la camilla.

Curtis tiró hacia sí de otro carrito, más pequeño, y Hacket vio la docena de piezas de instrumental quirúrgico que tenía encima. Mientras Hacket espiaba, el médico tomó un escalpelo: luego, meticulosamente, separó el pelo del cuello del cadáver y apoyó la punta del escalpelo en la nuca, cerca de la base del cráneo.

La hoja, afilada como una navaja barbera, atravesó sin dificultad la carne y el músculo. Brotó más sangre de la incisión.

Hacket rechinó los dientes al ver a Curtis alargar la mano para tomar

una hoja mayor.

No podía verlo, pero el repugnante chirrido que ascendía del sótano le hizo comprender que la hoja tenía corte dentado de sierra.

Curtis accionó aquella herramienta con mano experta y, finalmente, retiró un trozo de hueso occipital de unos cinco centímetros de ancho y siete centímetros y medio de longitud. Lo dejó caer en una bandeja metálica que tenía cerca.

Desde su ventajosa atalaya, Hacket vio que la base del cráneo de la víctima estaba al aire y necesitó toda su fuerza de voluntad para no ponerse a devolver. Se agarró a la puerta, para ocultarse detrás de ella, una parte de sí mismo deseando echar a correr, alejarse de aquella escena de matadero, y otra ordenándole, obligándole a seguir allí.

Magnetizado por lo que estaba presenciando. Curtis cortó la médula espinal con lo que Hacket recordaba eran unos alicates.

El chasquido del hueso al romperse resonó en el ámbito del sótano como la detonación de un arma de fuego y la cabeza del hombre tendido sobre la mesa cayó hacia adelante, al quedarse sin la sujeción de las vértebras cervicales.

Hacket vio rezumar la sangre del cráneo abierto, parte de la cual cubrió las manos de Curtis mientras trabajaba, aunque el hombre parecía no darse cuenta de aquella exudación carmesí.

El médico tomó una pinzas y otro escalpelo, introdujo profundamente las dos puntas gemelas de las pinzas en el denso tejido rosagrís del cerebro y atenazó algo dentro de los ensangrentados pliegues.

Curtis sonrió al coger la glándula pituitaria entre los picos de las pinzas. Un tirón rápido y la glándula quedó libre. La mantuvo frente a sí como una especie de trofeo, admiró el hinchado y goteante órgano durante unos segundos y luego lo depositó en un tarro lleno de líquido claro.

Hacket ya no pudo resistir más.

Giró en redondo y se precipitó al despacho del médico, con la única idea de salir inmediatamente de aquel lugar, de ir a explicarle todo aquello a la policía.

De contárselo a su esposa.

Sue. Sue. ¿Qué le había hecho Curtis a Sue?

Hacket resbaló en la alfombra, fue a parar al suelo, pero consiguió incorporarse, sin importarle ya que Curtis lo oyese. Atravesó la puerta y salió al pasillo, rumbo a la recepción y al vestíbulo situado más allá.

Si pudiese llegar al coche…

Oyó ruido de pasos a su espalda, oyó a Curtis subir corriendo la escalera del sótano.

Hacket abrió de un tirón la puerta que daba al zaguán, volvió la cabeza, convencido de que dejaría atrás al médico. Medio sonreía cuando irrumpió en el vestíbulo.

Chocó con la figura.

Estaba ante él, le cortaba el paso, le impedía llegar a la puerta de la fachada.

Hacket sólo pudo reaccionar de un modo al ver aquella figura.

Los ojos amenazaron con salírsele de las órbitas, retrocedió y, al mismo tiempo, prorrumpió en un alarido que se prolongó hasta que los pulmones estuvieron a punto de estallar.

CAPITULO 85

o lo comprendo —dijo Sue Hacket en voz baja, con las lágrimas rodando por sus mejillas—. ¿Por qué hace esto?

-N

Ronald Mills se arrancó un trozo de costra de la mano izquierda y le dio vueltas entre el pulgar y el índice a la partícula de carne endurecida.

—¿Por qué mató a Lisa? —insistió Sue.

—¿Qué importa eso? —contestó Mills con otra pregunta, plegados los labios en una tenue sonrisa—. Es agua pasada.

Se acercó a Sue, le tocó el hombro y se lo apretó con firmeza durante un momento, como si se dispusiera a darle un masaje. Pero lo que hizo fue clavar el nudillo del dedo índice en el hueco contiguo a la clavícula de la mujer y hundirlo con fuerza hasta que Sue hizo una mueca de dolor.

—Era muy guapa su hijita —dijo Mills—. Y muy tranquila, también.

Sue no pudo contener las lágrimas mientras el individuo empezaba a acariciarle la nuca y a pasarle su torpe manaza entre los cabellos de la melena.

—Cuando entré en su habitación no hizo el menor ruido —continuó Mills—. Ni siquiera cuando me subí a la cama y me puse a su lado.

—Por favor —rogó Sue, que no quería escucharlo.

—Le pregunté su nombre y me lo dijo. Lisa. Qué nombre más bonito.

Procedió a tirar del pelo a Sue y después su mano libre se deslizó por la pechera de la blusa de la mujer, hacia los senos.

—Basta —sollozó Sue.

—Empezó a alborotar un poco cuando saqué el cuchillo —dijo Mills—. Creo que entonces estaba llorando. Por eso tuve que taparle la boca con la mano.

Las lágrimas eran una riada que descendía por el rostro de Sue. Goteaban del mentón y algunas caían sobre el dorso de la mano de Mills, entregada incansablemente

al sobo. Acababa de cerrarse en torno a uno de los pechos de la mujer

y lo apretó hasta que Sue gimió de dolor.

—Intentó chillar cuando empecé a usar el cuchillo —dijo Mills en tono sosegado, vibrante ahora su erección contra la parte interior de la tela de los pantalones—. Pero la hice callar. —Sonrió—. Le puse el filo del cuchillo en la garganta. Tenía usted que haber visto cómo abrió los ojos. Fue como si tuviera una especie de resorte dentro de la cabeza. Empujé más el cuchillo y sus ojos se abrieron todavía más. Cuanto más apretaba el cuchillo, más se abrían los ojos de la niña. Pensé que iban a salírsele de la cara.

Sue sollozaba ya de manera incontrolable. La mano de Mills seguía manoseándole los pechos.

—Y cuando me la tiré —suspiró, soñadoramente—. Tan estrecha. Tan encantadoramente estrecha.

—Es un pervertido demente —lloriqueó Sue. Sus lamentos se disolvían en sollozos torturados.

—¿De veras soy eso? —preguntó Mills, y se echó un poco hacia atrás —. ¿Puede un majareta hacer lo que he hecho yo? ¿Seguirles la pista a usted y a su marido hasta este sitio, planear la venganza como la he planeado?

Sue meneó la cabeza, ardientes las mejillas, nublados los ojos.

—Voy a matar al cabrón de su marido —anunció Mills—. ¿Sabe por qué?

La mujer continuó llorando.

—¿Lo sabe? —rugió Mills.

—¡No! —chilló Sue a su vez, entre agitados temblores de todo el cuerpo.

Mills se adelantó, sin dejar de blandir el cuchillo. Lo puso bajo la barbilla de Sue y apretó lo justo para que la punta le atravesara la piel. Una gota de sangre se deslizó por la garganta de la mujer.

—Porque mató a mi amigo. El único amigo que he tenido en toda la vida. Su esposo le mató. Le hizo caer bajo las ruedas de un tren. Y yo lo vi. Vi lo que hizo y ahora va a tener que pagarlo.

—Aún no nos ha causado bastante daño —sollozó ella.

Mills le dedicó una mueca retorcida.

Empezó a desabrochar la blusa de Sue.

—¿Bastante? —siseó, con una débil sonrisa en el rostro—. No he hecho más que empezar.

CAPITULO 86

acket estaba seguro de haber perdido la cordura.

Se había vuelto loco, ésa era la única respuesta.

H Un hombre en su sano juicio no vería lo que él estaba viendo en aquel instante.

Retrocedió arrastrándose por el suelo, mientras la figura avanzaba un paso hacia él.

El profesor intentó levantarse, pero, al parecer, con la caída desapareció toda la energía de su cuerpo. Notó que los intestinos evacuaban por su cuenta y que el pelo de la nuca se le había puesto de punta. Meneó la cabeza despacio y se preguntó si de verdad estaba descubriendo la locura.

El ser que tenía delante no era como los que aparecen en las pesadillas. Ninguna mente, por enferma que estuviese, podía idear una imagen como la que se encontraba frente al profesor. Ninguna pesadilla podía ser tan depravadamente monstruosa.

Más de metro ochenta y dos de estatura, noventa y cinco kilos y pico de peso. Un hombre gigantesco. ¿Hombre? El atormentado cerebro de Hacket se corrigió. Aquel engendro que tenía frente a él no era un hombre.

Sobre las dos piernas que lo sostenían, el torso parecía demasiado grande, excesivamente pesado para que lo trasladasen incluso extremidades tan gruesas como las que Hacket veía.

Su piel era pálida, sólo oscurecida en los antebrazos por el vello negro que los cubría. Hacket observó que todos los músculos estaban claramente definidos. Manos que parecían jamones remataban unos brazos demasiado largos, no del todo simiescos, pero casi. El torso parecía ensancharse al llegar al pecho, y allí, bajo la camisa de algo semejante a gasa que vestía la figura, Hacket distinguió diversas abultadas excrecencias.

Una en la tetilla derecha, otra en el hombro izquierdo.

Pero fue la cabeza lo que, al verla, le impulsó a soltar un lamento gemebundo.

¿Cabeza?

No una, sino dos. Unidas por la sien.

Cuatro ojos perfectamente formados clavaron en él una mirada glacial.

Las bocas se abrían simultáneamente y, de haber estado Hacket en situación de razonar, tal vez hubiese comprendido que el cuerpo lo gobernaba un solo cerebro. Las cabezas eran calvas, agraciadas sólo con unos ralos y escasos mechones de algo parecido a hilos de telaraña, como el pelo de los viejos.

Un bulto del tamaño de un puño sobresalía en la mejilla derecha de la cabeza izquierda. Otro le brotaba en el cráneo. Alrededor de los ojos, la carne aparecía abotargada, era casi licuescente, como si estuviese llena de fluido a la espera de reventar. Las excrecencias parecían enormes furúnculos, repletos de pus y listos para estallar.

La figura dio otro paso en dirección a Hacket, que había conseguido incorporarse hasta quedar de rodillas y daba la impresión de estar rezando.

Vio que se le acercaba la figura, cuya penetrante mirada estaba fija en él. A Hacket, la cabeza seguía dándole vueltas, pero en algún punto del fondo de la locura una nota de razón le dijo que estaba contemplando a unos hermanos siameses. Dos cuerpos a los que sólo sostenían un par de piernas. Dos entes en un solo cuerpo.

El ser alargó el brazo y una mano poderosa levantó a Hacket, le puso en pie.

—¿Qué es lo que quiere?

Las dos bocas se movieron al unísono, las palabras salieron crispadas, pero perfectamente claras, nada de articulación deficiente o titubeante. Al proceder de una fuente tan monstruosa, sonaban de lo más incongruente.

Hacket no fue capaz de responder. Todo su cuerpo se estremecía.

Se abrió una puerta a su espalda, pero casi ni se percató de ello.

Curtis se precipitó en el vestíbulo y moderó sus prisas al ver que ya habían cortado el paso al maestro.

El médico inclinó la cabeza y los gemelos arrojaron a Hacket a un lado.

Chocó pesadamente contra la pared y allí se quedó, con Curtis erguido ante él.

—Esto es allanamiento de morada, señor Hacket —manifestó Curtis calmosamente—. ¿Se da usted cuenta?

—¿Qué infiernos está ocurriendo aquí, Curtis?

—jadeó Hacket, y su mirada volvió de nuevo a la otra figura—. ¿Qué es eso?

Los gemelos se adelantaron llenos de indignación, paro Curtis se interpuso entre la figura y Hacket.

—Eso, señor Hacket —silabeó el médico en tono colérico—, es mi hermano.

Hacket estalló en una risa incontrolable. Rebosantes de lágrimas los ojos, se preguntó si no sería aquello el principio de la locura. Aquélla era la risa del demente.

Curtis le miró impasible.

Hacket se secó los ojos y miró al médico airadamente.

—Uno de sus jodidos experimentos, ¿no es eso? —gruñó—. Producto de su tratamiento. El mismo tratamiento que ha aplicado a mi esposa. ¿Eso es lo que dará a luz?

Señaló a los gemelos.

—Debo matarle ya —manifestó la figura quedamente.

Hacket tragó saliva, de nuevo estupefacto ante la voz.

—¿Matarme como mató usted a ese pobre, desgraciado del sótano? —siseó Hacket, con la mirada sobre Curtis—. ¿Quién es? ¿Por qué le mató?

—Digamos que es un donante —sonrió Curtis.

Hacket pareció perplejo.

—No puedo esperar que un hombre de su limitada capacidad lo entienda, señor Hacket. Pero puede que, al menos, le deba el privilegio de una explicación. Aunque dudo que signifique gran cosa para usted.

Curtis miró a los gemelos.

—Tráele.

Hacket se incorporó pero, en cuanto estuvo en pie, la otra figura le cogió, un brazo de impresionante fuerza se cerró en torno a su garganta y la otra mano le agarró por la parte posterior de la cabeza.

—Trate de resistirse —advirtió la figura en tono tranquilo— y le romperé el cuello.

Cuando tiraban de él, arrastrándole hacia atrás, Hacket sintió contra la espalda las abultadas excrecencias pectorales.

Curtis encabezó la marcha hacia el sótano, seguido del monstruo y de Hacket.

—Es hora de que se entere de algunas cosas, señor Hacket —le sonrió Curtis—.

Tendrá que sentirse honrado.

—¿Y cuando me haya enterado? —preguntó Hacket. La presión que se ejercía sobre su tráquea le obligó a un gran esfuerzo para pronunciar las palabras.

Curtis no respondió.

Iniciaron el descenso al sótano.

CAPITULO 87

l olor que despedía el cadáver mareó a Hacket, pero inmovilizado como estaba por la figura ni siquiera pudo moverse. En su desvalimiento, no pudo hacer más que contemplar el cadáver, atraída la mirada por el orificio abierto detrás del cráneo.

E Observó luego la pequeña glándula que flotaba en el líquido de color claro del tarro.

—La muerte produce vida —sentenció Curtis, sonriente, al tiempo que señalaba el cadáver y, luego, la glándula—. Por recurrir a la frase hecha.

—¿De qué está hablando, Curtis? —le preguntó Hacket con aire cansino.

—Hablo de esperanza, señor Hacket. De algo que ni usted ni su esposa tenían, hasta que me presenté yo.

—¿Qué le ha hecho a mi esposa? —rechinó Hacket.

Trató de liberarse pero lo único que consiguió fue comprobar que las poderosas manos que lo sujetaban se lo impedían.

—Lo que ella quería que le hiciera. Le he dado esperanza. Lo mismo que a docenas de mujeres a lo largo de los años. Mujeres que no podían tener hijos. Mujeres que, gracias a mí, ahora son madres. —Levantó el tarro—. Y todo gracias a esto.—¿Qué es?

—La glándula pituitaria. La fuente de las hormonas del desarrollo del cuerpo.

Procuraré explicárselo de modo sencillo, señor Hacket, para que al final no suene esto a médico loco. —Sonrió—. El sitio de esos personajes son las películas de terror.

—Y el de usted es la cárcel, asesino hijo de puta —profirió Hacket—. ¿Qué me dice de ese desdichado que está ahí tendido? ¿Qué hay de ese hombre? ¿Dónde está su esperanza?

—Le dije que lo plantearé con la máxima sencillez. También seré breve. Mi padre empezó esta obra hace más de cuarenta años, por encargo del Gobierno británico. El proyecto se llamaba «Génesis». El nombre, lo sé, no significará nada para usted. —

Curtis volvió a sonreír—. Salvo, quizás, en su sentido bíblico. Pero era un nombre adecuado. El Génesis describe la creación de la vida, y eso era lo que el proyecto Génesis pretendía. Mi padre perfeccionó una droga de la fertilidad, a partir de glándulas pituitarias humanas, debidamente tratadas y refinadas. Aplicada en las dosis

debidas reduciría el período de gestación de nueve meses, dejándolo en tres. En cantidades mayores, tal vez incluso lo dejaría en cuatro semanas. Y dio resultado. —El tono del médico se endureció—. Hizo lo que le ordenaron que hiciese. El Gobierno, Churchill en particular,

sabía que los alemanes nos invadirían después de Dunkerque.

También sabía que no disponíamos del número suficiente de hombres para hacer frente a una invasión. Necesitaban a mi padre y su trabajo. Una vez las mujeres hubiesen dado a luz, a los niños se les inyectarían regularmente dosis de la droga y su crecimiento, fuera ya del seno materno, sería tan rápido como el que experimentaron durante la gestación.

—Está usted loco y esto lo confirma. Y lo mismo digo de su puñetero padre —

declaró Hacket.

El monstruo le retorció la cabeza violentamente y Hacket sufrió un ramalazo de insoportable dolor en la nuca y en el cráneo. Abrió la boca para chillar, pero ningún sonido salió de su garganta.

—Dos centímetros más y se encontrará con el cuello roto —dijeron las dos bocas gemelas, acercándosele al oído y moviendo los labios despacio.

Curtis alzó una mano para que el otro aflojara la presión y Hacket sintió que la fuerza disminuía un poco. Estrellas blancas bailaban ante sus ojos y, durante uno segundo, creyó que iba a perder el sentido, pero logró conservar el conocimiento y escuchar las explicaciones de Curtis.

—Nada de locura, Hacket. Sólo inteligencia superior. Pero ellos no lo vieron así. Los hombres que habían recurrido a su genio, a su competencia profesional, se aterraron ante el éxito de los experimentos. Algunos niños nacieron con deformaciones. Como mi hermano. Mentalmente eran perfectos, pero su apariencia física era inaceptable. —

Revistió de sarcasmo la última palabra—. Ordenaron a mi padre que suspendiera su trabajo. Él se negó, así que lo asesinaron. —Vibró el nudo de músculos de la parte lateral de la mandíbula del médico—. Mi madre se quedó sola. En aquellas fechas estaba embarazada, de mí y de mi hermano. Ella nos crió a los dos. Protegió a mi hermano y me envió a mí a la facultad de Medicina. En el momento oportuno, me pasó las notas de mi padre. Yo continué su obra. Y si han de morir algunas personas en el curso de los trabajos, mala suerte. Unas cuantas vidas humanas apenas son unas gotas en el océano. Además, por cada una que muere, otra ocupa su lugar. Un niño que se presenta donde jamás hubiera nacido. Esperanza donde sólo había tristeza.

—La tumba del jardín trasero —dijo Hacket serenamente—. ¿De quién es?

—Nuestra madre. Margaret Lawrenson. Cuando nacimos, nos inscribió con su apellido de soltera. Curtis. Para ella era mejor descansar ahí que hacerlo entre seres como los que mataron a mi padre. Los hipócritas y los escépticos.

—¿Y su madre le apoyó? ¿Sabía lo que estaba haciendo? ¿Sabía que mataba usted a seres humanos? —preguntó Hacket.

—Sabía que era preciso sacrificar vidas para que la obra de mi padre diera frutos.

Tenía fe, Hacket. Creía en mi padre, creía en mí.

—Y los niños que nacieron merced a su tratamiento… ¿Qué les ocurrió?

—Todos están bien. Todos rebosantes de salud. Hay un efecto secundario, sin embargo. La introducción en sus sistemas de tanta hormona de crecimiento parece estimular otras zonas de su cerebro. Si no se les aplica un tratamiento regular, caen en el canibalismo.

—¿Y sus padres conocen ese detalle? —jadeó Hacket.

—Lo saben y lo aceptan, señor Hacket. ¿Cómo dice el lugar común? Ah, sí el amor todo lo puede. Incluido el conocimiento de que el hijo de uno puede asesinar. —Sonrió de nuevo.

—¿Cómo es que la policía no le ha descubierto aún?

—Si le digo que la esposa del inspector local fue una de mis pacientes, ¿explicaría la razón? —Otra sonrisa de Curtis—. La verdad es que tienen una hija que es una auténtica preciosidad. Está a punto de cumplir los quince.

Hacket sacudió la cabeza, apretados con fuerza los párpados.

—Está loco —murmuró—. Todo este asunto es demencial. Weller lo comprendió así,

¿verdad? El hombre que habitó la casa antes que yo. Lo sabía, ¿no?

—Muy astuto, señor Hacket. Por desgracia, Weller no estaba preparado para llevar la clase de vida que exige la protección de su hijo. Fue un desagradecido. Y un estúpido.

Muerto está mejor. Le di lo que deseaba y lo destruyó.

—No permitiré que le suceda a mi esposa. No la dejaré alumbrar ese hijo.

Curtis meneó la cabeza y suspiró.

—Me temo que no tiene elección, señor Hacket —dijo, sombrío el tono —. Además, ya es demasiado tarde para interrumpir el proceso.

CAPITULO 88

os dolores eran cada vez más agudos.

Cada nueva contracción provocaba a Sue Hacket una mueca de dolor más L crispada. Tenía la sensación de que alguien le arrancaba los intestinos a través del ombligo con unas tenazas al rojo vivo. El abrasador sufrimiento se extendía también a la vagina y se cambió de postura en la silla en un intento de aliviar en lo posible aquel creciente tormento.

Ronald Mills paseaba nerviosamente de un lado a otro de la clase a oscuras. No dejaba de mirar por la ventana y de consultar el reloj, alternativamente. Soltó un taco entre dientes y cruzó el aula en dirección a Sue.

—¿Dónde está? —siseó—. ¿Dónde está el cabrón de su marido?

La mujer apretó los dientes al sacudirle el cuerpo una nuevo ramalazo de dolor.

—No lo sé —rezongó.

—Puta embustera —insultó, y le propinó una bofetada.

El golpe, descargado con el revés de la mano, le cruzó la mejilla izquierda. Fue tan violento que casi la derribó contra el suelo.

—¿Dónde está? —repitió Mills.

—No lo sé —gimió Sue, impotente. El dolor de la parte baja del abdomen eclipsaba el que pudiera producirle la bofetada. Le entró a la boca el sabor de la sangre cuando la lengua pasó por el labio inferior.

Mills empuñó el cuchillo, apoyó la punta en el pecho de Sue y la apretó contra los senos de la mujer. Frotó la hoja sobre el pezón izquierdo, que se puso rígido al frío contacto del acero. Mills sonrió.

Notaba ya los iniciales hormigueos de la erección.

Pensó en lo fácil que sería cortar de un tajo la yema de aquel pezón. La idea le excitó todavía más. No. Quería que Hacket lo viese. Quería que presenciara el agónico sufrimiento de su esposa, que la viera sangrar. Que la oyese implorar la muerte.

Y luego le tocaría el turno a Hacket.

Mills llevaba mucho tiempo esperando aquel instante y tenía intención de paladearlo.

Vio a Sue doblada sobre sí misma, víctima de una nueva sacudida de dolor. Mills la agarró por el pelo, tiró y la obligó a levantarse para que él pudiese mirarle a la cara. Las lágrimas volvían a descender por las mejillas de Sue.

—Quiero saber dónde está su marido —silabeó Mills amenazador.

—Le repito que no lo sé —sollozó Sue—. ¿Por qué no me cree?

Mills bajó el cuchillo, cortó el cinturón de la falda y apartó la tela, para dejar a Sue en bragas. Después introdujo el filo del cuchillo entre la goma y la carne, e hizo caer también las bragas.

Sue siguió llorando, expuesta ahora a la mirada lasciva de aquel individuo.

—No creo que pueda esperar mucho más —sonrió Mills, mientras sus aprobadores ojos recoman el cuerpo desnudo de Sue.

El miembro erecto vibraba dolorosamente bajo la bragueta, sometido a la presión de la tela.

—Me temo que tendré que empezar sin él.

CAPITULO 89

acket sabía que necesitaba liberarse, pero parecía una misión imposible.

Eso se lo recordaba continuamente la presión que sentía en la garganta y en la H nuca.

Curtis observó al profesor durante unos segundos.

—¿Qué esperaba conseguir viniendo aquí esta noche? —acabó por

preguntarle—. Si lo que pretendía era conocer la verdad, al menos eso sí lo ha logrado.

Los brazos de Hacket le colgaban a los costados, ya no se resistía a la presión de la nuca, simplemente permanecía allí, medio inclinado hacia adelante, medio sostenido por la enorme fuerza del monstruo.

—Y ahora que conozco la verdad —preguntó Hacket—, ¿va a matarme?

—¿Qué otra opción me queda? —replicó Curtis—. Le ofrecí algo mucho más precioso de lo que podía imaginar, a usted y a su esposa, pero no podía contentarse con eso.

—¿Cuántas personas tendrá que matar, Curtis, para seguir con esta condenada locura?

—Tantas como haga falta. Las personas como usted son las que están locas, no yo —

dijo Curtis, apuntando con el índice, en plan acusador, al maestro—. Lo que hago, lo hago en bien de los demás. Como dije antes, se han de sacrificar vidas.

—Muy noble —ironizó Hacket—. ¿Qué me dice de los familiares de las personas que mata? ¿Ha pensado alguna vez en lo que pueden sentir? Usted causa dolor, Curtis. Para eso es para lo único que sirve.

Tanto dolor.

Curtis miró a su hermano e inclinó la cabeza.

Hacket notó que se acentuaba la presión sobre su cuello.

Fue entonces cuando llevó las manos hacia atrás y las cerró sobre los testículos del monstruo, apretando los puños todo lo que pudo, agarrando los testículos con la máxima crueldad de que era capaz y arrancando al deforme ser un aullido de dolor.

Hacket rechinó los dientes y todavía apretó más, al tiempo que empujó hacia atrás al monstruo.

Éste volvió a aullar y ambos fueron a parar al suelo.

Hacket sintió que se soltaba la presa en torno al cuello.

Se puso en pie trabajosamente y se revolvió con rapidez para asestar

un puntapié a la entrepierna de su caído captor. Giró para quedar de cara a Curtis, que se precipitaba hacia él, con el estilete en la mano.

El médico lanzó una cuchillada y Hacket gritó su dolor cuando la hoja atravesó la tela de la camisa y le produjo un corte en el antebrazo. Brotó la sangre de la herida y Hacket dio un salto hacia atrás y eludió así la manaza del monstruo, que intentaba agarrarle. El engendro se levantaba, con ánimo de bloquearle el paso.

Hacket largó la pierna de nuevo y la patada alcanzó el pecho del ser caído, pero su impacto apenas se dejó sentir.

Curtis volvió al ataque, la hoja del estilete rasgó la camisa y se clavó esa vez en la espalda de Hacket.

El maestro chilló de dolor al hundirse la hoja en su omoplato. La herida se abrió como una boca y derramó más sangre sobre la ya empapada tela. Hacket cayó hacia adelante y fue a estrellarse contra una bandeja de instrumental. Escalpelos, fórceps y jeringuillas se esparcieron por el suelo y Hacket cogió un escalpelo y se volvió para plantar cara al monstruo, al que ya tenía delante.

Descargó un golpe a ciegas, pero el afilado corte hizo carne en la pantorrilla y el ser emitió un alarido. Dio un traspié, con la sangre saliendo a borbotones de la herida. Parte de esa sangre roció a Hacket, que trataba de llegar a la escalera del sótano.

Se puso en pie como pudo y acuchilló de nuevo al gemelo.

Las dos bocas se abrían simultáneamente para expresar a voces su dolor cuando el escalpelo hendía la mano extendida. Un corte en la palma que permitía ver el hueso y que, a la vez, casi separó del todo el dedo pulgar.

Hacket retrocedió, Curtis y su hermano avanzaron hacia él, la sangre de las heridas goteaba sobre el piso. El brazo izquierdo de Hacket empezaba dar síntomas de insensibilidad en el punto donde Curtis lo había acuchillado, pero el profesor empuñaba el escalpelo con la diestra y sus ojos iban de uno a otro de los atacantes, a la espera de la inevitable acometida.

Pero entonces decidió jugársela a la posibilidad de huir, dio media vuelta y echó a correr hacia la escalera.

Había llegado al quinto escalón cuando el monstruo le alcanzó.

Hacket sintió que una enorme manaza le agarraba el brazo y tiraba de él hacia atrás.

Sin embargo, al caer, Hacket giró sobre sí, con al escalpelo por delante, y lo clavó en el costado de su atacante.

Brotó más sangre, esta vez de la nueva herida, y Hacket recibió parte de ella mientras bregaba para ponerse en pie y observaba a Curtis, que se disponía a descargar otra cuchillada.

El estilete surcó el aire de arriba abajo, y rasgó la mejilla de Hacket. Notó el caliente líquido discurrir rostro abajo y comprendió que el chirlo era profundo. Al aspirar tuvo conciencia del frescor del aire que siseaba a través de la herida.

Curtis trató de sacarle partido a su ventaja, pero Hacket se agachó y esquivó el siguiente tajo, lanzó un golpe de abajo arriba y alcanzó al médico en el muslo. Enterró el escalpelo tan profundamente que notó el chirrido de la punta al tropezar con el fémur de Curtis.

Las hoja continuó hundida en la carne, vibrando allí, mientras Curtis dejaba caer su escalpelo para intentar arrancarse el que le había clavado Hacket.

El chorro de sangre que manaba de la herida hizo pensar al médico durante unos segundos que la cuchillada había interesado la arteria femoral. Se olvidó fugazmente de todo lo que se refería a Hacket, para concentrarse en la tarea de arrancar del muslo la hoja del escalpelo. Al lograrlo por fin, emitió un grito de dolor.

Con la garganta llena todavía de la sangre de la mejilla atravesada, Hacket trepó por los peldaños y consiguió llegar a lo alto de la escalera del sótano. Corrió todo lo rápido que pudo, tropezó aquí y allá, mientras se esforzaba por superar el mareo, con la cabeza dándole vueltas.

El monstruo, de cuya herida del costado seguía manando abundante sangre, le siguió.

Curtis continuaba al pie de la escalera. Empleaba un pañuelo en su intento de cortar la hemorragia del muslo.

Hacket atravesó la casa dando traspiés. No ignoraba que su única esperanza residía en salir de la casa, llegar al coche y alejarse de aquella locura.

Cruzó entre resbalones la sala de espera y salió al vestíbulo.

El monstruo de cabezas gemelas le siguió.

Hacket se abalanzó sobre la puerta de la calle y tiró de ella.

Estaba cerrada con llave.

Golpeó frenéticamente la pesada hoja de madera como si tratara de astillarla y abrir una brecha.

El monstruo llegó al vestíbulo un segundo después.

Hacket se volvió y observó las dos bocas que se curvaban simultáneamente hacia arriba en una mueca de triunfo.

—Nunca debió venir aquí —dijo el engendro, con la mano apretada sobre el costado herido.

Hacket se mantuvo junto a la puerta. Empuñaba otro escalpelo que había recogido precipitadamente en el sótano, respiraba a base de jadeos entrecortados y el aire siseaba al atravesar el terrible tajo de la mejilla derecha.

Mientras el monstruo avanzaba lentamente, Hacket lanzó una mirada a la izquierda y vio otra puerta.

De súbito, saltó hacia allí, franqueó la entrada y se encontró en lo que supuso era una sala de estar.

El monstruo le siguió, al tiempo que le gritaba algo.

Había una amplia ventana salediza en aquel salón y Hacket supo automáticamente lo que procedía hacer. No contaba con tiempo para reflexionar, tampoco tenía elección.

Corrió hacia la ventana y se lanzó contra ella.

Chilló al saltar, cubierto el rostro con los brazos, y atravesó los cristales como una especie de proyectil humano.

La ventana estalló hacia fuera, y enormes trozos de vidrio salieron disparados y surcaron estruendosos el frío aire de la noche.

Hacket se estrelló contra el piso de la avenida con demoledor y seco impacto. Estaba al borde de la inconsciencia, pero la frialdad del viento le reavivó y le permitió recuperar el sentido. Rodó sobre sí

mismo y vio al monstruo pasar a través de los restos de la ventana.

Hacket tanteó inútilmente el piso, a su alrededor, en busca del escalpelo, que se le había caído.

El monstruo ya estaba fuera de la ventana y no le preocupaban lo más mínimo los trozos de cristal que le rasgaban la piel.

Hacket se levantó y salió a la carrera en dirección a su automóvil. Abrió la portezuela e introdujo la llave de ignición.

La voluminosa figura del perseguidor estaba ya punto de echar a correr por la avenida de acceso al edificio.

Hacket accionó la llave.

Nada.

Apretó la llave con fuerza y repitió la operación.

El motor rugió una vez y se apagó cuando el pie de Hacket se retiró del acelerador.

El monstruo ya estaba casi encima. Le manaba sangre no sólo de la mano y del costado, sino también de las dos bocas.

Hacket giró de nuevo la llave de ignición. El monstruo se encontraba a menos de veinte metros.

El motor cobró vida.

Quince metros.

Hacket metió la marcha y esperó.

Diez metros.

El monstruo rugió, desafiante, y corrió hacia el vehículo.

El Renault salió disparado hacia adelante como una bala de cañón.

Atropelló al ser de doble cabeza; el impacto fue tan tremendo que la figura salió catapultada por el aire y cayó sobre el techo del vehículo, para verse luego despedida.

Se estrelló contra el suelo, detrás del Renault.

Por el retrovisor, Hacket la vio caer y dio marcha atrás a toda velocidad.

El segundo impacto del coche derribó al monstruo, lo dejó tendido en el suelo y las ruedas traseras pasaron por encima de su enorme doble cabeza.

Pareció estallar bajo el peso y la presión.

Una papilla repugnante de sangre y masa encefálica irradió del cráneo partido y parte de aquella borboteante mezcla voló impulsada por las ruedas traseras del coche, que durante un segundo giraron sobre la gravilla sin poder agarrar piso firme. Por último, Hacket puso al vehículo en primera, dio media vuelta y condujo en dirección a la carretera principal.

Si hubiese mirado por el espejo retrovisor, habría visto a Curtis emerger de la casa, contemplar el cadáver de su hermano y rugir algo en dirección al automóvil que se alejaba.

Entre tanto, Hacket cerraba las manos con todas sus fuerzas y apretaba a fondo el pedal del acelerador.

El automóvil patinó con violencia al llegar a la carretera, pero el profesor pudo gobernarlo y dirigirlo hacia Hinkston.

Parecía haberse olvidado del dolor, incluso de los horrores que acababa de vivir. Lo había apartado todo de su mente.

En aquel instante, sólo podía pensar en Sue.

Y en la monstruosidad que podía llevar en su seno.

Siguió conduciendo.

CAPITULO 90

as doce y ocho minutos de la madrugada.

Hacket detuvo el coche delante de su casa y lanzó una ojeada al reloj del L salpicadero.

Tragó saliva y se esforzó por superar las náuseas que le asaltaron al saborear de nuevo la sangre. Al apearse del vehículo, la herida de la espalda empezó a fustigarle, sumándose al dolor que le producía el antebrazo acuchillado. Pero resistió el dolor como pudo, se apresuró camino de la puerta y buscó la llave correspondiente.

Cuando entró, el silencio reinaba en la casa.

La televisión desconectada.

Ni una luz encendida.

Razonó que tal vez Sue estaba en la cama.

Hacket subió por la escalera. Respiraba entrecortadamente.

A medio tramo la llamó.

No hubo respuesta.

Al llegar al rellano se apoyó contra la pared, al sentir la oleada de dolor que le invadía, y durante unos segundos temió desmayarse; pero el mareo pasó y pudo entrar en la alcoba. Volvió a pronunciar el nombre de Sue.

La habitación estaba vacía.

Hacket ni siquiera se molestó en echar una mirada a los otros cuartos. Bajó la escalera, encendió las luces al pasar y llamó a Sue de nuevo.

Vio sangre en el vestíbulo.

Había más en la puerta de la cocina.

La abrió.



La puerta trasera de la casa estaba abierta y chocaba suavemente contra el marco cada vez que una ráfaga de viento la impulsaba. En la cocina, la mesa y un par de sillas estaban volcadas. La estancia era un campo de Agramante.

Murmuró para sí el nombre de Sue y, finalmente, sus ojos fueron a

posarse en el trozo de papel puesto en el escurridor, junto al fregadero.

Cruzó la cocina en dos zancadas, cogió el papel y examinó aquellas letras grandes, casi infantiles. Al leer las palabras, todo su cuerpo empezó a temblar:

CAPITULO 91

or qué no había sonado la alarma?

¿P Era un pensamiento curioso, pero que no obstante se le ocurrió a Hacket cuando hizo un breve alto en la puerta principal del colegio y, a través del cristal, escudriñó la penumbra interior.

Vio cristales rotos dentro, obra sin duda del secuestrador que había llevado allí a su esposa, pero evidentemente la alarma no había funcionado. El profesor se dijo que con toda seguridad la inutilizaron primero. Probó a empujar la puerta e hizo una mueca cuando chirrió ligeramente sobre sus goznes. Se deslizó al interior del edificio y permaneció inmóvil en la misma entrada, aguzado el oído para captar cualquier ruido o movimiento. El silencio era sofocantemente opresivo. Lo mismo que las tinieblas entre las que se movía, la soledad era casi palpable, le refrenaba en su búsqueda.

Sue estaba en alguna parte del edificio, junto con el hombre que la había secuestrado. Al menos, Hacket daba por supuesto que era un hombre. Pero ignoraba quién podría ser. Todo lo que Hacket deseaba saber era que Sue seguía viva. Las preguntas vendrían después.

Llevaba en la mano el cuchillo de trinchar que había cogido en la cocina. Avanzó por el pasillo que quedaba a su izquierda y fue echando el correspondiente vistazo a todas las aulas que encontraba en su camino.

Ni el menor rastro de Sue.

Hizo una pausa momentánea, consciente del ardoroso dolor que le producían las heridas. Pero continuó adelante y revisó el siguiente pasillo.

También estaba vacío.

La biblioteca estaba entre dos pasillos.

Hacket abrió la puerta, entró y miró a su alrededor, entrecerrados los párpados para distinguir mejor las formas en la oscuridad.

Recorrió la biblioteca sin hacer ruido, como manteniendo la reverencia habitual para con una sala normalmente silenciosa. Tampoco allí había rastro de Sue.

Volvió por el pasillo que conducía al comedor.

Mientras efectuaba al reconocimiento, las preguntas empezaron a invadir su cerebro.

¿Por qué la habían secuestrado?

¿Cuándo?

¿Quién?

¿Con qué propósito?

Hacket se apoyó en el marco de una puerta y aspiró cansinamente una bocanada de aire.

¿Continuaba viva?

¿Seguía vivo el niño?

El niño…

Se estremeció al pensar en ello, en lo que había sucedido en la casa de Curtis.

Un ruido que llegó de arriba interrumpió el remolino de pensamientos que giraban en su cabeza.

Abrió la puerta de doble hoja que daba paso al salón de actos. Hacket apresuró el paso a través del piso barnizado, rumbo a otra puerta doble.

Más allá de la misma estaba la escalera que conducía a la primera planta del colegio.

Volvió a oír el ruido y refrenó el paso, al tiempo que apretaba con más tensión el cuchillo de trinchar.

Hacket subió despacio, con la mirada al frente. Tropezó al llegar a la mitad del tramo y soltó un taco como saludo al ramalazo de dolor que

la herida del antebrazo envió a través de su cuerpo. Dobló una esquina y se esforzó en dominar la aspereza de su respiración y las palpitaciones del corazón.

Llegó a lo alto de la escalera y empujó la puerta de doble hoja.

Había cuatro aulas ante él.

Empezó a revisarlas.

Por la ventanilla de la puerta de la tercera vio a Sue.

Estaba desnuda, atada a una silla, con una mordaza cubriéndole la boca sin miramientos.

Hacket probó el picaporte y, con gran satisfacción, se encontró con que la puerta no estaba cerrada.

Irrumpió en la clase, llenos de lágrimas los ojos.

Sue alzó la cabeza y lo vio, pero su expresión no fue de alivio, sino de horror.

Los ojos parecieron querer salírsele de las órbitas y sacudió la cabeza.

—Todo va bien —murmuró Hacket, mientras se acercaba a ella.

Sue continuó meneando la cabeza, indicándole algo.

¿Indicándole algo a él?

Los ojos de Sue no le miraban a él, sino a algo que estaba detrás de él.

Llevaba las manos a la mordaza cuando oyó el chasquido metálico.

El ruido de un percutor que un dedo pulgar levantaba en aquel instante.

—He estado esperando.

Hacket giró sobre sus talones al oír la voz.

—Suelte ese maldito cuchillo.

Hacket obedeció y se quedó mirando a Ronald Mills, que salió de entre las sombras, con el 38 encañonando la cabeza del profesor.

CAPITULO 92

óngase allí! —ordenó Mills. Señalaba el pupitre opuesto al que ocupaba Sue.

-¡P Hacket hizo lo que le decía, sin apartar la vista del gigantesco individuo que le apuntaba con el revólver.

Sue gimió bajo la mordaza cuando otro latigazo de dolor, particularmente agudo, surcó su cuerpo.

—¿Quién es usted? —quiso saber Hacket.

Vio a Mills acercarse a Sue.

El hombre corpulento quitó la mordaza a la mujer, más bien se la arrancó.

—Dígale quién soy —gruñó Mills, con el revólver todavía apuntando a Hacket.

Sue vaciló, ahogadas las palabras por los sollozos.

—Dígaselo —rechinó Mills, y le tiró del pelo.

—¡Oiga, hijo de puta! —saltó Hacket.

Dio un paso hacia Mills, pero éste levantó el arma hasta la altura del hombro y dirigió el punto de mira entre los ojos de Hacket.

—Dígale quién soy —repitió Mills—. Dígale lo que hice.

—Mató a Lisa —sollozó Sue, con las lágrimas resbalándole por el rostro.—¡Oh, Dios!

—murmuró Hacket en voz baja.

—¿El nombre de Peter Walton hace sonar alguna campanilla en su cabeza? —

preguntó Mills.

Hacket no contestó, no pudo contestar.

—Hablo con usted, cabrón —gruñó Mills—. Peter Walton. ¿No se acuerda de él?

¿Qué le pasó?

Hacket respiró hondo: la frustración, la impotencia y el miedo le saturaban en partes iguales.

—Murió. Cayó bajo las ruedas de un tren —susurró Hacket.

—No. Le asesinó usted. Lo vi. Le vi perseguirle. Le vi empujarle.

—Resbaló. Yo no lo toqué.

—No sería por falta de ganas.

—Eso sí es verdad, maldita sea —bufó Hacket—. Y si hubiese podido, le habría arrojado a usted con él, le habría puesto bajo las ruedas de ese condenado tren, so animal.

Mills dio un violento tirón a la cabellera de Sue, sin dejar de encañonar a Hacket con el revólver.

—Vale más que mantenga cerrado su asqueroso pico, Hacket —amenazó.

—¿Qué pretende hacer con nosotros? Es a mí a quien quiere, ¿no? Deje marchar a mi esposa.

—¡Una mierda! Si ella sufre, usted sufre. A usted también le tocará el turno, no se preocupe, pero quiero que antes la vea morir a ella. Como tuve que ver yo cómo mataba a Walton. Era el único amigo que jamás tuve. La única persona en la que pude confiar y que realmente me importaba. Y que se preocupaba por mí. —Gritó la última frase—: ¡Y

usted le asesinó!

—Va a venir la policía —anunció Hacket, que buscaba desesperadamente alguna idea susceptible de salvarles—. Le atraparán, incluso puede que le maten.

—¿Y qué me importa? Al menos, usted habrá muerto antes que yo.

—Dígame una cosa —preguntó Hacket—. ¿Por qué mató a Lisa?

—Estaba allí. Si no hubiera sido ella, habría sido otra chica. Entramos para robar.

Encontrar a la niña fue una gratificación especial. —Sonrió de oreja a oreja y, con la mano libre, empezó a quitarse los pantalones—. Y ahora obsérveme, Hacket.

Sue miró implorante a su marido, pero comprendió que se encontraba tan impotente como ella para detener a aquel loco. Si se abalanzaba sobre Mills, éste dispararía sobre Sue o sobre el propio Hacket. Cabía la posibilidad de que sólo pudiera herir a Hacket, pero, a tan escasa distancia, Sue no tendría salvación. Hacket no pudo hacer más que mirar al individuo, que en aquel momento quitaba las ligaduras de los pies de Sue. Vio los verdugones rojos que había dejado el cáñamo al clavarse en la carne.

—Abra las piernas —ordenó Mills.

Se bajó los pantalones para revelar una enorme erección.

Hacket comprendió.

—¡Está embarazada, por el amor de Dios! —chilló.

—¡Calla, cabrón! —rugió Mills, y avanzó hacia Sue.

Le cogió los tobillos y tiró de ella hacia adelante. Tuvo que doblar las rodillas para maniobrar de forma que el pene entrase en la vagina. Hizo todo ello con el revólver siempre apuntando a Hacket, que aspiró una penosa bocanada de aire.

Sue gritó al sentir la penetración de Mills, cuya verga se hundió profundamente dentro de Sue.

El hombre inició un rítmico movimiento atrás y adelante.

Sue le sintió dentro y sollozó desvalida, mientras veía la cara de luna de aquel individuo. Pero en aquel momento notó nuevas contracciones, una agitación en las profundidades de su vientre. Un movimiento que parecía transferirse a la vagina.

Hacket contemplaba la escena impotente; apretó los puños hasta que le dolieron los músculos.

«Dios mío, aunque sólo sea un segundo...»Un sólo segundo para abalanzarse sobre Mills.

Sue gimió en voz alta.

—Creo que ella lo está pasando fenomenal —dijo Mills, aún empujando fuerte dentro de la mujer.

Volvió a sonreír, pero, de pronto, la sonrisa se disolvió en una mueca de sorpresa.

Hacket le miró con más atención.

No, de sorpresa, no.

Era de dolor.

Mills dio dos tres achuchones profundos más y luego trató de retirarse.

Pero no pudo.

El dolor aumentó en su pene y se extendió por toda la ingle.

Sue había dejado de llorar.

Ahora sonreía mientras observaba el dolor que apareció en el rostro del violador.

Mills trató nuevamente de sacar la verga y en esa ocasión emitió un chillido de agonía.

Sintió que le apretaban al pene dentro de la vagina.

Como si los músculos internos de la mujer se contrajeran, se cerraran como un torno de carne. Pero el dolor era mucho más agudo que eso.

Mills se apretó contra Sue cuando el dolor se hizo aún más intenso.

Hacket siguió mirando, hipnotizado.

Mills aulló de modo incontrolable al sentir que aumentaba la presión de la vagina.

Era como si le retuvieran unas manos pequeñas.

Las manos de un bebé.

Era un dolor distinto a cuantos había sufrido antes. Algo realmente atroz, que casi le hizo perder el conocimiento.

La sangre empezó a fluir por la vagina de Sue, pero no era sangre de la mujer. Mills estaba frenético, intentaba desesperadamente apartarse de Sue, de aquella presa que le mutilaba. Se le doblaron las rodillas y empezó a desmoronarse.

Cayó hacia atrás.

El grito que profirió no se parecía a nada que Hacket hubiera

escuchado antes. Un bramido de sufrimiento total que brotaba del fondo del alma.

Cuando Mills cayó de espaldas, Hacket pudo ver que donde aquel hombre gigantesco tuvo el pene ahora no había más que un chorreante tocón de carne hecha jirones. El individuo se llevó las manos a la herida como si tratara de cortar la hemorragia y recobrar la mutilada virilidad.

Chilló y chilló, el eco de sus alaridos resonó por toda el aula y repercutió dentro de la cabeza de Hacket como sangre que manase de una bárbara herida. El maestro notó que el vómito se aprestaba a ascender desde el estómago, mientras él se acercaba tambaleándose hacia Sue. Dejó atrás la forma de Mills, que se retorcía en el suelo pero, al llegar ante Sue, Hacket vio el acto final de aquel drama espeluznante y ya no pudo dominarse.

Los labios vaginales de Sue se abrieron y el trozo desgajado del pene de Mills salió despedido fuera del cuerpo de la mujer y cayó al piso, sobre el charco de sangre que se había formado allí. Como la boca de un chiquillo que escupe un trozo de carne que no le gusta, la hendidura vaginal se abrió en amplio bostezo para expeler los restos de la virilidad de Mills.

Hacket se bamboleó y luego se fue a un lado y vomitó hasta que no le quedó nada en el estómago.

Sue continuaba sonriendo, con la vista clavada en Mills, que no dejaba de chillar, aunque sus gritos eran ya más débiles, porque la pérdida de sangre había minado sus energías y la vida se la escapaba a chorros entre los dedos.

Hacket desató a Sue y la envolvió en su camisa, que se había quitado apresuradamente.

Ensangrentados y aturdidos pasaron dando tumbos junto a Mills.

—Tenemos que ir a la policía —jadeó Hacket, y se limpió los labios con el dorso de la mano.

Cuando salían del aula dando traspiés, los gritos de Mills habían degenerado en una serie de murmullos gorgoteantes.

Hacket no sabía cuánto tiempo tardaba un hombre en morir desangrado.

Bajaron las escaleras apoyándose el uno en el otro y así salieron también del colegio.

Se dirigieron a casa y aspiraron el fresco aire de la noche como si desearan que limpiase de sus fosas nasales el olor a sangre y a muerte.

Hacket se puso a temblar, pero comprendió que los estremecimientos no eran del todo producto de la frialdad del viento.

Cubierta de sangre y a duras penas consciente, Sue le miró, sonriente.

Hacket notó que se le erizaban los pelos de la nuca.

Llegaron a la casa y entraron tropezando por la puerta de atrás, que Hacket cerró de golpe tras de sí. Les costó Dios y ayuda, pero lograron cubrir el trayecto hasta el salón y Hacket encendió la luz al entrar.

Se quedó de piedra.

Sentado en uno de los sillones, con el estilete en la mano, estaba el doctor Edward Curtis.

CAPITULO 93

urante unos segundos eternos, Hacket fue incapaz de pronunciar palabra, fija la mirada en Curtis.

D —Mi hermano ha muerto, como puede usted suponer —dijo finalmente el médico, sin el más leve asomo de emoción en el semblante.

—Esto tiene que acabar, Curtis —manifestó Hacket, que había tenido que apoyarse en el marco de la puerta.

—Estoy de acuerdo —convino el médico.

Se puso en pie, con el cuchillo por delante.

Sue miró primero a su marido y después a Curtis.

Y entonces la acosó el dolor. Tan fuerte que respondió con un alarido.

—Esto es obra suya —gritó Hacket—. Dios sabe lo que lleva en sus entrañas. ¿Algo como su... hermano? Ayúdela. Provoque el aborto de esa criatura. Ahora.

—No —gimió Sue, contraída la cara en una máscara de dolor—. No

permita que muera. —Miró implorante a Curtis—. Por favor.

—Mátelo, Curtis —gruñó Hacket—. Es un ser anormal.

Curtis dio un paso hacia Sue y dejó caer el estilete en el sofá.

—Lo necesito —dijo la mujer—. Ayúdele a vivir.

Cogió la mano de Curtis y le acercó a ella.

Hacket se adelantó, apartó al médico de un empujón que lo lanzó contra la pared y luego le echó las manos al cuello. En sus ojos había una expresión de odio. De odio y de algo más.

¿Locura tal vez?

Curtis forcejeó para librarse de las manos de Hacket, que le atenazaban la garganta.

Unas manos que le sostenían, pero que le mataban. Tuvo la sensación de que la cabeza empezaba a hinchársele y se esforzó por introducir aire en sus pulmones cuando los pulgares de Hacket se hundieron más en su garganta y levantó en peso al hombre con la ferocidad del ataque.

—Eso es lo que le ha hecho a Sue —rugió Hacket y ejerció más fuerza sobre la garganta de Curtis—. Le mataré.

Lanzó las palabras contra el rostro del médico como un bramido.

El primer dolor lo sintió Hacket en la parte baja de la espalda.

Como una punzada en los riñones.

Se repitió. Más cruel esa vez. Y notó la frialdad.

Al tercer ramalazo comprendió.

Sue le hundió el estilete en la espalda y le seccionó la médula espinal.

Soltó a Curtis y cayó de rodillas.

Y mientras caía, Sue volvió a clavarle el estilete.

En esa ocasión, la cuchillada se produjo en el cuello y cortó la arteria carótida. De la herida brotó un enorme surtidor de sangre, que salpicó a Sue y roció de carmesí la pared de la sala de estar, que quedó como

si la hubiera regado con pintura roja. Hacket volvió la cabeza, miró a Sue, llenos los ojos de lágrimas, y luego se desplomó de cara y su cuerpo se estremeció ligeramente.

La sangre anegaba su boca y parpadeó con intensidad cuando la vista empezó a nublársele a causa del dolor y de las lágrimas.

¿Cuanto tardaría un hombre en morir desangrado?

Pronto conocería la respuesta.

Curtis bajó la vista sobre él. Se frotaba la garganta, casi incapaz de hablar.

Sue continuaba sollozando, en la mano el estilete, de cuya punta goteaba la sangre como espesas lágrimas rojas.

—¿Por qué querías matarlo, John? —gimió ella—. ¿Por qué?

Hacket intentó decir algo, pero el único sonido que pudo articular fue un gorgoteo líquido. La sangre se deslizaba por sus labios, notó que le salía de la nariz. Tendió los brazos hacia Sue, deseó tocarle la mano, consciente de que se estaba muriendo.

Acompañando al dolor estaba también el miedo.

—El niño vivirá, Hacket —manifestó Curtis, mientras se frotaba la magullada garganta.

—Mi hijo —gorgoteó Hacket.

El esfuerzo que tuvo que hacer para pronunciar aquellas dos palabras renovó el dolor y produjo una inmensa pesadez dentro de su cuerpo. Empezó a temblar.

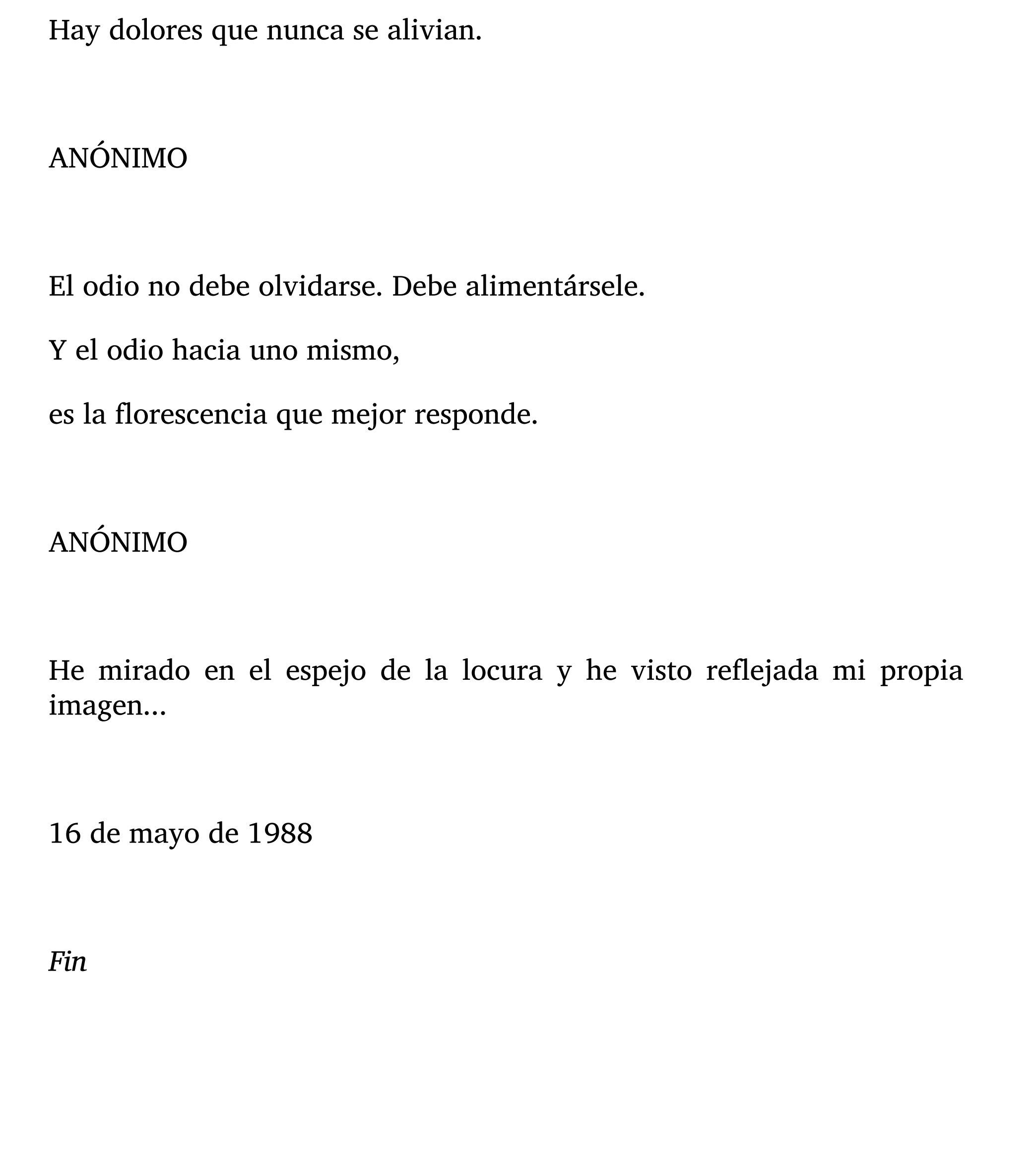
Curtis sonrió.

—No —dijo suavemente—. Su hijo, no. El hijo de mi hermano.

Incluso a pesar de las lágrimas, Sue también sonreía.

John Hacket cerró los ojos.

Hay heridas que nunca se curan.



Hay dolores que nunca se alivian.

ANÓNIMO

El odio no debe olvidarse. Debe alimentársele.

Y el odio hacia uno mismo,

es la florescencia que mejor responde.

ANÓNIMO

He mirado en el espejo de la locura y he visto reflejada mi propia imagen…

16 de mayo de 1988

Fin